

GUILLEM LÓPEZ

EL ÚLTIMO SUEÑO

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Corre, Kemi, corre
Los Abandonados
Un consejo
Palabras o disparos
La venganza
Nadie conoce a nadie
El sacrificio de Kébemon
Cuando nada vale nada
Cabeza de Lata
El nombre de las cosas que existen
El poder del sufrimiento
Coherencia
Reír y sangrar
La conspiración
Guerra de bandas
La mugre y la furia
El paladín y la princesa
La Factoría
Muerte de una máquina
Un puente de palabras

Revolución
Cosas inevitables
Asamblea
Un espejo roto
Navegantes
Mandamás
Un cuchillo de postre
El final
Despertar
Principio
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Sinopsis

En los barrios, en cada calle, se presiente la calma que antecede a la tormenta. Las bandas imponen su ley en cada distrito. Los Abandonados es una de ellas, la más insignificante, pero todo cambia cuando encuentran a Kemi, una esclava que huye de síndicos y sacerdotes con un secreto y la sombra de la muerte a cuestas. Unirse a su desesperada huida será la única manera para esos miserables pandilleros de dar con una salida, un futuro que nunca tuvieron en una ciudad que jamás los quiso y que ahora se hunde bajo sus pies descalzos.

GUILLEM LÓPEZ

EL ÚLTIMO SUEÑO

Habían encontrado la justificación moral de todas las atrocidades cometidas en su nombre.

JUVELIANO
El sentido del progreso

Corre, Kemi, corre

En plena hora punta, el mercado era un galimatías tan apabullante como la amalgama de especias, aguas hediondas y fruta podrida. Kemi se sumergió en la multitud con la esperanza de pasar inadvertida. Trotaba sin resuello, agotada y consumida por la fiebre. La claridad diurna todavía resultaba molesta a sus ojos después de pasar dos días encerrada en un calabozo húmedo. Se acarició las muñecas, allí donde los grilletes habían herido la piel. El escozor le recordó los insultos y las vejaciones a que la sometieron, con inquina y odio alimentado en secreto y por fin liberado. Aquello perduraría en el recuerdo durante mucho tiempo, lanzando directos a la nariz y al estómago y, entre golpe y golpe, la seguridad de que era un mundo atroz, pero también de que la única escapatoria posible pasaba por seguir adelante. Porque cada paso la alejaba de la muerte.

Sentía todos los ojos sobre su mal disimulo. A cubierto, bajo un saco sucio que apestaba a pescado, se abrió paso entre gandules de implantes oxidados y

trató de otear sobre el gentío. Supuso que si continuaba en dirección sur llegaría al río y recordaba allí un par de tugurios y pensiones de mala muerte. Quizá, con suerte, encontraría algún conocido, uno de esos rostros sin nombre que pertenecen a la noche etílica. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sus únicas referencias eran salas de baile y fumaderos de bok, antros y prostíbulos que visitaba con otros ciudadanos amantes del abismo. Hasta aquel momento, Kemi había vivido con un pie en cada mundo, el de los vivos y el de los muertos. Solo uno de ellos era real. De día habitaba las ostentosas salas del zigurat; de noche, escapaba en busca de excusas peligrosas; extinguirse como una llama encerrada o dejarse matar por despecho y gula de vida. Esa era la realidad de su existencia. Así que no podía decir que conociese la ciudad, aunque ¿quién la conocía realmente?

Paraíso: la más grande ciudad imperio parida por la ambición. Si tenía un límite más allá de los tejados puntiagudos, tras la densa contaminación y las chimeneas industriales, la mayoría de sus habitantes no lo había visto ni jamás llegarían a verlo. Recordaba un rompecabezas inmenso de avenidas y calles, paseos y algún que otro parque de árboles retorcidos y lúgubres como los negocios de traficantes de colágeno y mecanistas sin licencia. Un enjambre de esquifes voladores, algún zepelín y carabelas de tres globos, zigzagueaban en la perpetua tormenta de humo y vapores que cubría la urbe. El río Óleto la cruzaba de Oriente a Occidente y se bifurcaba en canales y trasvases que navegaban bajeles y barcazas a pérgola. Paraíso era una ciudad anclada al mundo, un tumor verrugoso que, inexorable, devoraba montañas y colinas y cagaba podredumbre. En el centro, justo en el lugar en que se encontraban todos los caminos, se levantaba el gran zigurat. El barrio de los ciudadanos, sacerdotes, políticos y mercaderes enriquecidos con la industria y el comercio. El lugar del que provenía Kemi y del que huía. Una pirámide escalonada en la que brotaban jardines colgantes, palacios de seis minaretes y villas sobre arbotantes y balcones. Visible desde cualquier parte, omnipresente centro de gravedad en torno al que giraba el imperio, la ciudad y sus habitantes.

Al mirar atrás, en busca de sus perseguidores, Kemi tropezó con un mironi piel gris que transportaba un cesto sobre la cabeza. El hombre trastabilló,

dando voces y aspavientos. Una cascada de aves desplumadas se desparramó en el suelo. En la distancia, Kemi descubrió los alfanjes serrados de los síndicos que le seguían la pista. Un grupo de niños andrajosos la señalaron con el dedo, riendo a carcajadas de dientes rotos. El mironi hincó las uñas en el brazo de Kemi y la atrajo hacia él. Masculló algo en un idioma extraño. Sus ojos rasgados y bizcos se iluminaron cuando olfateó la pista dejada por el miedo de Kemi hasta los síndicos. Sonrió satisfecho y dio la alarma. El horizonte de sombreros de paja se abrió al paso de la guardia armada. Su captor voceaba y sacudía una mano en alto mientras la retenía con la otra. Un gordo espantaba, impertérrito, las moscas que zumbaban sobre cabezas de cordero despellejadas y listas para ser hervidas en grandes ollas. La multitud contempló la escena con la misma expresión anodina que esos ojos bovinos sin párpados.

—¡Suelta, hijoputa! —exclamó ella, y lo derribó de un empujón.

Ante el pasmo de curiosos y espectadores, los jóvenes descamisados aprovecharon la oportunidad para arrojar sobre la mercancía del mironi. En un instante, se formó un tumulto de hambrientos saqueadores y mercaderes que daban palos a un lado y otro en defensa del libre mercado.

Kemi aprovechó la confusión y corrió sin tapujos ni disimulo alguno. La capucha cayó sobre los hombros y el aire sacudió el flequillo largo que le cubría los ojos, corto en los costados y la nuca. Saltó un charco pestilente y una pareja de conjuradores albinos volvieron hacia ella los ojos sangrientos. Embistió a extraños y comerciantes y se abrió paso, resollando exhausta. Alguien la insultó a voces y una manzana mordida pasó cerca y dio en la cara de una mujer que amasaba una pasta de trigo y semillas. No miró atrás. Sabía que los guardias habrían pasado del mironi chillón, los andrajosos rateros, e incluso de los albinos que siseaban malas artes prohibidas; habían puesto en ella todo su empeño y no se rendirían hasta aplastarla contra el suelo y devolverla al presidio.

—Eso no va a pasar —masculló—. Nunca más.

Abandonó la multitud de la misma forma en que se escapa de la jungla para dar con un precipicio. Frenó en seco y contempló, aturdida, una pequeña plazoleta ajena al tumulto del mercado. Había un puesto de comida y también

un toldo bajo el que trabajaba un escribano que presumía de caligrafía en media docena de láminas. Un pequeño callejón se abría a un lado y otras dos calles hacia el sur y el oeste. Los guardias se acercaban. En el centro de la plaza, sobre un cajón desvencijado, un tipo de gesto resignado mostraba un cartelón en el que se leía: EL FIN ESTÁ CERCA. Kemi gruñó con un gesto irónico.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Eh, tú!

El hombre anuncio despertó de su abúlico trance, asomó un brazo por el lateral del cartelón y se señaló el pecho.

—¡Sí, tú! Claro que tú, joder... —insistió Kemi, de forma paciente—. ¿Por dónde se va a Los Puentes?

La velocidad de la respuesta exasperó a Kemi. El tipo se encogió de hombros, después miró a un lado, pero señaló al otro. Para cuando volvió a mirar al frente, Kemi ya corría hacia el callejón.

—¡El fin se acerca! —gritó a su espalda.

—¡Dime algo que no sepa! —replicó ella.

Sin embargo, no hay final ni principio real excepto en las mentiras. Incluso el destino se bifurca y crece a cada paso. Kemi resbaló en los adoquines y tropezó con unas cajas apiladas. En la caída, se llevó por delante un canalón oxidado. Arañas gato saltaron entre bufidos con las espinas erizadas y treparon las paredes. Dio de bruces contra el suelo. Sintió el rostro palpitante y magullado. Todo se volvió oscuro por un momento. Las heridas escocían, el estómago dejaba escapar vapores ardientes de bilis y vómito. La luz al final del callejón se alejaba y los edificios de ladrillo inclinaron sobre ella fachadas manchadas de hollín y ventanas ciegas. No había espacio a la rendición. Escapar era una necesidad ineludible, una obligación que no podía traicionar. Aunque el cuerpo y el espíritu se lanzaban reproches y estocadas inmisericordes que la ahogaban en dudas y temores. Kemi estaba tan agotada que su cuerpo se desmoronaba.

—¿Cuál es el camino? —murmuró—. Ayudadme. Necesito una pista. Algo.

El hedor de los canales llegó a ella al tiempo que escuchaba las pisadas de los guardias en la entrada del callejón. Tropezó y cayó sobre un montón de cestos y redes salpicadas de escamas plateadas. El callejón se abría a un

puede que cruzaba el canal. Jadeó y cerró los ojos. La atraparían. Ya estaban cerca. El atropellado redoble de las botas resonaba por todas partes. Exhaló. Era lo que parecía, una rendición. Todos los animales exhaustos bajan la cerviz y aceptan la muerte llegado el momento. ¿Y qué era ella, al fin y al cabo? Lo intentó y falló. Como todas las que la precedieron. Y con el fracaso deseó un final rápido si eso era posible. La muerte debería ser lo opuesto a la vida. Aunque sabía que la llevarían presa y la entregarían a los sacerdotes y ellos la ungirían y vestirían como a una virgen, un ser sagrado, como si no supiesen que era todo lo contrario. Después la arrojarían a las máquinas y la convertirían en algo nuevo, un sádico invento nacido de pesadillas mecánicas.

Por un instante, se imaginó de vuelta en el calabozo, encogida, con la cabeza entre las rodillas, murmurando con una voz que no era suya: «Las flores brotan del lodo. Las flores brotan del lodo. Las flores brotan del lodo...».

Los síndicos aparecieron de repente. Vestían tabardo y pantalones de cuero y botas con herrajes. Pasaron a su lado. No la vieron. El puente retumbó. Aminoraron la marcha. Uno tocó al otro en el hombro. Se detuvieron. Kemi retuvo la respiración, como si pudiese fundirse con los maderos mohosos bajo ella, se arrastró hasta el borde y se descolgó bajo la estructura.

Los síndicos miraron a todas partes. Murmuraron algo. Podía ver sus cabezas calvas y los cables y tornillos y algunas placas de metal grabado de séfiras y runas matemáticas en el cuello y el pecho. Los ojos destellaban con la energía de la Kamé; sin cejas, solo una protuberancia sobre el filtro del respirador manchado de orín que ocupaba el centro del rostro, recosido y grapado al mentón y el cuello. Gesticulaban de forma espasmódica, como insectos de juguete, con los alfanjes serrados en alto y un cañón de mano al cinto. Se asomaron al canal por ambos lados del puente. Barcazas cargadas de chatarra se balanceaban en la corriente. El agua era un caldo oscuro que reflejaba los ojos de los síndicos. Un remolino silencioso apareció y se esfumó al instante.

Kemi, oculta bajo el puente, rezaba en un murmullo inaudible. «Por favor, por favor, tenéis que ayudarme...» Una cortina de fino polvo se desprendía a cada paso de los síndicos. Permaneció muy quieta, en equilibrio sobre la

cornisa del estribo, entre pilastras.

Los síndicos se miraron, confundidos. Un breve momento de esperanza se esfumó cuando descubrieron las sombras que latían en los rincones.

—Por favor —rezaba Kemi—, venid a mí, venid.

El guardia se acuclilló y acarició los maderos. Un gruñido tosco y sordo creció tras la máscara y se coló entre los tablones.

Kemi se movió a un lado, silenciosa, casi con la delicadeza de una bailarina. Si consiguiese alcanzar la parte más profunda bajo el puente, quizá allí podría esconderse, convertirse en una araña. Hincó las uñas en el ladrillo en busca de un asidero, aunque topó con alguien que también se ocultaba en la penumbra abovedada.

Era un modd: un humano modificado. Mitad máquina, mitad carne. Como los guardias, aunque de apariencia caótica y desordenada. Las piernas delgadas y largas, cubiertas con un pantalón andrajoso que no tapaba las juntas, anclajes y rodamientos de la cintura. A partir de ahí, la espalda era una masa de músculos hipertrofiados y venas palpitantes. Encogido entre sillares, abrazaba las rodillas mecánicas con unos brazos de madera y chapa rematados por manos de títere. La cabeza parecía un balón de cuero deshinchado, con partes de calva tumorosa y metal incrustado. El ojo izquierdo era una masa lechosa sin párpado; el derecho, tres lentes rayadas.

Un estremecimiento sacudió a Kemi, falló el paso y el vacío tiró de ella con fuerza. Desde las cejas, vio al guardia asomarse a la baranda y la quieta y apastosa negritud del canal bajo ella. Pedacitos de ladrillo cayeron al agua, precediendo su camino. Desplegó los brazos, en un intento inútil de mantener el equilibrio porque ya estaba en el aire, dando zarpazos a la nada. Con un movimiento simiesco, el modd se balanceó de una parte a otra y la atrapó al vuelo. Describió un largo balanceo, rozaron la superficie del agua y se cobijaron bajo el arco principal. Todo ocurrió veloz y silencioso, como una brizna llevada por el viento. El gigante pegó su rostro al de ella y se llevó un dedo de madera a los labios.

—¡Eh! —gritó un falsete rasgado sobre el puente—. ¿Buscáis a una chica? Me ha pasado por encima la muy... ¡Por allí corre!

Los síndicos intercambiaron un silencio fugaz, salieron al trote y la

amenaza se desvaneció. Kemi respiró aliviada. Se había mordido la lengua con tanta fuerza que un regusto férreo conquistó su saliva. El modd rugió y la estrujó contra él, mostrando unos dientes tan desproporcionados como la mandíbula. Un colmillo metálico del tamaño de un meñique destacaba sobre todos. Kemi lanzó manotazos a su pecho y se revolvió sin éxito. Soltó un gáñido apurado antes de patear al modd en la entrepierna, pero solo produjo un eco hueco. Sonrió de forma burlona y salvaje y ella le dio un tortazo que consiguió cabrearlo. Sus cejas de cera se vinieron abajo y, sin mucho esfuerzo, se la quitó de encima y la sostuvo en volandas.

—¡Zaid! —exclamaron desde arriba—. ¡Zaid! ¡Despejado!

El modd saltó hasta la cornisa y, como si no fuese más que una muñeca de trapo, Kemi pasó de una mano a otra. Tras un ágil balanceo, Zaid trepó arriba. Toda la estructura se compadeció con un crujido carcomido.

—Vaya, vaya —dijo el tipo sobre el puente—. ¿Qué es lo que tienes ahí?

Zaid arrojó a Kemi frente a él como quien regresa de una cacería. Ella, aturdida por la pirueta anterior, los zarandeos, el sofoco y el pie magullado, cayó sobre el trasero y aulló un gáñido dolorido. Cuando levantó la vista, descubrió al compañero del gigante.

Era un viejo enjuto de ojos rasgados, devorado por un abrigo manchado de grasa y un aparatoso sombrero de piel con orejeras, una mano a la espalda y el rostro de roedor torcido por la curiosidad. Se acariciaba la hirsuta barba cana y una fina pelusilla donde debería nacer el bigote. Mascullaba su sorpresa ante el descubrimiento tan poco afortunado de Zaid.

—Niña tonta... —escupió—. Nos has echado encima a los guardias. ¿No has visto la señal a la entrada del callejón?

—¿Qué señal? —replicó ella mientras se dolía de los riñones—. No he visto nada.

—Pues deberías ir con más cuidado —refunfuñó. Negó con la cabeza, quizá apenado durante un breve instante, demasiado breve. Se encogió de hombros y ordenó—: Rómpele una pierna, Zaid.

—¡Zaid! ¡Rompe! —exclamó el gigante de forma atronadora antes de lanzarse a por Kemi.

—¡No! ¡No, por favor! —Gritó ella al tiempo que se defendía como gato

panza arriba—. ¡Juro que no vi la señal! ¡No sé de qué estás hablando!

—Por favor... —Miró a lo alto, cargado de paciencia—. Tres cajas apiladas y marcadas con tiza.

Zaid, incapaz de atrapar a la escurridiza muchacha por el cuello, la inmovilizó con un pie en el pecho y ella se ahogó entre toses.

—¡No era mi intención! —musitó—. Lo juro, lo juro.

Su voz se apagó a medida que las fuerzas la abandonaban. El modd, por fin, agarró la pierna a la altura de la rodilla.

—Cajas, tiza... —continuó el viejo—. Nos trajinábamos esa barcaza.

—¡Zaid! ¡Rompe! —gruñó el gigante. Kemi redobló con los puños en el suelo.

—¡No! ¡Basta! —Apenas podía respirar. Sintió una tensión terrible en la rodilla—. Lo siento.

—Todos, ¡todos!, los rateros de Paraíso... —explicó el flacucho anciano, aunque su voz se apagó al tiempo que los pensamientos se convertían en un descubrimiento—... saben eso. Y tú no eres un ratero. —Se llevó una mano al interior del abrigo, sacó una petaca y dio un generoso trago sin perder de vista a Kemi. Después, exhaló y se limpió con la manga—. ¿De dónde has salido tú?

—¡Zaid! ¡Rompe!

—¡No! —Saltó el viejo. Apenas rozó el antebrazo metálico del modd y este se detuvo—. ¡Espera, Zaid!

—¿No rompe?

—Todavía no, Zaid —ordenó él—. Déjala, por favor.

El gigantón abrió la prótesis mecánica y Kemi rodó y quedó tendida panza arriba, gimoteando entre jadeos.

—¿Quién eres? —la interrogó el viejo—. ¿Por qué te perseguían?

Ella se acarició el muslo mientras se recomponía. Tras un largo momento, falló en su intento de incorporarse sobre un codo y quedó tendida de costado. El pelo negro le cubría el rostro y, tras esa cortina, levantaba una mirada agotada y febril.

—Nadie —murmuró—. No he hecho nada.

—Nadie no es una buena respuesta —añadió él, apenado.

—Estoy sola —aclaró con un fino hilillo de voz—. No tengo a nadie.

El viejo sonrió.

—Eso te hace más parecida a nosotros —dijo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Kemi.

—¿Quién?

—Ellos... —masculló, y levantó un dedo hacia la cúpula que asomaba sobre los edificios.

—¿Eres una esclava? —la interrogó el viejo. La respuesta de Kemi apenas abandonó sus labios y el viejo chasqueó los dedos frente a su nariz—. ¡Oye! ¡Eh, tú! ¿Estás bien? ¡Despierta!

El viejo apartó el saco sucio con el que Kemi se cubría y descubrió la camisa interior, bordada y de buena tela.

—¿Quién...? —bisbiseó suspicaz antes de posar la mano en su frente—. Está ardiendo.

Se enderezó, rascándose con saña bajo el gorro de lana, y siguió las últimas palabras de la muchacha. Allí estaba, el zigurat, una fruta madura infectada de esclavos. Sirvientes, sodomitas, camareras, eunucos, porteadores y, sobre todo, mandados. Esclavos que trabajaban a cambio de una paga, eso sí, un dispendio mísero con el objetivo de comprar la libertad algún día.

—¿Oye? Me llamo Burr y este es Zaid... —dijo el viejo.

Kemi cerró los ojos y se deslizó hasta el lugar en que ya no era ella y las voces que la poseían asomaban a sus labios.

—El manco —musitó, como quien habla en sueños—. Tengo que encontrar al manco. Es... importante...

Burr se alejó un paso atrás y la observó, brazos en jarras.

—¿Qué ha dicho? ¿Tú lo has oído? —Burr y Zaid intercambiaron su desconcierto—. Chica, ¿me escuchas?

Burr acunó una sospecha bajo el bigote. Dio media vuelta y el abrigo se desplegó con un caótico repique de las herramientas en la bandolera. Zaid ronroneó confuso. Durante un instante, el viejo mecanista miró arriba, boca torcida. Un par de barcazas recorrieron el cielo con un petardeo rítmico. Zaid rugió, apremiante.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —exclamó el viejo—. Estoy pensando.

Tras pellizcarse la papada, chasqueó los dedos una vez más.

—Coge a la chica, Zaid —ordenó—. La llevamos a casa.

El modd enseñó los dientes torcidos y dio un puñetazo en la baranda que hizo temblar todo el puente.

—¿Qué quieres que haga? ¿La dejamos aquí?

En esa ocasión el rugido fue terrible, casi el de un oso.

—No es caridad, querido —se explicó Burr con gesto paciente—. Pero ya has oído lo que ha dicho. Si se queda aquí será víctima de los traficantes de colágeno o la secuestrará algún proxeneta tuerto, y eso no es lo que queremos, ¿verdad? No nos gustan esas cosas.

Zaid se inclinó sobre Kemi y el ojo mecánico se ajustó con un chirrido suave. El rumor en el pecho acompañaba a las dudas de Burr. El viejo llevaba razón en una cosa: la chica no duraría mucho en las calles. Pronto, las sombras brotarían de los rincones y todos correrían a esconderse a sus casas, a encender leña podrida y comer pan duro en espera de un nuevo día o eso que se le parece: esa alba sucia y carente de colores que mantiene tibia la esperanza en Paraíso.

—La llevaremos con nosotros —insistió el viejo.

Zaid la cargó al hombro como quien levanta un saco de plumas. Ella gimió y, al recuperar levemente la consciencia, sacudió las piernas y opuso algunos zarpazos flojos y palabras a medias.

—Tranquila, Kemi —susurró Burr a su lado—. Vendrás a Hogar con nosotros. Allí estarás bien y encontrarás a quien buscas.

Ella murmuró algo. Su voz sonó diferente y lejana y no entendió sus propias palabras.

Burr dio una breve carrera de pasos cortos mientras frotaba las manos, cubiertas por más agujeros que guantes. Se escurrió por un lado del pasamanos y descendió una pasarela de ladrillo que bordeaba el canal. Pateó una lata que salió volando y desapareció entre burbujas en la superficie del agua.

Una sombra cubrió la escasa luz de la tarde y ella abrió los ojos. Todo le daba vueltas. En lo alto, un globo navegaba muy por encima de los picudos tejados. Podía ver la quilla, cubierta de musgo y nidos de golondrinas marinas, y el mascarón de proa: una mujer que apuntaba al frente una espada. Si

pudiese estar allí arriba, si pudiese embarcarse y salir de allí para no regresar nunca. Con ese pensamiento, se rindió a la duermeyela febril y cayó desfallecida en la espalda del modd. A lo lejos, tras la cortina de sus sueños, el bullicio de la urbe, la ruidosa marea de comerciantes, buscavidas, cazadores de cabezas, putas, esclavos, ladrones y brujas, mecanistas y mentirosos, muchos mentirosos. Quizá como Burr y Zaid, como ella misma, que no era esclava pero sí fugitiva. Después de todo, la mentira era parte del lodo sobre el que se levantaba aquella ciudad sin fin.

*¿Quiénes son esos niños
que juegan con cuchillos?
Ve a bailar con ellos
si crees que eres su amigo.
¡Puñaladas! ¡Puñaladas!
¡Qué juego tan divertido!*

CANCIÓN POPULAR

Los Abandonados

Vivían en Bocacéniza, aunque todo el mundo conocía aquel barrio como Los Puentes. La mayor parte de sus calles eran canales navegados por botes remendados bajo una maraña de viaductos y pasarelas angostas. Edificios y torres se levantaban entre pontones colgantes, puentes de arcada doble o triple, levadizos, de ladrillo o simples pasaderas de maderos anudados. Bocacéniza era un laberinto de arriba abajo.

El nombre original se debía a la industria del moanto, un metal maleable y barato, aunque venenoso como el esputo de una culebra, que trabajaban los caldereros de la zona. La intoxicación por moanto provocaba el ennegrecimiento de las encías y, a largo plazo, la caída de los dientes. En Bocacéniza no había mucha más opción para ganarse la vida y, además, alguien tenía que hacerlo. Después de todo, los hijos del barrio prefirieron perder los dientes a la mendicidad o el exilio. Nadie les culpó por ello.

Hicieron chistes, eso sí, y también algún proverbio, como ese que decía: «Los caldereros gritan, pero no muerden», o aquel otro: «Oscuro como la boca de un calderero».

Las cosas cambiaron con la llegada de las Kas, la energía y el progreso. Las caravanas navegaron los cielos y llevaron su cargamento de moanto más lejos y más rápido, y regresaron cargadas de oro y platino. La orfebrería con moanto se convirtió en un negocio muy próspero y todos compraron dientes postizos y fundas de metales preciosos. A pesar de ser ejemplo de opulencia y derroche, el barrio no consiguió cambiar su nombre de suburbio y continuó llamándose Bocaceniza. Una prueba más de que el oro no compra el respeto para los pobres.

Con los años, el moanto dejó de interesar a las otras metrópolis y las caravanas tuvieron que buscar más lejos, más allá de la Costa Verde, en países extraños de gente extraña, lugares sin nombre ni mapa. Sobrevolaron las Montañas de Cristal y el Páramo del Estigio, donde hombres de piel blanca, cubiertos de pelo, arrojaron piedras y palos al paso de aquellos balones flotantes impulsados por un halo mágico. Descubrieron ciudades abandonadas, caminos de brea que se perdían en el horizonte y manglares habitados por seres sin huesos que aullaban a la luna roja. Finalmente, dieron con las cicatrices de la tierra, tal y como contaban los tecnomarinos ebrios en las tabernas de Paraíso: evidencias de la lucha entre dioses y titanes y ciudades venidas del vacío helado del espacio y sus pretensiones sobre el mundo. Fueron tan lejos, que los mapas dejaron de medir el espacio para calcular la rentabilidad de transportar bisutería y cacerolas. Regresaron viejos, con la muerte en las bodegas. Bocaceniza cayó en desgracia otra vez. Su fracaso fue una oscura premonición de lo que ocurriría con toda la ciudad. Abandonaron las mansiones y los callejones se poblaron de mendigos, salteadores, truhanes y trileros. Y todos lo llamaron Los Puentes.

Era fácil extraviarse en un lugar como aquel porque todo parecía destinado a tal propósito. Uno entraba por el canal principal, quizá en busca de resina de bok o unos pocos cominos de savia o persiguiendo la música de una taberna de esas que servían pescado en salazón, pepinillos y cerveza negra, y salía horas después con los pies por delante. O bien, el incauto, bien cenado y un

poco bebido, torcía la esquina equivocada, tomaba un viaducto a través de un bosque de ropa tendida, por una traviesa larga y estrecha a ras del agua y que acababa de forma abrupta, sin explicación, en una escalera a ninguna parte donde lo esperaban la tiniebla y sus cuchillos. Fuera como fuese, nadie perdía el sueño por las motivaciones de un desdichado muerto entre mondas de patata y raspas de truchón. Simplemente, era fácil y peligroso perderse en Los Puentes. Por eso era el lugar ideal para Los Abandonados.

De todas las bandas callejeras de Paraíso, Los Abandonados era la más débil e insignificante. La integraban dos docenas de chicas y chicos harapientos y sucios que conocían como la mugre de sus manos cada puente, pasadizo y recodo, cada alcantarilla, portal, escondrijo y madriguera del barrio. Era su territorio. El resto estaban de paso: obreros en paro que paseaban sus adicciones de un callejón a otro, mercenarios armados hasta los dientes o monjes proscritos que ahogaban la cobardía espiritual en licores prohibidos. Los Abandonados eran semilla y fruto de aquel barrio decadente y pútrido y, como tal, su guarida secreta se ocultaba bajo tierra, en un antiguo almacén al que llamaban Hogar.

Nadie sospechaba que, en aquel descampado cubierto de escombros, camuflada y casi invisible, se encontraba la entrada secreta al cubil de una banda de maleantes adolescentes. Por un sinuoso sifón de roca, tras un escalón traicionero, se descendía al aljibe más grande de la ciudad. Tiempo atrás, los artesanos utilizaron grandes piscinas para lavar la tierra y separarla del moanto. Después vertían toda aquella agua contaminada a los canales. Una vez dentro, una bóveda subterránea desaparecía en las alturas y de ella colgaban enredaderas y maromas de hongos fibrosos. Murciélagos lanudos perseguían el eco de sus chillidos y navegaban la maraña que brotaba de la oscuridad, cazando polillas reina y sombravispas. Más arriba, breves destellos luminosos, las reacciones químicas de líquenes y demás flora desconocida.

Téleso, uno de los primeros mandamases —el cargo que ostenta el líder de Los Abandonados—, dijo de Hogar que era el sueño de cualquier pirata. No debía andar desencaminado. Durante décadas, Los Abandonados habían acumulado las riquezas de mil saqueos y robos. Todo estaba cubierto de cojines, cortinas y telas estampadas que en su día adornaron el palacio de

algún mercader venido a menos. El mobiliario andaba disperso, con la misma coherencia en organización y estilo. Aquí y allá disponían divanes y butacas, un teatro de títeres, un escenario y un toro mecánico que dejó de funcionar o quizá no lo hizo nunca. No se veían camas ni nada parecido, tan solo algunas hamacas, colchones y mantas y sábanas entre biombos y aparadores rotos; sillas cojas, barriles de vino serrados por la mitad, mesas de juego, restos de una máquina voladora y una bala de paja con sombrero saetada hasta la descomposición. Cien velas ardían sobre una mesa gigantesca cubierta de sebo. En varios pebeteros humeantes, crepitaba madera vieja al arder. Sin embargo, lejos de lo que debería, la estancia se encontraba bien iluminada y la claridad se reflejaba en las paredes y proyectaba una atmósfera cálida e incluso bochornosa.

Un chico y una chica rezongaban sobre los cojines, medio adormilados, mecidos en los brazos de la embriaguez. Cerca, un cilindro de cera chirriaba en un gramófono. Del gran cono metálico brotaba música enlatada. Sonaba la apertura al segundo acto de la ópera *Invierno en Larasó*, de Jübesk, y ambos canturreaban con los ojos cerrados y una sonrisa bobalicona. Se llamaban Vae y Darq'Ab, y ostentaban el cargo de aprendiz, aunque Darq'Ab cumpliría quince años pronto y ascendería a compañera. Era una chica desgarbada, aunque llena de energía, con una voluminosa melena rubia cuyos rizos se enredaban en trenzas desiguales, ojos claros y nariz pequeña, bajo la que nacía una cicatriz que rompía el labio superior. El haragán junto a ella era Vae. Moreno y algo más pequeño, en edad y en tamaño. Hurgaba en la nariz y después limpiaba los dedos en la pechera de un chaleco de tela basta, remendado con parches y botones sin utilidad alguna. Pelo negro, cejas negras, ojos negros y los dientes más blancos jamás vistos en Bocaceniza. Ambos vestían el fajín rojo que distinguía a Los Abandonados; todos los miembros de la banda lo hacían, era su uniforme y salvoconducto. Entre ellos, descansaba un cuenco de metal repleto de resina de bok, como dátiles pringosos, y una elaborada pipa de agua de la que brotaban varias boquillas humeantes.

No tenían prisa. El tiempo había perdido cualquier definición.

Darq'Ab suspiró y se estiró de forma felina. Los dedos de los pies se le retorcieron con vida propia.

—¿Sabes una cosa? —preguntó a su compañero.

El otro abrió los ojos, pero no contestó.

—Si tuvieses que elegir —continuó ella—, ¿preferirías morir de lepra o de arufa?

Vae sonrió y aceptó el juego.

—Vete a la mierda —dijo, alargando las vocales—. Ninguna de las dos.

—No —Darq'Ab apretó los labios—. Lo digo en serio. Si tuvieses que elegir, ¿con cuál te quedas?

—No sé.

—Es una decisión jodida, ¿verdad?

—¿Tengo que elegir?

—Sí.

Vae rumió la respuesta.

—Creo que ninguna —replicó—. Me subiría al Puente de Plata y saltaría de cabeza.

—Ya. Pero ¿con cuál prefieres contagiarte? —insistió Darq'Ab.

—Joder, tía. ¿A quién le importa?

—La lepra es asquerosa —argumentó ella—. Se te cae la carne a cachos y te llenas de costras. Lo sé porque lo he visto. Una vez fui a la leprosería de Fed.

—¿En serio?

—Hace mucho —explicó—. Antes del orfanato.

—Y ¿qué tal? Quiero decir... ¿Qué tal?

—¿Qué tal qué?

—¿Estuvo bien? —preguntó, resistiendo una carcajada.

—¡Vete a la mierda! —exclamó—. ¿Crees que era una visita de cortesía? ¿Que había ido a pasar el día?

—¡Y yo cómo voy a saberlo! Te fuiste a la leprosería, ¿por qué carajo fuiste? Es... Es bastante raro, joder.

—Me dijeron que mi padre estaba allí.

—Oh.

—Sí.

Guardaron silencio. Darq'Ab tomó una de las boquillas de la pipa y dio

una profunda calada. El dátil de bok que humeaba en la cazoleta se convirtió en una brasa ardiente. Expulsó el humo entre toses antes de exhalar un largo suspiro.

—¿Lo encontraste? —la interrogó Vae.

—¿A quién?

—A tu padre. En la leprosería.

—No pasé de la puerta.

Durante toda la conversación, chico y chica miraban a lo alto. Era como hablar solo, como si pudiesen charlar con alguien que no existía, una especie de confesionario para colocados. Hubo un largo silencio hasta que Darq'Ab se volvió y miró a Vae y el hechizo se rompió. De repente, fueron conscientes de la existencia del otro y de la suya propia, de sus pensamientos y sentimientos. Todo lo que estaba ahí brotó de la nada.

—No quiero quedarme preñada nunca —bisbiseó ella.

Vae se incorporó sobre un codo ante la repentina confesión de su compañera. Tenía los labios resecos por el bok y parpadeó varias veces, quizá para comprender el significado de aquellas palabras. Después torció la boca y se tumbó de nuevo a su lado, hombro con hombro. Se rascó las pelotas y cruzó las piernas.

—La arufa —anunció, finalmente.

En esta ocasión fue Darq'Ab la que se incorporó.

—¿La arufa? ¿En serio? —preguntó.

—Sí.

—Cagarías tus propias tripas.

—Sí.

—Qué asco —concluyó ella.

—Me hincharía como un globo y cuando ya no pudiese más me cagaría en el habladero.

Rieron a carcajadas.

—¡Todo lleno de mierda!

—¡Mierda y sangre!

—¡Ya nadie podría decir una palabra!

—En lugar de habladero, sería... ¡el cagadero!

De nuevo, un estallido de carcajadas. Rodaron a los lados, piernas en alto, manos al pecho y a la barriga. Pasó un breve instante infinito en que las risas se apagaron con un petardeo de chimenea sucia, de fábrica de espasmos. Suspiros. Silencio.

—¡Eh! ¡Vae! ¡Darq'Ab! —gritó alguien.

Frente a ellos apareció un chico bajo aunque robusto, el pelo negro, las cejas gruesas y los ojos grises de tigre, la boca grande, el cuello ancho. Vestía una camisa raída, sin mangas, que dejaba al descubierto los brazos. El pantalón remendado, anudado a las rodillas con un cordel azul, el mismo que enroscaba en torno a las pantorrillas desde las albarcas.

—Hola, Yiel —dijo Darq'Ab. Su compañero saludó con un gemido desganado.

—¿Habéis visto a Adaxas? —los interrogó el recién llegado.

—No. Quiero decir, sí —respondió Vae, desperezándose—. Salió con Burr y Zaid. Dijo que sabía de dónde sacar una lente para el ojo de Zaid. Que hay que arreglarle lo de la ceguera cuanto antes. Yo creo que es porque hace tres noches topó con él al girar una esquina en Pasadera; lo tomó por un intruso y casi lo mata. ¿No has visto el moretón en la cara de Adaxas? Se llevó un buen sopapo.

—¡Típico de Zaid! ¡Qué idiota! —rio Darq'Ab.

—¡Sí, seguro que fue muy gracioso! —saltó el otro.

—¡Callad! ¡Esto es serio!

La voz de Yiel era vinagre que salpicaba en los ojos.

—¿Por qué?

—¿Qué ocurre? —preguntaron.

—Ocurre que han matado a Sorana.

Fue esa palabra, la que empieza con eme y acaba comida por los gusanos, la que los espabiló. Los ojos de Vae y Darq'Ab y sus bocas y orejas se abrieron y todo lo otro se cerró.

—La han matado, joder —repitió Yiel con gesto amargo—. Está muerta.

—¿Quién? ¿Có... cómo? —Saltaron al frente. Manos a la cabeza, a la cadera, a los bolsillos, a cualquier parte.

—¿Quién va a ser? Los Tecnos —explicó Yiel—. Los Tecnos, joder.

Estaba hecha papilla. Parecía que la hubiesen masticado y escupido. Hijos de puta. ¿Dónde está Adaxas?

—Ya te lo he dicho. Ha salido con Zaid y Burr en busca de chatarra. No sé nada más. —Vae daba vueltas y repetía para sí mismo—. Joder, han matado a Sori, la han matado.

Yiel dio con el puño en la palma de la mano.

—Mierda, hay que llamar a todos al habladero —dijo—. Tenemos que convocar a las otras bandas y buscar alianzas. Aunque sea a Las Ratas y también a Los Fogoneros.

—Y a Los Mordedores y a Los Hijos del Pan... —propuso Darq'Ab.

—Los Hijos del Pan no moverán un dedo por nosotros si no es para ganar una mano entera —replicó Yiel. Después se pellizcó el mentón.

—Estamos jodidos.

—¿Dónde está Adaxas? —insistió Yiel.

—¿Otra vez?

Yiel saltó hacia ellos, enfurruñado y fuera de sí. Se apartaron al tiempo que una patada lanzó por los aires la pipa, ceniza y algunas piedras de resina encendidas en brasa.

—¡Joder! —gritó. Colocados de bok, los otros fueron incapaces de hacer nada—. ¿Por qué no está aquí? ¡Maldita sea! ¡Id a buscarlo!

—¿Nosotros? —balbuceó ella—. ¿Adónde?

—No puede tardar, Yiel. Cálmate —dijo Vae, lívido y sudoroso.

—¡Idiotas!

Tres chicos más aparecieron al escuchar los berridos. Vestían harapos y eran más jóvenes, con diferencia. Uno de ellos, apenas un retaco tullido que se manejaba sobre calzas de madera con los brazos, balanceando unas piernas escuálidas e inservibles a cada paso. Sin embargo, se le veía enfadado, con una arruga en el cejo. De cintura para arriba, parecía el forzudo de algún bizarro espectáculo en miniatura, de esos que comen clavos, doblan barras de acero y tiran de un carro cargado de leña, aunque en la mitad de espacio. Se adelantó dispuesto a preguntar, pero los otros se cruzaron en su camino y él se abrió paso a empujones y codazos, refunfuñando sus derechos.

—¿Qué pasa?

—¿Qué ocurre, Yiel? —preguntaron.

—Salid todos y dad la alarma —explicó—. Vamos a convocar una reunión para esta noche. Buscad a Adaxas y a los otros.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Es una orden!

Los chicos tropezaron y Darq' Ab los empujó hacia fuera.

—Vamos —los apremió—. ¡Vamos!

Yiel los observó salir en tromba. Se llevó las manos a la cabeza y labró el pelo con los dedos antes de dejarse caer en los cojines. Gruñó un mordisco a la nada, una queja con aspecto de advertencia. Conocía bien el significado y las consecuencias de lo ocurrido. Torció la mirada a un lado y la mandíbula al otro. Se sumergió en el silencio y se cubrió el rostro con las manos. Guerra de bandas. Era inevitable. Su segunda guerra. Ya hacía siete años de la primera y única. Recordaba una pelea en Jardín Cerrado. Él no era más que un niño, como la mayoría de los que estaban allí. Púberes de dientes sucios, uñas rotas y mal aliento, armados con cuchillos, palos y venéreas. La escoria de la ciudad exterminándose a medianoche.

Todo comenzó cuando Las Ratas declararon la puerta oeste del bazar de su propiedad. En realidad no habían hecho mucho más que dedicarse a vaciar bolsillos y robar los carromatos de los mercaderes, pero ninguna banda podía actuar en el bazar o cualquiera de los mercados. Era una de las normas no escritas que declaraban algunos lugares como zona neutra y, aunque nadie lo diría, las bandas se toman las normas muy en serio. Por aquella época, Las Ratas tenían un jefe muy ruidoso: un niño llamado Loro de Tres. La banda, que no era muy peligrosa en pequeños grupos o fuera de su territorio, disponía de dos buenas ventajas: el número y su edad. Nadie desconfía de un mocoso de seis u ocho años, pero la cosa cambia cuando son treinta los que se te tiran encima. Más de un incauto burgués acabó desvalijado por una turba de raterillos suplicantes y, en alguna ocasión, con los muslos cosidos a puñaladas.

Cualesquiera que fueran los pormenores de la disputa —Yiel hacía pocos meses que había entrado en Los Abandonados—, aquella noche se arregló un encuentro en un jardín reservado a los discretos manoseos de enamorados. Se

presentaron muchas ratas. Con su aspecto frágil, el pelo revuelto, la ropa raída y un calcetín de cada color. Yiel había oído hablar de ellos, de los pequeños filos cortantes ocultos en la ropa, sus trucos y trampas, de la falsa inocencia que mata y muere. Loro de Tres acudió con espíritu negociador. Gran error.

Los Abandonados ejercieron como aliados de otras dos bandas que pretendían dar un escarmiento a Las Ratas y poner las cosas en su sitio. Con ello ganarían territorio, influencia y esas cosas que pueden salvarte la vida en la calle. Mucho se habló de lo inconveniente de aquella alianza y de que esa noche fijaron sus ojos en ellos Los Tecnos. Yiel se sintió un pipiolo cuando aparecieron Los Embaucadores del muelle seis. No fue el único. Ellos convocaron la batalla porque suyo era el agravio con Las Ratas. Mayores que Los Abandonados, mucho mayores. Llegaron con sus gabardinas impermeables y botas gruesas, arremangados, los brazos tatuados, volteando cadenas y garfios marineros. Eran tipos de pocas palabras, que guiñaban un ojo cuando fumaban en pipa. Le parecieron imponentes y peligrosos. Todavía no había visto a Los Tecnos.

Cabeza de Lata —el líder de Los Tecnos— ya era un mastodonte de músculo y metal por aquella época. La cara era lo único humano que conservaba de hombros para arriba. Remaches y grapas recosían la piel a un cilindro del que brotaban cables y grifos que petardeaban antes de expulsar líquidos y humores viscosos. En el cuello, un buche venoso se hinchaba con cada respiración. Los brazos, cubiertos de séfiras y a los que asomaban bornes y bobinas, no encajaban en el cuerpo; sacudía los puños con repentinos espasmos y bramaba como un toro antes de embestir. Lo acompañaban solo dos de los suyos —quizá una demostración de fuerza o menosprecio a la de su adversario, quizá ambas—. Hombres que ya no lo eran. En eso consistía ser un tecno. La mayoría comenzaban a modificarse al trabajar como guardaespaldas, sicario o cobrador de deudas. El final era el mismo para todos: *queso frito*. Así lo llamaban porque sin venir a cuento apestaban a cortocircuito, a quemado. Después, cualquier cosa era posible. Con suerte, se volaban los sesos o saltaban por una ventana, aunque a veces mataban a todos los que se cruzaban en su camino. En ese caso, si los capturaban con vida, eran sometidos a reeducación y los convertían en síndicos para que matasen con el

beneplácito de la ley. Como fuese, al final todos se averiaban. Eso incluía a Zaid, aunque a nadie le gustaba pensar en ello.

Yiel apretó los ojos y tragó saliva. Aquella noche en Jardín Cerrado vio a un tecno levantar dos niños y chocar sus cabezas con tal fuerza que reventaron como fruta madura. Algunas imágenes no abandonaban su memoria y permanecían allí, como una llaga que no cura. En plena batalla encontró a una niña frente a él, sucia y roñosa. Fue una pelea ridícula, sin épica alguna. La acuchilló en el costado y la navaja quedó atascada entre las costillas. Recordaba su expresión de pavor, arrastrándose por el suelo, huyendo de él. Yiel intentó recuperar la navaja, pero no hubo manera de sacarla y al final desistió y la observó alejarse entre cadáveres y heridos. Esa cara le perseguía desde entonces, también el hedor. No pudo sacárselo de la nariz en una semana. Y la sangre coagulada bajo las uñas, eso tampoco.

—¿Qué ocurre? —preguntaron de repente.

Yiel abandonó la ensoñación.

Adaxas apareció sobre una montaña de escombros. Descansaba una pierna en un capitel destrozado y se apoyaba en la rodilla. Era alto y su rostro se esbozaba con el mismo trazo que el cuerpo, de marcadas líneas rectas, como dibujado durante un ataque de rabia. Destacaban los hombros, los pómulos y el mentón. En lo profundo, sus ojos eran verdes, grises y verdes otra vez. Era el mandamás, sí. Y no el primero ni el último en ostentar el mando. Antes que él mandaba Zaman —hasta que la mató Cabeza de Lata—, y antes fue Arboran —que se retiró para regentar una casa de putas en el barrio de La Muralla—, y todavía antes fue Goriolo —que se casó y murió ahogado en su propio vómito la noche de bodas—, y antes hubo más, muchos más; chicos y chicas que jugaban a sobrevivir, a continuar vivos hasta que llegase el turno de la muerte y sus dados trucados. Adaxas tenía diecinueve años, dos más que Yiel, y aquel era su último año como mandamás. No estaba permitido superar los veinte. Era parte de El Reglamento. El momento de abandonar la banda y ceder el testigo. Yiel, que ostentaba el grado de jefe, sería elegido por los otros —con toda probabilidad y sin oponentes a la vista— y ascendería a mandamás. Apenas faltaban tres meses.

—¿No lo sabes? —preguntó Yiel.

Adaxas levantó el puño en que culminaba su brazo derecho y señaló a un lado. Nadie sabía cómo perdió la mano. Ni siquiera Yiel, que lo conocía desde mucho antes de ingresar en la banda, había descubierto su secreto. Cubría la cicatriz con un brazal de cuero y unas correas que anudaba al codo. Aparecieron Vae y Darq'Ab y los otros, toda una colección de ojos espantados, congoja y furiosa determinación.

—Sí, lo sé —respondió Adaxas. Yiel asintió, recogió una rodilla y reposó una mano flácida sobre ella.

Ambos líderes no dijeron una palabra más. Habían pasado años desde que Los Tecnos mataron a Zaman. Sabían lo que significaba eso y la simple sombra de la guerra lamía sus temores más ocultos. Desde el asesinato de la anterior mandamás, habían vivido una frágil tregua —una retirada continua, en realidad—. Los Abandonados no podían enfrentarse a Los Tecnos, es algo que sabía Zaman y que enseñó a Adaxas y Yiel. Su fuerza residía en la inteligencia y las alianzas. Por eso intentó tener una relación cordial y de respeto mutuo con las otras bandas de Paraíso. Se reunió con Los Mohicanos, hizo presentes a Los Fogoneros y también a Los Saltatejados de Buenavista. Incluso cedió parte de su territorio a Las Niñas Tristes. Fue una buena estrategia hasta que Cabeza de Lata la mató. Adaxas se convirtió en mandamás, se retiraron a Hogar y evitaron topar con ellos. Aunque, a veces, los problemas avanzan como un dragón de tierra que devora la roca a su paso y provoca terremotos y cataclismos sin que nadie pueda evitarlo. En aquel momento, el suelo temblaba bajo los pies de Los Abandonados.

Adaxas se acuclilló frente a él y Yiel apoyó la mejilla en su propio hombro. Conocía ese gesto. Había hierro en sus ojos de hierro, una acusación velada. Adaxas leía sus pensamientos porque Yiel era un hermano para él. Lo rescató de la mugre cuando no eran más que niños y Zaman los sacó de la calle, les dio una familia, unos principios y Hogar. Pero Zaman murió y Los Tecnos habían vuelto al ataque.

—¿Y bien? —preguntó Yiel, con la boca pequeña. Extendió un poco los dedos, en forma de abanico, como si mostrase algo tan obvio frente a él.

—Convoca al habladero —dijo Adaxas—. No quiero a nadie en las calles esta noche.

—¿A nadie? —preguntó, lleno de sarcasmo—. Las calles están vacías, Adaxas. Ya no son nuestras.

—Convoca al habladero. —Adaxas miró atrás y bajó la voz—. Ahora no es el momento.

—¡Nunca es el momento! Te lo dije cuando robaron la recaudación a las chicas de Mali y no hicimos nada por protegerlas. Insistí cuando dieron una paliza a Vae. ¿Y ahora? ¿Qué estás esperando? ¿El momento? ¿El momento de qué? Nos pasamos los días fumando, bebiendo y jugando a *saquas* en los amarres. ¡Vosotros! —Se puso en pie de un brinco y señaló a la multitud de chicos y chicas que observaban en la distancia—. ¡Vivís una vida que no es vuestra!

—¡Basta! —Adaxas impuso su autoridad y se dirigió a Los Abandonados—. ¡Os juro que habrá venganza! ¡Que la carne se paga con carne y el dolor con heridas!

Todos gritaron y aullaron, puños en alto, aunque sin mucho convencimiento. Adaxas ignoró la mueca tensa de Yiel y lo tomó por el hombro. En ese momento, cuando sus ojos se encontraron, se convirtieron en aquellos andrajosos niños que hurgaban en los desperdicios y esquivaban a los síndicos. ¿Por qué sobrevivieron? ¿Por qué fueron ellos y no otros los que evitaron la disentería, el cólera, la arufa y la sarna? ¿Por qué pasaron de largo los buscadores de sebo, los caníbales de las cloacas, violadores, esclavistas y simples sádicos asesinos? ¿Fue la suerte? ¿La fría probabilidad? Nadie puede vanagloriarse de eso. La vida en las calles es cuestión de matemática divina. Y allí están ellos, en Hogar, como supervivientes y líderes de una banda, amos de una pequeña porción de Paraíso. Yiel bajó los ojos y salió hacia el habladero con el evidente fastidio a cuestas. Adaxas lo observó, resignado, brazos en jarras.

—¡Adaxas! —llamaron tras él.

Burr y Zaid habían regresado y no lo hacían solos. El gigantón cargaba una chica en brazos y todos los pequeños desarrapados formaron un corro que exclamaba su sorpresa alrededor. El semblante abatido de Adaxas se convirtió en la ceñuda y estricta máscara de mandamás.

—Puedo explicarlo —saltó Burr, al instante—. Puedo explicarlo.

Burr detuvo a Zaid y llevó a Adaxas aparte. Las herramientas tintineaban en el interior del abrigo. Miró sobre el hombro y, cuando parecía que iba a comenzar su discurso, titubeó y caviló bien las palabras. Burr ostentaba el rango de maestro y era el mecanista de la banda. En su juventud estudió en un monasterio y allí aprendió los secretos de las séfiras matemáticas, la forma en que unir la carne y el metal y cómo utilizar la Kamé en cualquier tipo de armatoste. Sin embargo, su vocación se esfumó con el licor de nuez y la mala cabeza de un corazón apasionado, así que acabó en las calles, perseguido por las deudas y la Inquisición. Desde entonces había ejercido como mecanista de Los Abandonados. Adaxas era el cuarto mandamás al que servía. Cuanto más envejecía, más se parecía Burr a los otros niños.

—Lo sé —añadió, intentando contener el visible enfado del mandamás—. Sé lo que estás pensando.

—¿Quién es esa y por qué está aquí?

—Es... —dudó el viejo mecanista—. La encontré en la calle. Dice que se llama Kemi y es esclava.

—¿Te has vuelto loco? —Adaxas dio un manotazo al aire—. ¿Acaso no recuerdas las normas?

—Por supuesto que lo hago, Adaxas. No levantes la voz, por favor. —Burr lo tomó por la camisa, disculpándose entre murmullos y sin apenas despegar los labios—. Date la vuelta y sonríe porque esa chica es tan esclava como yo abstemio.

—¿¡Qué?! —exclamó Adaxas—. ¿Cómo lo sabes? ¿Y qué me importa a mí?

—Te importará, créeme. Esa ropa, aunque sucia y harapienta, la he visto antes. Es la que utilizan los sacerdotes para sus rituales. ¡Ja! No puede engañarme, no a mí. Hazme caso, Adaxas, es una mujer sagrada.

Se volvieron hacia Kemi. Los niños daban saltos para tocarla y Zaid la ponía fuera de su alcance. La chica permanecía casi inconsciente en el nido que formaba la mole de músculo y metal que era Zaid. Su boca era pequeña y fina, como la nariz; la piel, aceitunada, y los ojos, incluso cerrados, se veían grandes y almendrados. El mandamás no necesitaba la insistencia de Burr, así que plantó el muñón en el pecho del viejo parlanchín.

—Dime que es una broma. —Era una orden sin serlo, un temor hecho palabras.

Burr parpadeó, como si despertase de repente a la realidad.

—Lo siento, Adaxas —balbuceó.

—Mierda, Burr, ¿qué has hecho?

—Pero... yo... —El viejo se explicó a trompicones, casi intentando convencerse a sí mismo—. Dijo que...

—¿Qué dijo?

—Dijo que... —Burr titubeó y desvió la atención una vez más al jolgorio de los otros. Cuando regresó al mandamás, tragó saliva y levantó los hombros—. Que tenía que encontrar al manco y yo pensé...

Adaxas abrió tanto los ojos que las cejas se le vinieron arriba.

—Lo juro. Dijo eso y me pareció muy extraño y, claro, sus ropas. ¡Mira sus ropas! Es una mujer sagrada, estoy seguro —explicó de forma atropellada—. A veces, los ciudadanos entregan al templo a una de sus hijas a cambio del favor del sumo sacerdote.

—¿Tiene un harén o algo así?

—No, no, para nada —aclaró—. Las desmenuzan en rituales que duran semanas hasta convertirlas en otra cosa. Son... ¿Cómo explicarlo? Son piezas. Se unen a Kébemon y pasan a ser parte de él y sus mecanismos. Es una metáfora... Son fanáticos. Ya sabes.

—Genial, Burr —estalló Adaxas—. ¡Genial!

—Lo siento. Yo... —balbuceó—. No sé en qué estaría pensando. Pero dijo...

—Ya sé lo que dijo, Burr —lo cortó—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No la quieres con nosotros, ¿verdad? —preguntó con reparo.

—¡No, Burr! —exclamó el mandamás—. ¡No la quiero con nosotros!

—De acuerdo. Comprendo. —Caviló—. Podemos negociar un rescate o pasarla a otros. Cualquier fabricante de cuerpos te la comprará a buen precio. ¿Sabes cuánto podemos sacar por una de estas?

—¿De qué estás hablando? ¿Venderla? Burr, ¿has perdido la cabeza?

El viejo mecanista se ruborizó y bajó la mirada.

—Perdón. Estoy un poco nervioso últimamente, Adaxas —confesó—.

Apenas duermo bien y...

—No traficamos con personas —escupió Adaxas—. Ya conoces El Reglamento.

—Tienes razón —dijo Burr—. Como siempre, tienes razón... Pero un rescate, sí. Déjame que envíe a alguno de los pequeños a poner la oreja en las tabernas de los amarres. Buscamos un intermediario y cobramos una parte. Es un buen negocio, jefe.

—Extorsionar ciudadanos... —masculló al tiempo que se pellizcaba el puente de la nariz—. No quiero más problemas. Por favor...

—Problemas —bisbiseó mientras registraba los bolsillos en busca de la petaca—. Todo son problemas. Sí. Y yo no ayudo. No ayudo. ¿En qué estaría pensando? Viejo tonto. Pero es que dijo... Lo dijo, es cierto, y yo pensé... No sé lo que pensé, pero me hizo gracia.

Adaxas resopló y agitó una mano frente a los balbuceos del viejo.

—No es el momento, Burr —murmuró. Burr cayó y levantó las cejas al reconocer el dolor en la saliva de su jefe—. Los Tecnos han matado a Sorana. Habrá guerra.

Abrieron una ventana entre la casa de Dios y la del Gobierno. Después, una puerta. Finalmente, derribaron los muros y adoraron ídolos a su imagen y semejanza.

MABEL BANDO
Despertar en Paraíso

Un consejo

El zigurat no era solo un barrio rico sobre una montaña escalonada, representaba el ascenso al reino de lo divino, algo inalcanzable para todos aquellos que lo contemplaban desde la periferia urbana. Calles, jardines colgantes y viaductos, liceos y negocios de los más exquisitos mercaderes se desplegaban en vertical en el muro exterior. El agua recorría libre los diseños geométricos de los bajorrelieves. Avenidas arboladas se adentraban en su cuerpo, iluminadas por fanales de Kamé que daban a la piedra dorada un tono celeste. En el corazón hueco, un pozo circundado por apartamentos, balcones, elevadores y escaleras infinitas que comunicaban patios y plazas abovedadas bajo un cielo de espejos. Era la imagen del bienestar y el progreso.

A medida que el visitante lo escalaba, los prósperos comercios dejaban paso a palacios y bancos que guardaban la riqueza de Paraíso. Torres y minaretes coronados por cebollas de cristal, fachadas de piedra pulida hasta

semejar hielo, campos de cerezos, ríos y cascadas artificiales en las que carpas saltadoras trepaban la espuma. La arquitectura de la soberbia y la codicia. Y silencio. Al asomarse a las balconadas de los atrios flotantes por primera vez, la grandeza de Paraíso lo tomaba a uno por las tripas; la ciudad se extendía allá abajo y a lo lejos, hasta el horizonte. El tumulto desaparecía al darle la espalda y también los hedores, la contaminación y el polvo del camino. Entonces, solo entonces, se comprendía la verdad: la decadente y superpoblada urbe, abandonada cual animal moribundo que lleva a cuestas la maloliente carga de la muerte, era el abono sobre el que germinaba la opulencia. Sí, abajo y a lo lejos. La visión se convertía en un regusto agrio y traicionaba la sonrisa con la que uno descubría la realidad.

Tras el Arco de la Victoria comenzaba la Carrera de los Reyes, una gran avenida que circundaba el perímetro hasta la cumbre. Se hacía grande a sí misma sin disimulos, sin medida, porque la medida es de cobardes y afeminados. Enormes pinos negros se retorcían en posturas incómodas y, cada poco, esculturas de reyes, reinas y cónsules del pasado. Tras el monasterio de los palabreros y sus novicios encadenados, llegaban los ministerios: el de Fuego, el de Aire, el de Fe y el de Arte; palacios de piedra que succionaban la vida del zigurat. Sin embargo, llegado el momento, aparecía la primera estatua de un ministro y después otra y otra y un mercader rico y otro; los reyes dejaban paso a próceres y comerciantes que compraron la posteridad lapidaria. En la cúspide, el templo se rodeaba de columnas y, sobre cada una, un capitel de oro y un titán que soplabo una fanfarria hacia la cúpula, resplandeciente por los excedentes de la producción de Kamé, la energía que movía el motor de la ciudad entera.

Muy pocos tenían el privilegio de subir tan arriba. Las avenidas estaban desiertas y lenguas de polvo corrían de un lado a otro. Tanta piedra tallada y amontonada para los ojos de unos pocos. Casi en la cima, en la explanada del Ágora, estaba el Mecavox, la casa del Gobierno. Un edificio de mármol rosa jaspeado y columnas azabache, con mil ventanas diminutas, una por cada funcionario. Adosado al muro principal del zigurat, las figuras de animales mitológicos vigilaban desde el friso con ojos muertos, todo muerto. Dentro, en una cámara anexa al Parlamento de la Zuyab, diez hombres se reunían en torno

a una mesa.

El Consejo de Ministros se celebraba en una sala rectangular de paredes desnudas. El techo demasiado bajo, casi como el de un sótano, que dejaba poco espacio para cualquier cosa, como una amenaza omnipresente. A un lado, un enorme hogar en que crepitaban troncos sobre un lecho de brasas. Unas pocas lámparas formaban burbujas de luz añil. El destello de la Kamé competía con las tenues llamas y dibujaba una amplia frontera etérea donde los colores se transformaban. Silencio. Ni una palabra. La mayoría de los presentes se arrebujaba en sus espléndidos ropajes y la carne desaparecía entre pedrería y marta cibelina, bajo turbantes, bandas de seda y alfileres dorados.

—¿Y bien? —dijo el hombre que presidía la mesa. Tamborileó con los dedos sobre el tablero y esperó durante un largo minuto. Los ojos iban de un lado a otro, como un insecto que corretea en busca de un lugar en que ocultarse. Finalmente, sucumbió con un bufido en la butaca—. De acuerdo. Así sea. K'Tala, Qwyn y yo mismo asumiremos el encargo de este consejo y llevaremos la noticia de la fuga de Midkemia ante el cónsul y sumo sacerdote.

Paladeó sus propias palabras con amargura y exhaló un largo suspiro.

—Se levanta la sesión —concluyó con un murmullo.

Una avalancha de sillas arrastradas y excusas entre dientes arrolló sus palabras. Tanta prisa por desaparecer indignó más si cabe al primer ministro. Las mejillas se le arrebolaron y negó con la cabeza.

Su nombre era Nimbará. Recibió muchas críticas cuando fue nombrado primer ministro. Dijeron que era demasiado joven para el cargo y poco curtido en política —había aterrizado en la Zuyab apenas dos años antes—. Bien parecido para andar en tribuna y más que de sobra para ser el centro de atención cuando entraba en el Parlamento. Todo él era un doble filo: la nariz, el mentón, los ojos claros, dedos finos, voz cadenciosa y seductora, maneras de aristócrata ladino. Nimbará no pretendía llegar tan lejos, francamente. El partido de los mercaderes lo fichó cuando comenzó a despuntar entre los jóvenes industriales de la ciudad. Su familia hizo una fortuna al establecer la producción en línea y el triple turno en sus fábricas. Era lo que viene a conocerse como un tipo carismático y eso siempre va bien a la colección de

vejestorios y momias millonarias de los mercaderes. Llegó como lo que era: una cara nueva para una nueva forma de hacer política, la que gustaba entre los que gustan de pocos cambios. Y él, a fuerza de escucharlo, lo creyó. Por lo menos, al principio.

—Tú no, K'Tala —ordenó Nimbará con un movimiento blando de la mano—. Quiero hablar contigo.

La tromba de ministros y secretarios se detuvo en la puerta, miraron al susodicho apenas lo suficiente como para sacudirse cualquier responsabilidad o culpa y desaparecieron con un murmullo apurado a cuestras. La doble hoja se cerró frente al ministro de Fuego, que la contempló durante un instante y se volvió con un taconazo. K'Tala era un comandante del ejército que, llegado el momento del retiro, cambió los campos de batalla por una oficina con balcón y coche oficial. Nimbará estaba seguro de que se arrepentía de aquella decisión cada mañana. El ministro de Fuego vestía un uniforme de caballería negro, con charreteras y filigranas carmesí en los puños. Medallas y condecoraciones destellaban en el pecho. Al volverse, quedó plantado, casi en posición de firme, con una mano a la espalda mientras la otra jugueteaba con los botones dorados de la casaca.

—¿Sí? —dijo con una voz cavernosa y rasgada, propia del militar que era.

Nimbará alzó la vista y suspiró. A esa distancia, las sombras y luces de la chimenea jugaban en el rostro del ministro. La parte izquierda de su cabeza, de coronilla a quijada era una mancha rosada de carne recosida y piel tensa como un tambor; sin ceja ni oreja, tampoco párpado, y una cavidad donde debería estar el pómulo. Sin embargo, lo realmente molesto para el primer ministro era el ojo de cristal, insomne, siempre fijo al frente, y del que brotaban a menudo pequeñas lágrimas que el ministro recogía con un pañuelo de tela que guardaba en la manga. «¿Cómo diablos sobrevivió a eso? —pensó—. Es como si le hubiesen disparado a bocajarro una caja de clavos.» Saltó de la butaca y caminó hasta un pequeño aparador.

—¿Una copa? —ofreció, y, ante la sorpresa de K'Tala, se explicó—. Hice que me trajesen un par de botellas. No es el mejor sitio para organizar una fiesta, pero ya sabes...

K'Tala asintió y Nimbará sirvió dos vasos de licor dorado. Después

caminó hasta él y se lo tendió con una sonrisa.

—Descansen —dijo, pero K'Tala no pareció entender el chiste y él carraspeó.

Anadeó hacia el hogar. Sintió el calor en las rodillas. Las brasas refulgieron en sus ojos. Se volvió y lo apuntó con la mano en la que sostenía la copa.

—Yo no te caigo bien, K'Tala —confesó. El ministro de Fuego abrió la boca, pero Nimbará lo interrumpió—. Espera, espera. Es cierto. ¿Para qué ocultarlo? No importa. Tú tampoco eres mi tipo, pero estaremos de acuerdo en que vamos a tener que dejar los gustos aparte si queremos salir de esta, ¿me equivoco? ¿Te molesta la sinceridad? Espero que no porque voy a ser sincero y quiero saber si vas a poder soportarlo.

K'Tala se llevó la copa a los labios y bebió un sorbito. Entrecerró el párpado al hacerlo mientras el ojo de cristal permaneció fijo en él. Nimbará lo tomó como un gesto afirmativo y exhaló. Resultaba turbador aquel rostro partido, como si se enfrentase a dos interlocutores: un humano y otra cosa.

—De acuerdo... —musitó antes de sonreír. Era algo que hacía muy bien—. ¿Sabes? No confío en todas esas gallinas emplumadas que acaban de poner pies en polvorosa, y me juego mi testículo sano a que tú tampoco. Estoy en lo cierto, ¿verdad? Nos venderían sin dudarlos con tal de salvar el pellejo. Más que probablemente ya nos están buscando un sustituto y, si te digo la verdad, me gusta ir un paso por delante de los acontecimientos. En ese sentido, tú y yo no vamos a ser los mejores amigos del mundo, pero tenemos algo en común: no somos como ellos.

K'Tala dio un nuevo sorbito y asintió.

—Eres un hombre de pocas palabras... —musitó Nimbará.

—Ahora todos piensan que conspiramos —dijo el viejo comandante—. No ha sido muy inteligente por tu parte.

—Me gusta saber lo que piensan los otros.

K'Tala esbozó algo parecido a una sonrisa y el primer ministro se relajó y supuso que lo había llevado a su terreno, quizá.

—Nos la han jugado bien, ¿verdad? —continuó—. Tú, yo y ese idiota de Qwyn tendremos que dar la cara por ellos. Con suerte salvaremos el pellejo.

Quizá mañana estemos muertos, ¿quién sabe? Eso es lo que quieren, ¿no te parece?

—Puede ser.

—No seas tan diplomático —afirmó con complicidad amistosa—. Eres el ministro de Fuego. Puedes permitirte comentarios flemáticos y algún arrebató de ira de vez en cuando.

—Nimbará, no pretendas salvarme, ¿de acuerdo? —replicó, con un tono seco y tenso que pretendía ser irónico—. Incluso si algún día me encuentras en el suelo, desangrándome y con las tripas en la mano, o escuchas mis gritos de auxilio en el río, en cualquier supuesto que puedas imaginar por extraño e improbable que te parezca, no se te ocurra salvarme.

—Vaya —musitó con la copa frente a los labios—. Te caigo realmente mal.

—Vosotros los burócratas no merecéis mi respeto. Yo tenía miles de hombres cogidos por los huevos. —Levantó el puño enguantado y mostró los dientes—. ¡Con esta mano!

—Me alegra saberlo, pero te equivocas. Ya te he dicho que tú y yo no somos como ellos. Me tienes por un burócrata, pero soy un hombre de acción —apuntó—. Mira a Hele, ahí tienes a Omeli. ¿Los has visto bien? Obesos, pederastas, adictos al vicio, corruptos hasta la médula... Venga, por favor. Sé juicioso. Podemos sernos de utilidad mutua.

El ministro de Fuego caviló un momento. Los músculos de su mandíbula se relajaron.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—No se trata de lo que yo quiero, sino de lo que es mejor para ti.

—¡Ja! —ladró el viejo militar.

—Sé juicioso, K'Tala, y tracemos un plan común frente a Kébemon —propuso—. Si no nos unimos por amistad, hagámoslo por enemistad común hacia Qwyn. Sé que no lo soportas. Dejemos que cargue él con el muerto. Aunque tú eres el responsable de la seguridad...

—No fue culpa mía.

—Lo sé. Pero la verdad es que el chico ha escapado.

—Alguien le ayudó.

—¿Ves? Eso es lo que quería oír. ¿Quién?

—Todavía no lo sé pero tarde o temprano lo descubriré. Tengo mis sospechas.

—¿Los monjes?

—Quizá.

—Ya. Pero ¿por qué iban a enfrentarse al sumo sacerdote y cónsul?

—Pregúntaselo a ellos.

—Está claro que Adoh y Orcades traman algo.

—Puede ser. Ahora ellos piensan que tú y yo también lo hacemos.

—Perfecto —saltó con desparpajo—. Quizá eso les lleve a tomar una decisión precipitada y desvelar su plan. Si es que lo tienen.

K'Tala dio otro sorbito a su copa.

—¿Qué fue lo que pasó, realmente? —El ministro de Fuego abrió la boca, pero Nimbará lo interrumpió—. Ya sé lo que pone en el informe. Ahórrate los tecnicismos. Me interesa la verdad detrás de los rumores.

K'Tala caminó hasta la mesa y dejó la copa. De forma marcial, sacó el pañuelo de la manga y se secó el ojo de forma delicada.

—Un síndico muerto y otro malherido... —continuó Nimbará con suspicacia—. Eso no lo hace un chiquillo como Midkemia.

—Estoy de acuerdo.

—Vamos... —lo apremió—. Tengo tantos espías en los otros ministerios como tú. Solo quiero saber si lo que dicen es cierto.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que los muertos regresaron de sus tumbas.

K'Tala se volvió y esgrimió de nuevo una sonrisa burlona y sádica con la mitad del rostro que no cubrían las sombras.

—Más o menos —dijo—. El único superviviente jura que su madre fallecida apareció y los atacó hecha una fiera.

—¿Y tú le crees? —preguntó Nimbará—. ¿No estaría colocado?

—Puede ser —replicó con desenfado—. Aunque lo encontramos casi desangrado y con la polla arrancada a mordiscos.

Nimbará guardó silencio más tiempo del que hubiera deseado. Finalmente, se obligó a apretar los labios y encogió los hombros.

—Joder —dijo.

—Sí.

En el hogar, uno de los troncos se partió en dos y un pequeño torbellino ascendió desde las ascuas. Nimbará miró su copa vacía, parpadeó y fue a servirse otra.

—¿Crees que han sido ellas? —interrogó al viejo comandante—. ¿Pueden hacer esas cosas?

K'Tala se sentó y fijó su atención en las llamas que habían brotado en la madera renegrida.

—Es posible.

Nimbará se estremeció.

—Por todos los mecanismos —musitó—, ¿a qué nos enfrentamos?

K'Tala, por primera vez, se acercó a él.

—Ni tú ni yo hemos visto nunca nada igual, Nimbará —confesó con un tono diferente, incluso la voz pareció más grave—. Las Kas no son de este mundo. Han intentado escapar desde que las encerraron para ordeñarlas como meras vacas. Las convirtieron en pilas mientras siguen soñando. Y a cada intento de fuga una de ellas ha muerto. Hace un siglo de la anterior Cósmosis y esta es la última...

—Lo sé —añadió él, circunspecto—. Sé lo que significa.

—Todo el mundo lo sabe. Por eso digo que no fue culpa mía —continuó K'Tala, que había recuperado la aspereza cavernosa de su discurso—. Midkemia no era un prisionero normal. Es una psiKa, elegida por ellas para liberarlas. Comparten su poder o eso creo. Por eso los monjes tienen competencias sobre ellas hasta que se complete el ritual.

—Entonces, fueron ellos. Los monjes.

—No lo descarto.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iban a dejar escapar a la última psiKa?

K'Tala dudó un instante y miró a otra parte.

—Kébemon tiene un plan para contener la Cósmosis y alargar el sueño de las Kas —dijo—. Mientras no despierten, Paraíso tendrá energía y baterías para seguir funcionando. Pero si eso no ocurre...

—De todas formas, hay algo que no me cuadra —apuntó el primer ministro

—. Midkemia como última psiKa. Creía que solo elegían mujeres para la misión. Todas las anteriores lo eran...

—Tiene tetas, ¿no?

—Sí, bueno, supongo —replicó el primer ministro—. Pero no es..., ya sabes, una mujer.

—También Kébemon lo pensaba y el ritual no miente. Kemi es el elegido.

—Vaya —masculló Nimbará, y exhaló—. ¿Y qué vamos a decirle?

K'Tala se sentó con un bufido agotado y apoyó los codos en los muslos.

—Lo dejo en tus manos —dijo—. Piensa en cómo vamos a salir de esta. Tú eres el primer ministro. Yo solo soy un soldado retirado.

—Me has dicho que no se me ocurra salvarte —replicó.

—Te será más beneficioso si no haces caso a esa orden en concreto, primer ministro.

El ministro de Fuego se puso en pie y sacudió las mangas de su casaca.

—¿Beneficioso en qué sentido? —lo interrogó Nimbará.

—Si no lo haces, te mataré —respondió, lacónico.

—Es un buen motivo, sí.

K'Tala sonrió otra vez, o eso interpretó Nimbará, y caminó hasta la puerta.

—Te veré en un par de horas, primer ministro —dijo, y tras una reverencia marcial, salió.

Nimbará apuró la copa de un trago para acompañar al disgusto. Se derrumbó contra el respaldo de la butaca y suspiró. Debía presentarse ante el cónsul y darle la noticia de que Midkemia, la última psiKa, se había fugado de prisión. A la mierda todos esos complicados rituales de los monjes y sus mecanismos sagrados. No había psiKa y podían prever el final. Era el gran colofón a dos semanas catastróficas. Las demandas populares de las asociaciones vecinales y sindicatos habían derivado en protestas diarias frente a las puertas del zigurat. La última cacerolada incluso se escuchaba desde su despacho, y eso que se encuentra en la zona más alta y exclusiva. Fue una protesta masiva en repulsa a la actuación de la guardia urbana dos días antes al desalojar una sentada frente al Ministerio de Oro. Y al parecer también sirvió de acicate para la huelga indefinida de los estibadores que secuestraba el comercio de la ciudad. Los problemas nunca vienen solos.

Kébemon era el decimoquinto sumo sacerdote y cónsul de la dinastía Jemení, la primera que unió el cargo de líder religioso y político en Paraíso tras la reclusión de las Kas. Ellas gobernaron la ciudad durante siglos hasta que los hombres dijeron basta y las convirtieron en una pieza más de sus necesidades de expansión sin límite. De ellas brotaba la Kamé y con la energía llegó el imperio y el poder. No necesitaron muchas más excusas. La Zuyab, donde se reunían los cuatro estamentos de Paraíso —clero, ciudadanos, artesanos y plebe—, quedó reducida a un Parlamento que legislaba para la élite, pues la plebe estaba sola en sus reivindicaciones. Energía, crecimiento, riqueza. Pero ¿por cuánto tiempo? Las Kas morían. De las siete originales ya solo quedaba una, y Kébemon se había entregado a una causa que sacase de la decadencia a Paraíso y había unido esa causa a él mismo. El clero y la aristocracia cerraron filas con él y su mensaje divino: el final de la última Ka no sería el final de Paraíso. Sin embargo, su lealtad se agrietaba a medida que entreveían el final y, con la Cósmosis, que proclamaba al joven Midkemia como psiKa, las cosas se aceleraron peligrosamente. O Midkemia la despertaba o ambas morirían.

Con la prioridad de salvación común, Kébemon había acumulado más poder que cualquiera de sus antecesores y se había hecho fuerte en el interior del zigurat. Ya no era hombre ni máquina, era otra cosa y, de la misma forma que necesitaba piezas, también reclamaba almas. Nimbará sabía, desde hacía meses, que caminaban al borde del abismo. Quizá por ese motivo le permitieron ser primer ministro. Se rumoreaba que estaba de paso, que sería un cargo de transición en manos de un títere de los mercaderes. Menospreciaron su potencial. Durante un tiempo creyó que estaba allí para gobernar, pero ni siquiera los políticos creían ya en el Gobierno. Llegados a este punto, la única excusa y razón de ser de cada decisión que tomaban aquellos que guiaban el timón de la ciudad era la salvación personal. Así pues, se dijo Nimbará: ante la hecatombe, las circunstancias obligan.

*La oración es la matemática del
mecanista.*

EVANGELIO MECÁNICO
Borimbanar el Ciego.

Palabras o disparos

A primera vista, la puerta pasaba desapercibida en un rincón oscuro del almacén, tras una pila de barriles cubiertos por sacos mugrosos. Adaxas sabía de las conveniencias de ocultar la armería y mantenerla en el difuso territorio de los rumores. Así se lo dijo Zaman en su tiempo: «Las armas son mucho más que herramientas. Viven en el reino de las ideas y como tales producen sus mejores frutos. El que desenfunda primero pierde siempre.» De todas formas, todos sabían lo que se ocultaba allí abajo, incluido el bobo de Yuri *Baboso*, que solo conocía tres palabras: Yuri, bueno y caca. Así que el resto de chicos y chicas apenas hablaban del tema y daban por hecho que la armería guardaba el arsenal de Los Abandonados a pesar de no haberlo visto nunca.

Las bisagras apenas soportaban el peso y el portón, que no era más que una plancha de moanto sobre maderos remendados, y se encallaba a mitad del recorrido. Zaid montaba guardia como una grotesca estatua de carne y hierro. Las lentes de su ojo mecánico destellaban de vez en cuando. Algunas gotas caían desde las estalactitas a los hombros. Quién sabe si tan siquiera era

consciente de que no era más que agua helada lo que recorría las cicatrices de sus músculos. Tras él, una fina rendija de luz iluminaba la habitación. Se escuchaba la voz de Burr en el interior.

—Tres espadas serrucho; ocho cuchillos, dos sin empuñadura; tres hachas largas; un bastón eléctrico; dos cañones de mano de seis disparos; un trabuco de válvulas en mal estado; dos retroballestas; munición y algunos juguetes sin importancia: cadenas, garrotes, porras y dos tirachinas. Las baterías andan un poco bajas; con suerte, suficiente para acabar la munición.

Burr acabó el inventario y dio con el gesto preocupado de Adaxas, que se pellizcaba el mentón y ocultaba el muñón bajo la axila contraria. La trémula luz de una lámpara de Kamé los iluminaba y teñía las paredes de morado y lila.

—No son muchas —añadió el mecánico, casi con apuro.

Adaxas contuvo un rugido y se acercó a la mesa. Levantó uno de los cuchillos y observó el filo roto y desigual. El óxido devoraba las hachas y el plumón de las saetas era una costra espinosa.

—Necesitan una puesta a punto —murmuró Burr.

—Y nosotros una armería nueva.

Adaxas ladeó la cabeza y observó el trabuco.

—Sí —intervino Burr antes de que Adaxas evidenciase lo inevitable—, es carcinoma.

Las cachas del arma estaban salpicadas de orificios que escupían un polvo ocre al sujetarlo en alto.

—¿Aguantará? —preguntó el mandamás.

—En ese estado, un par de disparos; quizá tres. Puedo utilizar brea y masilla y ensogar el cuerpo del cañón hasta el gatillo. No se desintegrará al disparar, aunque pesará un poco más.

—Hazlo —ordenó—. Y búscate un par de ayudantes que afilen todo esto.

—Necesitaremos algo más que cuchillos afilados.

—Lo sé.

—Con Los Tecnos no bastarán navajazos.

—Lo sé.

—Va a morir gente, Adaxas.

—¡Lo sé! —exclamó. Bufó con hastío y dejó caer el cuchillo sobre el resto de chatarra—. Limitate a hacer tu trabajo.

El mecanista asintió y rebuscó en el abrigo hasta dar con la petaca de metal labrado. Dio un trago y, tras comprobar que las patéticas armas continuaban allí, repitió. Adaxas clavó el puño y el muñón enguantado en la mesa. Hundió la cabeza entre los hombros y suspiró. Malas armas en peores manos. Las de una caterva de huérfanos y abandonados que fumaban resina de bok y esnifaban cola; que salieron de la calle con la ley del más fuerte a cuestras, peleaban panza arriba y corrían si alguien los perseguía; que robaban a proxenetas y extorsionaban a vendedores ambulantes; chicos y chicas que jugaban a dados en los muelles, en una partida perdida de antemano porque la muerte es tramposa y su apuesta, segura. Adaxas torció la boca. Debía elegir entre guerra o masacre y no podía diferenciar la una de la otra.

—¿Quiénes son los mejores con las retroballestas? —preguntó.

—Vae y Yoyo *Cebolla* se manejan bien.

—Los más pequeños irán con ellos. Les das los tirachinas.

Burr sacó una libreta de uno de los bolsillos de la bandolera y tomó un trozo de carbón que guardaba tras la oreja. Garabateó algunas notas mientras Adaxas recorría con la mirada aquel montón de reliquias inservibles. No había entrado allí desde el día en que Zaman fue asesinada. ¿Qué podía hacer? Él solo había seguido la línea que ella trazó y, en cierta manera, se encontraban en el desenlace lógico a los sucesos que provocaron su muerte: Los Tecnos tanteaban su fuerza antes de acabar con ellos. Así eran las cosas en las calles de Paraíso. Pasaba todos los días, en cualquier momento. Alguien te daba un pisotón en una taberna o te lanzaba una mirada desafiante en la calle, frente a los tuyos. ¿Qué podías hacer si no? Zamán tendría la respuesta. Pero ahora él era mandamás y ella estaba muerta.

Adaxas recordó una de las normas no escritas: *evitar una pelea es ganar una pelea*. Aunque, por otra parte, no podía consentir los desplantes. Si alguien les chuleaba podría salirles muy caro porque después de un paso atrás viene una retirada. La vida es así, se dijo. Uno retrocede hasta que ya no hay lugar para maniobrar y se acaba en los canales, con el cuerpo hinchado y gris como un globo. Por eso debían marcar el territorio y perseguir a los que

paseaban por las calles del barrio, darles una paliza, enseñar quién manda. Otra regla no escrita, aunque en esta ocasión, cosecha de Yiel.

—Es una provocación. Nos estarán esperando —masculló Burr, que, sin saber, leyó los pensamientos de su mandamás.

Adaxas lo miró como si acabase de descubrir que estaba allí, a su lado, y asintió sin decir una palabra. Habían matado a uno de los suyos. No era una afrenta cualquiera; no era un pisotón malintencionado; no era una puta magullada o una partida de *saquas* amañada. Si no respondían, si no lo hacían, ¿qué sería lo siguiente? Pasara lo que pasase, Cabeza de Lata había apostado fuerte, muy fuerte. Si pudiese quedarse quieto, hacer como que no estaba allí. Apenas le quedaban tres meses para salir de la banda, y ¿después qué? Él también estaba atrapado entre la responsabilidad del presente y el abismo del futuro. Suspiró; tenía mala baza y nunca había sido un farolero: apenas dos docenas de niños y niñas salvajes y armas viejas sobre un tablón.

—No habrá guerra si puedo evitarlo —musitó, pero apenas se escuchó nada.

Burr se acercó y dudó un instante.

—¿Has pensado qué haremos con ella? —preguntó.

—¿Con quién?

—Con ella, Adaxas, la chica.

—Joder, yo qué sé. Lo que me faltaba. ¿Por qué tenías que traerla?

—Yo...

—¿Dónde está ahora?

—Descansando.

—¿Está enferma?

—Puede. La he examinado y no parece herida. Solo un poco de fiebre. — Ante la mirada de su superior, el viejo levantó las cejas y encogió los hombros —. ¡Yo qué sé! No soy médico, ¿sabes? Parecía colocada o algo así. Yo no diría que está enferma. Huele normal y no tiene manchas ni nada raro.

Adaxas regresó a su pose vencida sobre la colección de antiguallas expuesta en la mesa.

—Tengo una guerra en marcha, Burr —murmuró.

—Es verdad. Es verdad, sí —apuntó atropellado—. Pero mira el lado

positivo. Mejor disponer de recursos que no tenerlos. ¿Qué hay de pedir un rescate? Alguien la estará buscando. Puedo preguntar a Percutor y los suyos. Lo han hecho otras veces...

—No insistas —interrumpió una voz desde la puerta—. Lo mejor que podemos hacer es rezar y cruzar los dedos. ¿Verdad, mandamás?

—Yiel... —masculló Burr, y ambos se volvieron.

El joven se apoyaba en el marco con un brazo extendido, tal y como lo haría un borracho; aunque estaba sobrio, y en el pedregal de su cejo germinaba retorcida la violencia. Arrugaba la boca como si fuese a escupir un lapo de orgullo puro y no necesitase más palabras ni más patadas, por el momento.

—No me vengas con esas, Yiel —replicó Adaxas—, no estoy de humor.

—Yo tampoco. —Abandonó la pose y entró en la armería—. Creo que nadie lo está. Ni el mejor de los chistes levantaría el ánimo ahí fuera.

—¿Qué ocurre?

—Nervios —explicó con parquedad.

—Ya, claro —ladró Adaxas—. Yo también estoy nervioso.

Yiel se acercó a la mesa. Golpeó la lengua contra el paladar y tomó uno de los cañones de mano. Guiñó un ojo mientras lo examinaba: dio un par de vueltas a la carraca del tambor y comprobó que no estaba cargado. Abrió el depósito para la batería, que contenía un zafiro añil que encerraba la etérea llama lapislázuli de la Kamé. Tiró del gatillo y el pistón chispeó un par de veces con un chasquido eléctrico. Las agujas de los galvanómetros vibraron hasta el nivel adecuado. Levantó el arma y la observó. Era un armatoste pesado de madera y hierro con válvulas, recámara y refrigeración por agua. El cañón estaba cubierto de vibrantes séfiras oscuras.

—Quiero matar a Cabeza de Lata —confesó.

—Ponte a la cola —replicó Adaxas.

Yiel dejó caer el cañón de mano sobre el resto de armas.

—No me gusta esperar —dijo—. Deberías saberlo.

—Yiel, hazle entrar en razón —intervino Burr—. Dile que pida un rescate por la chica. Cosas así pasan todos los días y nos hace falta el dinero.

Yiel rio de forma ronca y dio un manotazo al aire.

—Ya lo has oído —desdeñó—. El mandamás ha hablado.

—Pero...

—Buscaremos alianzas a cambio de buenas intenciones —continuó con amargo sarcasmo—. ¿Quién querría tener a Los Abandonados como enemigos? Somos la puta escoria de esta ciudad. Burr tiene razón. ¿No quieres hacerte cargo? Yo lo haré. Dámela y se la llevaré a Kinkamar —propuso con suficiencia insultante—. Mañana tendremos seis cañones de mano con munición de sobra.

—Un trato estupendo —afirmó Burr, y sus ojos se iluminaron con la posibilidad.

—No necesitamos armas si no vamos a la guerra. Además, ¿Kinkamar? —Adaxas paladeó el nombre como quien masca ceniza—. Un estafador, un ratero que vendería a su propia madre a los inquisidores.

—Seis cañones de mano por una esclava enferma. —Yiel se contuvo. Los párpados le desaparecieron.

—No está enferma —replicó Adaxas—. Eso no sería justo.

—¿Justo para quién? ¿Para Los Abandonados? ¿Para Sorana? ¿Para ti?

—¿Por qué dices eso?

—No haces nada —escupió Yiel—. Y todos esperan que digas algo.

—Hago lo que haría Zaman.

—¿Zaman? Claro. Le debemos mucho a su diplomacia —dijo, sarcástico—. Abrazos gratis. Especial oferta: dos por uno si eres tecno.

—*Mutismutis!* —exclamó el mandamás—. ¿Qué falta de respeto es esta? Parecéis confesores. ¡No habrá guerra ni rescate que valga! No voy a enfrentarme con Los Tecnos si puedo evitarlo ni cabrear a los ciudadanos y acabar en presidio. ¿Comprendes? Convocarás al habladero. Y a ella la quiero fuera de Hogar, así que mañana la llevas al Puente del Ahorcado y que encuentre su destino. Solucionaremos nuestros asuntos tal y como Zaman me enseñó.

—Zaman está muerta —murmuró Yiel entre dientes, como si no quisiera decirlo, aunque ya era tarde, lo había dicho y un rubor intenso trepó hasta sus mejillas y bajó la mirada.

Adaxas no añadió nada y la vergüenza de Yiel se diluyó en el silencio.

—Palabras o disparos —concluyó Yiel—. Todo se reduce a eso.

Después se volvió con un velo de tristeza en los ojos. Era un gesto leve y ligero como el diente de león que se lleva un golpe de brisa y que, tras un parpadeo, desaparece en la distancia.

Algunos hombres y mujeres, al alcanzar la santidad, trascienden la mera existencia física. No pueden ser retenidos por sus cuerpos, tampoco por los grilletes.

VÉNEO DE MILEPO
Carta a los inquisidores Marduk

La venganza

Cerraba los ojos, pero no dormía, mientras se sentaba sobre los talones con la espalda erguida. La fiebre había remitido y ya no era más que un manto de sudor helado. Respiraba de forma acompasada por la nariz. Escuchaba bisbiseos a su espalda, tras el recodo en la roca en que la habían dejado; un agujero amplio, casi una pequeña gruta que apestaba a tierra podrida. El aire era amoníaco. Sentía la piel viscosa y la ropa adherida y fría. Había ignorado un colchón de lana y varios cojines remendados que quizá hubiesen acogido hace tiempo a otros fugitivos, visitantes o prisioneros anónimos de aquellos delincuentes infantiles. Un biombo de papel de arroz y cañas la separaba de los rateros, que asomaban su curiosidad a un costado y al otro, dándose codazos entre cuchicheos.

Le permitieron descansar mientras decidían qué hacer con ella, aunque no dijeron exactamente esas palabras. El manco apenas abrió la boca. No hizo

falta. Kemi no le había gustado. Eso era malo. El otro, el enfadado, la miró igual que una fiera hambrienta. Eso era aún peor. Debería pensar algo. En aquel momento tenía dos posibilidades: que la echasen a la calle —directa a los brazos de síndicos, marinos borrachos y genetistas— o que la dejaran quedarse —mientras debatían si valía la pena venderla a algún prostíbulo de los que ponen precio al culo de un niño—. Paraíso, tierra de oportunidades. Aunque, ¿para qué llevarla hasta el manco si no formaba parte del plan? El plan... ¿Realmente existía algo así? Debería. Algo le decía que así era, que las circunstancias empujaban a todos hacia alguna parte, quizá el final, quizá no.

«¿Qué va a pasar ahora? —pensó—. ¿Vais a matarlos a todos como pasó con los guardias? ¿No decís nada? Claro, mejor callar, sí. Pues ya estoy aquí y he encontrado al manco. Os toca a vosotras.»

Kemi estaba sola en el sentido más doloroso de la palabra. Su mundo se había esfumado y con él, amigas, amigos verdaderos y todos aquellos que pudo comprar para construir una charada a su alrededor, una representación de normalidad emocional. Desaparecidos incluso en la memoria, porque apenas podía recordar unos pocos nombres a los que era incapaz de asociar ninguna cara en concreto. Aquella soledad amnésica la hacía sentir vacía e inútil. ¿Quién era ella sin todos los que algún día le dijeron que la amaban, aunque fuese mentira? Los que la aceptaron como era, si es que hubo alguno, los que pasaron sobre el repudio para ayudarla a ponerse en pie. ¿Dónde estaban ahora? ¿Existía alguien que la echaba de menos, que la buscaba por todas partes aun sin saber qué buscar y dónde? Sentía que alguien o algo la había castigado y se ensañaba en un juicio interminable. A pesar de todo, no había lugar para ella en el zigurat. Y si al final resultó ser una mentira, ahora estaba segura de que lo fue desde el principio y que el temor a que todo se desmoronase, que germinó durante su niñez, había llegado por fin de forma ineludible. Haber sido elegida como psiKa solo había precipitado lo que debería haber hecho hacía tiempo: escapar y luchar por ser ella misma y vivir, vivir con todas las consecuencias.

Cerró los ojos con fuerza y escrutó en su interior. Registró los rincones de la consciencia, en lo profundo del recuerdo. Allí estaban, vestidas con sedas, junto al estanque, rodeadas de un vergel, faisanes y esclavas albinas que las

abanicaban y les tendían bandejas rebosantes de fruta. Resonaban las risas gozosas y el chapoteo en el agua. Y de repente, los juegos acababan de forma abrupta y ellas la miraban, sin decir palabra. ¿Quiénes eran aquellas mujeres que habitaban su memoria malherida? ¿Qué hacían allí? Esos recuerdos pertenecían a otro tiempo, otra gente y, sin embargo, los sentía suyos. Agasajada como una diosa y traicionada, encerrada y exprimida. Qué gran engaño. ¿Cómo pudieron ser tan inocentes? Al igual que le pasó a ella misma cuando todo se desvaneció y quedaron los gritos, la soledad de un calabozo y las acusaciones, lamiendo la culpa, porque ella estaba viva y el recuerdo, muerto; todas habían muerto.

Abrió los ojos. Escuchó insultos y una estampida cobarde. Alguien se acercaba.

—¿Qué hace? —preguntaron.

Kemi se volvió. Tras ella estaba el manco. Al fondo, el enfadado. Él era quien había preguntado y la curiosidad se agazapaba en las arrugas de su frente. Kemi permaneció sentada. El sudor le resbalaba en el cuello. Un mechón oscuro se le descolgó frente a los ojos. Dio un latigazo con la cabeza y el flequillo penduló a un lado para regresar como una visera ingrávida que acariciaba la pequeña nariz. El chico manco la observó de pies a cabeza, con los brazos en jarras y la boca encogida. Ella hizo lo propio —levantó una ceja, torció el gesto, esperó en silencio— hasta que él carraspeó, dio un paso atrás y quedó de costado, con una repentina vergüenza arrebolada en las mejillas, como si fuese uno de los que la espiaba momentos antes.

Era una pareja extraña. Kemi intuía el liderazgo del manco, saltaba a la vista. Lo llevaba escrito en la cara, en los ojos de viejo; porque los jóvenes también pueden ser viejos y estos lo eran. Sí, incluso los más pequeños; a pesar de la mugre, los harapos, dientes de leche, voces chillonas y cuerpos escuálidos, sin músculos ni vello; manos ancianas; y los ojos, piel magullada y cicatrices de una infancia en la calle; náufragos en busca de un asidero flotante. Así eran, niños y niñas, pero solo a ratos, peligrosos todo el tiempo. Unos más que otros. Porque el jefe se volvió de lado al enfrentarse a ella, y el otro, el otro la aplastó con desprecio húmedo, con un escupitajo bajo la lengua. Sin parpadear, los brazos fuertes cruzados frente al pecho, las cejas

rectas, la boca recta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, por fin, el manco.

—Kemi —respondió ella.

—Yo soy Adaxas, mandamás de Los Abandonados. —Ocultó el muñón bajo la axila izquierda y señaló con la cabeza al otro—. Este es Yiel, mi jefe de guerra.

Ella parpadeó y asintió a modo de saludo.

—¿Te encuentras mejor? —la interrogó—. Burr dijo que estabas enferma.

—¿Dónde está Burr? —preguntó Kemi.

—¿Burr? —No era una pregunta, no debería de haberlo sido porque Adaxas sabía a la perfección a quién se refería, pero la actitud desafiante de Kemi lo había pillado a traspié.

—Sí —continuó ella—. El viejo que va con el tecno.

—Zaid no es un tecno, es un abandonado —masculló Yiel.

—Pues parece un tecno.

—Y tú una perra.

—¡Yiel! —exclamó Adaxas, y su amigo se encogió de hombros y mostró los dientes a Kemi con una mueca. El mandamás esperó un instante y se explicó—. Zaid tuvo un pasado tecno.

—Se nota —dijo ella—. Os gusta el peligro.

—Burr es nuestro mecanista y se encarga de Zaid.

—Venga, hombre... —interrumpió, exasperado, Yiel—, ¿quieres decírselo de una vez?

—Oye —saltó ella—, un momento, Burr me prometió...

—No me importa lo que te prometió. La única palabra que cuenta aquí es la mía —la cortó Adaxas. Habló de la misma forma en que se rasga un papel.

—Dijo que me ayudaríais.

—¿Burr? Estaría borracho.

—Me dio su palabra.

—Miente —murmuró Yiel a la espalda de Adaxas, y compartieron una sospecha silenciosa.

—Nadie ayuda a nadie en Paraíso, Kemi —concluyó el mandamás—. Burr cometió un error al traerte aquí. Aunque has tenido suerte. Los Abandonados

somos una banda de honor y tampoco te haremos daño ni sacaremos provecho de tu situación. Puedes quedarte esta noche y mañana volverás a la calle. La libertad se conquista, así que tendrás que luchar por la tuya.

—No —dijo ella. Adaxas y Yiel intercambiaron su extrañeza y no pudieron evitar sonreír.

—¿No? —preguntó Adaxas—. ¿Cómo que no?

—Debéis ayudarme a encontrar a Las Furias —confesó con firmeza—. Por eso estoy aquí, en Los Puentes.

—¿Qué sabes tú de Las Furias?

—Solo ellas pueden ayudarme.

—¡Ja! —saltó Yiel—. Buena suerte.

—¿Dónde puedo encontrarlas?

—Encontrar a Las Furias, dice. —La ironía de Yiel sonaba como un ciego que juega con una navaja—. Pues en su barrio, joder.

—¿Qué barrio es ese? ¿En qué dirección?

—Al otro lado del río. Un par de horas de camino —explicó Adaxas—. Mañana te haré un mapa.

—¿Un mapa? —saltó la voz de Kemi en falsete, y miró a otra parte, hablando al vacío—. ¿Eso es todo? ¿Me habéis traído aquí por un mapa?

—Pero... —masculló Adaxas, incrédulo.

—No, por supuesto —intervino Yiel—. Yo mismo te llevaré en brazos. ¿Quién te has creído que eres? ¿No escuchas lo que te dicen? Tienes suerte de que...

—Tenéis que llevarme hasta Las Furias —lo interrumpió ella.

Yiel dio un respingo y parpadeó, sorprendido.

—Verás, Kemi —intervino Adaxas—. Si quieres encontrar a Las Furias lo harás tú sola.

—Me persiguen. Es peligroso.

—Te persiguen, tú lo has dicho, una razón más para que sigas tu camino por tu propia cuenta y riesgo. No sé qué te hace pensar que te llevaremos hasta Las Furias.

—Dijeron que buscarse al manco.

Un silencio gélido siguió a sus palabras y Adaxas ocultó su muñón a la

espalda con un gesto reflejo del que se avergonzó al instante. Un rubor colérico brotó en sus mejillas.

—¿Quién dijo eso?

Kemi apretó los labios.

—No puedo decírtelo —musitó de forma inaudible.

Yiel rio, incrédulo.

—¿A qué estás jugando? —la interrogó Adaxas con violencia—. No dirijo una organización benéfica. Somos una banda y creo que te hemos tratado bien. No tientes a la suerte.

—¿Entonces...? —balbuceó ella.

—Mañana te haré un mapa —explicó—. La zona del puerto es un laberinto de canales y esclusas. Atajar por ahí no te libraré de tomar después la avenida Gamir o cruzar la plaza Vieja.

—¿Vas a enviarla por La Barriga? —intervino Yiel, cubriéndose con la mano.

—Es el camino más corto.

—Es territorio Bronco —objetó—. Además, la avenida Gamir estará plagada de síndicos, y con esas pintas...

—¿Qué pintas? —exclamó ella, y comprobó su aspecto desaliñado: descalza, con la túnica ritual desgarrada y sucia y un saco sobre los hombros.

Ambos se volvieron hacia ella.

—Tus pintas —aclaró Yiel.

Tenían toda la razón. Kemi se desinfló en un bufido extenuado. Se había convertido en aquello que jamás sospecharía que podría pasar. Una semana atrás, vestía pantalones de algodón bordado y camisa de seda y se engalanaba las muñecas y el cuello con piedras pulidas y alhajas; estudiaba filosofía, mística y álgebra con los mejores tutores; escapaba por la noche con sus amigos de vida alegre para beber y fumar en salas de baile del zigurat; huir de la realidad, de la verdad de su vida incómoda, para sumergirse en un pozo, aunque con una sonrisa; aceptar drogas de desconocidos, follar en reservados de tugurios para borrachos y gente poco recomendable; despertar con resaca a la realidad de un lugar y una gente que no la amaba; una semana que lo había cambiado todo.

—Pero... —titubeó ella—. Tú eres el manco. Eres importante.

—¡Calla! —saltó Adaxas, fuera de sí. La voz le tembló y quedó con la boca abierta hasta que se hizo a un lado y se pellizcó el entrecejo. Yiel le golpeó en el hombro, señalando la obviedad de algo que Kemi desconocía, pero que intuía no le iba a gustar en absoluto.

—Te marcharás por la mañana —dijo—. No hay más que hablar. ¿Entendido?

Kemi asintió y, antes de que la desolación se transformase en rabia, Adaxas le dio la espalda y salió. Yiel le dedicó una sonrisa burlona, le guiñó un ojo y lanzó un beso, dando a su salida un contoneo chulesco. Ella cerró los puños, maldijo, golpeó la arena y hundió la cabeza entre las manos de nuevo. El estómago se le encogió y paladeó su propio hedor a sudor, a prisión y miedo. Nadie ayuda a nadie en Paraíso. Eso dijo Adaxas. Jamás le había importado. Las cosas son diferentes en el zigurat, con un documento de ciudadana en el bolsillo y un apellido importante tras el nombre. Y dinero, una bolsa llena para comprar amigos y cómplices con los que lanzarse a buscar la muerte y tantear el borde del precipicio nocturno del vicio y la pasión desatada. Sollozó, se limpió los mocos en la manga y aspiró el hedor y la suciedad. Caminó a un lado y otro, dando vueltas, como un animal enjaulado.

—¿Para esto queríais que encontrase al manco? —exclamó a la nada—. ¿Para un jodido mapa?

No hubo respuesta. Sola, otra vez. Abandonada.

—Piensa —se dijo de forma ansiosa—. Piensa algo, Kemi. —Dio una patada a la tierra y gritó—: ¡Ayudadme! ¡Vosotras me elegisteis, ayudadme, joder!

El falso silencio subterráneo de Hogar. Tierra negra y roca húmeda, todo le recordaba el cautiverio al que la sometieron los monjes en espera de la Cósmosis. El aire le sabía a celda. Se ahogaba. Sembró su cabellera con los dedos, de frente a nuca, cerró los ojos y resopló. Los murmullos aparecían de nuevo, como un susurro llevado por el viento entre costuras, entre las heridas mal cerradas de la memoria, cosas que habían pasado o que existieron en la imaginación, en un pasado probable, un futuro inventado. Sí, allí estaban, con ella. Y los recuerdos se le mezclaban en un torbellino; veía cosas que no había

visto y sufría torturas que no había sufrido. Las Kas la habían elegido a ella. ¿Por qué? ¿Rencor? ¿Simple venganza? La verdad es que se sintió un títere que despierta en plena función y descubre las cuerdas, las tramoyas y el público expectante. Pero ¿había sido otra cosa en su vida más que un juguete en manos ajenas? Era demasiado orgullosa para rendirse y el tiempo corría en su contra.

—Tengo que salir de aquí —se dijo.

Cruzar Paraíso era complicado sin una bolsa de kopeks y un disfraz de turista; sin posibilidad de embarcarse en uno de los globos que surcaban los cielos ni pasarelas a naves de velas azules amarradas en mil muelles. Cuando nada de eso era posible, Paraíso mostraba su verdadera cara, la de una ciudad enferma de sí misma, una planta carnívora que crecía sobre el detrito del canibalismo.

La acalorada discusión llegó hasta ella. El eco de los gritos y las voces de una multitud chillona rebotaba en las altas bóvedas. Apartó el biombo y asomó el hocico al exterior. A los pocos pasos, comprendió que aquello que Los Abandonados llamaban Hogar no era más que una madriguera excavada en las tripas de Paraíso. Recorrió un angosto túnel robado a la roca sin delicadeza alguna; los muros se encontraban salpicados de aristas en que golpearse una rodilla por descuido, el suelo era una sucesión de tropiezos y el techo, una colección de coscorriones. A un lado, el aljibe subterráneo por el que llegaron y que reclamaba el papel de salón principal; al otro, la titilante luz de las velas. Kemi se estremeció con la corriente de aire. Un poco más adelante, tras un recodo, la roca se hacía tierra y una rampa ascendía de forma brusca. Atravesó cimientos, ladrillo, y apareció entre paredes cubiertas de azulejos azules y blancos y mosaicos de motivos acuáticos. Era una antigua casa de baños. Tórtolas carboneras aleteaban en las claraboyas. Todo iluminado por claridad natural aunque plomiza, anémica. Había habitaciones a los lados, algunas con camastros, algunas no. ¿Cuántos pasadizos más tenía Hogar? ¿Cuán grande era el subsuelo abandonado de Paraíso?

Se asomó sin llamar la atención a una sala enorme, con gradas a un lado y una piscina escalonada. No había agua por ninguna parte y eso la convertía en una especie de anfiteatro decadente, un cadáver habitado. Toda la banda de

Los Abandonados estaba allí, dando voces, discutiendo a grito pelado. En la platea improvisada: Adaxas, Yiel, Burr y una chica que vestía un chaleco bordado y utilizaba un báculo para dar o retirar la palabra y establecer un orden entre el vocerío y el caos.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —gritó Burr a un criajo de piernas consumidas que caminaba sobre los brazos.

El pequeño saltó de la grada. Las venas en su cuello palpitaban. Se enderezó sobre las temblorosas cañas y levantó los puños.

—¡Los mataré a todos! —gritó, tambaleándose por el esfuerzo—. ¡A todos!

La gradería al completo estalló en una carcajada que desconcertó y enfadó aún más si cabe al pequeño tullido.

—Tranquilo, Sutha —replicó Burr con sorna—. Deja alguno para los demás.

—¡Feora! —gritó Yiel hacia la muchacha que daba la palabra, y esta lo señaló al instante—. ¿Por qué os carcajeáis? ¿Tenéis las orejas rotas? ¿Qué os hace tanto *jaja*? —Las sonrisas se disolvieron en un vaso de apuro que todos tragarón a disgusto mientras el pequeño Sutha repartía amenazas—. Si pensaseis como Sutha, hoy no estaríamos aquí. ¿Sabéis por qué? Porque hemos consentido demasiado y ya nadie nos respeta. Habéis olvidado lo que somos y dónde estamos. ¡Tú! —Señaló al frente y uno de los muchachos dio un respingo—. ¿Quiénes somos?

—Eh... —titubeó el chico—. So... somos Los Abandonados.

—Y ¿dónde estamos?

—En Hogar.

Yiel caminó, paseando su atención por la turba temerosa y llena de respeto a partes iguales. En la distancia, Kemi vio sus ojos grises, atigrados, destellar bajo las cejas. Las comisuras de los labios se le curvaron hasta el mentón, casi con desprecio infinito, con una violencia tan amarga como la bilis que tenía por sangre.

—Una mierda —murmuró como el que paladea leche agria—. ¡Una mierda! No habéis masticado nada. Sois basura. Y la basura no tiene tiempo para *pancear* y fumar bok, ni para jugar a dados, comer chicha y joder todas

las semanas. La basura nace y muere en el fango, pisoteada. ¿Lo habéis masticado? Os han meado encima durante tanto tiempo que agradecéis un día de sol.

—Yiel, ¿qué rajada es esa? —intervino Vae mientras se rascaba la roña del cuello.

—Porque es verdad *verdadera*. Y porque lo habéis olvidado. —Yiel sonrió de forma tan extraña que pareció torcer la boca—. Si lo hicieseis, si recordaseis que no valéis nada, que no contáis para nadie, estaríais enfadados y os pareceríais un poco más a Sutha. Así que no se os ocurra burlaros de él porque él es lo que deberíais ser vosotros.

El orgullo hinchó los pulmones de Sutha, el pequeño forzado de piernas inútiles, y desafió a todos a su alrededor. Hubo un momento de silencio hasta que Adaxas se adelantó para pedir la palabra. Sin embargo, Yiel levantó la voz y Feora le apuntó de nuevo con el báculo.

—¡No he terminado! —exclamó. Adaxas asintió y se retiró—. Quiero venganza. Quiero a Cabeza de Lata en una caja y sus tripas en un saco. Quiero que sufra. Quiero darles tan fuerte y tan rápido que no sepan qué es lo que ha ocurrido. Y, sobre todo, quiero que el resto de bandas sepan quién ha sido y que durante años recuerden que nadie toca a Los Abandonados y sale ileso.

Estallaron vítores y aullidos y los puños se levantaron en alto. Yiel, empujado por la euforia colectiva, aulló y desenfundó su cuchillo y, al destello del filo, todos y todas enloquecieron.

Adaxas había solicitado la palabra de nuevo y Feora lo señaló con el báculo, pero era imposible hacerse oír con tanto barullo. Todos botaban y se empujaban y escupían maldiciones y bravuconadas, así que el mandamás se sentó y apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en el muñón enguantado y esperó hasta que Feora saltó al frente e impuso su cargo.

—¡Callad! —gritaba, dando golpes de báculo a diestro y siniestro—. ¡Yo soy La Justicia! ¡Callad todos! ¡Callad!

El vocerío se apagó antes de que Yiel enfundase el cuchillo. Adaxas no habló al instante, ni siquiera levantó la vista del suelo. Se le veía meditabundo, con ese gesto triste y calmado que solía habitar en sus mejillas. Todos le miraron expectantes. Kemi sintió el tiempo retenido, alargado y

caliente como cristal fundido. Era el mandamás, eso nadie podía negarlo. Se veía en el halo invisible que existía entre ellos, algo indescriptible que podría ser lealtad, también admiración.

—Zaman me enseñó que luchar no es solo cosa de armas y peleas —dijo por fin—. He visto morir y he visto matar. Y nada es mejor que la vida. Esa es la verdad. Nada es mejor que nuestra vida. ¿La cambiaríais por la de un esclavo en un burdel? ¿Queréis vivir como los adictos que la chupan por tres cuartos? ¿Preferís volver a los canales a cazar ratas de agua? —Un murmullo se extendió entre todos—. ¿Y por qué creéis que es mejor morir luchando que vivir bien? Comemos, fumamos, dormimos y jodemos todo lo que queremos. Somos los dueños de los canales.

—¡Nadie nos respeta! —gritó una muchacha de rostro tiznado.

—Querrás decir que nadie nos teme —objetó Adaxas—. No es lo mismo.

—Han matado a Sorana —repuso otro—. Tenemos que vengarnos.

—Yo digo que es una trampa —argumentó Adaxas. Un nuevo murmullo temeroso creció entre los asistentes—. ¿Por qué si no iban a matar Los Tecnos a Sorana? ¿Qué espera Cabeza de Lata con ello? ¿Es que no lo veis? Preguntaos, ¿qué beneficio obtiene?

Sus palabras deberían haber ido seguidas por un paréntesis lleno de expectación, pero alguien gritó desde el fondo.

—¡Hay que darles su merecido!

—¡Idiotas! —Se levantó Adaxas como si un resorte lo impulsase adelante, y Yiel fue el único que no retrocedió ante él—. Nos están esperando. Coged las armas. Vamos a La Factoría. Entremos en su barrio a fuego. La montaremos bien gorda. Y cuando aparezcan moriremos como lo que somos, como idiotas. Porque yo os digo que no tenemos nada que hacer contra Los Tecnos. ¡Nada!

—¡Hay que luchar! —exclamó el jefe de guerra.

—¡No estoy diciendo lo contrario! ¡Yiel! ¡Yiel, escúchame! —Lo tomó por los hombros. Yiel bramaba como un animal encadenado—. Tengo tantas ganas como el que más de matar a Cabeza de Lata, pero no a costa de mi vida o la de mis hermanos y hermanas.

Adaxas deslizó la mano tras la nuca de Yiel y tiró de él hasta unir las frentes. Apenas había distancia entre sus ojos. El joven jefe arrugó la nariz y

trató de zafarse, pero el mandamás lo sujetaba con fuerza, como un gesto de sometimiento. Después lo liberó y habló para todos.

—¿Habéis escuchado?! —Adaxas señaló a todos al trazar un gran arco con el índice de su diestra—. ¡Os matarán a todos porque eso es lo que buscan! ¡A todos!

En ese momento, Kemi se acercó al borde de la gran piscina y Adaxas la descubrió. Ella dudó y el último paso fue más corto de lo necesario. Tragó saliva y sus pies asomaron al borde. No había sorpresa en Adaxas, quizá sí otra cosa, algo que no podía reconocer y que le hizo pensar que tal vez era lo correcto rebelarse entre los rebeldes. Kemi escuchó su propia voz y no tembló ni vaciló, y eso sí fue una sorpresa para todos.

—¡Yo sé dónde encontrar a Cabeza de Lata! —gritó.

Todos se volvieron y Feora buscó la aprobación de Adaxas o Yiel, pero estos también la escuchaban, brazos en jarras, tan sorprendidos como los otros, así que La Justicia la señaló con el báculo y le dio la palabra. Ella cerró los puños y continuó hablando sin mirar directamente a Adaxas.

Ahora sí, tomó aire y los desafió desde la altura.

—Si queréis matarlo —dijo—, hablad conmigo.

En caso de que el amo desee castigar al esclavo, el castigo repercutirá en un aumento de la retribución conforme a la Tabla de Modificaciones Salariales (Tabla 23.3). Será de obligatoria aplicación el Plan General de Castigos Corporales, en especial en aquellos casos en que la propiedad del esclavo sea delegada, de forma temporal o permanente, en otros trabajadores o incluso esclavos a tiempo parcial o completo.

ESTATUTO DEL ESCLAVO
Capítulo Sexto. Sección segunda.

Nadie conoce a nadie

El taller de Burr era una auténtica chatarrería. Paredes cubiertas de estantes desvencijados repletos de llaves, tuercas, bobinas, chapas abolladas y botes de cristal en los que flotaban extraños cuerpos gelatinosos; aroma a grasa y hierro quemado que lo impregnaba todo; retratos de sudorosos marineros barbudos sujetos con clavos y una bandera tan desgastada que se hacía imposible reconocer los colores. Al fondo, en una mesa mugrosa, descansaba una montaña de viejos manuscritos y tratados de mecanismo. Esparcidos sin orden en cajas y cajones, montones de rollos y palimpsestos con símbolos

sefíricos, circuitos, fórmulas y oraciones en lenguas olvidadas. Sobre la hecatombe caótica del taller, colgaba el símbolo del mecanismo perpetuo — una espiral dentro de un cuadrado—, manufacturado con cuero, varillas de metal y madera vieja; recordatorio de tiempos monacales.

Burr cruzó de una parte a otra, mirando aquí y allá, maldiciendo entre murmullos. Dio una palmada, se arremangó y comenzó a despejar la mesa. Los cachivaches se acumularon en sus brazos hasta el pecho. Abrió las piernas, atrapó un enorme legajo descompuesto bajo la barbilla, pero sus malabarismos inútiles no consiguieron evitar que algunas páginas cayesen.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Queréis echarme una mano?

Bajo la mesa aparecieron dos pequeños engendros mecánicos. Uno era una bola ovoide con ruedas de madera, un brazo articulado y un ojo real, quizá de vaca o caballo, que flotaba en una esfera de vidrio. El otro era tan alto como un niño pequeño y casi lo parecía, aunque su piel era una chapa oxidada y la cabeza, un saco relleno al que había cosido unas viejas lentes que destellaban con el brillo de la Kamé. Ambos se movían de forma artrítica y un tanto dolorosa.

—¡No servís para nada! —los apremió Burr—. ¡Os desmontaré y fabricaré un calentador de agua!

—Nooooo —masculló el pequeño ojo flotante—. Pooorrr favooorrr.

El otro se limitó a mirarlo con cara de circunstancias y silbar por un delgado orificio mal bordado en la cara de saco. Los autómatas se afanaron por recoger las piezas que resbalaban desde los brazos de Burr, aunque tan solo complicaron las cosas, al enredarse entre sus pies. Los tres se involucraron en una danza extraña y caótica al son del estropicio que crecía con cada trompazo, hasta que todo voló por los aires.

Cuando Adaxas entró en el taller, todavía sonaban los ecos de la precipitada limpieza. Le seguían Yiel y Kemi. Observaron los últimos aspavientos de Burr y cómo, de una patada, uno de los autómatas aterrizó sobre un montón de piezas inservibles.

—Disculpad el desorden —dijo el mecanista.

—No importa —murmuró Adaxas, que buscaba, sin éxito, un lugar en que sentarse.

Yiel dejó pasar a Kemi y la empujó con una mirada inquisidora hasta el centro de la habitación. Después, de un brinco, se sentó en el borde de una bancada sucia, con los pies colgando, sin perder de vista a la chica.

—¿Queréis tomar alguna cosa? ¿Una cerveza? Está fría... —los interrogó Burr. Adaxas negó con la cabeza, pero el mecanista insistió antes de que pronunciase una palabra—. ¿Algo de picar? ¡Gugú! —gritó hacia la puerta, y al instante apareció cara de saco sobre sus flacas rodillas temblorosas—. Corta queso y saca las galletas.

—No es necesario —repitió Adaxas.

—¿Seguro? —dudó Burr—. No es molestia. ¡Gugú! Un poco de embutido y el saco de nueces. ¡Y yo sí tomaré una jarra!

—¡Burr! —exclamó Yiel, y el mecanista despidió al autómeta de la misma forma en que se espanta una mosca.

Corrían las miradas de un lado a otro. Un silencio espeso se adhería a la piel como el sudor rancio. Kemi se encogió y los ojos le desaparecieron tras una capa de repentina timidez. A cobijo en la trinchera de las cejas, vio a Adaxas, con el muñón bajo la axila y el mentón pellizcado. Yiel, justo a un lado, como un carroñero de pico afilado cuya sombra se proyectaba en las esquinas.

—Ha llegado el momento de que te expliques, Kemi —dijo Adaxas, invitándola con un gesto a hacerlo.

Ella titubeó y apartó el mechón descolgado desde la frente.

—Sé dónde podéis encontrar a Cabeza de Lata —dijo. Esperó, pero nadie añadió una palabra. Permanecieron inmóviles, casi con una seriedad ofensiva, así que continuó—: Todas las semanas, cada noche de *sabbat*, acude a Tres Hermanos.

—¿Qué es Tres Hermanos?

—Un prostíbulo para ricos —explicó Yiel.

—Una sala de baile y conciertos —contravino ella.

—Como quieras —concedió con su habitual soberbia—. Se puede bailar de muchas formas.

—¿Un prostíbulo para ricos? —insistió Adaxas.

—Sí —intervino de nuevo Yiel—. Las putas tienen dientes y los clientes

también.

—¿Cabeza de Lata va de putas una vez a la semana? —preguntó Adaxas.

—Yo no he dicho eso. —Kemi se armó de paciencia y miró a ambos con perplejidad—. Acude a ver la actuación de Jana Irini.

—Y ¿esa quién es?

—Una bailarina —respondió ella.

—¿Por qué la conoces? ¿Bailabas tú también en Tres Hermanos?

—No. La conozco porque la conozco y ya está...

—¿Ya está?

—Jana era esclava en el zigurat y me contó su pasado como bailarina en Tres Hermanos. ¿Te crees que Cabeza de Lata siempre ha sido el mismo?

Kemi se devoró el labio inferior y esperó una réplica, algo que no fuese un muro de desconfianza y que la ayudase a tirar de su historia. Solo encontró escepticismo.

—Jana y Cabeza de Lata fueron algo más por aquel entonces —continuó, desplegando las manos y mostrando lo obvio.

—¿Algo más? —la interrogó Adaxas—. ¿Quieres decir que...?

—¡Sí! ¡Eran amantes! —exclamó ella un tanto exasperada—. Lo fueron, pero él se convirtió en tecno, y ya sabéis lo que significa eso. Sin embargo, y aquí viene lo bueno... —Hizo una pausa, pero ellos permanecieron impertérritos—. Jana me dijo que seguía apareciendo por allí. Incluso ahora. Va por inercia. Se sienta en un rincón, pasa un rato y se marcha. Ni siquiera se toma una copa.

—Qué romántico... —escupió Yiel.

Kemi levantó las cejas como un tahúr que muestra las cartas al ser acusado.

—Así me lo contaron y así os lo cuento yo a vosotros —declaró.

—Y ¿te lo creíste? —masculló él con sorna.

Kemi calló. El silencio que siguió a su explicación parecía erosionar la elaborada mentira que acababa de soltar y arrastraba los detalles más prosaicos mar adentro.

Por fin, Adaxas se volvió hacia el mecanista.

—¿Es posible? —lo interrogó con el cejo prieto.

—Pues... —Burr meditó la respuesta—. Sí, puede ser. ¿Por qué no? Es cierto que la modificación corporal entra en conflicto con la idiosincrasia del humano. No es lo mismo lo que nos hace seres vivos que lo que nos hace hombres y mujeres. Los sentimientos como el amor, la empatía, la intuición, la amistad..., todo eso se disuelve bajo la carga de los implantes. Séfiras y Kamé mueven las válvulas y los engranajes, pero desplazan todo lo otro. Tú mismo sabes bien lo que digo —dijo a Adaxas, que acarició su muñón de forma involuntaria—. Al fin y al cabo, somos una balanza, y es mi tarea, y la de cualquier mecanista, mantener el delicado equilibrio de la existencia.

—En pocas palabras... —añadió Adaxas.

—Cabeza de Lata todavía piensa con la polla —concluyó Yiel.

Kemi hizo una mueca y estrujó una burla furiosa entre las cejas.

—Mañana es *sabbat* —Burr apuntó la repentina iluminación.

—Genial —añadió Yiel con una sonrisa hambrienta.

—¿Eso es todo? —interrogó Adaxas a Kemi, suspicaz.

—¿Qué más quieres? —protestó ella—. Os prometí cómo y dónde sorprender a Cabeza de Lata.

—¡Sí! —saltó Yiel hacia el mandamás—. ¿Qué más quieres?

—Tampoco es para tanto —replicó él.

—Es más de lo que tenías antes —escupió Kemi.

—Suficiente para mí —dijo Yiel—. Vamos a Tres Hermanos y nos cargamos a ese cerdo...

—No tan rápido —lo atajó Adaxas—. Hay que preparar un plan y una ruta de escape por si la cosa sale mal. Tres Hermanos está en el barrio de Pasarelas. Habrá patrullas nocturnas y mucho ciudadano en palanquín que sale a quemar dinero y emborracharse. Vigilaremos el local. Que se encargue Feora con alguno de los pequeños. Sin llamar la atención.

—Aún no hemos comenzado y ya piensas en escapar —reprochó Yiel.

—Es por precaución —explicó—. Aunque Cabeza de Lata esté solo, no será fácil.

—¡Siempre igual! —De un manotazo, Yiel lanzó por los aires algunos rollos de papel con diagramas y planos.

—No te pases, Yiel —lo amenazó Adaxas—. Iremos paso a paso.

—Pero... —escupió el otro—. ¿De qué estás hablando? Tenemos una oportunidad de oro para matar a Cabeza de Lata. Joder, Adaxas, no puedes vivir siempre con el culo a cubierto.

Adaxas dio un paso al frente. Burr y Kemi se encontraron entre ambos líderes y, por un instante, cruzaron una mirada apurada, atrapados sin escapatoria. Adaxas era más alto que Yiel y su piel morena parecía tallada en madera sin lijar, cubierta de astillas, surcos y vetas, dura y áspera a partes iguales. Burr abrió la boca, aunque no dijo nada; se tragó su opinión y sonrió aliviado cuando apareció Gugú con una bandeja repleta de viandas.

—¡Aquí está la cerveza! —exclamó el mecanista al tiempo que arrebató al tembloroso autómatas la carga—. ¿Quién quiere una galleta salada?

—¿Y qué hay de mí? —saltó Kemi, y la violencia de las miradas cayó sobre ella. Adaxas se encogió de hombros y Yiel arrugó la nariz, sin comprender. Ella se explicó con la boca pequeña—. Ahora me debéis una.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya lo sabes. Tengo que encontrar a Las Furias. Vuestra venganza a cambio de ayuda —masculló ella, enseñando los dientes—. Estás en deuda conmigo.

—Eso es cierto, sí —dijo Burr con la boca llena.

Adaxas disparó un reproche a Burr y este se atragantó y escupió una avalancha de galletas. El mandamás clavó sus ojos en ella. Se le veía contrariado y tenso ante su intromisión.

—Bien —dijo, finalmente, con una sonrisa sarcástica—. Pero ahora tendrás que esperar a que solucionemos nuestros asuntos. Te quedarás hasta que Cabeza de Lata haya muerto —anunció Adaxas. Kemi se echó adelante, pero su protesta naufragó en la autoridad del mandamás—. ¡Mis condiciones no son discutibles! Te quedarás hasta que el tecno haya muerto. Después te ayudaremos a cruzar Paraíso.

—No tengo tanto tiempo —objetó ella, desafiante—. Tiene que ser antes.

—Pues hazlo tú sola —propuso Yiel.

—No lo conseguirá —objetó Burr, paladeando la espuma que asomaba a la jarra de cerveza—. La guardia dará con ella o lo harán Las Lenguas Azules, o ¿cómo se llaman esos que tienen el territorio al sur de Gamir? Los que viven

en los tejados.

—Trepadores.

—Esos. —El viejo chasqueó los dedos—. Bah. No tienes ninguna posibilidad, guapa.

—Esperarás hasta el *sabbat* —apuntó Adaxas—. Cuando la cosa se calme, te acompañaremos.

—¡No hay tiempo! —gritó Kemi.

—¡He dicho que no! —exclamó el mandamás, exasperado—. No intentes imponerme tus normas ni te las des de enterada.

Una máscara rabiosa arrasó el rostro de Adaxas, dio media vuelta y desapareció. Las cejas de Burr se vinieron arriba, suspiró y dio dos palmadas en el hombro de Kemi con una especie de compasión insultante.

—Por lo menos, aquí estás segura —apuntó el viejo.

Ella se sintió abochornada, hasta que Yiel, llevándose la mano a la entrepierna, la miró de forma lasciva y llena de violencia.

—Tenemos tiempo —dijo mientras se acariciaba el sexo—. Tiempo de sobra.

Burr estalló en una carcajada y ella lo empujó. Gritó: «¡Idos a la mierda!», y salió airada, aunque no podía escapar a ninguna parte. Tropezó con un grupo de chicos que esperaban en los corredores excavados y que rompieron a reír cuando se abrió camino entre ellos. La empujaron y sobaron y le sacaron la lengua, haciendo muecas. Kemi corrió. Las risas se escuchaban por todas partes.

En Hogar no existía diferencia alguna entre noche y día. El horario de Los Abandonados era caótico y casual, a merced del alcohol o las drogas de que dispusiesen en cada momento. Comían cuando estaban hambrientos y dormían si llegaba el sueño. El resto del tiempo lo pasaban fumando, metidos en juegos violentos y sangrientos o, simplemente, haciendo el vago y discutiendo sinsentidos y chaladuras. Kemi, presa del agotamiento, no podía llegar a comprenderlos; aunque quizá no quisiera hacerlo en absoluto, así que esperó, arrebujaada en un rincón alto, observando sus idas y venidas.

Al principio no le parecieron más que una manada de hienas barriobajeras. Reñían por cualquier cosa y tan pronto ladraban y aullaban sin motivo aparente como callaban y sus juegos se teñían de una tristeza melancólica. Iban y volvían de la infancia a la crudeza de ser lo que eran y hacían honor a su mote sin nombrarlo. De repente, regresaban las reyertas, fanfarronadas y bromas, y se crecían sin haber crecido, aupados a la joroba de la mala vida. Sin embargo, con el paso de las horas insomnes, Kemi comenzó a diferenciarlos, no solo por el aspecto físico o un nombre, sino por la función que se otorgaban en la banda.

Los Abandonados eran una multitud de pequeñas piezas que cobraba sentido cuando interpretaban ese papel: la banda se debía a sus componentes y ellos a la banda. Era una especie de simbiosis vital mediante la que una parte dejaría de existir sin la otra. No había banda sin abandonados ni abandonados sin banda.

El pequeño forzado de piernas atrofiadas se llamaba Sutha. Debía de ser el más corto de talla y también el más valiente, loco o ambas cosas. En pocas horas, Kemi lo vio discutir y pelearse con todos y cada uno de los otros. En cualquier discusión aparecía él, sacando pecho, dando manotazos y guantazos a las piernas que lo rodeaban. Siempre acababa en el suelo, arrollado y ofendido ante las risas ajenas. Después se erguía como podía sobre los puños, sacudía el polvo de la camisa y dedicaba un gesto obsceno a su público. No pasaba mucho rato antes de verlo de vuelta en una nueva trifulca.

Descubrió un par de gemelos anónimos. Siempre callados, dos bobalicones pasmados que reían como tontos y mostraban unos dientes de fango, podridos a base de fumar resina de bok y mascar hongos. También estaba Vae, un moreno perezoso al que le caían los pantalones, y Darq'Ab, una rubia risueña a la que le gustaba cantar y cuyos rizos y tirabuzones eran reconocibles desde lejos. Adaxas se mezclaba poco en aquellas peleas cotidianas; no fumaba, ni jugaba con ellos a pelota, naipes o dados; tampoco discutía asuntos triviales, aunque sí charlaba en ocasiones, siempre en grupos pequeños, en confidencias, serio, meditabundo. Era un jefe y no había ningún resquicio en su fachada. Burr y Zaid tampoco se mezclaban en la vida cotidiana de la banda. Uno entre cachivaches y manuscritos manchados de

grasa. El otro ausente y terrible en los rincones, esperando una orden, sentado a la manera de un antiguo tótem tallado en piedra sobre el que se posaba algún mochuelo ciego. No conocía al resto: desaliñadas, greñudos, gritones, bravuconas y sucias...

Por último, estaba Yiel.

Desde su escondrijo, Kemi podía verlo en lo alto de una columna resquebrajada. Los ojos, extraviados en alguna parte quizá lejana en el tiempo y el espacio; tal vez recuerdos tormentosos como el plomo en su mirada; quizá un tiempo por venir, un futuro de esos que él masticaba y escupía antes de levantar un lado de la boca, mostrando los colmillos, con la mano en la entrepierna, insolente: «Tenemos tiempo suficiente». Kemi había conocido chulos como él, incluso se había tirado a alguno. Eran todo fachada y solían venirse abajo en cualquier momento, con la violencia como única respuesta a su embarazosa incapacidad de dar la talla.

—¿Hola? —dijeron de repente tras ella. Kemi dio un respingó y se arrebujo en la manta.

Tras el ladrillo hecho añicos apareció Feora, a la que todos llamaban «La Justicia». Sonrió e inclinó el rostro moreno, como disculpándose por la intromisión. Levantó una escudilla humeante de la que asomaba una cuchara de madera.

—Pensé que estarías hambrienta —dijo, y sus cejas tiraron arriba de las comisuras de la boca para hablar con tono musical—. La cena.

El estómago de Kemi la pellizó con tanta fuerza que sintió la bilis trepar la garganta. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que probó bocado.

—¡Sí! —exclamó. Saltó adelante, pero se contuvo y continuó en un susurro—. Gracias.

La chica entró en el pequeño recodo y ella tomó el plato y devoró la cena. Estaba delicioso. Era un estofado de patatas y cebolla y una carne gelatinosa que sabía a cilantro y jengibre. Kemi sorbía y masticaba y arrancó un trozo de pan después de empaparlo en el caldo. Se abrasó la lengua, soplabla y tragaba al tiempo, y algunas gotas le corrieron por la barbilla. Cuando levantó la mirada, Feora la observaba con gesto divertido.

—Me llamo Feora —dijo.

—Mid... —Se atragantó y tosió con los carrillos como balones. Tragó, respiró y por fin tendió una mano hacia ella—. Midkemia, pero todos me llaman «Kemi». Tú eras la que daba la palabra en...

—Sí. Soy La Justicia de Los Abandonados —explicó Feora—. Cada uno tiene un rango aquí. Así funcionan las cosas. Cuando ingresas en la banda eres una novata. Tras un año pasas a ser aprendiz y a los tres años ya eres compañera. La mayoría de los que ves ahí abajo son compañeros. Algunos, los mayores, ascienden y toman responsabilidades. Burr es el único maestro, aunque eran tres. Antes estaba Veneno, pero se murió y ya no hemos encontrado a nadie para el puesto. Y, supongo que ya lo sabes, pero Los Tecnos han matado a Sorana... —Sus ojos resplandecieron de humedad repentina y suspiró—. No hace falta que te presente a nuestro jefe: Yiel, y al mandamás: Adaxas, que es el mayor y pronto tendrá que marcharse.

—Ya, sí —masculló sin ocultar el fastidio—. Ya los conozco...

Feora rio de forma sincera. Tenía la nariz pequeña y los pómulos redondos, la boca carnosa, casi del mismo color miel que el rostro. En ocasiones, la luz se reflejaba de forma especial en ella y destellaba brillos de bronce u oro viejo.

Durante casi un minuto no dijeron nada más. Kemi continuó con la cena hasta que preguntó, hablando a la escudilla:

—¿Vais a matar a Cabeza de Lata?

—La venganza es inevitable —respondió Feora.

—Hay muchas cosas inevitables y la venganza no es una de ellas. Inevitable es... —murmuró al tiempo que un escalofrío la sacudía.

—Aquí sí —la cortó Feora—. Es ley de vida.

—Ya. —Kemi asintió varias veces, muy despacio—. Si tú lo dices...

—Se nota que no eres de este mundo. Estás acostumbrada a los ciudadanos y sus esclavos. Con dinero todo puede arreglarse, ¿verdad? Si quieres sexo, lo compras. Si quieres pegar a la puta, pagas más.

—Más o menos —afirmó—. Así funciona. Si lo piensas, es justo. Por lo menos recibes algo a cambio.

—Yo digo lo que es justo aquí. —El tono de Feora sonó amenazante y

duro.

Kemi la miró sin pestañear, con la boca llena, incapaz de tragar.

La otra arrugó la nariz y relajó la postura. Desvió la mirada y bajó la voz.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Kemi dijo: «Claro», pero apenas se entendió nada y un poco de caldo desbordó los labios.

—¿Cómo es? —la interrogó Feora—. El zigurat, ¿cómo es?

—¿No lo has visitado nunca?

—¿Yo? —La simple mención de aquella posibilidad pareció muy graciosa a Feora—. ¿Estás de coña? La única manera de entrar allí sería como esclava o hecha pedazos en una urna.

—Claro. —Kemi caviló sus palabras. Era cierto. Aunque la distancia era la misma, en una dirección resultaba imposible alcanzar el final del camino. Era la perversión del espacio por la economía: del zigurat al suburbio, pero no a la inversa—. Es un lugar... Limpio. Sí, limpio. La luz también es diferente. Aquí abajo todo es oscuro y sucio.

Tras la respuesta, los vivarachos ojos de Feora se apagaron un poco. Asintió y subió un poco el hombro derecho.

—Bienvenida a la realidad.

—Realidades hay muchas —declaró.

Feora hizo un gesto extraño, como si hubiese escuchado esas palabras antes.

—Aquí no —replicó—. Si te entra por los ojos o por la nariz, es real. Nada más. Con suerte, desde el Puente de Plata puedes ver los límites de la ciudad. Si ha llovido el día antes y la brisa se lleva el humo de las fábricas.

—Hay mucho mundo más allá de Paraíso.

La muchacha rio como si escuchase un chiste, pero su carcajada se descompuso poco a poco.

—Sí, ya... —dijo.

Kemi parpadeó varias veces.

—¿No pensarás que todo es Paraíso? —la interrogó—. Solo es una ciudad. El mundo es mucho más grande.

Feora se sacudió de la comisura de los labios los restos de la sonrisa y

quedó taciturna, cavilando durante un largo instante.

—¿Tú has viajado fuera? —preguntó por fin.

—Sí. Estuve en Bari y también en las Fuentes del Óleto.

Feora abrió mucho los ojos y Kemi sintió la obligación de dar más detalles.

—Es el río que cruza Paraíso... —explicó.

—Ya sé lo que es el Óleto —estalló Feora, indignada—. No soy imbécil.

—Muy bien, perdón —murmuró.

—¿Están muy lejos?

—Tres días de vuelo. Más o menos... —aclaró de forma insegura—.

Debería haberme quedado allí. Pero volví.

Kemi suspiró y miró a otra parte mientras ella masticaba sus explicaciones.

—¿Por qué escapaste? —preguntó Feora con cierta suspicacia.

—No tenía otra opción. —Dudó un momento, eructó y miró la escudilla vacía—. De todas formas, era todo mentira. Todo menos lo que te he contado.

Tras decir eso, Kemi regresó a la manta y carraspeó.

—Abandonadas somos... —murmuró Feora con un guiño cómplice.

—¿Tú también eres una abandonada? —preguntó Kemi.

—Todas lo somos. Los orfanatos de Paraíso están llenos de niñas que esperan ser compradas. Harán lo que sea por sobrevivir y los ciudadanos lo saben; lo que sea. La única diferencia es que nosotras estamos aquí, en Hogar. Somos libres y estamos juntas. Y ahora tú con nosotras.

Kemi arrugó la nariz y amagó una risa.

—No —dijo—. Yo solo estoy de paso.

—Ya. Como todas —aclaró ella—. Pero, de momento, eres una abandonada. Y mientras lo seas, no estarás sola.

Kemi murmuró algo que no llegó a escucharse y miró a otra parte.

—Lo digo en serio —añadió Feora, acercándose y tomando a Kemi por el antebrazo—. Es la ley. Mientras estés aquí, no estarás sola.

Kemi miró la mano de La Justicia en su brazo y después sus ojos, como dos joyas en la profundidad subterránea de Paraíso.

—¿Ellos también?

—¿Quién?

—Ellos. Adaxas y Yiel.

Feora bufó, presa de un repentino hastío.

—¿Para qué quieres saber nada de ellos?

—No sé —respondió con un mohín despreocupado—. Curiosidad.

—¿Quieres que te cuente cómo perdió la mano?

—Oh, no —replicó, sobresaltada, y después bajó el tono—. ¿Lo sabes?

—Nadie lo sabe. Y aunque lo supiese no te lo contaría.

—¿Y Yiel?

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú —escupió—. ¿Por qué quieres saber de ellos si no cuentas nada de ti?

—Yo soy... Era una esclava —musitó Kemi.

—Ya —dijo Feora de forma tajante, y asintió con la cabeza—. Aquí todas somos iguales.

—Pero tenéis un rango...

—No —la cortó—. Eso son responsabilidades. A mis ojos, todas somos abandonadas. Lo que fuimos o seremos no tiene mucho sentido. Lo importante es ahora. ¿Comprendes? Yiel fue un Hijo del Viento. ¿Sabes lo que es eso? Navegantes, piratas del aire. Se perdería o lo secuestraron, nadie lo sabe, ni siquiera él. La cosa es que acabó con los pies en la tierra. Adaxas lo salvó. Tuvo suerte y ahora son inseparables.

—Se separarán —objetó Kemi—. Has dicho que Adaxas tiene que marcharse.

—Sí. Es verdad —replicó tras meditar un segundo—. También que todas estamos de paso.

—Y ¿qué hay de ti? —la interrogó de forma cómplice.

—¿De mí? —se extrañó ella.

—Sí. ¿Cómo llegaste aquí?

—¡Ja! —Su boca dibujó un gesto amargo y los ojos se le cubrieron con un velo de amargura, formando un conjunto extraño, feliz, aunque roto—. Cada uno de los que ves ahí fuera ha entrado por la misma puerta. Todas las

historias son iguales, solo cambian los detalles. Lo importante no es llegar, sino regresar. Nadie puede permanecer en Los Abandonados más allá de los veinte años. Me quedan dos. ¿Qué ocurrirá después? Nadie lo sabe.

Retorcíó la mirada y sus ojos cambiaron una vez más.

—Siempre puedes ser jueza.

Con la última sílaba de aquella palabra germinó en Kemi la vergüenza. Subió desde su pecho y floreció en las mejillas. Bajó la mirada. Feora no dijo nada, tan solo retiró la mano. Kemi sintió que se alejaba hasta el horizonte y que el frío la abrazaba. Una chica de la calle nunca podría llegar a ser jueza. Quizá, con suerte, sobreviviría más allá de los treinta y ganaría un jornal en alguna fábrica, sirviendo cervezas en una taberna de mala muerte o descargando sacos en los muelles. ¿Jueza? Su calaña no podía repartir justicia en Paraíso, solo sufrirla.

—Lo siento —murmuró Kemi—. Una broma sin gracia.

—Sí —asintió la otra—. No pasa nada.

Kemi trataba de no imaginar un pasado del que nadie quería hablar, de sucesos irremediables, errores, pecados cometidos y castigos crueles. Porque los abandonados decían: «maté», «me pegaron», «robé y asesiné», «yo hice», «a mí me hicieron»..., y acto seguido se arrepentían y soterraban el recuerdo bajo el presente avasallador. Comprendió que se consumían con la resina de bok que fumaban a todas horas. Quizá por eso gritaban y bebían, esnifaban y jugaban con objetos cortantes y afilados; jugaban a ser felices en el borde del precipicio, a vivir la vida hasta las últimas consecuencias. Caían dormidos con los ojos abiertos, borrachos y enrabiados, incapaces de alcanzar lo que se les había prohibido por nacimiento, por una suerte de juego de azar en el que uno apuesta y otros hacen trampas en los palacios, en estancias de mármol pulido y mesas con mantel y cubiertos limpios. Kemi sintió vergüenza porque ella había estado en esos lugares y había sido una más, pero ajena a todo, como un fantasma o, peor, unapestado que existe y los otros evitan. En ese momento, descubrió que aquellos niños y niñas salvajes eran como ella, invisibles y aun así molestos. Su mera existencia alimentaba la culpa de los que no querían verlos y la transformaba en inquina y odio. Los expulsaron a los márgenes del tablero, les dieron la espalda, y quizá por eso tentaban al

peligro, por mero aburrimiento y absoluto desprecio a la vida propia y ajena.

—Oye —dijo Kemi de forma sutil, pensando bien las palabras—: ¿crees que podrías conseguirme algo de cristal negro? Algo para los nervios...

Feora arrugó la nariz al sonreír.

—Eso es muy caro para nosotras —replicó.

—¿Algo de bok para fumar?, ¿unos cominos de savia?

Feora se retiró tras un largo suspiro.

—Veré qué puedo hacer. Ahora prueba a descansar —dijo al tiempo que recogía la escudilla—. Te traeré otra manta. Hogar es un lugar frío durante la noche.

—¿Ya es de noche?

—Casi.

—Otra noche más —musitó—. Un día menos.

Feora la miró en silencio, sin pestañear. Kemi se estremeció porque la sombra se derramaba desde su frente y un lado sonreía y el otro era piedra tallada y hielo y nada.

—No sé de quién o por qué escapas, Kemi. Tus razones tendrás. Pero tú no eres una esclava —dijo antes de dar media vuelta y regresar con el resto de la banda.

Por supuesto que tenemos una alternativa. ¿Cree que seríamos tan estúpidos?

ILIO RASALA
Presidente de la Comisión de Energía

El sacrificio de Kébemon

El sol se desplomaba exhausto en el horizonte y deslizaba líneas azules en los muros azafrán del templo. Cada atardecer, un nuevo suicidio. Nimbará bajó las cejas con fastidio. No era justo; debería llover o, como mínimo, que el cielo fuese una costra de plomo manchado de violeta y negro, con el aullido del viento acuchillando cada resquicio de carne. Truenos, relámpagos y esas cosas. Si lloviese, si el vendaval sacudiese la ciudad, los tres hombres ascenderían la escalinata encogidos bajo capotes y sombreros de ala ancha. Era lo que uno espera cuando va al encuentro del cónsul y sumo sacerdote de Paraíso. Después de todo, la tragedia no es más que un acompañamiento ambiental. Sin embargo, la tarde se presentó apacible y las primeras estrellas brillaban en las escasas islas que se abrían en el cielo contaminado.

Un galeón se elevaba bajo tres grandes globos. Desplegó velas y, poco a poco, viró a estribor empujado por la leve estela fosforescente de la Kamé. En cubierta, los pasajeros se asomaban a la baranda.

«¿Cuál será su nombre? —se preguntó Nimbará—. Todos los barcos tienen un nombre. No necesitan nada más que eso, un buen nombre: *Intrépido, Veloz, Bravura, Terror, La buena madre...* Sí. Un nombre siempre es importante.»

Espantó el romanticismo con un gesto displicente.

«Al menos no moriré solo —pensó, flanqueado por K'Tala y Qwyn, ministros de Fuego y Fe.» Se arrepintió al instante.

Sin ánimo de sonar agorero, el año anterior ahorcaron a una docena de funcionarios y monjes contadores acusados de conspiración. ¿Quién podía oponerse a Kébemon y su mandato? Esa era una pregunta que solo podían responder los idiotas o los exiliados. Toda disidencia era criminalizada y aplastada sin miramiento alguno. Ocurrió con las revueltas por el impuesto sobre la harina, las huelgas de los gremios o el primer alzamiento de los esclavos: reprimidos con dureza inusitada por el puño de hierro del que gobierna en defensa de la legislación vigente y la igualdad de oportunidades. Con ese pretexto pusieron armas en las calles y leyes en los despachos; tergiversaron el significado de las palabras a plena luz del día sin sonrojarse y los principales diarios las publicaron en portada. Así que ¿quién podía oponerse a Kébemon y su Mecadidos cuando no existía alternativa excepto el caos y el derrumbe de lo que un día fue Paraíso?

Dos titanes sin rostro sostenían el capitel sobre las puertas del templo. Representaban al servidor ciego y mudo que se somete a los designios de lo necesario, a las excusas y quizá al fanatismo y la locura. Nimbará miró a lo alto cuando pasaron bajo sus piernas. Tampoco tenían sexo. Se ahorraron trabajo al no tallar las enormes pollas y, de todas formas, todos daban por hecho que se encontraban ahí, bajo el paño de piedra. La gente da por hechas muchas cosas basándose en sus prejuicios, en la normalidad moral de su tiempo. Se abrió un pequeño acceso lateral y los tres ministros entraron. La oscuridad repentina se les echó encima. Adivinaron las figuras de los monjes inquisidores, las armaduras y alabardas en cuyos filos crepitaban relámpagos en miniatura de Kamé. En lo profundo de los hábitos se escuchaba el burbujeo de la respiración hidráulica. ¿Quién sabe si eran hombres todavía? La silueta así lo sugería: en alguna parte, allí dentro, había un ser humano o, por lo menos, órganos vibrantes rodeados de bobinas y servomecanismos. Sin

embargo, sobre los hombros, un yelmo cerrado, muy bruñido y curvo hasta tocar la espalda, les daba el aspecto de insectos ciegos.

Las capillas laterales se habían convertido en altares mecánicos, motores y mecasistemas que nacían de la misma roca. Al fondo, en el ábside, como un órgano de un millar de tubos y controles analógicos, se levantaba el puesto de mando. Silbaban las válvulas y las juntas de las tuberías; condensadores y cajas de fusibles que escupían repentinos chispazos de Kamé, pasarelas y tubos de conducción; flejes, cadenas, remaches y barras de seguridad; todo abigarrado en un laberinto de cañerías y conductos de mil tamaños. Eso era el templo, eso era Kébemon: todo aquel caos de humedades y fugas, de cañerías y circuitos. No existía otra cosa que no fuese él, porque durante años el sumo sacerdote había unido su propio cuerpo al del zigurat. Y, en el centro, encastrado en una boca de caucho, asomaba su torso o lo que quedaba de él. Un pellejo desnutrido que vestía una levita negra y una camisa de hilo con voluptuosas chorreras en el pecho. Jorobado, se inclinaba sobre galvanómetros de aguja, interruptores y circuitos, entrelazando las manos, concentrado en su tarea. La piel de sus manos era una corteza reseca, quizá muerta hacía décadas, y sus dedos, de caña astillada. Había sustituido las piernas por un hongo flotante que se unía al resto del elefantiásico cuerpo con mangueras y tubos que siseaban tras él como serpientes rabiosas.

Nimbará dio una bocanada profunda antes de sumergirse en la nube vaporosa que lo envolvía todo, convertida en una gasa que apenas se desgarraba al atravesarla. Su figura se reflejaba rota en el suelo pulido. El eco de las pisadas les perseguía. Miró a sus acompañantes y descubrió el miedo en sus ojos. K'Tala, tieso como una vara, musitaba un rezo inaudible. El viejo comandante no podría perdonarse sobrevivir a los campos de batalla y perecer en un palacio, a los pies de las máquinas. Aunque, llegados a aquel punto, ¿qué esperaba? Su antecesor encontró la muerte entre los muslos de una esclava y el anterior se ahogó con un hueso de pollo tras doce años en el Ministerio. Jamás vieron una guerra y nadie diría que fuese un requisito para el cargo. Detuvieron, sancionaron y encarcelaron a todo aquel que se opuso a las leyes del cónsul. Además, consiguieron buenos trabajos para sus familiares y amigos. K'Tala, sin embargo, era un guerrero, tuerto y viejo, pero un

guerrero.

Qwyn, por otra parte, era un sacerdote venido a menos. Nacido bajo la ley religiosa y adoctrinado en la técnica de la extracción de Kamé y su almacenamiento, resultó disponer de las amistades correctas en el momento adecuado. El breve tiempo que fue monje carcelero había pasado factura a su cuerpo, pero no a la cobardía declarada y el servilismo. Una vez comenzó el ascenso en la jerarquía, resultó ser un trepa como nadie. Un tipo de esos que saben cómo convencer a otro de hacer lo que ellos no harían nunca. Demasiado inteligente para acabar de palabrero, voceando propaganda en las calles, o pescador, en busca de pobres desesperados que entregasen su miserable vida a la continuidad de Paraíso. Nimbará lo despreciaba incluso más que a los otros ministros. Aunque era cosa de todos, de gabinetes corruptos, décadas de consejeros, asesores y sacerdotes del Mecadios financiero haciendo valer el camino de la sociedad tullida, justificando una meta que llenaba bolsillos y estómagos, los suyos; así habían llegado a donde se encontraban: a Kébemon. Qwyn se levantó las faldas de la túnica antes de postrarse y dar con la nariz en el suelo.

Los otros dos lo observaron de reojo e hincaron la rodilla frente al sumo sacerdote y cónsul de Paraíso. Nimbará carraspeó y se llevó la mano al pecho, aunque no llegó a pronunciar palabra.

—Necesito más presión aquí abajo —dijo Kébemon sin levantar la vista de las luces titilantes y los marcadores. Su voz sonaba potente y calmada y también un poco ausente, como la de un tenor agotado que ha perdido la cabeza—. Un poco más de presión.

Los sacerdotes ingenieros atendieron la petición, voltearon las ruedas y el vapor silbó. Algún mecanismo oculto dio un largo y lastimoso chirrido.

—Así está mejor —afirmó Kébemon—. Sí. Mejor.

Se volvió hacia los ministros. Los labios resecaos se le convirtieron en una fina línea oscura. El hongo sobre el que levitaba se acercó con el trémulo sonido de la Kamé que lo empujaba y que reflejaba un resplandor añil en lugar de sombra. Cuando se detuvo no dijo una palabra más y sus subordinados, excepto Qwyn, que todavía estaba postrado, contemplaron el rostro ojeroso y macilento, triste y también enojado, aunque menos.

—Mi cónsul... —musitó Nimbará.

—Lo sé —interrumpió Kébemon. No disimularon la sorpresa y, quizá, tampoco el alivio—. ¿Venís a decirme que no es cierto lo que mis acólitos me han hecho saber hace un rato?

—Me temo que es cierto, mi cónsul —aclaró Nimbará, circunspecto. Kébemon tamborileó las garras sobre los comandos del levitador.

—¿K'Tala? —preguntó.

El viejo ministro de Fuego se envaró y, puesto en pie, dio un taconazo.

—Mis síndicos le siguen la pista, mi señor —dijo—. No tardarán en dar con él.

—¿Qué pista?

—¿Señor?

—¿Qué pista siguen?

—Oh, bueno. La perdimos en el mercado de Sopladores, entre Bocaceniza y el margen sur del río, señor —explicó tras un titubeo—. Tarde o temprano aparecerá. Puede contar con ello.

El sumo sacerdote torció el gesto y con un leve encogimiento el levitador se desplazó a un lado.

—Es cosa de esa maldita Ka... —masculló, dio un zarpazo al aire y continuó a voz en grito—. ¡Zorra! Si pudiese estrangularla lo haría sin pensarlo. Esto es entre ella y yo. ¡Entre ella y yo! Pero no voy a darme por vencido. Sabe lo importante que Midkemia es para mi plan, por eso lo han elegido...

—Lo encontraremos, señor —insistió K'Tala. Kébemon se volvió apenas y los observó con gesto huraño.

—Necesito más tiempo —murmuró Kébemon—. Todavía no estoy preparado.

—Respecto a eso... —titubeó Nimbará—. Mi cónsul, la Zuyab ha solicitado otra vez su comparecencia. Los concejales de los gremios y algunos parlamentarios han expresado inquietud ante el retraso del plan de su santidad.

—¿Saben que ha escapado Midkemia? —lo interrogó.

—No.

Kébemon sintió la duda en las vocales arrastradas y dirigió una inquisitiva

mirada a K'Tala.

—No, por supuesto que no, mi Señor —se atropelló el ministro de Fuego—. Es un asunto de máxima seguridad.

Kébemon paladeó sus pensamientos. Los párpados se le entrecerraron durante un largo instante.

—No voy a darles ese placer —dijo—. Tengo mucho que hacer aquí abajo y no aceptaré distracción alguna. Ellos... esos concejales y politicuchos solo se preocupan por el poder y por salvar el trasero. Es el futuro de Paraíso lo que tenemos entre manos. ¡En mis manos! Y no voy a ceder a sus caprichos. Pueden esperar una semana más. Que esperen. —Al decir esas palabras, Kébemon torció el gesto de la misma forma que si hubiese recibido una puñalada—. ¿Tenemos una semana?

—En realidad —apuntó Qwyn—, la Cósmosis será dentro de cuatro noches, mi señor.

Kébemon se volvió hacia él con un rugido entre dientes.

—¡Que esperen! Todavía no estoy listo. No lo estoy. El proyecto no dará sus frutos hasta dentro de... —Murmuró algunos cálculos entre dientes y continuó en un susurro—. Cuatro noches para la Cósmosis. Es muy poco. Debo trabajar. Hay mucho que hacer.

—Pero, mi cónsul, el precio de las baterías continuará subiendo si no hacemos nada por evitarlo —apuntó Nimbará.

—Pues haced algo para evitarlo.

—Es un problema de escasez, mi cónsul.

—¡Subvencionad la compra de baterías! ¡Haced algo!

—Como ordenéis —susurró—. Nos pondremos a ello de inmediato.

—Debéis encontrar a Midkemia. ¿No lo entendéis? Es la única manera de salvar Paraíso y lo que significa.

—Lo encontraremos —dijo Nimbará, convencido—. Puede confiar en nosotros.

Kébemon sonrió con la boca. Sus ojos se salieron de las órbitas y los párpados se replegaron contra la frente calva. Se convirtió en un cepo de marfil sucio que había atrapado una serpiente extraña.

—La confianza... —dijo. Se acercó lentamente hasta detenerse frente a

Qwyn, que no había levantado la vista del suelo durante toda la recepción.

El ministro se encogió al sentir la vibración del levitador ante él.

—¡Somos fieles, maestro! ¡Somos fieles! —exclamó con voz entrecortada.

Kébemon sonrió. Un gesto paternal, casi cariñoso. Tomó las manos del monje y lo ayudó a incorporarse. El cojín levitador se inclinó y el monje alzó los ojos inundados y algunas lágrimas cayeron en el manto y también sobre la máquina.

—¿Lo sois? —preguntó.

La pregunta de Kébemon se transformó en un horror indescriptible que disolvió las mejillas de Qwyn como el ácido. Entonces, una furia repentina tomó el rostro del cónsul y enseñó los dientes como un perro de presa. Tras un instante eterno, soltó las manos de Qwyn y dio media vuelta. El ministro de la Fe se derrumbó, entre ahogos y gemidos sudorosos.

—Ya sabéis las órdenes. Encontrad a Midkemia. ¡Marchaos! —ordenó Kébemon de regreso al control de mando—. Tú no, Nimbará.

El primer ministro tragó saliva y se acarició la nuez, consciente de una rigidez repentina. Qwyn desapareció dando brincos, como si hubiese manchado los calzones. K'Tala se despidió de él con un leve golpe en el hombro que le pareció conmiseración de soldado. Ambos miraron al monje salir a la carrera. Si les hubiesen preguntado, no habrían dado un céntimo por la vida de aquella rata traidora que algo ocultaba y, sin embargo, Kébemon lo requería a él. Así es la vida.

—Excelencia... —musitó Nimbará.

—¡Falta presión! —gritó Kébemon hacia los sacerdotes que giraban ruedas y activaban conmutadores—. ¡Necesito más presión!

Comprobó los marcadores y accionó algunas palancas. Luces intermitentes iluminaron su rostro concentrado. Por fin, miró de lejos a Nimbará, como un depredador que valora los pros y los contras antes de asesinar a un indefenso incauto.

—Ven conmigo, Nimbará —dijo—. Quiero que veas algo.

El primer ministro obedeció y siguió el silbido aéreo de la levitadora y las mangueras que se arrastraban a su zaga. Al poco, estuvieron solos en la oscuridad gástrica del templo, un lugar en el que nadie o muy pocos habían

estado antes. El levitador se detuvo en un amplio pasillo abovedado por secciones, con pilastras, cañerías y tubos cubiertos de humedad. Kébemon lo miró con el rabillo del ojo antes de hablar.

—Los monjes traman algo contra mí —confesó, y esperó una reacción en Nimbará que no llegó. El primer ministro escuchó impertérrito—. ¿Qué sabes de eso?

—No lo descarto, mi cónsul —respondió, haciendo un esfuerzo por parecer contrito—. Yo tampoco me fío de ellos. Puedo poner a K'Tala a seguirles la pista si es lo que deseáis.

—Eso ya lo hice yo hace tiempo, querido —replicó Kébemon. Su gesto avieso estremeció a Nimbará—. Mis informes dicen que Qwyn y Orcades tienen algo entre manos. Se están preparando por lo que pueda pasar. Puede que ellos tengan que ver con la fuga de Kemi.

—Ciertamente —apuntó Nimbará—, su huida está llena de extraños sucesos.

—Quieren quitarlo de en medio, Nimbará.

—Pero ¿por qué? —preguntó él.

El cónsul lo aplastó con una máscara soberbia y él supo que había ido demasiado lejos. Sentía las mejillas sofocadas y la camisa empapada se le pegaba a la espalda.

—Para que fracase mi plan, querido ministro —explicó, condescendiente—. Todo se limita a eso.

Dicho esto, el levitador continuó adelante. Nimbará supo que no iba a morir. No en ese momento. Y se relajó lo suficiente como para sentirse observado, quizá por los engendros genéticos que vigilaban las espaldas del sumo sacerdote. Mantuvo la distancia, tragó saliva y cerró la boca.

Alcanzaron una puerta sin goznes formada por retales de metal. Carecía de cerradura. No la necesitaba. Un chirrido infinito acompañó el lento deslizarse de la hoja. El murmullo de un millón de voces se arrastró hasta Nimbará. Repentinamente explosiones de vapor, ventosidades del zigurat, se alternaban con chispazos y relampagueos. Se iluminó una larga pasarela que conducía a un volcán artificial a base de planchas y pasarelas. Alrededor, un bosque de urnas y depósitos, silos en los que se almacenaba la Kamé.

Kébemon tomó con una esquelética mano el hombro de Nimbará. Lo hizo de la misma manera en que lo haría un súcubo incandescente, conduciéndolo de forma delicada y firme, hacia un jardín de muerte. La puerta se cerró tras ellos y el rumor de la multitud invisible creció hasta convertirse en un eco molesto, la algarabía incomprensible y grave de una garganta ronca. Algunos destellos iluminaron la parte superior del volcán.

—Nimbará —dijo el cónsul—, voy a compartir contigo el secreto de Paraíso. Nadie, aparte de los clérigos carceleros y el sumo sacerdote, ha entrado aquí desde que el primero de mi dinastía aprisionó a las Kas por el bien de la civilización.

A ambos lados del pasillo, en la penumbra, Nimbará descubrió decenas de monjes, en trance, sentados sobre los tobillos, entonando un sordo murmullo grave. La vibración interminable ascendió por su entrepierna, sintió que los esfínteres le palpitaban y un torbellino se le formó entre el vientre y el corazón. Asfixiado, solo fue capaz de dar pequeños sorbos. Un rezo único, una plegaria átona y la energía de la Kamé, tan física y palpable, impregnando todo. Sintió la electricidad en su interior, llenándolo de vitalidad imparable, y se miró las manos. Al levantar la vista comprendió que había sido devorado por Kébemon y sus antepasados, por aquel cuerpo de metal y cemento construido durante siglos y al que se anclaba la misma existencia de la ciudad.

—Las Kas son... —continuó Kébemon. Dudó un instante y esbozó una sonrisa juvenil que resultó grotesca en su rostro—. Son huidizas, sí, como anguilas que sueñan. No les gusta dormir. Y han tratado de escapar desde el primer día. Mis antepasados las encadenaron por nuestro bien en pos del futuro y el progreso, ¿sabes? Pero no se pueden retener los dones del mundo, Nimbará. No intentes hacerlo. Es algo que mi dinastía aprendió tarde. Lo hicimos y fallamos porque ellas prefieren morir en el intento de fuga que permanecer prisioneras. Al final resulta que no son tan diferentes a nosotros, ¿no crees? Aunque para eso estoy aquí yo, para encontrar la solución adecuada.

»Midkemia está llamado no solo a reinar, sino a asegurar la supervivencia de la ciudad durante mil años más. Quiero que tengas eso presente y que no confíes en nadie, porque si no aparece antes de la Cósmosis, todo mi esfuerzo

habrá sido en vano. ¿Sabes lo que ocurrirá entonces?

—He leído algo...

—La última Ka intentará escapar a través de su cuerpo y eso los matará —explicó antes de negar con la cabeza—. Muerta la última Ka. Muerto Midkemia. Se acabó la energía. No más Kamé.

—El desastre.

—He trabajado mucho y no pienso consentir que se eche a perder en el último momento. Aunque con ellas tienes que estar preparado. Son... Oh, las amas y las odias. Es la verdad. Desde que llegaron a Paraíso despertaron esa extraña fascinación en los hombres. Someter aquello que nos fascina es una necesidad inevitable. He pasado muchas jornadas aquí. Contemplándola. Hablando con ella. Esperando este día.

Ascendieron hasta la cima y Nimbará descubrió que aquel volcán de chapa no era tal. En realidad, le recordó a un fruto exótico abierto por la mitad, con extrañas formas espiraladas y diseños. Dispuestas en siete bañeras en forma de semilla, dormían las Kas. Seis de ellas no eran más que cadáveres momificados de lo que algún día debió de ser una hermosa mujer de extraña fisonomía. La otra, la que todavía continuaba viva, no era una mujer en absoluto. Su cuerpo desnudo había perdido el color y la piel transparente dejaba ver músculos y venas oscuras. Había algo inquietante en su morfología; los brazos interminables y dedos de seis falanges; pechos sin pezones y el cuello fino, de porcelana. No tenía rostro. La cabeza permanecía encerrada en una máscara de cuero de la que brotaba una manguera que recordaba una trompa retráctil. Así era como, conectada a la maquinaria, se extraía la Kamé de sus sueños. La última Ka, el secreto mejor guardado de Paraíso.

—Mírala... —dijo Kébemon, preso de una repentina excitación, con los ojos inyectados en sangre—. Tú. Perra. ¿Me escuchas? ¡Perra! ¡No podrás conmigo! Ha elegido a Kemi solo para atacarme, para hacerme fracasar una vez más —explicó a Nimbará con aire confidente, y ambos regresaron su atención a la peculiar y cautivadora belleza de la Ka—. Te preguntarás por qué este privilegio. Debes saber que mi dinastía acabará en mí. Y tú, como primer ministro, facilitarás la transición. Quiero que informes a K'Tala y que prepare a la milicia en caso de que la Zuyab se rebele porque no les va a

gustar. Midkemia es mi heredero y ocupará mi lugar le guste o no, pero su trono será otro. Un gran circuito que retenga y canalice a este último animal exótico y su energía. Yo moriré, pero mi cuerpo será su cuerpo. Mi mente será también la suya. Todavía tengo tiempo para adecuar la maquinaria a Midkemia y corregir los cálculos. Esperaba una mujer como última psiKa y no esto...

»Si consigo atrapar la transmigración de la última Ka entre su cuerpo prisionero y la última psiKa, crearé una resistencia de la que brotará la Kamé durante un milenio. Por eso debes encontrar a Midkemia antes de que la Cósmosis lo consuma o él mismo se mate de una sobredosis y todo se esfume. Él será mi sacrificio.

La mano de Kébemon descansaba sobre la espalda del primer ministro, pero su voz solo era un eco lejano, muy lejano. Nimbará asintió sin llegar a entender qué estaba ocurriendo en su cabeza, por qué sus pensamientos y recuerdos formaban una amalgama de sensaciones. Sabía que no era posible, pero escuchó un susurro arrastrado entre las sílabas de Kébemon. La voz de aquella extraña criatura que soñaba sumergida en una prisión amniótica.

Aquella imagen perseguía a Nimbará horas después. Intentó relajarse sin demasiado éxito y apoyó los brazos en el borde de la bañera. El agua le resbalaba por el pecho desnudo. Tibia, la temperatura perfecta. Suspiró y cerró los ojos. Paladeó la paciencia. La esclava, a su lado, apenas chapoteaba. Sintió los dedos de ella masajearle los testículos y dar tirones al pene —arriba y abajo, arriba y abajo—, como si ordeñase la teta flácida de una cabra. Resopló, exasperado, al tiempo que se incorporaba. Ella se disculpó con un parpadeo expectante.

—Joder... —masculló él. Destacó la obviedad con las cejas y ordenó—: Prueba con la boca.

El gesto apremiante de Nimbará la convenció. Tomó aire y se sumergió. La coronilla formó una isla de la que brotaban afluentes de pelo negro. Nimbará echó la cabeza atrás. Suspiró de nuevo. Solo tenía que relajarse un poco, solo un poco. Estaba agotado. Apenas había conseguido conciliar el sueño durante los últimos días. Se acostaba y daba vueltas y vueltas en una duermevela

interminable, una carrera que llevaba sus pensamientos de un lugar a otro, por rincones oscuros y fríos en los que encontraba la imagen de sí mismo desnudo, con la cabeza encastrada a los chirridos del futuro probable y necesario. Estaba agotado, el agua se enfriaba y su polla era una babosa muerta.

—¡Joder! —exclamó. Tomó a la esclava por los hombros y la obligó a salir a la superficie. Ella boqueaba entre toses, como si todavía chupase algo. Los ojos irritados por las sales y el jabón—. ¡Largo! ¡Fuera de aquí!

La esclava salió de la bañera y corrió a pasitos cortos y torpes hasta la bata. Se la echaba sobre los hombros cuando en la puerta aparecieron un par de esclavos dirigidos por una muchacha, que se hizo a un lado.

—¡Lo descontaré de tu nómina! —exclamó Nimbará.

La muchacha observó a la esclava correr desnuda, exhaló y entró en el baño. Era joven, tal vez más de lo que aparentaba, aunque la piel nívea se le arrebolaba en los pómulos y eso la delataba. Era la sobrina de Nimbará. Cada ciudadano tenía tantos esclavos como pudiese permitirse. Todo era una cuestión de lógica económica, aunque, de puertas hacia fuera, siempre se rodeaba uno de lacayos y sirvientes para aparentar poderío. Los sobrinos eran esclavos de confianza y no se contrataban más de uno o dos. Cursaban estudios universitarios, hablaban varios idiomas, se comportaban según el protocolo y podían desenvolverse con soltura entre los ciudadanos. Con suerte, podían incluso convertirse en libertos de éxito en el mundo de los negocios, y sus hijos, quizá algún día, en ciudadanos de pleno derecho.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la muchacha.

—Nada —aclaró de forma desenfadada—. No estoy de humor, Salma.

Ella gimió con indiferencia y dispuso unas toallas en un banco de piedra con bajorrelieves. Chasqueó los dedos y uno de los otros esclavos depositó un cazo sobre el lecho de brasas.

—Oh, bueno —dijo Salma—. ¿Quieres que te haga un masaje?

—No. No importa.

La chica ignoró las palabras de Nimbará, se arrodilló tras él y comenzó a masajearle el cuello y los hombros.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió.

—¡Nada! Joder. ¿Es que tengo que dar explicaciones por todo?

—Me refiero al Consejo de Ministros de esta mañana —aclaró Salma. Con un leve gesto dio pie a uno de los esclavos. Este se acercó y depositó sobre la frente de Nimbará una toalla caliente.

—Ah, sí —murmuró él antes de desinflarse—. Un aburrimiento, como siempre. Lo más remarcable fue que ninguno de esos viejos se cagó encima esta vez. Aprieta más ahí.

Salma masajeó su cuello durante un rato.

—¿Sigue sin aparecer? —preguntó.

—¿Quién?

—La última psiKa.

Nimbará se arrancó la toalla de la cara y la miró horrorizado.

—¿Cómo sabes tú eso? —la interrogó.

—Lo escuché en la calle.

—¡¿En la calle?! —Se revolvió y el agua salpicó a Salma—. Demonios, dime que has entrado en mi despacho y leído mis notas.

—Yo nunca haría eso sin tu permiso, tío mío.

—Oh, mierda.

Nimbará se derrumbó sobre el borde de la bañera.

—Hace tiempo que se viene diciendo: cuando muera la última Ka no habrá manera de recargar las baterías y Paraíso caerá como un castillo de naipes. Tampoco es novedad. Más de un folletín lo ha publicado. *El Vocero de la Mañana* incluso llevaba una viñeta en que se veía el zigurat en llamas y...

Nimbará se pellizcó las arrugas de la frente.

—Putos artistas gráficos... —murmuró.

Salma susurró a su oído.

—¿Es cierto que se trata de...?

Nimbará la miró de reojo con gesto espantado.

—¿También se rumorea eso? —preguntó, alarmado.

Ella arrugó la nariz y negó con apuro antes de retomar su masaje.

—Gracias, Santa Turbina... —murmuró aliviado.

—No en la calle, tío —aclaró Salma—. Pero tengo amigas en el zigurat que tienen amigas en otras partes...

—Si esos rumores llegan a los barrios, estoy acabado.

—Pensaba que las psiKas solo podían ser mujeres.

—Parece ser que no —respondió, cabizbajo, con aire sombrío y la voz grave. Suspiró y continuó, desenfadado—. Quién sabe. Kemi es otra cosa. Un error de la naturaleza. Por lo menos es lo que siempre se ha rumoreado. A veces me pregunto si tendrá... Ya sabes, si le cuelga algo ahí abajo o tiene rajita como tú.

Salma se ruborizó, dejó el masaje y fue a buscar una toalla sin añadir una palabra. Desde la distancia, mientras preparaba la ropa de su tío, carraspeó y dijo:

—Una psiKa que es un hombre... —de forma ausente, como si ya no le interesase la conversación.

—No es un hombre. Bueno, es... lo que sea. Y aparecerá —explicó al tiempo que estiraba y rotaba el cuello—. Los síndicos están buscando por todas partes: en cada mercado, cada casa abandonada, ¡en el culo de cada puto proxeneta! —Hizo un esfuerzo por contenerse y respiró varias veces—. Nada. Ni rastro. Se ha esfumado. Yo digo que, conociendo sus costumbres, debería aparecer dentro de un par de días, borracho y colocado en uno de esos antros para travestidos y chaperos. Ya conoces su fama...

—En ese caso será fácil dar con él —afirmó Salma.

—Se nota que no sales mucho, querida —replicó—. De todas formas, espero que sea temprano porque si no es así se acabó lo que se daba. Cuatro días para la Cósmosis y si no aparece: psiKa a la brasa y la ciudad al garete. Todo. Bum.

—¿Morirá?

—Claro que morirá —explicó con aires evadidos—. Todas mueren. Y yo tendré un problema.

Nimbará se cubrió los ojos con la mano y se acomodó contra el borde. Pasó un largo minuto en que tío y sobrina guardaron silencio. Sus pensamientos siguieron caminos diferentes, aunque no muy lejanos, tan solo lo suficiente como para que cada uno fuese lo que es. Salma cavilaba en qué ocuparía su noche libre. Acudiría a cenar con su madre y, de camino, pasaría por la biblioteca de la avenida Gamir. Había solicitado un tratado de mecánica aplicada que quizá ya estaba disponible. A la salida, compraría un

ramo de flores para Yala. Le gustaban las sorpresas. No tenía ningún compromiso con Nimbará hasta mediodía, así que podría retozar con ella en la cama, fumando y follando, como si el mundo estuviese a sus pies. Una es lo que siente y lo que piensa, así que sería grande por una noche, antes de regresar a casa de Nimbará, transcribir sus cartas, llevar al día la agenda, redactar los contratos de los esclavos, repasar extractos bancarios y masajear su espalda. Salma no tenía más preocupaciones.

—Eres demasiado valioso para Kébemon, tío mío —murmuró—. Antes pasará por la silla a otro. Puede deshacerse de cualquier ministro, pero de ti...

El primer ministro se giró un poco, lo suficiente para descubrir los ojos de Salma. Hubo algo en su voz, en esa mención repentina a la silla que lo hizo estremecerse.

—Lo sé. Lo sé —desdeñó Nimbará—. Pero no es solo eso. Es otra cosa.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Tío? ¿Te encuentras bien?

—Pensaba...

—¿El qué?

—No sé si dar con él va a solucionar algo.

—Vaya —profirió Salma. No era una disculpa, pero así sonó—. El deber no siempre tiene que ver con las obligaciones.

Nimbará se sacudió sus manos de los hombros y se puso en pie.

—¿Y esa filosofía barata? —escupió con repentino desprecio—. No me vengas con esas. Dame una toalla. Soy el primer ministro. No puedo separar el deber de mis obligaciones.

—Me refería al deber moral, tío —puntualizó ella de forma paciente.

—¿El deber moral?

—La obligación de buscar el bien y no el mal.

—Eso suena tan fantatópico hoy en día —dijo antes de suspirar—. La ciudad se va a la mierda, todo se va a la mierda y no hacemos nada por evitarlo. ¿Sabes eso que dicen de las arenas movedizas? Cuanto más te mueves, antes te hundes. Eso resume todo. Damos patadas y brazadas hacia la nada. Peor, mucho peor, hacia el fondo de la nada. Paraíso es un pozo.

Creímos que habíamos tocado fondo. Con el tiempo nos acostumbramos a vivir así, en la inmundicia del pozo, pero nos equivocamos, en realidad es un pozo sin fondo. Mi deber está con la ciudad y mis obligaciones con la ley, y en ninguno de esos extremos se habla de mi propio culo.

—Haga lo que le parezca más justo, tío —concluyó ella—. Si cree que no debería encontrar a Midkemia, no lo encuentre.

Nimbará levantó la mano, pero no llegó a lanzar el bofetón.

—¡Fuera todos! —ordenó Nimbará—. ¡Fuera!

Los esclavos salieron a toda prisa. Antes de que la puerta llegase a cerrarse, Nimbará atrapó por el brazo a Salma y la atrajo hacia él. Ella, todavía boquiabierta por la inesperada violencia, se retorció de dolor.

—¡Idiota! —murmuró con rabia contenida a unos pocos centímetros de su rostro—. ¿Cómo se te ocurre pronunciar ese nombre en presencia de otros? Si alguien te escucha... ¿Quieres que me acusen de alta traición? ¿Es eso?

Salma respondió con un susurro entrecortado. La toalla había caído a sus pies.

—No, tío.

Nimbará bufó y la contempló con severidad antes de soltarla.

—Sécame la espalda —ordenó—. Si no encontramos a Midkemia será el fin. No importa si el plan de Kébemon llega a tiempo o no. Será el fin. Kébemon lo necesita. K'Tala también sospecha de los monjes. Como si ellos estuviesen detrás de la fuga. ¿Para qué iban los monjes a planear su desaparición? ¿Qué pueden sacar con ello?

Salma comenzó a secarle las piernas, el culo y también la espalda.

—No encontrar al chico provocaría una gran reacción en cadena —continuó argumentando Nimbará para sí mismo—. Los planes de Kébemon darían al traste y el Gobierno se vendría abajo. La Zuyab exigiría explicaciones y quizá la cabeza de alguno de nosotros, casi con total probabilidad la mía, y eso no me lo puedo permitir. Tengo mucho aprecio a la vida.

»Hay que estar preparado ante tal fiasco. La ciudad se puede permitir la sustitución de Kébemon. Quizá esa es la intención de los monjes. Pero ¿quién es el sustituto? La Zuyab no admitirá que todo el poder recaiga en los clérigos

después de quince generaciones de sumos sacerdotes y cónsules. Antes se levantarán en armas. Sería un desastre. Una matanza. Deberíamos anticiparnos y acabar con ellos. Paraíso sin los sacerdotes del Mecadios. Ese sí que sería el cambio que necesita la ciudad. Y sin Kamé de por medio, ¿para qué sirven si no es para exprimir a las Kas y producir baterías? Si no hay Kas, no hay necesidad de sacerdotes. ¡Claro! ¿Cómo no lo había visto antes? Es evidente que se están preparando para mantenerse en el poder a cualquier precio.

»Necesito aliados en el Consejo. No será fácil. Son una banda de miserables y cobardes. Confían tanto los unos en los otros como yo en ellos. Habría que ponerlos de acuerdo. Conseguir un pacto duradero. El apoyo de K'Tala y las fuerzas armadas sería primordial. También el de Jubal, para disponer de finanzas y una manera rápida de distribuir la riqueza, no toda, claro, solo lo suficiente para que la gente comience a notar una mejoría y vea una luz al final del túnel. Eso es importante, nadie piensa en revueltas con el estómago medio lleno. Y democracia, democracia para todos.

—¿Para todos, tío? —preguntó Salma—. ¿Todos, todos?

—Ah —rio satisfecho—, te gusta eso, ¿verdad? ¿Crees que sería un acierto? Dar el voto a todos los hombres y mujeres adultos de Paraíso. Eso restaría todavía más poder a los sacerdotes. Es lo que pide la gente en las calles: quieren votar, quieren decidir. Pero no saben que nosotros ya hemos decidido. Habría que trazar pactos con gremios y artesanos para que ejerzan de dique de contención. Muy complicado, mucho. Aunque evitaría una revolución. ¡Ja! ¿Sabes lo que pasaría con nosotros en una revolución? Acabaríamos entre rejas y ajusticiados en alguna plaza. Mis bienes e inmuebles, sorteados entre la plebe. Horrible. Y luego el caos y la anarquía, claro.

»No veo mejor solución para la ciudad. Aunque nada de eso resuelve el mayor problema: Midkemia y las Kas morirán y con ellas se acabó la energía que mueve Paraíso. Estamos jodidos, Salma, jodidos.

—A pesar de todo, no parece un mal plan, tío mío —concluyó Salma tras él, concentrada en aplicar aceites aromáticos al cuerpo desnudo de Nimbará.

Él se volvió con la extrañeza presa en las arrugas de la frente. Quizá había pensado que hablaba solo, enfadado ante la insolencia de Salma.

—¿Qué plan? —preguntó—. Yo no he dicho nada de ningún plan.

—Oh. Lo siento, tío —se disculpó la joven de forma desenfadada—. Lo parecía.

—¿Es que no me escuchas? —replicó él—. No vamos a sacar adelante un imperio con molinos de aire y hornos de carbón. Si Kébemon fracasa, ya puedes huir al desierto a comer lagartijas y vivir en una cueva porque allí tendrás más futuro que aquí.

—Como tú digas, tío —dijo Salma—. No es ningún plan.

Salma recogió las toallas y abandonó el baño. La puerta se cerró sin fuerza, casi con un reparo insultante que convirtió el silencio posterior en un agobiante abrigo. Nimbará miró abajo y descubrió su pene blando. Suspiró. Tampoco dormiría esa noche.

*¡Ah! Desdichado el que sueña, pues no
hay mayor sufrimiento que la consciencia
que sigue al despertar.*

MOSEN LEVI
Durante su cautiverio
en el campo de Zaus

Cuando nada vale nada

Adaxas se tumbó a su lado. Las aletas de la nariz de Kemi se dilataban y contraían apenas. Cuando dormía parecía en calma. Tenía la piel tostada, los labios finos y de color canela, y el pelo oscuro y largo por arriba y delante. Era joven por dentro y por fuera —no de la forma en que lo era él, con las cicatrices de la vida auestas—; joven y hermosa más allá del sueño. Exhaló al acariciarla con el dorso de los dedos. Desde la mandíbula hasta el cuello y el hueco abierto que dejaba la camisa. La piel se le estremeció al contacto. Cuando volvió la vista arriba, Kemi había despertado y lo observaba sin inmutarse. Entreabrió la boca, no como si pretendiese decir algo, sino de la misma forma en que una flor se abre cada mañana. Adaxas se inclinó para besarla. Sus labios estaban calientes y dulces y todavía permanecían en él cuando se separó. Se miraron un instante. Ella jadeó un poco, rodó sobre él y se besaron con un mordisco hambriento. Kemi se colocó a horcajadas sobre

Adaxas y él la tomó por la cintura. Desabrochó la camisa de ella y descubrió el nacimiento de los pechos pequeños y el corazón latiente, casi ensordecedor en su escondrijo. Le mordió el cuello e hincó las uñas en la carne, dentro de la camisa. Entonces se detuvo y se revolvió horrorizado, como quien siente una serpiente arrastrarse en la cama. Kemi se incorporó, muda, convertida en cera. Adaxas levantó los brazos y contempló sus manos, las dos manos.

Despertó azorado por el sonido agónico de una trompeta al ser asesinada. Le tomó un largo instante reconocer su habitación. El jolgorio de los otros se escuchaba en la distancia. Risas extrañas. Se quedó panza arriba, mirando el azulejo roto que cubría el techo de lo que debió de ser una sauna convertida en dormitorio. Trató de espantar el dolor de cabeza con un gruñido amenazador. Levantó el muñón que remataba el brazo derecho. No había mano. Solo había sido un sueño, aunque un cosquilleo le alcanzaba el codo, se enroscaba en los músculos y convertía dedos invisibles en piel, hueso, callos y uñas sucias. Era una sensación extraña, algo que no ocurría desde hacía mucho. Si miraba a otra parte, si no tragaba la verdad y daba la espalda a la lógica, una mano brotaba del muñón.

Se sentó en el borde de la cama y el humor le resbaló viscoso entre las cejas. Resopló para expulsar sus demonios, esos que reían y mordían las mollejas del remordimiento y la inseguridad y dejaban cicatrices en aquello que se esperaba de él. Adaxas, el mandamás. Apenas le quedaban unos meses en el cargo. A los veinte, o a la edad en que suponían debía de tener veinte, dejaría Los Abandonados, y ¿entonces? ¿Qué sería de él sin la banda? ¿Qué haría, adónde iría? ¿Existía realmente otro Adaxas que no fuese el líder de un puñado de maleantes y buscavidas? El vacío lo tentaba con susurros nocturnos. Se echó la mano a la cabeza, atrapó el pelo entre los dedos y, al hacerlo, recordó que su mano derecha no estaba ahí. Aquella confusión lo enervaba. Había regresado de entre los muertos y, con ella, muchas otras cosas.

Se puso en pie y se vistió. Ciñó la muñequera al muñón, ajustando las correas y la cincha al codo. Se lavó la cara en la jofaina, masticó hojas secas

con corteza de limón, que escupió en un cuenco de barro, y ocultó el cuchillo en el fajín, bajo la camisa suelta. Aprendió a hacerlo todo con una sola mano, la boca y los pies. Ya no sentía las dificultades. Fue parte de su aprendizaje: caminar, hablar, manejarse con una mano, sobrevivir. ¿Qué habría sido de él si no le hubiesen robado la mano? Eso tal vez fuese probable en otra parte, en otro tiempo. En Paraíso, él era Adaxas *el Manco*. Y en unos meses, ¿qué sería de él cuando volviese a la calle? Sin su título de mandamás solo sería un tullido en busca de trabajo, un hombre roto, y esa posibilidad lo aterraba.

Cuando salió al salón principal de Hogar, los otros ya estaban allí. Torab y Zenón, los gemelos, habían traído un saco con pan recién hecho, bollos de azúcar y galletas. Gentileza de un antiguo compañero metido a panadero. Un abandonado no dejaba de serlo nunca, y los que continuaban vivos siempre estaban dispuestos a cualquier deferencia con la banda, fueran panaderos, traficantes, músicos callejeros, trileros o siniestros matones de taberna. Era una deuda que se contraía de por vida. Adaxas sabía que, dentro de poco, él sería uno de esos tipos a los que, en ocasiones, acudían en busca de ayuda. Así era el futuro cierto, aunque no podía imaginarlo. De momento solo tenía una guerra y, gracias a Kemi, debería salir y matar a Cabeza de Lata. Era algo inevitable.

Chicos y chicas peleaban por pellizcar los bollos y daban puyas y codazos a diestro y siniestro. Algunos bebían leche o vino tinto que oscurecía dientes y labios. Otros se echaban al gznate cualquier cosa a su alcance, a pesar de que acabarían con los pantalones en los tobillos antes de mediodía. Hacían planes con la boca llena y hundían el pan en tarros de miel y mermelada; arrancaban pedazos de cecina y jamón curado que colgaba de cadenas y cuerdas. Adaxas tomó un cuenco, se sirvió leche después de olfatearla, rompió el pan y lo aplastó con la cuchara hasta empapararlo.

—¡Adaxas! —exclamó Darq'Ab. Goterones rojos le resbalaban mentón abajo. Una redoma ensogada descansaba entre sus muslos—. Vamos al Mercado de Dos Aguas. ¿Quieres venir?

El mandamás negó con la cabeza sin levantar la vista del plato.

—Quizá encontremos a ese vendedor de melones que la semana pasada sacó un cuchillo a los gemelos —explicó Darq'Ab con un guiño cómplice

hacia los hermanos de gesto bobalicón—. Veremos si todavía es tan valiente.

—¡Le daré una buena patada en el culo! —saltó el pequeño Sutha, arrastrando los pies zompos, y todos estallaron en una carcajada.

—No quiero que vayáis más allá de la avenida de las Lágrimas —musitó Adaxas sin dejar de comer. Todos callaron al instante.

—¿Por qué dices eso, jefe? —replicó Darq' Ab, disgustada.

—No se os ha perdido nada en el territorio de Los Reyes Muertos.

—El mercado es zona neutra y no tenemos problemas con Los Reyes, Adaxas —objetó Yoyo *Cebolla*.

—¿Ya no recuerdas a Sorona? —masculló el mandamás con la boca llena.

Aquellas palabras se ahogaron en las profundidades del vino y la leche y sirvieron de lastre a la alegría de un nuevo día.

—No quiero problemas hasta que veamos qué pasa con Los Tecnos —explicó Adaxas—. Necesitamos alianzas y no voy a arriesgar con chiquilladas. Os quiero quietos y silenciosos. Al primero o primera que arme revuelo lo cuelgo de los pies una semana. ¿Entendido?

—Haced caso, mandados —dijeron a su espalda.

Adaxas asomó la furia sobre el hombro y descubrió a Yiel tras él. Masticó el desayuno y también la rabia, y se tentaron durante un largo momento. El joven jefe arrancó un trozo de pan de una barra y lo mordió con fruición. Caminaba con suficiencia, ofreciendo migajas de orgullo a todos los otros.

—Llévale algo de comer —ordenó de forma brusca antes de dar un cucharetazo.

Yiel se detuvo en seco y un rubor ofendido se instaló en su cuello.

—¿Que qué? —preguntó.

—Que nuestra invitada todavía no ha comido nada —explicó—. Coge algo de leche y un par de bollos y sé amable.

—¿Yo? —saltó, indignado—. ¿Por qué yo?

—Porque yo lo digo y porque alguien tiene que avisarla. Hoy vamos a probar las armas y quiero que ella esté presente.

—¿Quién? —Yiel subió los hombros como un buitre carroñero—. ¿Ella?

—Sí. Vendrá con nosotros a Tres Hermanos.

—¿Con nosotros? ¿Por qué?

—Porque no habrá una demostración de fuerza con Los Tecnos —explicó Adaxas con desgana matutina, alargando las pausas a medida que la exasperación de Yiel crecía y crecía—. Quiero que parezca algo casual. Iremos tú, yo y ella. Nada de fuegos artificiales. Vamos, lo matamos y regresamos.

—¿Qué?! —exclamó Yiel. Un abanico de expectación se desplegó entre ellos—. ¿Es una broma?

El mandamás detuvo la cuchara de palo frente a la boca y dejó de masticar. No levantó la vista. El pan húmedo goteó un par de veces. Una mosca se le posó en la mano. Yiel se envaró y bramó, incapaz de contenerse. Por un instante, pareció que iba a brincar adelante y desenfundar el cuchillo. Nada de eso ocurrió.

—¡Pues muy bien! —gritó antes de abrirse paso a empujones, tomar un cuenco y salir de allí, airado ante los ojopláticos muchachos.

Adaxas lo observó alejarse. Demasiados encontronazos con Yiel últimamente. Se acercaba el momento del relevo y las cosas se habían tensado entre ellos. Esas cosas que se saben aunque no se digan. No hace falta. Solo los idiotas hacen oídos sordos a las advertencias de la vida. El don de la oportunidad se practica a diario. Es cuestión de adaptarse, ser flexible y no oponerse al orden natural. No eran palabras suyas —él no podía presumir de sabiduría—, sino de Zaman. Ella fue la sabia. Cada mandamás tenía su firma personal. Él era estricto. Y manco. Quizá por eso lo eligió Zaman, porque sabía sobrevivir. Yiel también era un superviviente. Esa era la fórmula: adaptarse o morir. Aceptar era la única salvación en Paraíso; aceptar lo que se tiene y también lo que se pierde. Ella lo dijo así. Como si fuese tan sencillo.

El día que mataron a Zaman fue uno de esos momentos. Adaxas había cumplido catorce años y, si le hubiesen preguntado, se habría declarado incompetente para el cargo de mandamás. Nadie lo hizo. Dieron por sentado que así sería y Adaxas, el jefe de guerra de Zaman, se convirtió en Adaxas, el mandamás. No se puede luchar contra la voluntad del destino, no se debe. Quizá por eso se mantuvo con vida todo ese tiempo, quizá por eso lo respetaban, y quizá por ese mismo motivo cedería el mando a Yiel y desaparecería. Renunciar a ganar es una victoria segura, dijo Zaman antes de

morir. Y ahora, a pocos meses de convertirse en otra cosa, de salir de allí para no regresar jamás, se veía envuelto en una guerra que acabaría con todos si no hacía algo por evitarlo. ¿Pero qué? No podía esconderse mucho más. Los problemas no desaparecen si les das la espalda. Al contrario. En cualquier momento, Los Tecnos entrarían por la puerta y de nada valdrían las frases hechas de Zaman ni sus dudas. Aunque, si lo conseguía, si las cosas se templaban el tiempo suficiente, saldría de Hogar y ya no sería problema suyo. ¿Podría entonces ganarse el respeto de los hombres como se ganó el de los niños? Adaxas *el Manco*. Adaxas *el Pordiosero*. Adaxas *el Sicario*. Adaxas *el Pirata*. Adaxas, marido y padre. Adaxas, el cobarde.

Yiel ascendió la pequeña montaña de escombros y se asomó al recoveco en que había descansado Kemi. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una manta. Abrió los ojos y él se detuvo sorprendido.

—¿Eh, tú! ¿Estás despierta?

—¿Tú qué crees?

La boca de Yiel se comprimió en una arruga y le tendió el cuenco de mala gana.

—Come algo —dijo—, te hará falta.

—Gracias.

—Y cuando acabes, baja —continuó—. Adaxas quiere enseñarte a disparar.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No lo sé. Él es el mandamás, ¿por qué no le preguntas tú misma?

—Porque no está aquí.

El muchacho resopló con hastío.

—¿Te crees muy lista? —escupió.

—Bastante más que tú, sí.

Yiel le dio la espalda, sin despedirse.

—Y mi nombre es Kemi, no tú —exclamó ella como quien lanza un dardo.

Él se volvió.

—No me digas.

—Relájate un poco —le espetó Kemi—. ¿No te cansa interpretar ese papel todo el tiempo?

—Mastica esto: yo no interpreto nada, soy lo que ves.

—Ya, claro.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—¿Qué será de ti cuándo seas mandamás? —lo interrogó ella con cierto tono musical que parecía divertirla—. Tendrás que buscarte un nuevo personaje. Porque Yiel *el Mandamás*... No lo veo.

Yiel tragó saliva y la humedad perló su frente.

—¿A qué viene tanto blablá? —dijo—. Me trae sin cuidado tu nombre, de dónde vienes o adónde vas. Más te vale ignorarme.

—No puedo ignorarte —respondió Kemi—, si lo hiciese, ¿qué sentido tendría tu chulería? Te hago un favor al hablar contigo.

—*Mutismutis!* He visto putas más sutiles que tú. Pobre esclava huida en pos de una vida mejor. Renuncia a los sueños. No existe una vida mejor. Esta es la única vida. ¿Lo entiendes? Hogar es real. Los Puentes es real. Esto es real. —Desenfundó el cuchillo que guardaba en el fajín y Kemi dio un respingo. Después, sin enfundarlo, sonrió y se llevó la mano a la entrepierna—. Esto es real. ¿Quieres encontrar a Las Furias? ¿Crees que ellas te darán la solución a tus problemas? Niña idiota, no sabes nada. Mírate. ¿Ahora vas a llorar?

Yiel contuvo una carcajada, enfundó el cuchillo y escupió una última y soberbia mirada. Un velo tenebroso cubrió a Kemi. Toda ella se encogió hasta casi desaparecer, hasta convertirse en un alfiler de luz perdido en la boca del lobo. Apartó a un lado el desayuno y suspiró, y en el silencio que siguió a continuación se ahogó la burla de Yiel y también su valor, al contemplarla allí abajo, indefensa, pero sin miedo.

—Si algún día lloro —masculló Kemi, entre dientes—, será por ti.

Yiel se estremeció y respondió, con la boca pequeña: «A mí qué me cuentas». Su voz sonó ronca y rota y apenas se escuchó nada porque ya había salido.

Vae y Darq'Ab fueron los encargados de improvisar el campo de tiro. Contra un muro de roca viva plantaron un pelele atado a una estaca. Tan solo era un abrigo relleno de paja, guantes de lana, pantalones y botas a las que asomaba el relleno infectado de chinches. Sobre los hombros, abollada y cubierta de óxido, una vieja lata de higos confitados. Se montó un buen revuelo alrededor. Unos apostaban contra otros y soltaban bravuconadas y escupían su chulería. De repente, estalló una pelea. Traspíe había disparado una retroballesta a las piernas del forzoso e inmóvil voluntario. Hubo golpes, insultos, patadas, y la algarabía se diluyó en el eco de un sopapo.

Adaxas dispuso un tablón y examinó las armas con el cuidado de un cirujano o con la paciencia de un creyente, como si fuese a producirse el milagro de un momento a otro. Acarició las cachas del trabuco, perforadas por la carcoma. Observó el percutor suelto de uno de los cañones de mano y la poca carga de batería del otro en los galvanómetros de aguja. Regresó al trabuco; la carcoma seguía allí. Burr le arrebató el arma de las manos con un gemido resignado, más que probablemente, tras imaginar los pensamientos que germinaban en la silenciosa ansiedad del mandamás.

—Vamos cortos de munición —apuntó Yiel a un lado—. ¿Estás seguro de que quieres hacer una prueba?

—Tenemos que probarlas. No podemos arriesgarnos a que algo falle en el último momento. De todas formas, ve con Darq'Ab al taller de Yozé esta tarde. Trae un par de baterías nuevas, balas y postas del doce. Y sé discreto.

—Tan discreto que ni siquiera sabrá que he estado allí hasta que haga inventario —replicó el jefe con un guiño. Ambos sonrieron.

Tras ellos estaba Kemi. Era la primera vez que veía sonreír a Adaxas. También Yiel pareció diferente, más joven, más vulnerable, hasta que la descubrió al volverse y su cejo la acusó con una mordida seca. Quizá por lo que le dijo, quizá por sus protestas ante la obligación de acompañarlos. Lo hizo con vehemencia, pero sin éxito. Adaxas había pensado que dos muchachos con una chica resultaba menos sospechoso. De todas formas, no confiaba en Kemi. Era algo que saltaba a la vista, en las maneras en que mascullaba órdenes sin siquiera referirse a ella, como si no estuviese allí, como si fuese una molestia que se veía obligado a soportar. Y Kemi sentía la

rabia arder en las venas, prender la carne y convertir en ácido su saliva, aunque se contenía porque pronto acabaría todo y dejaría atrás esa mentira amurallada, ese lugar hecho a medida para los hombres, sus excusas y locuras.

El disparo la sacó de su ensoñación. Adaxas estaba plantado, con las piernas abiertas y el cañón de mano en la zurda, apuntando al frente. Disparó una vez más. El cañón de mano destelló con el reconocible índigo de la Kamé y produjo una detonación metálica y seca, como un golpe en un tambor de hojalata. El pelele recibió un impacto en el pecho y se descompuso apenas. Los otros aplaudieron.

—No está mal —murmuró, contemplando el contoneo de una fina columna de humo añil que brotaba del cañón.

A su lado Burr apuntó y disparó el otro con idéntico resultado. Fue un buen tiro. El eco se arrullaba en las cavernas subterráneas de Hogar.

—¡Mi turno! —exclamó Yiel con el trabuco en la cadera. Un atronador disparo los sacudió. Acto seguido los arrolló una humareda tóxica y escaparon entre toses, dando golpes de mano para disolver la niebla. Tras ellos apareció Yiel, con el trabuco hecho pedazos y sangre en la nariz y en los dedos, contemplando el arma destrozada. Tosió un par de veces, carraspeó y escupió a un lado. Lanzó el trabuco sobre la mesa.

—Funciona —dijo—. Arréglalo. —Y guiñó un ojo a Burr, que como los otros lo miraba pasmado. La humareda se disolvió con un sonido efervescente. Del pelele apenas quedaba un amasijo de paja y retales requemados. La lata se había desintegrado.

Estalló un griterío atronador. Todos y todas daban vivas y hurras entre abrazos y levantaban los cuchillos en un arrebató de júbilo salvaje. Yiel abría y cerraba el puño con gesto dolorido.

—Joder —masculló—. Creo que me he roto un dedo.

—Todavía tienes nueve más para matar a Cabeza de Lata —añadió Adaxas.

Riendo, el mandamás tomó a Yiel por la nuca y le pellizcó la mejilla, tiznada de polvo. Después, al volverse hacia Kemi, de nuevo bajó la mirada, sus rasgos trazaron líneas rectas, a plomo, y su voz se convirtió en una grave letanía, distante en lo profundo de una sima.

—Yiel te enseñará cómo funcionan los cañones de mano. Es sencillo. Solo necesitas batería, balas y apuntar hacia lo que quieras matar.

—Yo no quiero matar a nadie —dijo, pero recordó la fuga de prisión, cuando abrieron la puerta de la celda y unas apariciones de ultratumba se lanzaron sobre los guardias y los sacerdotes. Los gritos la persiguieron a pesar de que corrió y corrió lejos del zigurat—. No quiero matar a nadie.

Adaxas y el resto la miraron expectantes y un tanto confundidos.

Kemi se mordió los labios.

—Oye, no vas a matar a nadie —aclaró Yiel—. Eso es cosa nuestra.

Kemi se quedó con la palabra en los labios cuando escucharon el alarido.

Zapatos, una de las chicas más pequeñas, entró dando voces, con las manos en la cabeza y el rostro desencajado por el terror. «Socorro», gritaba, «socorro». Todos fueron en su ayuda. Adaxas echó mano al revólver que descansaba sobre el tablero, con la otra mano, la que no existía desde hacía años, y sintió un calambre que le atravesó el orgullo como una aguja saquera. Recogió el muñón y miró a los lados, suspicaz, confiando en que nadie lo hubiese visto. Aunque encontró a Kemi y no pudo evitar sentirse como un tullido y farfulló una palabra que no se entendió y eso le hizo sentirse aún peor, así que salió corriendo con los otros hacia la voz de alarma.

La niña apareció desgañitada y fuera de sí. Su nombre real era Beru, aunque todos la llamaban Zapatos porque siempre iba descalza. Tenía nueve o diez años. Era un pellejo huesudo de párpados legañosos y cabeza rapada para evitar los piojos. Estaba asustada y su miedo se contagió a los demás, de la misma forma en que lo haría en una manada, como un mecanismo de defensa. Así que todos desenfundaron las armas sin perder de vista la gruta tras ella. El interrogatorio no dio tregua a Zapatos, que intentaba recuperar el aliento.

—¿Qué ha ocurrido? —se hizo hueco Yiel—. ¿Por qué gritas?

Zapatos miró atrás. Estaba temblando. Adaxas chasqueó los dedos y señaló a los lados del acceso principal. Feora, Burr, Leria, Yoyo *Cebolla*, Gus y unos cuantos más se desplegaron y buscaron cobertura tras las rocas. La grieta que ejercía de entrada silbó una corriente escurridiza. Zapatos se encogió entre las piernas de Adaxas y musitó de forma incoherente:

—¡Los Tecnos! —dijo—. ¡Vienen Los Tecnos!

Yiel saltó al frente de los otros y apuntó el arma hacia la entrada. El silencio desplegó su lengua helada sin prisa, avanzando poco a poco, lamiendo la espalda de cada uno. No ocurrió nada. A los parpadeos sucedió el desconcierto. Los lloros de Zapatos eran lo único que se escuchaba. Adaxas la obligó a incorporarse.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con el rostro pegado al de la mucosa.

—Los Tecnos, vienen Los Tecnos.

—¡Deja de lloriquear! —exclamó el mandamás, pero su orden tuvo el efecto contrario y la chiquilla comenzó a balbucear.

—Estaba en la garita de guardia y vi que venían por mí. Eran Los Tecnos. ¡Los Tecnos! Venían desnudos y tenían tetas grandes de señora mayor y... ¡Te juro que los vi! Hormigas rojas les salían de la boca. Hormigas, muchas hormigas, y se me echaban encima y me mordían... ¡Querían comerme!

Adaxas resopló y dejó caer a Zapatos, que continuaba con sus explicaciones entre gimoteos.

El resto se relajó, al tiempo que crecía una ola de acusaciones y quejas.

—¡Te has dormido, imbécil! —exclamó Adaxas, y dio una patada a la muchacha. Sus llantos se convirtieron en quejidos cuando el resto de pandilleros se unió a los insultos, los golpes y las collejas.

—¡No me dormí! —se disculpaba—. ¡Es cierto! ¡Los he visto!

El alboroto se disolvió y solo unos pocos se cebaron en el castigo a la pequeña desharrapada.

—Solo era un sueño —dijo Adaxas en un murmullo que nadie escuchó.

Se buscó la mano, la ausente, la que gemía desde la tumba para atormentarlo. Tragó saliva. Los brazos de Zapatos estaban llenos de picaduras, rojas e hinchadas como cerezas. Buscó sobre el hombro. Kemi no estaba allí. La descubrió escabullirse de vuelta al pequeño cobijo improvisado, sobre la montaña de escombros, en la sombra.

*¡Tecno! ¡Te-Te-Tecno!
¡Rompe! ¡Ro-ro-rompe!
¡Destroza, mata, destroza!
¡Tecno! ¡Sí!*

TECNOHIMNO

Cabeza de Lata

Podían tomar la avenida Gamir, paralela al río, o bien callejear, en dirección oeste, por la parte baja de Pasarelas. Ese sí que era un barrio seguro en pleno centro norte de la ciudad —nada que ver con Los Puentes excepto en la coincidencia etimológica—; uno de esos lugares en los que todavía se podía pasear sin más molestia que algún montón de basura en llamas, traficantes callejeros y ocasionales peleas de borrachos. El nombre de Pasarelas venía de lejos y, como todos los nombres de viejo, no se andaba con rodeos. Por aquel entonces, las calles no estaban adoquinadas, es decir, se convertían en un lodazal durante los meses de primavera y otoño, así que vecinos y comerciantes instalaban unas plataformas para la libre y segura circulación de peatones. Con el tiempo, las calles del barrio recibieron un premio a la paciencia en forma de pavimento y el nombre jugó a despistar. ¿A quién le importaba tantos años después? La verdad es que no era un mal barrio o, por lo menos, no era el peor.

Tres Hermanos ocupaba toda una esquina frente a la plaza de los Poetas. En verano instalaban una terraza ajardinada en la que los hijos de artesanos enriquecidos bebían zumo de *caya* y esnifaban cristal negro. Los artesanos gustaban de esas ínfulas de grandeza y, en ocasiones, se juntaban con ciudadanos díscolos que visitaban aquellas partes bajas de Paraíso en busca de lo que ellos llamaban «la vida real». Después, los ciudadanos regresaban al zigurat, a sus villas y jardines con piscina, y los otros quedaban en su realidad cotidiana con los anhelos imposibles y la resaca. En invierno era prácticamente lo mismo, aunque bajo techo.

Se escuchaba música desde el otro extremo del parque. Había grupos de gente charlando aquí y allá, fumando y riendo de forma exagerada. No todo eran jóvenes. Un grupo de barbudos *gara-gara* conspiraban en las sombras, cubiertos por aparatosos abrigos de pieles, como mastodontes prehistóricos. Media docena de tipos lisiados, quizá veteranos de guerra, piratas o coleccionistas de amputaciones, compartían una barrica y cantaban canciones tristes. Alguien gritó en un callejón. Nadie se volvió hacia allí excepto un tipo ojeroso que, a buen seguro, era un agente secreto del Ministerio. De vez en cuando, un traqueteo precedía la aparición de un carruaje. Cochero, coche y caballos eran uno, unidos con remaches, tornillos y mil cables a un servomotor. Eran modds enormes que, más que probablemente, habían olvidado que alguna vez nacieron de una mujer o una yegua, unidos para ser otra cosa. El cochero, cubierto con capote y una chistera torcida, accionaba palancas y conmutadores en la parte superior del ingenio. Los cascos de los caballos resbalaban al detenerse entre vapores furtivos y gases. La portezuela hidráulica desplegaba una escalerilla y abría camino a engalanados y soberbios hijos de puta en busca de diversión.

Había otra puerta en el callejón trasero, aunque reservada a unos pocos elegidos. Por ella se dejaban caer políticos y algún prócer que buscaba, ante todo, la privacidad de los reservados, la penumbra de las velas y un lugar en que reír, esnifar, beber, fumar y olvidar el futuro de los otros en sus manos, manoseado y hecho dinero.

—Perfumados —advirtió Yiel, y dio un golpe de barbilla sin apartar la atención de la plaza.

—¿Dónde?

—Junto a la estatua del poeta gordo. —Repitió el gesto—. Tres. Mamando de una botella.

Adaxas descubrió a los tres pandilleros a un centenar de metros. Sin lugar a dudas, eran perfumados. Vestían chalecos de lana y también zapatos blancos; pelo largo y lacio, teñido de negro y rojo.

—Es su territorio —desdeñó Adaxas.

—¿Voy a presentar respetos? —preguntó Yiel.

—Estamos de incógnito. ¿Conoces el significado de esa palabra?

—Dijiste que no querías tener problemas con otras bandas —protestó Yiel.

—Nuestra misión es asunto nuestro y de nadie más. *Mutismutis*. Prefiero tener problemas con Los Perfumados en el futuro que echar a perder la oportunidad. No nos andaremos por las ramas.

Yiel asintió sin escuchar, pues había puesto su atención en Kemi. La chica fumaba un cigarrillo liado y daba caladas cortas y profundas. Se la notaba ansiosa. Aquella mañana había buceado junto con Feora y el pequeño Pinchazo en los baúles y arcones que guardaban en Hogar. Encontraron sombreros de plumas, capas y ruanas, pantalones bombachos, botas de monta, un chaleco de piel de serpiente y medias de bailarina; toda una colección que parecía sacada del vestuario de una compañía de teatro de lo decadente. Finalmente, Kemi había elegido unas botas vueltas, un pantalón ajustado, aunque algo corto, camisa oscura y un chaquetón de lana con el cuello de marta teñida de azul. Fue una casualidad, porque tenía que llevar el abrigo de todas formas. Bajo él ocultaba un cañón de mano y el trabuco. Era lo más seguro; en un mundo de hombres una mujer no pasa por ser un elemento secundario y, previsiblemente, todas las miradas caerían sobre Adaxas y Yiel y su aspecto de maleantes. Caminaban con el pulgar enganchado en el pantalón, la barbilla arriba y a un lado. Además, vestían el fajín rojo de la banda. No pretendían, ni podían, ocultar sus raíces, y eso los hacía sentir como pez fuera del agua, dando bocados al aire, conscientes de que tenían las horas contadas. Era algo que sabían Kemi, Adaxas y Yiel. Sin embargo, ella temblaba y el frío nocturno destellaba en sus ojos y en los labios, acorralando

el calor en las mejillas. Casi podría haber pasado por una de ellos, de los que frecuentaban aquellos lugares para gente guapa de dientes blancos, y Yiel la vio guapa, aunque nerviosa, y eso la delataba.

—¿Me estás escuchando? —La pregunta del mandamás lo sacó de su ensoñación.

—Sí, joder —masculló Yiel. Se mordió los labios. Murmuró una duda—. Tendría que ir a presentar respeto.

Adaxas se pellizcó la nariz; después, el vacío frente al mentón.

—No quiero que corra la voz de que andamos por aquí —explicó, atesorando paciencia—. Seremos rápidos y afrontaremos las consecuencias. ¿Lo has entendido?

Yiel paladeó las órdenes. Existía un código entre bandas no rivales, un código sagrado. En primer lugar, obligaba a presentar respeto si se pretendía visitar o atravesar el territorio de otra banda. Por supuesto, quedaban prohibidos los negocios en barrio ajeno, aunque dos cosas resultaban especialmente graves: robar sus propiedades y derramar sangre. Para matar a Cabeza de Lata, Yiel y Adaxas deberían haber hablado con el líder de Los Perfumados, explicarle su plan y, casi con total seguridad, incluir algún regalo por las molestias. El código había funcionado durante décadas y Yiel sabía que romperlo traía consecuencias. También comprendía los motivos de Adaxas. Era como saltarse el papeleo e ir directo al meollo del asunto. Para declarar una guerra no hacía falta más que atacar al enemigo.

—¿Y tú? —preguntó Adaxas a Kemi.

—¿Yo?

—Sí. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Poca cosa —escupió ella—. Ni siquiera me habéis dado un arma. No sé para qué me enseñaste a disparar.

—Demasiado arriesgado —replicó Adaxas—. No vas a ir con un arsenal encima...

—Pues vaya mierda —masculló Kemi, y apuró el cigarrillo antes de lanzarlo al suelo.

—Bueno —continuó el mandamás—. ¿Sabes lo que tienes que hacer o no?

—¿Comportarme sin llamar la atención? —preguntó llena de sarcasmo

hiriente.

—Exactamente —corroboró él—. Supongo que sabes cómo funcionan las cosas por aquí. Quiero decir, qué es lo que deberíamos hacer si se supone que somos un par de finolis lameculos de los tuyos.

—Para comenzar podrías haber buscado algo de ropa nueva.

—¿Por qué? —Levantó los hombros y miró a sus pies—. ¿Ocurre algo?

Kemi suspiró con paciencia.

—No importa —dijo—. Haced como si... Da igual. Mejor no hagáis nada.

—¿Vamos? —preguntó Adaxas, aunque no sonó como tal y todos asintieron antes de salir hacia la puerta.

Kemi caminaba delante. Se la veía desenvuelta. Se giró un poco, sonrió a Yiel y, después, hizo lo mismo hacia Adaxas. Lo hizo, sí, y pareció trotar y dar un paso largo y saltar el bordillo. Ellos se miraron y sintieron que una soga invisible tiraba de ellos y los obligaba a tomar inercia a la cola de una estrella fugaz, imposible de detener. Al fin y al cabo, ese era su papel: querían beber, escuchar música, sentirse libres como todos los otros. Kemi interpretó a la perfección su personaje, aunque en realidad solo repetía lo que había hecho tantas veces.

Fue un hermoso espejismo nocturno. Kemi entró, y Adaxas y Yiel toparon con la puerta cerrada en las narices y un gorila malcarado frente a ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adaxas.

—Vamos con ella —dijo Yiel, señalando al interior.

El matón rugió desde las alturas. Su cara era una arruga ceñuda que atrapaba unas diminutas lentes oscuras. Las engrasadas modificaciones de los codos apenas rechinaron al cruzar los brazos frente al pecho. Los observó de pies a cabeza, de botas sucias comidas por las ratas, pantalones recosidos y camisa arrugada, a pelos alborotados y ojos de fuego.

—Venimos de una fiesta de disfraces —anunció Yiel en el justo momento en que Kemi abrió la puerta y tiró de ellos. Cayeron dentro, tras el muro de niebla salada y agria.

A lo largo de la barra había dos docenas de clientes que charlaban en pequeños grupos con una densa capa de humo ondulando sobre sus cabezas. Las lámparas de Kamé formaban burbujas de luz de diferentes tonalidades. Al

fondo, sobre un escenario, tres músicos acompañaban a una cantante calva. Alrededor, mesas cubiertas de velas y cirios de colores y también reservados con butacas acolchadas. La mayor parte de la clientela eran jóvenes ataviados con camisa larga y pantalones ajustados, fumando en pipas de caño largo — como era moda—, el pelo embadurnado de grasa, maquillados y de aspecto desnutrido. Acabó la canción. Aplausos.

—Joder —masculló Yiel.

—Trata de no llamar la atención —le recordó Adaxas.

—¿Crees que no lo intento? Si vuelvo a pillar a uno de esos estirados mirándome, te juro que le reviento la cabeza contra la barra.

—Yiel...

—Es broma. —Guiñó un ojo—. Estoy como en casa.

—¿Queréis beber algo? —los interrogó Kemi.

—Qué pregunta —resopló Yiel.

—Pide tres pintas y esperamos en aquel reservado.

—¿Tres pintas de qué? —gimió Kemi.

—No sé. ¿Qué beben esos?

—Sidra.

—Sidra. Joder. Tres pintas de sidra.

—Y algo para picar —añadió Yiel.

Adaxas lo llevó a empellones y se deslizaron, entre risas, hasta un reservado, a un lado del escenario. Acabó un solo de mandolina. El público aplaudió. También lo hizo Yiel y dijo bravo y después lo gritó, ¡bravo!, y Adaxas lo hundió en el reservado.

—Limítate a beber y esperar —ordenó.

—Eso haré. Aunque las cantinas a las que suelo ir tienen las sillas clavadas al suelo y tipos tatuados que murmuran sus asuntos. ¿Crees que esas de ahí son putas?

—No tengo ni idea. —Encogió los hombros—. Tal vez.

—Oh. —Yiel caviló quejumbroso—. Nunca podré tirarme a una pija de esas. ¿Quieres pillar algo? Seguro que aquí todos van colocados.

Kemi llegó con las jarras de sidra y se sentó frente a ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Crees que podría conseguir algo bueno?

—¿Algo como qué?

—Unos cominos de savia o cristal negro —respondió Yiel—. Estoy harto de fumar bok.

Kemi miró sobre el hombro a un lado y otro. Buscó entre la clientela y regresó a Yiel.

—¿Cuánto quieres gastar? —lo interrogó con disimulo.

—No sé... —dudó él. Tanteó los bolsillos y sonrió—. ¿Nada? Dime quién es y ya me encargo yo de todo.

Adaxas rio y negó con la cabeza, pero a Kemi no pareció hacerle ninguna gracia.

—Idiota... —musitó.

—Esta gente da asco —masculló Yiel tras dar un sorbo a la jarra—. Ropa cara, carros de Kamé, implantes, cortes de pelo, droga buena y...

—¿En serio? —lo interrumpió ella—. Parece que los envidias.

—¿Envidiarlos? ¿Yo? —Se clavó el dedo en el pecho y arrugó los labios como haría un chacal con el hocico—. Ni de coña. Antes me cortaría las pelotas que ser como ellos. ¿Y sabes por qué? Yo te lo diré. Porque no valen ni el fuego en que los quemaría. —Levantó la jarra, pero no llegó a beber y continuó hablando—. Me cago en su dinero. Vienen a nuestro barrio y piensan que pueden follarse a cualquiera si el precio es justo, que pueden traernos sus mierdas y su retorcida forma de ver el mundo y jodernos por dinero, ¡por poco dinero! —Por segunda vez, levantó la jarra, pero tampoco bebió—. ¿Y sabes qué es lo más gracioso? ¡Que tienen razón! Todos tenemos un precio y nosotros estamos de oferta. Somos baratijas. Con todas esas fortunas conseguidas a base de joder a esclavos durante años y años. ¡Ja! Eso es el poder, sí. Saber que cualquiera se va a arrodillar a chuparte la polla por el precio justo —concluyó con amargura repentina—. Yo solo juego según sus normas, pero en la versión pobre.

Kemi asintió muy despacio, sin parpadear.

—Supongo que sí —dijo—. Tienes razón.

—Pues claro que tengo razón —saltó él.

—Pero es muy triste —concluyó Kemi.

—La realidad es un lugar triste. No es culpa mía. Yo no la hice así. Solo la sufro.

—Bueno. Muy bien, Yiel, y ¿a mí qué me cuentas?

—Que les jodan. Por mí se pueden morir todos.

Kemi bajó la mirada y suspiró.

—Claro —murmuró—. Yo podría decir lo mismo.

—Esperemos y disfrutemos de la música —intervino Adaxas con una especie de espíritu conciliador.

—Intentaré no vomitar.

—¡Yiel!

El muchacho amagó un gesto divertido y ahogó tanto sarcasmo en un generoso trago.

Adaxas retorció una sonrisa, amarga como la sidra. Su atención se enredó en la chica frente a él. Tal vez por casualidad, daba vueltas a los mismos pensamientos que pasaron por la mente de Yiel hacía un rato. Se sintió diferente, de otra pasta, no sabía cuál. ¿Era eso posible? ¿Existían diferentes materiales para fabricar personas?

—¿Habías estado aquí antes, Kemi? —le preguntó, y la voz sonó más suspicaz de lo que deseaba.

—No —respondió ella mientras liaba un cigarrillo.

—¿Seguro?

—Lo recordaría.

—Por eso lo pregunto.

—No. —Levantó las cejas y lamió el papel de fumar—. ¿Por qué?

—Pareces nerviosa.

—Tengo razones —objetó ella—. Vamos a matar a un hombre.

—A un tecno —añadió Yiel, y Kemi concedió la corrección con un gesto displicente.

—No sé —continuó Adaxas—, tengo la impresión de que conoces bien este sitio. Pareces una más.

—Bueno —replicó Kemi. Tomó la vela y encendió el cigarro. Expulsó el humo hacia ellos—. Es normal. He sido esclava de los ciudadanos durante años. Recuerda que vengo del zigurat. Podríamos decir que me crié entre

ellos.

—¿De qué conoces a Jana Irini?

—Ya te lo dije. ¿A qué viene tanta pregunta? —Sonrió, pero fue un gesto breve y se acomodó en el asiento—. Era una esclava como yo. En su tiempo bailaba aquí y tuvo una relación con Cabeza de Lata o lo que fuese antes. Jana había ahorrado mucho para comprarse la libertad.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Kemi miró alrededor. Sus pies tamborileaban contra el suelo.

—Sí, tú. ¿Ahorrabas mucho para comprar la libertad?

—No. No mucho.

—¿Por qué?

Kemi pareció ver a alguien, se encogió y dio una larga calada al cigarrillo. Retuvo el humo y aguantó la mirada a los pandilleros.

—No lo sé —respondió.

—¿Es que no trabajabas? ¿Qué es lo que hacías?

—Eso no es asunto tuyo.

Yiel, atento al repentino interrogatorio de Adaxas, dejó a un lado la sidra y preguntó.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Kemi levantó las manos y sonrió, esperando que la respuesta apareciese por sí misma. No lo hizo.

—Sí —explicó él—. ¿Por qué no es asunto nuestro? Estamos aquí sentados, vamos a matar a un cabrón enorme y llevas nuestras armas bajo el abrigo. Cariño —se vino adelante y susurró—: tus asuntos ya son nuestros.

Adaxas imitó a Yiel y clavó los codos en la mesa. Carraspeó, en un intento de parecer más sutil.

—¿Te avergüenzas de lo que hacías? —la interrogó.

—¿Te obligaban a...? —Yiel disimuló una risa ronca—. Ya sabes...

—¡No!

—¿Entonces?

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno. —Desistió y miró a los lados—. No hay ningún problema.

—¿Entonces?

—Era una doméstica —confesó Kemi, y aplastó el cigarrillo en la mesa—. Me encargaba de estar en casa. Solo eso.

—¿Eras una doméstica?

—¿Limpiabas y hacías de niñera?

—Sí. —Tomó su jarra, pero no bebió—. Eso es.

—¡Ja! —saltó Yiel, y tras sus dientes se asomó el desprecio—. Tú no has visto las manos de una doméstica en tu vida.

—Sí... —titubeó Kemi.

—¿Cómo que sí? —contraatacó él—. Sí, ¿qué?

—Está bien —admitió con una sonrisa nerviosa—. Era una sobrina. Sobrina. Mi tío era, es, alguien muy importante. Mucho. No os podéis imaginar cuánto. Y... Me he fugado. Me he ido porque... Intentó violarme. Y descubrí unos negocios muy feos. Por eso me persiguen. Harán lo que sea con tal de cerrarme el pico.

Ambos muchachos la miraron boquiabiertos y pestañearon varias veces antes de estallar en una carcajada. En el semblante de Kemi se prendió fuego.

—Menudo montón de... —masculló Adaxas.

—Es increíble. Increíble —añadió Yiel.

—Pero... —titubeó ella con aire ofendido—. ¿Qué os habéis creído?

—Yo no me he creído nada.

—Yo tampoco.

—Tenemos un trato —dijo, acompañando a cada sílaba con el índice sobre la mesa. Su voz apenas escapaba a los dientes—. Prometiste que yo os ayudaba con esto y tú... Vosotros me ayudabais a encontrar a Las Furias. Es un trato.

—Es un trato —asintió Adaxas.

—Pero tú no eres esclava. —Yiel levantó la jarra y se regaló un largo trago sin despegar los ojos de ella.

—Claro que lo soy. —Kemi parpadeaba y se llevó la mano al pecho. Incluso a ella le pareció un gesto forzado—. Ya te he dicho que me persiguen porque...

—Te persiguen por el motivo que sea —Adaxas se dejó caer contra el respaldo—, pero no es por ese.

Kemi no pudo evitar quedarse con la boca abierta y un ronroneo quejumbroso en forma de excusa nonata.

—Te lo dije —concluyó Yiel al dejar la jarra de peltre sobre la mesa—, he visto putas más sutiles.

—Pe... —La voz de Kemi se asomó rota a los labios—. ¿Cómo os atrevéis? Vosotros... no tenéis palabra alguna.

—Eh, eso no es cierto. Somos gente de honor.

—Lo que pasa es que no nos gusta que nos mientan.

—No lo comprendéis. No os hacéis una idea. —Tuvo que tragar saliva y contener el tartamudeo—. Tengo que encontrar a Las Furias lo antes posible. Ya he perdido casi dos días con vosotros y el tiempo pasa. No me queda mucho, y si no las encuentro... Joder, no tenéis ni idea. Si no me ayudáis... ¡El tiempo pasa!

—Si tanta prisa tienes —dijo Yiel. Rebuscó en su bolsillo y lanzó un par de monedas que tintinearón sobre la mesa—. Toma. Al otro lado de la plaza hay una parada de trolebús. Línea diecisiete en dirección este. Seis o siete paradas. Es fácil, ¿verdad?

Kemi torció la boca y el rostro y los hombros de la misma forma que si hubiese recibido un lento, lentísimo, bofetón. Sus ojos resplandecieron al brotar las lágrimas y transformaron las velas en estrellas que explotaban y desaparecían devoradas por un vacío infinito. Parpadeó. Enseñó los dientes y golpeó con el puño la mesa.

—Muy bien. Es lo que haré. Iré yo sola. Pero si no lo consigo... Si me cojen... Hijos de puta. ¡No os necesito! —exclamó al tiempo que arrojaba la copa a la cara de Adaxas. Cogió las monedas y salió corriendo. Yiel estalló en una carcajada. Algunas personas se volvieron hacia ellos. Adaxas enjuagó sus ojos; maldijo, lo hizo aunque no se le escuchaba. Yiel reía y daba palmas. Kemi empujaba a la concurrencia en su camino hacia la puerta. Acabó la canción. Aplausos.

—¡Kemi! —gritó Adaxas—. ¡Kemi, espera!

—Déjala. —Yiel cruzó los brazos tras la cabeza y estiró las piernas—. Que se marche.

—¡Tiene las armas, idiota!

Ambos brincaron al mismo tiempo y se atascaron en la salida del reservado. No se convirtieron en el centro de atención, pero es posible que la cantante calva se ofendiese. Kemi zigzagueaba entre la gente. Adaxas corrió tras ella. Yiel también, dando empujones con el hombro. Un ciudadano engalanado cayó al suelo. Adaxas ya casi la tenía, estaba al alcance de sus dedos, la rozó y, de repente, dio de bruces con ella. Kemi se había detenido en seco. Ocupando todo el quicio de la puerta, apareció Cabeza de Lata. Comenzaba una nueva canción.

Kemi y él se miraron durante un instante eterno, un tiempo en que Cabeza de Lata guiñó los ojos. La bolsa que respiraba por él se hinchó, se hinchó y se hinchó. Su voz sonó atronadora.

—¿Tú? —rugió.

Kemi se quedó helada, con el terror primitivo deformándole el rostro. Adaxas predijo un golpe de Cabeza de Lata porque el mastodonte tiró atrás el brazo, así que agarró a Kemi y la obligó a girar. El abrigo se desplegó como un abanico. Despegó el cañón de mano de la cintura de Kemi y lo plantó frente a la cara del tecno, una cara recosida, obra de un sastre obscuro. Durante años había imaginado ese momento, preparado una frase, algo que hiciese de aquello un acto justo y de justicia. Se imaginaba diciendo: esto es por Zaman; hora de pagar tus deudas, hijoputa; algo por el estilo. Sin embargo, llegado el momento, el cañón del arma comenzó a temblar porque su mano temblaba. Todo el brazo lo hizo; el brazo derecho, la mano derecha.

—Hostia puta —murmuró con la vista puesta en su nueva mano.

El puño de Cabeza de Lata parecía tener el doble de dedos que cualquier otro. Es probable que remaches de hierro coronasen los nudillos. Venas palpitantes recorrían sus músculos, hipertrofiados por los potingues y demás brujerías que tomaba. Bramó como un carruaje de doce caballos desbocado hacia la cúspide de un volcán en erupción. Adaxas salió despedido y arrolló una mesa repleta de jarras.

—¡Kemi! —exclamó Yiel, que llegaba a la carrera—. ¡El trabuco!

En aquel momento, la mayor parte del local, incluidos los músicos, estaba al tanto de lo que ocurría en la puerta, así que, cuando Cabeza de Lata desenfundó un cuchillo dentado del tamaño de un niño pequeño, comenzaron

los gritos de alarma. Los dedos del portero aparecieron en el hombro del tecno y él se revolvió. Escucharon las válvulas en la cintura y los servotransistores a máxima potencia, girando los rodamientos de las articulaciones. El portero encajó un gancho en la mandíbula y despegó del suelo. Tras él volaron dientes y salpicones de sangre y saliva y, un momento después, su amor propio.

Kemi continuaba paralizada cuando Yiel comenzó a manosear el abrigo en busca del trabuco. Sus ojos y los de Cabeza de Lata se encontraron una vez más. Él sonrió de forma salvaje y dijo algo que no llegó a entender. Kemi lanzó una patada a su entrepierna, pero no ocurrió lo esperado y el ataque quedó en nada. Un rugido creció en el pecho de Cabeza de Lata al tiempo que levantaba el enorme cuchillo. Yiel la rodeó con los brazos y saltó a un lado. Una cuchillada silbó sobre ellos. Al esquivarla, chocaron contra la barra y cayeron al suelo. Los gritos y la confusión fueron en aumento. Rodaron a un lado, entre los pies de la gente que huía como ganado. Yiel maldecía y tanteaba su espalda, tratando de liberar el arma de la correa. Kemi debería haberlo ayudado, reaccionar, vuelto en sí, pero se encontraba perpleja, mirando a Adaxas, inconsciente, con el mentón hundido en el pecho, los brazos a los lados y sus manos, las dos manos.

—Haced algo —dijo entonces—. Si podéis escucharme, haced algo.

Una nueva cuchillada convirtió en astillas el respaldo de una silla y se clavó en el suelo. Cundió el pánico. Yiel observó el filo a pocos centímetros de sus costillas. Kemi lanzó un codazo a la mano de Cabeza de Lata que pretendía atraparla, se escurrió y giró y, al hacerlo, propinó un cabezazo a Yiel. No tuvo tiempo para prestar atención a las quejas del muchacho. Sentía los dedazos mugrientos de aquel animal sobre ella y no estaba dispuesta a regresar al presidio, no volvería a casa, de ninguna manera.

Kemi aferró el trabuco que le colgaba del torso y lo apuntó hacia el abdomen descubierto del tecno. La detonación fue ensordecedora. El arma se le clavó en la cadera y destellos azules la cegaron un instante. Todo el mundo corría. Humo y polvo. Cristales rotos.

Yiel se incorporó, aturdido. Tomó a Kemi por los hombros. Ella se quejaba con un largo gemido, doblada sobre el estómago. Frente a él, Cabeza

de Lata estaba tendido en el suelo. Una nube apestosa brotaba del cuerpo. Yiel escupió y sacudió la cabeza. Descubrió a Adaxas a un lado, todavía inconsciente. Tenían que salir de allí. Dio urgentes empujones a Kemi, que cayó de bruces y se hirió las rodillas; Yiel tiró de ella con insistencia hasta ponerla en pie. La correa que unía el trabuco a su cuerpo se había desintegrado, como la mayor parte del arma. Yiel saltó sobre Adaxas. Antes de cogerlo bajo las axilas, se volvió hacia Kemi, primero hacia Cabeza de Lata y después hacia ella.

—Lo has matado, joder —dijo—. Has matado al tecno.

Kemi asintió, convenciéndose a sí misma, y el silencio llegó como la brisa tras la tormenta. Algunos cristales se quebraron bajo sus pies, rodaba una barrica, el humo subía y las pequeñas partículas de serrín bajaban y se unían a las gotas de sangre, aceite y líquidos de nombre prohibido que salpicaban todo. Respiró a través de las grietas de sus labios, con delicadeza, como si pudiese romper algo con solo mirarlo, aunque ya estaba todo roto. Se asomó al cuerpo de Cabeza de Lata. Un boquete enorme en el pecho. Vísceras negras que apestaban a mierda pura, mangueras, sacos de piel remachada y circuitos. No vio corazón ni nada que se le pareciese.

—¿Qué ha ocurrido? —Adaxas despertó. Sangraba por la nariz y por la boca y tenía ojos de animal asustado.

—¡Vamos! —gritó Yiel al tiempo que lo arrastraba fuera—. ¡Levanta!

En ese momento lo tomó por las manos y ellos miraron abajo y después arriba.

—Tienes... —masculló Yiel—. Joder, tienes dos manos.

Adaxas levantó las manos flojas, todavía aturdido. Sangre y baba empapaban su pecho. Cerró los puños.

—Vamos —dijo Yiel casi en un susurro. Sonrió, lo tomó por el hombro, dio un empujón a Kemi y después la sacudió y la miró de otra manera, de la misma en que se debe mirar a un amigo, a uno de verdad, de los que dan un brazo o reciben una cuchillada por ti, de los que llevan fajín rojo.

Se perdieron en las calles paralelas al río, en Pasarelas, cerca de la avenida Gamir, y a su paso se escuchaban las carcajadas de Yiel.

—¡Sí! ¡Joder! —gritaba, dando brincos—. ¡Está muerto! ¡Muerto!

*Dime la verdad sin adornos ni artificios.
Que no has venido a
desvelar secretos ni hacer
sueños realidad.
Que amas lo que soy y no
lo que fui o seré.
Que existes y dormirás a mi lado la
noche eterna.*

IBI HASSAN
Poeta y dramaturgo

El nombre de las cosas que existen

El taller de Burr no era el lugar más apropiado para encontrar una explicación coherente a lo ocurrido. Quizá un templo, un lugar sagrado en que interpretar y poner nombre a la imaginación evanescente en cuatro palabras: ha sido un milagro. Sí, esas trampas dialécticas siempre funcionan. Los milagros se aceptan sin rechistar. Oh, claro, un milagro, eso lo explica todo. Habría sido un buen pretexto para Adaxas, lo hubiera dejado pasar sin darle más vueltas. O eso pensaba, porque en realidad se quedó plantado con los brazos extendidos sobre la mugrosa mesa de trabajo de Burr.

Un silencio expectante los acompañaba. Miraban las manos de Adaxas, las dos, y pensaban cualquier cosa, lo que sea que uno piensa cuando algo así

sucede. ¿Había ocurrido? Burr se pellizcaba los labios y taconeaba con la bota en el suelo. Comenzaba a dudar de que hubiese ocurrido algo. El día anterior Adaxas tenía una sola mano, como cada día desde que lo conocía. En ese momento, frente a él, tenía dos. ¿Era eso? ¿Era esa la realidad? ¿Tenía Adaxas una mano ayer o lo había soñado?

Como si leyese el pensamiento del mecanista, Adaxas movió los dedos. Abrió y cerró con delicadeza, después fuerte. Se acarició las yemas, las llevó a los labios y los rozó apenas. Sonrió de forma infantil. El gesto hizo estallar los nervios de Burr, que dio un brinco y caminó a un lado y a otro.

—¿No lo entiendo! —exclamó—. No puedo entenderlo. Tienes una...

Adaxas agitó la nueva mano en el aire a modo de saludo.

—Es innegable —concluyó el mecanista, y sucumbió a las pruebas—. Es algo irrefutable. ¿Qué quieres que haga?

—No quiero que hagas nada, Burr —replicó él—. Quiero saber qué voy a hacer yo.

—¿Tú? No sé —dudó el viejo, totalmente sobrepasado por los acontecimientos.

—¿Una paja? —intervino Yiel, y Feora lo aplastó con la mirada—. ¿Qué ocurre? Lleva años sin mano derecha, es para pensárselo.

—Tengo una mano donde antes no había nada. La miro y no sé si es mía. Pero es real. Quiero decir... —continuó Adaxas—, ¿de dónde ha salido?

—Es increíble —musitó La Justicia de Los Abandonados.

—Pues aquí está —señaló él la evidencia.

—Sé lo mismo que tú, Adaxas —explicó Burr, y se dejó caer, vencido, en una silla—. Cuéntame qué fue lo que pasó.

—Ya te lo he dicho. Todo ocurrió muy rápido —explicó—. Topamos con Cabeza de Lata y desenfundé el arma sin pensar, como si fuese algo normal, y allí estaba. Mi mano.

—Tu mano, sí. Tu mano —resopló Burr, y se pellizcó el entrecejo—. Mira, yo no soy más que un mecanista de tres al cuarto. Hay tipos mucho mejores que yo ahí fuera. Ni siquiera pasé dos años en el monasterio y todo lo que sé lo he puesto a prueba en Zaid. Podría fabricarte una prótesis de tres dedos e incluso implantarte un cañón magnético o un lanzador de dardos,

pero... Eso que tienes ahí es una mano real. ¿Qué explicación puedo darte? ¿Magia kármica?

Yiel dio un paso atrás. La mano del mandamás pareció crecer y crecer bajo la luz de la lámpara y las sombras alrededor hicieron lo propio lejos de la llama. La magia pura era eso que se evitaba para dar un rodeo, se obviaba en los libros de física y mecánica y se aprendía a través de los tratados de séfiras y símbolos que canalizaban esa escurridiza fuerza natural. Eso decían los hombres religiosos, conocedores de los recovecos del mundo; locos que oteaban un pasado lejano garabateado con palabras de poder por amanuenses y que los mecanistas encastraban en androides, en cada batería que empujaba las ruedas dentadas, los pistones, y calentaba circuitos y radiadores.

—Gracias a Dios, por la ciencia y por la magia —dijo el viejo mecanista.

Después se sentó de costado y murmuró: «Él sabría qué hacer». Todos se volvieron al escucharlo, aunque Burr ya no estaba allí, sino en otra parte. Sacó la petaca del bolsillo. Dio un trago y dejó la redoma bajo la nariz, alimentando la melancolía con los efluvios del alcohol. Él lo hubiese resuelto, se dijo, sí, él podría hacerlo.

—¿Burr? —preguntó Adaxas. El mecanista parpadeó, regresó de repente y se aclaró la garganta antes de rascarse la barba cana.

—No sé qué esperas de mí, Adaxas —dijo con la voz de cuero seco y negó con la cabeza, no mucho, solo dos veces, antes de claudicar la mirada—. Solo soy un monje fracasado y borracho. No sé qué esperas.

Adaxas se espantó ante ese gesto. Cerró los dedos y apretó hasta sentir que podían estallar las falanges en mil astillas puntiagudas. La sangre escapó de los nudillos y se estancó en los músculos y en las yemas y en el fondo de los diminutos barrancos que formaban la piel transparente. Era real, una mano real.

Escucharon los jadeos antes de que interrumpiese la reunión. Vae apartó la cortina de un manotazo sin llegar a cruzar el umbral. Dio una bocanada de aire. Recuperó el aliento tras la carrera. Miró a todos, de la misma forma en que lo haría un narrador experto que alimenta la expectación del auditorio, hasta detenerse en Adaxas.

—Jefe —dijo—, tienes que venir a ver esto.

Una pequeña muchedumbre se agolpaba en la parte alta de las gradas del habladero. Los más pequeños daban saltos y tiraban de los andrajos de los mayores o más altos que habían llegado primero. Las noticias y rumores corrían deprisa en Hogar, especialmente desde que al mandamás de la banda le creciese una mano.

«¿Sabes lo de Adaxas? Ya no podemos llamarle el Manco; habrá que buscar otro apodo. ¿Qué tal el Renacido? ¿Qué tal Cállate Idiota? ¿Cómo ha sido? Magia... Es magia...»

Y la magia se susurraba de catre en catre, en el cagadero, al pellizcar la resina y preparar la pegajosa china de bok que ardería en la pipa.

«¿Lo sabes? ¿Lo sabes, ya?»

Por eso es que, antes del alba, todo Hogar conocía el motivo por el que los jefazos discutían en el taller de Burr.

Nadie había dormido. La mayoría guardó vela, bebiendo y fumando, excitados por el golpe a Los Tecnos, riendo e inventando chistes fáciles y obscenidades y también bailes tontos que interrumpieron cuando escucharon la voz de Darq'Ab, la voz de alarma.

«¡Ya vienen!»

Hubo un momento de terror etílico, un vacío en que todos temieron lo peor. Entonces apareció Yiel con los brazos en alto y esa sonrisa, esa que cortaba su cara cuando ganaba una pelea en una cantina, cuando veía a su oponente escupir los dientes o apartar la sangre de los ojos mientras evitaba más golpes de codo. Tras él venían los otros, sanos y salvos, y gritaron que Cabeza de Lata estaba muerto. Estalló el jolgorio y los vítores. Pero Yiel los acalló al instante y levantó el brazo de Kemi, que lo miró espantada y sorprendida. Yiel exclamó: «¡Kemi lo mató! ¡Lo reventó de un disparo!». Se abalanzaron sobre ella y la zarandearon, le estrujaban las manos, le pellizcaban y abrazaban las piernas. En pleno tumulto apareció la enormidad mecánica de Zaid. Se abrió un corro expectante y ella se encontró frente al tecno. Sin tiempo a protestar, se abalanzó sobre ella. Tras un largo y asfixiante abrazo, Zaid la levantó en volandas y la aupó a sus hombros. Todos exclamaron, brazos en alto. Como un

trofeo, fue llevada de una parte a otra del gran salón de Hogar, seguida por una comitiva de niños y niñas harapientos que daban palmas y coreaban su nombre: «¡Kemi, Kemi, Kemi!». Y ella rio y dio palmas también, sin saber por qué lo hacía, realmente. Había matado a Cabeza de Lata, era cierto, pero verlos tan felices en su triste y deplorable existencia, la hizo feliz, y compartió con ellos ese momento. Se dejó encumbrar y llenar de besos y caricias. Se sintió menos sola durante un momento, hasta que vio a Adaxas escabullirse. El mandamás pasó tras ellos y desapareció con Yiel y Feora en el taller de Burr. Al poco, los rumores se extendieron como una enfermedad venérea. Darq'Ab dijo a los otros que lo había visto reír y llorar, que parecía víctima de un dolor de tripa y que tenía dos manos. La perplejidad fue acallando tanta excitación, Zaid se detuvo, con Kemi en brazos, y todos quedaron con la duda de si realmente había que celebrar una victoria.

Así que, cuando Adaxas, Yiel, Burr y Feora entraron en el habladero, todo Hogar estaba allí, incluida Kemi, y toparon con las espaldas y los murmullos y comentarios a media voz. Los Abandonados se apartaban al paso de Yiel, entre cuchicheos y pellizcos y tirones de manga porque tras él venía Adaxas.

«Tiene dos manos, dos. Era cierto, era cierto.»

Sí, tanto como el espanto de los más pequeños y la superstición y desconfianza en los mayores, que no sabían qué pensar, desconcertados como Feora, aturdidos como Burr. Era cierto. Y Adaxas, al pasar entre ellos, sintió que avanzaba hacia Kemi, en realidad. Que era ella a quien debía ver con urgencia. Parecía pálida y sombría, casi en guardia, como una niña que ha cometido una falta y espera una reprimenda. Sin embargo, al llegar a su altura, ella también se hizo a un lado.

Un hombre desnudo se sentaba en el escalón más alto de la tarima. Su cuerpo parecía de travertino a la luz de las lámparas. No se movió y ellos se interrogaron en silencio. Kemi dio un paso atrás, las sombras en su rostro crecieron. En el estrado, el desconocido levantó un brazo al que siguió el otro, muy despacio; estiró los dedos, arqueó la espalda y cayó hacia atrás hasta quedar tendido. Expectación. El extraño se llevó las manos a la cara y palpó como lo haría un ciego. Cerró los ojos y sonrió como un niño que juega; luego, cuando por fin apareció una imagen y se dibujó la frente, cejas, pómulos y

todo lo otro, sonrió de otra forma.

—¿Quién es? —preguntó Yiel—. ¿Qué hace?

Yiel solo obtuvo silencio. Darq'Ab torció la boca y volvió su mirada al extraño desnudo, y Burr respondió, no a Yiel, sino a su lógica, al armazón de leyes y principios que daban forma al mundo y lo hacían comprensible, de lo que podía ser y lo imposible, lo real y lo imaginado.

—¿Zaid? —preguntó el mecanista al responder, para que sus ojos fueran los que tomaran la determinación de destrozar la poca cordura que todavía guardaba en su vieja cabezota.

Adaxas no lo descubrió al instante. Era Zaid o lo que debería haber sido antes de las operaciones, transistores, oraciones, válvulas y tanta séfira tatuada. Zaid de carne y hueso. Se volvió por intuición o por inteligencia extraña, de esa que no puede explicar las cosas cuando las sabe, pero las sabe. Kemi, al igual que todos, observaba al nuevo Zaid con la boca abierta. La chica sintió los ojos de Adaxas sobre ella y, cuando se encontraron, ella confesó sin pretenderlo.

Presa de un pánico repentino, se abrió paso entre el corrillo de curiosos. Salió del habladero a la carrera y él fue tras ella. Corrió, gritando su nombre un par de veces, la alcanzó en la puerta, la cogió por el brazo y le dio la vuelta con violencia y, por segunda vez, al hacerlo fue consciente de su nueva mano. El sudor le corría por el cuello, estancado en palabras que nunca abandonarían la garganta.

—¡No! —exclamó ella al intentar zafarse.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —la interrogó con violencia—. ¿Qué sabes de todo esto?

—No te atrevas a ponerme la mano encima, hijo de puta —masculló Kemi.

—¿O qué?

—Tú no sabes a qué te estás enfrentando.

—Dímelo tú.

—¿No lo ves? ¿No te das cuenta?

—Yo no veo nada más que esto. ¡Esto! —Levantó la mano y la mostró del derecho y el revés—. ¿Lo ves tú también? ¿Lo ves? —La zarandéó. Ella miró atrás, a la salida, pensando en escapar, en darle un rodillazo en la entrepierna

y escabullirse de allí y correr, correr a otra parte, pero no lo hizo y Adaxas insistió—. ¿Vas a decirme por qué tengo la sensación de que esto es cosa tuya?

—Teníamos un trato —replicó ella—. Me ayudarías a llegar al territorio de Las Furias si yo os ayudaba a vosotros.

—Y cumpliré mi palabra.

—¿Cuándo?

—¡No lo sé! Necesito un par de días.

—¿Qué? —Clavó el índice en el pecho de él—. ¡No puedo esperar tanto! Tenemos que ir ahora.

—¿A qué tanta prisa? —reaccionó Adaxas, y, de nuevo, la atrapó contra el muro—. ¿De qué estás huyendo? Contesta. Apareces de la nada y dices que eres una esclava y después... Cabeza de Lata te reconoció en la puerta de Tres Hermanos. No puedes negarlo. ¿Quién eres?

—¿Quién eres tú? —contraatacó ella con seguridad insultante—. Vine buscando un manco y ahora...

—¡Calla!

—No vuelvas a levantarme la voz...

Adaxas echó mano, la derecha, la que no debería estar ahí, al fajín y acarició la empuñadura del cuchillo.

—Contesta o te juro que no sales de aquí con vida —murmuró.

Las palabras sonaron amargas y ásperas, y Adaxas no supo qué hacer con ellas, ni dónde ponerlas, así que se alejó y caminó a un lado y después a otro, huyendo de su propia vergüenza.

—Escucha —dijo, más calmado—, las cosas no cambian así, de repente. La realidad es la que es. Yo perdí la mano hace diez años. Zaid era un tecno desde mucho antes. Tú sabes qué está pasando y vas a explicármelo.

—Eso no significa que lo comprenda. Ellas pueden hacer esas cosas.

—¿Quién?

—Ellas. Las Kas —explicó—. Si te dieron esa mano fue para que disparases a Cabeza de Lata, no para que la uses contra mí.

—Claro, y tú eres...

—La última psiKa.

Kemi se mordió los labios. El silencio se desgarró lentamente entre ellos.

—Eso... —titubeó Adaxas—. No es más que una leyenda...

—Yo también pensaba eso. Me equivoqué.

Adaxas la miró fijamente durante un largo instante.

—Solo soy un canal, Adaxas, un instrumento de las Kas. Y tú también lo eres. Todos lo sois. Acéptalo. Si la última Ka no despierta antes de tres días moriré y ella también. Tienes que llevarme hasta Las Furias. Ellas son las únicas que pueden ayudarme.

—Por eso tienes tanta prisa...

Kemi asintió. Ambos respiraban agitados, con la boca entreabierta.

—¿Qué pasará después?

—No lo sé.

—Cuando despierte.

—¡No lo sé! —exclamó, desesperada—. ¿Qué quieres?

Él se llevó el puño al pecho, como si guardase una piedra preciosa entre los dedos.

—Eso solo es una mano —concluyó Kemi de forma piadosa.

—¡Mi mano! —puntualizó con un falsete infantil en la voz, aunque rabioso.

—¿Eso piensas?

—¿Qué quieres decir? —La pregunta sonó tartamuda y una sonrisa nerviosa aserró sus mejillas.

Kemi se adelantó y tomó la mano de Adaxas entre las suyas.

—Escucha bien —dijo—. Tu nueva mano, Zaid y cualquier cosa que ocurra a partir de ahora solo tiene un propósito: liberar a la última Ka. ¿Lo comprendes? Es real, pero no de este mundo, y si intentas retenerlo, se desvanecerá como un espejismo. Es hermoso y útil durante un momento, puedes soñar con ello, pero nada más.

—¡No es un espejismo! —exclamó, y se zafó alejándose de ella—. Es... es real.

Kemi parpadeó un par de veces y negó con la cabeza.

—Todavía no lo has visto todo.

Convierte al verdugo en Mesías y el pueblo lo seguirá hasta el cadalso.

FEY DE GAL
Embajador de Bari

El poder del sufrimiento

Ziv, ministro de Aire, explicaba las consecuencias sobre el comercio de la huelga de estibadores en los muelles de Paraíso. Utilizaba tecnicismos y porcentajes propios del ministerio: producción, crédito, exportaciones, balanza comercial; cosas que no tenían cuerpo ni alma, aunque afectaban a todos. Dijo «extorsión» y, también, «amenaza a la pacífica convivencia», pero ni una mención a los motivos reales de aquella huelga. Datos y gráficas que pronosticaban pérdidas o señales de aliento, el último aliento. Lo cierto es que, tras los números que farfullaba el ministro, había salarios de miseria, desempleo, pocas expectativas para la prosperidad, el beneficio en manos de unos pocos y el precio de las baterías en constante aumento. En las calles, los manifestantes lanzaban proclamas antes de correr frente a los sindicatos. Las encuestas no vaticinaban la revuelta, aunque sí ponían sobre papel una demanda ensordecedora: la gente quería decidir qué clase de ciudad tendrían, su futuro y el de sus hijos. Sin embargo, les cerraron la puerta en las narices, los apalearon, ignoraron las huelgas de hambre y también sus asociaciones

vecinales; criminalizaron los sindicatos y reprimieron cualquier intento de gestión autónoma con todo el peso de la ley vigente. Ridiculizaron sus aspiraciones pacíficas, las llamadas al diálogo y paz social, hasta empujarlos al callejón de la miseria y la desesperación. Alguien debió de pensar que era una buena estrategia.

—¿Primer ministro? ¿Primer ministro?

Nimbará pestañeó y regresó de su evasión.

—¿Sí?

Todos lo miraban. Junto a él, un viejo de manos artríticas le ofrecía un papel doblado. Reconquistó el asiento, contuvo un bostezo y miró de pies a cabeza al mensajero. Tenía la calva salpicada de lunares y a su casaca le faltaba un botón. Agarró el papel entre el índice y el corazón y despidió al sirviente con un gesto. Después leyó la nota. Un silencio expectante abrazó al Consejo de Ministros. Los ojos de Nimbará se iluminaron de la misma forma en que arde un paño empapado en aceite y se apagaron envueltos en una humareda tan oscura como su desafecto. Los hombros se le derrumbaron y se pellizcó el entrecejo ante la sorpresa de todos.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó Omeli, ministro de Agua, con voz aflautada.

Nimbará abrió un ojo y suspiró. Dobló la nota de forma minuciosa antes de guardarla en el bolsillo de su tabardo.

—Apareció Midkemia —anunció.

Un murmullo excitado recorrió la audiencia. Todos se agitaron en sus asientos, espantando la somnolencia provocada por la presentación de Ziv. En torno a la mesa, recordaban una bandada de cuervos hambrientos de ojillos nacarados que graznaban al escuchar aquel nombre.

—¿Entonces...? —Hele, ministro de Piedra, se inclinó adelante, se arrepintió de su atrevimiento, dudó y se mordisqueó los dedos enjorjados antes de seguir—. ¿El plan de Kébemon llegará a tiempo?

—¡No es posible! —exclamó Qwyn, y al sentir los ojos de los demás sobre él se corrigió con la boca pequeña—. Alabado sea.

—Un momento. —La objeción de Nimbará dio al traste con la euforia contenida del Consejo de Ministros—. Apareció y desapareció. No he dicho

que lo hayamos capturado.

—¿Cómo es eso posible?

—Nuestra red de espías informa de que fue visto en una sala de baile en Pasarelas.

—¿Una sala de baile?

—¿Para eso escapó?

—Con todo mi respeto, queridos ministros, no seáis idiotas —continuó Nimbará—. Anoche hubo un tiroteo. Huyó con dos pandilleros. Está con una banda.

—¿Una banda?

—Eso he dicho —concedió—, una banda.

—Magnífico. Gran noticia.

—Guarda tu sarcasmo, Ziv —rugió K'Tala.

—¿Por qué? —se defendió el ministro de Aire—. ¿Te molesta? Las verdades ofenden y la ciudad hace tiempo que sufre las consecuencias de tu ineptitud.

—¿Cómo te atreves?

—¡Es cierto! —exclamó Omeli—. ¡Bandas de maleantes campan a sus anchas en cada distrito! ¡Se creen los amos de las calles!

K'Tala cerró el puño antes de ponerse en pie. Todos esperaban uno de sus habituales estallidos coléricos aunque, en su lugar, un gesto de amargura y rencor arrugó su rostro marcado.

—Hipócritas —amenazó desde la profunda oscuridad de su ojo sano a todos y cada uno de ellos—. Sois una caterva de hipócritas y mezquinos. ¡Ni una palabra, Omeli, o juro que te abro en canal sobre la mesa! La Zuyab lleva décadas denunciando la falta de seguridad en la ciudad. ¿Tú te extrañas del poder de las bandas en las calles? Dime una cosa, ¿de dónde salen los beneficios que cobras a los comerciantes de los mercados? ¿Quién crees que extorsiona a los artesanos? ¿Quién está en los muelles por la noche y descarga el contrabando por el que recibís una buena comisión? ¿Quién distribuye el polvo negro que esnifáis en el baño? Hipócritas, los habéis consentido mientras os convenía. Las bandas no son más que una consecuencia de vuestra miseria moral.

—Eso no disculpa tu incompetencia, K'Tala —replicó Ziv—. Tu misión es luchar contra el crimen.

—Si fuese así, hace tiempo que estarías entre rejas —replicó el viejo comandante.

—Calma, calma —intervino Nimbará, conciliador como siempre—. Aceptemos la realidad...

—La realidad es que esos maleantes nos han robado en nuestras propias narices, y ¿qué hacen los síndicos? —saltó Hele—. Aceptar sobornos.

—¡Eso es falso!

K'Tala golpeó el puño contra la mesa, aunque no hizo falta la réplica de nadie para que su enérgica defensa de los hombres a su cargo se disolviese en el silencio como azúcar en agua tibia. Nimbará habló de la misma forma en que un cuchillo abre la mantequilla tibia.

—Hele —dijo, y todos escucharon la nuez del ministro de Piedra subir y bajar—, no vuelvas a interrumpirme. —Silencio ácido. Nimbará continuó—. Lo cierto es que Midkemia está con una banda.

—Y ¿qué hace con una banda? —intervino Omeli tras asegurarse de que el primer ministro no pensaba añadir nada más.

—Quién sabe —apuntó Nimbará—. Quizá busca protección y cobijo.

—Puede que tuviese relación anterior con ellos.

—¿Con una banda? —saltó Jubal, ministro de Oro—. ¿Midkemia? Imposible.

—¿Por qué no? —replicó Ziv—. Esos sitios que visitaba en sus escapadas, la gente que frecuentaba..., proxenetas, traficantes, prostitutas y adictos en general.

—¿Fuera del zigurat, te refieres? —preguntó Nimbará, cargado de cinismo, y Ziv arrugó el gesto.

—Ese chico siempre ha sido un grano en el culo de Kébemon —masculló Omeli.

—No lo llares chico... —lo corrigió Qwyn. El ministro de Fe se arrebujó en su abrigo con una mueca agria.

—Esta ciudad se nos ha ido de las manos —se compadecía Omeli.

—¿Se ha dedicado cada hombre de la guardia a la búsqueda de

Midkemia? —interrogó Ziv a K'Tala.

—Por supuesto —respondió—. ¿Lo dudas?

—Me resulta extraño que habiendo enviado a tus síndicos a registrar cada gueto y tugurio no demos con él, la verdad.

—Aunque no lo creas, mis hombres ya registran cada rincón de esta ciudad.

—Parece que han olvidado uno.

—No tengo medios siquiera para contener la huelga de estibadores y pretendéis que cierre una ciudad a cal y canto. —K'Tala sonrió con amargura y la cicatriz se convirtió en horrible cañón de carne picada—. Exigís soluciones y yo no puedo más que atenerme a los efectivos de que dispongo. Si nos centramos en acorrallar a las bandas de Paraíso, dejaré desprotegidas puertas y accesos a los muelles del aire y también al río. Y no hablemos de los estibadores. Mañana han convocado una manifestación en la Vía Hermosa. ¿Quién pretendéis que les pare los pies? ¡Ja! Es muy bonito sentarse a escuchar estadísticas y memeces.

—El ejército.

El Consejo de Ministros al completo se volvió hacia Nimbará. El primer ministro ofreció el perfil mientras hurgaba con un abrecartas en la uña del dedo meñique. Esperó un instante, ajeno a la expectación de los otros. Levantó una ceja y señaló alrededor con el pequeño filo.

—Sí —dijo—, habéis oído bien. ¿Has pensado en el ejército, K'Tala?

El ministro de Fuego titubeó un instante.

—No puedo enviar al ejército contra los estibadores —dijo—. ¿Te has vuelto loco?

—Puede —replicó el primer ministro, bizó los ojos y descolgó el labio en una mueca ridícula—. Quizá he perdido la cabeza. ¿Tú qué crees?

—Pero... —El viejo comandante convertido en ministro tartamudeó, buscó apoyo en los otros y, al no encontrarlo, saltó con su habitual cólera—. ¡No te atrevas a tomarme el pelo, Nimbará!

—¡Ni tú a insultarme, maldito vejestorio! —exclamó él—. ¿Qué hay del ejército de Paraíso?

K'Tala rechinó los dientes.

—Custodia las fronteras ante un posible ataque del Kummon —respondió Jubal ante el silencio de K'Tala.

—Por favor... —Nimbará dio un manotazo desdeñoso—. Los *kummos* no nos han atacado en treinta años. Cada día que pasa, esa guerra se parece más a una paz.

—¡Son los enemigos de los Jemeníes! ¡Nos odian a muerte! —saltó Qwyn.

—Y están tan arruinados como nosotros —replicó Nimbará—. ¿Quién puede pagar una guerra hoy en día? Tenemos problemas mayores dentro de nuestras fronteras, ministro de Fe. Yo os diré lo que vamos a hacer. —Se vino adelante y trazó con el abrecartas sus palabras en el aire—. Impondremos el toque de queda a partir de esta noche. K'Tala, moviliza a los reservistas y que se encarguen del control de las puertas y los accesos de la ciudad. Despliega patrullas armadas en los accesos al zigurat, el Mecavox, la Zuyab...

»Sin embargo —continuó—, la huelga de los estibadores será competencia de los síndicos y la guardia urbana. Eso aumentará tus efectivos disponibles para controlar cualquier posible altercado. ¿Veis? No quiero un baño de sangre, solo mano dura. Y ya está, asunto resuelto. La seguridad y el orden regresarán a Paraíso en unos días.

—Y ¿qué hay de Midkemia y las bandas? —preguntó Omeli con la boca pequeña y los dedillos juguetones frente a su lívida boca.

—Eso es lo más sencillo de todo —continuó Nimbará—. Ofreced una recompensa a quien entregue al chico... a Kemi. Pero no digáis que es él. Haced saber que la última psiKa está en manos de una banda. Que es de máximo interés para el futuro de la ciudad que regrese al zigurat. Ese rumor correrá como la pólvora. Después, ofreced una recompensa a quien devuelva la psiKa a Kébemon. Cualquier cosa, lo que quieran: una pequeña fortuna, indultos, algún caserón en la zona baja del zigurat... Y dejad que las bandas se encarguen de sus propios trapos sucios. No tardaremos en tener noticias de Midkemia, os lo aseguro.

—Mala idea —intervino Jubal, e interrogó a cada uno de los otros, ojiplático, mostrando las palmas de las manos—. Eso provocará una guerra en las calles.

—¡Perfecto! —saltó Nimbará—. Que se maten entre ellos y cuando nos

entreguen a Midkemia habremos solucionado tres problemas de un plumazo. Sofocamos la revuelta de los estibadores; recuperamos el control de las calles y la seguridad en los barrios; entregamos a Kébemon a su adorado y necesitado Midkemia y ganamos el tiempo que necesita para poner en marcha su plan. Magnífico. ¿No os lo parece, mis queridos amigos y compañeros?

Nimbará dejó el abrecartas en la mesa y lo alineó casi con delicadeza milimétrica sobre las vetas de la madera, como si fuese el culmen a la perfección de su discurso. Lo hizo con un evidente gesto de satisfacción, un busto de piedra contra el que chocaron la estupefacción y el asombro de los otros ministros, en silencio, como las olas de un mar mudo al topar con la costa de un nuevo imperio. Sí, Nimbará sentía contra el pecho la atención de todos y eso le hizo crecerse y venirse arriba. Se atusó el pelo. Dio dos golpecitos en el tablero con el dedo índice, de la misma forma en que señalaría el lugar en que los emisarios extranjeros deben postrarse.

«Ya es de noche», pensó. Como si despertase de un sueño, Nimbará pestañeó y miró alrededor. Estaba sentado a oscuras, cerca del fuego, con un libro sobre el regazo. Carraspeó y trató de buscar el punto en que había perdido la lectura. Todo le sonaba extraño, así que regresó atrás. Páginas y más páginas de diálogos y descripciones floridas que no recordaba. Cerró la novela y se derrumbó en la butaca. Sus ojos se perdieron en los rincones de nuevo. Apoyó la mandíbula en la mano y se acarició los labios con el pulgar.

La puerta se abrió sin previo aviso y Salma irrumpió en su despacho. Como una exhalación, cerró la puerta de un taconazo tras ella y avanzó hasta la mesa, donde descargó con estrépito los pesados manuscritos y rollos de papel que transportaba. Cuando lo hizo, buscó alrededor, hasta que dio con él en el butacón.

—Tío... —dijo. Trataba de retener una sonrisa juvenil y pícaro, pero no lo conseguía y toda ella traspiraba excitación.

—Salma —la interrumpió él—, ¿crees que es tarde para comprar un pasaje a Bari? ¿Te llevaría mucho preparar las maletas?

Salma ignoró sus palabras y, ahora sí, desplegó una gran sonrisa.

—Lo encontré —anunció.

Nimbará levantó una ceja.

—¿A quién? —preguntó con cautela.

Su sobrina hizo una pausa dramática. Jugeteaba con los dedos, nerviosa, y Nimbará vio que los tenía manchados de tinta. De repente, desplegó los brazos al frente y lo soltó.

—¡A Midkemia! —exclamó.

—¿Qué? —Nimbará brincó hasta el borde del butacón—. ¿Cómo? ¿Dónde?

La muchacha, visiblemente satisfecha, se giró hacia los viejos libros y documentos que había dejado en la mesa. Abrió uno de ellos por el punto de lectura y se lo acercó a Nimbará.

—He hecho algo de investigación —explicó.

A la escasa luz de la lámpara, Nimbará no pudo más que entrever dos columnas de letra abigarrada e ilegible.

—¿Qué sabes de historia de las psiKas? —comenzó ella.

—Pues... —Nimbará arrugó la boca y meneó la cabeza antes de buscar una respuesta en las páginas de aquel mamotreto.

—Cada vez que las Kas intentaban escapar, elegían a una mujer como su portavoz y encargada de liberarlas. ¿Verdad? Sabemos que la a primera la mataron los síndicos en las puertas del templo —explicó. Nimbará asintió y la dejó continuar—. La segunda fue asesinada por su propia familia. La cuarta, en un calabozo. La tercera entró en combustión espontánea frente al sumo sacerdote y toda la curia del templo. La quinta, en el laboratorio del ministro de Fe. La sexta...

Se detuvo y asomó la lengua por la comisura de la boca.

—¿La sexta...? —repitió Nimbará en un murmullo.

—A la sexta la mataron en las puertas del templo —dijo.

—Ajá... —replicó Nimbará antes de esgrimir un mohín dudoso—. ¿Como a la primera? No veo...

—No, como a la primera, no. La sexta se disponía a tomar el refectorio al asalto —puntualizó. Hizo una nueva pausa y buscó otro de los manuscritos que desplegó frente a Nimbará—. Con la ayuda de una secta religiosa muy

minoritaria formada por mujeres. Se llamaban Las Furias.

—Me suena...

—Puede ser —replicó ella. Dejó el libro sobre el regazo de su tío y fue por otro—. O puede que no. Los Jemeníes las exterminaron hace casi un siglo.

Los libros, apilados en las rodillas de Nimbará, casi le llegaban al pecho. Sobre todos ellos, un grabado a doble página en que media docena de piras ardían en la explanada del templo, frente a un estrado y una gran cantidad de público que disfrutaba del evento.

—¿Las quemaron? —preguntó Nimbará, acercando las narices a la página.

—Las psiKas arden al final de la Cósmosis si no consiguen despertar a las Kas —respondió Salma—. Supongo que pensaron que era algo original.

—Vaya.

—Las Furias —continuó su relato Salma—, como secta y organización, desapareció a los pocos años.

Cuando levantó la mirada, dispuesto a destacar la falta de correlación, topó con ese gesto tan resabiado en ella. Nimbará retuvo el aliento.

—Sin embargo —dijo la chica—, revisé los archivos y encontré una referencia en un informe oficial de hace doce años sobre las bandas en Paraíso.

—¿Bandas?

—Sí.

—¿Bandas como las que hemos enviado a por Midkemia?

—Las mismas. —Desplegó un rollo de papel y señaló con el dedo—. Aquí están. Las Furias. Miembros activos. Señas de identidad. Ideario y...

—Ve al grano, por favor —protestó.

—Se declaran herederas de aquellas mujeres que fueron ejecutadas por intentar despertar a las Kas.

—No puede ser —musitó al tiempo que leía sin comprender—. ¿Quieres decir?

Salma sonrió solo con un lado de la boca, chasqueó los dedos y levantó una cadera.

—Midkemia ha ido en su busca —dijo—. Si la única manera de salvarse es despertar a la última Ka, necesita a Las Furias. De la misma forma que la

última Ka también las necesita para despertar, así que ahí lo tienes.

El primer ministro se levantó como un resorte. Libros y hojas de notas garabateadas cayeron a sus pies. Tomó por los hombros a Salma. La joven resplandecía ante la encendida mirada de orgullo de su tío. Sin embargo, Nimbará se quedó con la palabra en la boca cuando la puerta se abrió.

—Señor —dijo un esclavo—, hay alguien que quiere hablar con usted. Dice que es urgente.

La sonrisa se borró de su rostro. Salma se agachó y comenzó a recoger todo lo que había tirado con la excitación.

—¿Cómo de urgente? —preguntó Nimbará.

«Una vez se alcanza la cima, ya solo queda echarse a rodar hacia el otro lado.»

Nimbará pensaba el significado concreto de aquella metáfora mientras caminaba tras el clérigo que Adoh había enviado a su despacho durante la noche. Los acontecimientos se precipitaban y las consecuencias pronto arrasaban con todo. Oh, vaya, era una metáfora terrible, estremecedora. Existe un punto de no retorno, un momento tras el que no importan las decisiones personales, decretos y órdenes ministeriales, porque ya está todo dicho y, a medida que el final se entrevé, se desvelan las posibilidades reales de ganar o perder —la vida, por supuesto, siempre se trata de la vida o la muerte—. Todavía no habían alcanzado ese instante en que el derrumbe es inminente y ya solo queda ponerse a cubierto y contemplar el espectáculo. Lo supo tras el Consejo de Ministros de aquella misma mañana; lo vio en los rugidos de K'Tala, en los murmullos temerosos entre Omeli y Hele, en la desconfiada actitud de Orcades, el padre de los monjes terreros. Ah, sí, paladeaban el miedo y la expectación. El castillo de naipes se tambaleaba, tan solo necesitaba un último empujón o que alguien abriese la ventana.

El clérigo se volvió apenas para comprobar que el primer ministro todavía lo seguía. No cabía ninguna duda, era un enviado de Adoh. Vestía un hábito de lana basta, sin teñir, y sandalias de cuero. Ningún emblema o distintivo de rango u orden, al contrario de lo que hacían los palabrereros —que cosían cintas

de colores y cascabeles alrededor de la cintura— o los amanuenses —que se amputaban el meñique e implantaban lentes de vidrio en los ojos—. Los monjes de Adoh, llamados «carceleros», llevaban en el cuerpo el mejor distintivo. Su labor era el sacrificio. Se dedicaban a orar durante días y semanas para convertir la mayor parte de la Kamé en una melaza mística con que imbuir las baterías. El esfuerzo era terrible y apenas podían dedicar unos pocos años a esa tarea. Acababan envejecidos, los ojos hundidos, el pellejo seco, los dientes sin brillo. Muchos ni siquiera sobrevivían y se consumían durante el trance, dejando tras de sí una cáscara vacía que se desmoronaba al más mínimo roce.

Nimbará admiraba aquella capacidad de sacrificio personal de la que eran capaces los fanáticos religiosos. Él jamás hubiese podido hacer algo así. Su papel era mucho más secular. Vivir una buena vida, gozar de los placeres que se podían comprar —que eran todos—, retirarse temprano y morir viejo rodeado de esclavas adolescentes. ¿Para qué si no tanto esfuerzo por salvar el tipo al frente del Gobierno? Resultaba un fastidio vivir tiempos convulsos: el fin de la Kamé, las revueltas sociales y su demanda de mayor democracia, la lógica financiera en caída libre y todos esos defectos del mundo moderno. Al fin y al cabo, la vida de un hombre era corta y tan solo tenía que aguantar treinta o treinta y cinco años más antes de despedirse con boato y pompa y alcanzar el paraíso por sus propios méritos. Monjes que sacrificaban su vida para fabricar baterías, bravo por ellos.

—¿Es aquí? —preguntó Nimbará cuando se detuvieron ante una escalinata que descendía hacia la negra profundidad mecánica del zigurat.

El monje no respondió. Lo miró con ojos saltones y extendió una mano, invitándolo a bajar. Nimbará tragó saliva y dudó un instante. Quizá no había sido tan buena idea acudir a aquella misteriosa llamada de Adoh. Por un momento, pensó que los monjes habían descubierto las sospechas que K'Tala compartió con él y pensaban quitárselos de en medio. Imaginó a K'Tala acuchillado a traición a la salida de casa. Puso un pie en el primer escalón, se detuvo, interrogó al mensajero en silencio y continuó el descenso casi de costado, de la misma forma en que uno mete la mano en una ratonera, en espera de pillarse los dedos.

El calor era sofocante. Algunas válvulas dejaban escapar vapor y, entre la bruma, un pasillo apenas iluminado se perdía en la distancia. Un hombre esperaba con las manos entrelazadas frente al vientre. Nimbará avanzó a pasos cortos y el monje tras él lo apremiaba con suavidad.

—¿Jubal? —preguntó, tratando de descifrar los rasgos del extraño.

El ministro de Oro apareció a la luz. Sonreía de forma un tanto sádica y enseñaba sus dienteillos de rata. Ascendió las manos artríticas hasta el pecho. Jugeteaba con los dedos, ansioso. Sin venir a cuento, miró atrás y los aros de sus orejas perfiladas destellaron.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Nimbará—. Creía que era Adoh el que me había citado aquí.

El primer ministro se mantuvo a distancia y pegó la espalda contra la pared. Miró al monje y después a Jubal y, de forma disimulada, hincó el pulgar en el cinturón, cerca del pequeño cañón de mano que guardaba bajo la chaqueta.

—Adoh espera más adelante —explicó Jubal—. Tienes que ver una cosa.

—¿Qué cosa?

—Algo de tu interés.

—A mí solo me interesan culos y tetas, Jubal —dijo. Intentó sonar displicente, pero se quedó en temeroso—. Te has equivocado de lugar.

Jubal entreabrió los labios y sus dedos se detuvieron al instante. Los gruesos vidrios de los anteojos, recuerdo de una época como contador, se habían empañado un poco. Rio de forma porcina tras un par de parpadeos.

—No tengas miedo, querido —anunció, caminó hasta él y lo tomó por el brazo—. Es un buen asunto. Algo que nos interesa a todos.

Nimbará asintió varias veces, pero no se movió un ápice. La piel de Jubal resplandecía de sudor viscoso. El ministro de Oro tiró de él y lo condujo por el corredor mientras murmuraba súplicas zalameras. Los seguía de cerca el monje. Una sólida puerta de hierro cerraba el camino. Nimbará pensó en su cañón de mano, un modelo utilizado por jugadores y gente de baja ralea que solo disponía de dos disparos. Suficiente. No entendía qué hacía Jubal con los sacerdotes y no esperaba a saberlo. Mejor desenfundar el arma y esparcir los sesos de Jubal y el monje que los acompañaba antes de que abriesen aquella

puerta y fuese demasiado tarde. Sin embargo, no lo hizo. Se quedó pasmado mientras la llave giraba y los goznes chirriaban y una visión terrible se abría ante él. Atravesó el umbral, sonámbulo, con dos pasos zompos y los ojos tan abiertos como la boca.

Accedió a una sala de máquinas con aspecto de aula o auditorio. Las filas descendían en un hemiciclo escalonado hasta un púlpito formado por un mecanismo en el que pistones subían y bajaban y ruedas giraban y masticaban sus propios jugos y aceites. Sentados en pequeños cubículos, como niños ciegos en barreños de gelatina, medio centenar de hombres y mujeres se conectaban al púlpito mediante una intrincada red de mangueras y cables. Todos ellos desnudos, atravesados por alfileres y anzuelos, mutilados por amputaciones llagadas y heridas supurantes. Cada uno con una máscara de cuero de la que brotaban tubos y conexiones que palpitaban con una succión sorda y constante. Nimbará no pudo evitar estremecerse al ritmo de aquellos espasmos repentinos que salpicaban alrededor.

—¿Qué locura es esta? —masculló.

Adoh apareció a un lado y respondió sobre su hombro.

—Es la energía que sustituirá a la Kamé —explicó, dando a su voz la apariencia de un serrucho sádico.

Nimbará dio un brinco, asustado.

—¡Pero qué...!

—Hace años que los carceleros de Adoh trabajan en el más absoluto de los secretos —añadió Jubal con satisfacción.

—¿Años? —preguntó—. ¿Cómo...?

—Financiado a cargo de partidas secundarias del presupuesto —interrumpió Jubal—. Soy muy minucioso.

En ese momento, Nimbará comprendió algo.

—Kébemon tenía razón... —musitó.

—¿Por qué? —saltó Jubal.

—¿Sabe algo?

—Más o menos. —Ambos se interrogaron, apurados, y Nimbará se explicó—. Sospecha que Orcades y Qwyn traman algo contra él y que tuvieron que ver en la fuga de Midkemia.

—¿Orcades y Qwyn? —preguntó Adoh, aliviado.

—Nada —afirmó Jubal, conteniendo la emoción—. No sabe nada.

Ambos conspiradores rieron de forma enajenada.

—Sospecha que tienen una alternativa a su plan para la ciudad... — continuó Nimbará, perplejo ante su diversión—. Pero no son ellos. Sois vosotros.

—Así es —dijo Jubal. Recuperó el aliento y afirmó—: Y la tenemos.

Nimbará se giró hacia Adoh y este asintió de forma siniestra, asomando los ojos en el vértice de las cejas. ¿Quién confía en quién? El lugar apestaba a muerte y a traición, a dolor. Adoh lo tomó por el antebrazo y Jubal puso una mano artrítica en su hombro. Nimbará se sintió agasajado y, al tiempo, incapaz de tragar saliva. Ambos lo acompañaron hasta el púlpito. De vez en cuando, alguien daba un desgarrador aullido, como si despertase de una pesadilla. Después, entre sacudidas, regresaba al caldo tibio en el que dormía.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Voluntarios —respondió Adoh, y Nimbará buscó la confirmación en Jubal.

—Del hospital psiquiátrico, de la calle, disidentes... —añadió el ministro de Oro con una sonrisa nerviosa—. Ya sabes. Voluntarios...

Adoh abrió una portezuela en el púlpito. Los engranajes rechinaron atronadores tan cerca. De una urna cilíndrica extrajo una perla negra del tamaño de un ciruelo. Se deleitó al observarla y, preso de satisfacción, la compartió con Nimbará. Jubal y Adoh se acurrucaron a su lado con un murmullo extasiado mientras él se perdía en la negrura de aquella piedra.

—¿Qué es? —Su curiosidad brotó sin aliento.

—Sufrimiento —susurró Adoh.

—Seis veces más potente que los sueños de las Kas —apuntó Jubal.

—Y ¿podemos almacenarlo? —preguntó suspicaz—. ¿Cómo funciona?

—Exactamente igual que la Kamé —explicó el siniestro monje—. De la fuente de extracción a las baterías, pero...

—Aquí viene lo mejor de todo —intervino Jubal, dando un toque enigmático a la escena. Nimbará levantó una ceja durante la pausa que siguió a sus palabras.

—No hay intermediarios —concluyó Adoh.

—Los monjes... —desveló Nimbará entre dientes.

—Sin oraciones, sin canalización espiritual. —Adoh masticaba las sílabas y marcaba el ritmo con la mandíbula—. De la fuente a la máquina. Un engranaje perfecto.

Nimbará paseó su recelo de uno a otro. Los tres hombres sonrieron apenas, como pillastres callejeros que acaban de descubrir una fortuna. Uno de los voluntarios aulló de dolor y después quedó balbuceando incoherencias. Nimbará no se estremeció esta vez.

—Está bien —masculló Nimbará, y encogió los hombros con fingida indiferencia—, pero los voluntarios se acaban. Todo tiene un límite.

Adoh y Jubal se miraron y gesticularon, invitándose a desvelar la sorpresa final. Finalmente, Jubal habló.

—Eso es lo mejor —dijo—. No faltarán voluntarios reales. ¿Quién no cambiaría un poco de sufrimiento por agua caliente? ¿Y por unos pocos kopeks? Los ricos comprarán a los otros tanto como haga falta para mantener su ritmo de vida, y los pobres por fin tendrán algo que vender: su sufrimiento. Todo el mundo es libre de vender aquello que posee a cambio de lo que considere un precio justo. ¿Verdad? Sufrirán si eligen hacerlo.

—Eso nos exonera de toda responsabilidad... —apuntó el otro.

—Hay que mover las fábricas y los mecacarros, encender la calefacción y las lámparas, los pozos, el transporte de mercancías... Todo se moverá con el dolor —continuó Jubal—. Al fin y al cabo, la vida es sufrimiento. Y, con cada transacción, nosotros nos quedaremos un poco, no mucho, lo suficiente. Son miles, millones de usuarios...

—Un mundo basado en el dolor —concluyó Adoh, sibilino.

—El futuro —concluyó Jubal, alargando la última sílaba.

Nimbará caviló sus explicaciones. La escasa luz convertía el rostro de Adoh en el de un lagarto. Jubal era solo Jubal.

—¿Por qué yo? —los interrogó, receloso.

—Porque eres previsor. Te adelantas a los acontecimientos. ¿Me equivoco? Ya lo habías pensado, ¿eh? —Jubal acarició la pechera de Nimbará mientras murmuraba de forma ladina—. Vamos, Nimbará, la era de la Kamé es

agua pasada. Nada va a cambiar eso...

—Kébemon dice que puede perpetuar la última Cósmosis en Midkemia y ponerlo al mando —objetó él.

—Eso es pura fantasía —replicó el ministro de Oro con una repentina mueca de asco.

—Ha perdido la cabeza —añadió el otro.

—Como todos —concluyó Nimbará.

—Midkemia no es más que un experimento de Kébemon —explicó Jubal, distante y displicente ahora—. Un engendro que no es hombre ni mujer.

—Un monstruo malcriado —añadió Adoh en un murmullo, con la vista puesta en el suelo.

—Antes muerto que ver a los Jemeníes en el poder un día más —concluyó Jubal.

Nimbará miró a uno y otro al tiempo que pasaba la lengua por los labios y sentía el sabor salado de su propio sudor.

—Fuisteis vosotros —dijo, descubriendo las palabras a medida que abandonaban su garganta. Ambos se sorprendieron al verse acusados—. Vosotros arreglasteis la fuga de Midkemia.

—Oh, no —explicó Jubal, dando una inflexión grave a sus excusas—. En absoluto.

—Al contrario —dijo el otro—. Que la Cósmosis lo revelase a él como la última psiKa fue toda una sorpresa y un golpe de suerte. Francamente, planteamos la posibilidad de eliminarlo hace mucho tiempo si no se mataba él mismo de una sobredosis, pero al convertirse en psiKa...

—Ni siquiera el sumo sacerdote puede oponerse al ritual —sentenció Jubal.

Era cierto. Gracias a los métodos del célebre Borimbanar, los clérigos podían descubrir a la nueva psiKa con un escaso margen de error y en muy poco tiempo. Todo comenzaba con la Cósmosis: un gran trasvase de energía que anunciaba la aparición de una psiKa y que concluía seis noches después en una combustión espontánea. Saltaron las alarmas en el templo y todos corrieron a sus puestos. Monjes susurradores, ciegos desde niños por voluntad propia, se encargaban de dirigir el visionador, una máquina enorme, que se

movía de forma errática y emitía toda clase de pitidos y chasquidos. Los monjes, como una colonia de parásitos, manoseaban los controles y, llevados por un éxtasis fanático, acariciaban la chapa y recogían la humedad acumulada en el casco del giroscopio central. Nimbará podía imaginar la sorpresa de los monjes cuando los detectores de gravedad señalaron las estancias privadas del mismo Midkemia. También la rabia y frustración de Kébemon.

—Un golpe de suerte... —murmuró—. Entonces, lo que pasó según los guardias...

—No tuvimos nada que ver —afirmó Adoh—. Eso debieron de ser... Ya sabes. Ellas.

Un aullido terrible desde el hemiciclo los sorprendió, ahora sí.

—Querido Nimbará —Jubal retomó las explicaciones—, llevas dos años en el Gobierno. Ya has visto cómo funcionan las cosas. El barco va a la deriva. ¿Por qué no ponerse al mando? Se supone que ibas a traer aire nuevo a la ciudad...

—Aire nuevo —confirmó—. No un huracán.

—Sabes que es necesario.

—Inevitable.

Nimbará todavía tanteaba la ligera batería que le había dado Adoh. Acercó la pequeña batería a la nariz, buscando un reflejo. No lo encontró. Nada se reflejaba en la oblonga superficie pulida de la perla negra.

—¿Qué queréis a cambio? —preguntó sin despegar la mirada de la piedra.

Adoh y Jubal se interrogaron de nuevo, esta vez sin avidez, sin ansiedad incontenible.

—La separación del cargo de cónsul y sumo sacerdote —dijo Adoh con una voz que no era suya.

—La cabeza de Orcades y Qwyn. El fin de la dinastía Jemení —añadió Jubal.

—Riquezas y...

—...todo lo demás —concluyó el ministro de Oro con una risita de roedor.

Nimbará asintió. No le sorprendió nada de lo que acababa de escuchar, y su propia tranquilidad lo hizo exhalar mientras asentía.

—¿Puedo quedármela? —preguntó antes de guardarla en el bolsillo

interior de la chaqueta. De forma delicada, se atusó el flequillo y miró alrededor. Los voluntarios soñaban entre espasmos y sacudidas. El mecanismo del púlpito y los pistones succionaban y absorbían sin parar, como un animal mecánico. Qué horrible mundo nacido de las pesadillas industriales de unos pocos.

—Trato hecho —dijo.

El mundo cambia. ¿Por qué no cambias tú también?

Maestro EBEN ISMAIL

Coherencia

Burr se acercó casi de costado, con delicadeza, intentando no despertarlo a pesar de que estaba despierto. Zaid pegaba la espalda al muro y se cubría las rodillas con una fina tela de color hueso con pinta de mortaja. Apoyaba la coronilla en la piedra. Los ojos cerrados. Tarareaba una melodía irregular que interrumpió al percibir los pasos cerca.

—¿Tienes hambre? —preguntó Burr—. No has comido nada desde ayer y supuse...

Zaid no se movió. Allí tendido, tenía un aire estoico, de atleta agotado.

Burr sonrió de forma tímida y después masticó su propio gesto y buscó las migajas caídas a sus pies. Se acuclilló y sintió vergüenza al observar la papilla tibia que traía y con la que se alimentaba Zaid, el de antes, el modd.

—¿Quieres alguna otra cosa? —insistió—. ¿Agua?

Y en ese momento reaccionó. Zaid inclinó un tanto la cabeza. Un breve destello de curiosidad infantil desapareció en una cascada. Los sentimientos pasaron por su rostro. Sonrió. O, mejor dicho, se quedó en intento, en un fracaso triste que al tragar arrastró consigo a los hombros.

Burr siguió aquel desfile de sentimientos con el énfasis de un vigía. Esperó un momento. Dejó el perol.

—Tienes los ojos claros —afirmó—. Nunca lo hubiera dicho.

Esa era una historia para recordar y, con las palabras de Burr, ambos lo hicieron y cada uno relleno los huecos a su manera.

Comenzó tiempo atrás en un callejón. Llovía. El suelo era fango puro y las pisadas de los tecnos salpicaban las paredes. Le tendieron una trampa, aunque Zaid ya sabía lo que iba a ocurrir o, mejor dicho, lo temía, a pesar de que los tecnos no sienten el miedo —no sienten muchas cosas—. Visto así, quizá no fue temor sino una intuición, un mal funcionamiento. Fuera lo que fuese, Zaid sabía que iban a matarlo por orden de Cabeza de Lata en aquel callejón enfangado. Nada personal. Cosas que pasan entre los tecnos, sin espacio a otra resolución que no sea la agresión violenta. Así funcionan. Parecido a las peleas de perros a las que asistían de forma asidua por aquella época. Había una parte de gusto sanguinario y otro tanto de admiración hacia aquellos animales modificados que luchaban hasta la muerte. A veces incluso más allá, porque se hacía imposible que soltaran el cadáver del otro y continuaban destrozando su cuerpo sin ningún motivo real más que saciarse de vísceras y aceite de motor. Era cuestión de dominación, de exhibición y fuerza. Zaid llegó a ser uno de los más fuertes tecnos de tercer estado. Pronto optaría a ser líder. Cabeza de Lata solo hizo lo que cualquier otro hubiese hecho: eliminar la competencia y enviar un mensaje.

Burr pasaba por allí. Había estado bebiendo en uno de esos tugurios de rincones oscuros en que tipos de buen nombre se citan con monjes atormentados y chaperos de tres al cuarto. Regresaba al cuartucho que tenía alquilado cuando encontró al gigante desmembrado. Le habían arrancado brazos y piernas. No cortaron los ligamentos ni rompieron los huesos, simplemente tiraron hasta que la carne y los tornillos cedieron y su cuerpo se desgajó como un filete crudo. A Burr le gustaba pensar que no suplicó, que luchó y se llevó a uno o dos de sus compañeros de armas por delante, que murió matando —aunque no murió del todo—, porque el suelo quedó cubierto de fluidos y caldos tibios. Lo apalearon con cadenas y porras, y Cabeza de Lata hundió los pulgares en sus ojos y lo acuchilló en el cuello. Lo dieron por

muerto, irreparable, pero lo encontró un monje borracho que había pasado la noche llorando y algo sabía de cosas rotas.

Así comenzó su historia. Un principio que cayó en medio de otros lugares y al que siguieron meses en el taller ilegal de Burr, flotando en un tanque de gelatina amniótica. En la fría nada, caía eternamente en una sima sin fin. Braceaba sin brazos, incapaz de aferrarse o encontrar asidero porque sus miembros eran los de un espectro. A lo lejos, siempre lejos, escuchaba la letanía de los rezos y las oraciones de Burr. El mecanista fracasado rezó durante semanas, arrodillado junto a él, bisbiseando un cántico monótono y garabateando séfiras matemáticas de forma mecánica, casi en trance. Hasta que sus plegarias despertaron las baterías de Zaid, la ciencia empujó la rueda y esta movió la vida. Al poco, el mecanista instaló un ojo a base de lentes y alambres y unos pocos remaches sobre una plancha de latón. En ese momento, cuando regresó la luz, Zaid recuperó la consciencia de existir, una existencia postrada en un camastro. Después llegaron los brazos y una cadera, las piernas, un sistema hidráulico para la espalda y aceite usado, grasa y bendiciones en noches de doble eclipse lunar; hasta llegar a ese punto, al día anterior, comienzo o final, el momento en que todo se esfumó y quedó el recuerdo. Al fin y al cabo, ¿qué son los hombres más que recuerdos? Imágenes y sensaciones que no se pueden encontrar en ninguna parte, excepto en el presente, en el evanescente y frágil presente. Zaid, en su memoria recuperada, era un hombre y estaba solo, podría haber una mujer y una niña y una casa propia; en los recuerdos puede haber cualquier cosa, incluso un futuro mejor, pero no había nada de eso, estaba él solo.

Zaid alargó la mano y acarició a Burr con el dorso de los dedos, en la mejilla. Una excusa se trabó en los labios del viejo. Miró abajo y no dijo lo que fuese que iba a decir. Se puso en pie en dos movimientos y se dolió al hacerlo.

—Ya... —dijo Burr a modo de disculpa sin que lo fuera, sin que siquiera supiese qué significaba.

Dio media vuelta y salió de la misma forma en que lo hace el último amigo que visita a un desahuciado, vapuleado por la impotencia.

Sintió la madeja imposible de sus pensamientos y hurgó en ellos en busca

de una explicación. Era como atrapar la clara del huevo con los dedos. No estaba acostumbrado a lo imprevisible. Él era un mecanista, un clérigo malogrado que utilizaba la ciencia arcana para mejorar el mundo. Era una buena definición. Cosas, personas, incluso ideas tenían que poder definirse con palabras, eso da solidez a lo incorpóreo. Sin embargo, no encontraba nada que pudiese explicar lo que había ocurrido con la mano de Adaxas y menos todavía la transformación de Zaid. La coherencia hacía el mundo real y guiaba todo: las normas y reglas de la física, los viejos encantamientos arcanos, la matemática de los libros; la coherencia era lo único que importaba. Una sospecha creció en su mente y le mordió el espinazo.

—Idiota —murmuró—. ¿Cómo he podido ser tan tonto?

Dio un brinco adelante y aceleró el paso. Las herramientas de su cinturón tintineaban y chocaban unas con otras. Escuchó que alguien lo perseguía en el pasillo. Evitó volverse y descubrirlo porque sabía quién era, que venía tras él desde hacía mucho, desde la apnea cobarde del tiempo. Casi trotaba cuando entró en la sala principal de Hogar y una nueva sorpresa clavó sus pies en la grava. Musitó una plegaria, una que creía olvidada y que en realidad era un ruego en busca de misericordia, desde lo mísero de la existencia, desde los tornillos y las tuercas, las séfiras sagradas de las ecuaciones, bebedizos y válvulas. Alguien tiró de su abrigo. Descubrió a Merso, uno de los más pequeños. Harapiento, sucio, ojos legañosos, labios reseco. Sin soltar el borde del abrigo, gimió una especie de lloro quebradizo.

—¿Qué está pasando, Burr? —lo interrogó—. Tengo miedo.

Burr dudó un instante y sonrió solo con la parte izquierda del rostro.

—Merso —dijo, fingiendo sorpresa—. ¿A qué te refieres? No te entiendo.

Un gemido lastimoso anunció las lágrimas en los párpados del niño. El mecanista lo tomó en brazos y él ocultó el rostro en su hombro. Siguió adelante. Los lloriqueos del niño amortiguados contra el cuerpo. Burr sintió que el corazón le golpeaba en el pecho y caminaba de puntillas, como si fuese a despegar; quizá por eso cerraba los puños y bufaba de forma taurina. Al llegar al salón principal de Hogar topó con aquella ola de extrañeza avasalladora.

Hogar había cambiado. No era algo que pudiese percibirse a simple vista,

pero estaba presente. Ya no era solo la mano de Adaxas o Zaid. Todo se había sumergido en una textura submarina. Y en esa atmósfera turbia, algunos chicos vieron un dragón cazando mariposas. Sí, lo vieron: piel escamosa, seis pies de cabeza a cola, ojos nacarados. Y no era lo único. En lo más alto, donde la vegetación y las lianas escapaban a la oscuridad de la bóveda, se había instalado un intruso. Revoloteaban los murciélagos a su alrededor. A veces resplandecían los rubís felinos de su cara. Alguien señaló arriba y todos intuyeron dientes y un apetito sádico. ¿Quién era? Por momentos, alguien creía reconocer un rostro. Era un niño; era un monstruo. Estaba ahí arriba, esperando. Hogar había cambiado y todos tenían miedo.

Los abandonados se escondían aquí y allá. A veces escuchaban un aullido, alguien lloraba o quizá reía como lo hace un loco.

«¿Has visto eso? ¿Quién está silbando? ¿Es una broma?»

Corrieron de un lado a otro, persiguiendo una huidiza tonada. Preguntaban al aire quién tocaba la flauta de caña y dónde se escondía. Nadie fue capaz de encontrarlo y al poco rato desapareció la música. Uno de los muchachos pequeños lloraba porque una rana gigante se había comido a su hermanito y otras dos daban histéricas explicaciones para corroborar su versión, porque ellas también lo vieron: la rana era verde y amarilla, grande como un caballo, y a su boca asomaban dos pies descalzos. Se fue de un brinco, entre cañas de bambú, hasta sumergirse en el mar. Hogar había cambiado.

Burr dejó a Merso en el suelo, lo empujó de regreso con los otros y salió al trote en busca de Adaxas. Murmuraba pensamientos que se hacían añicos al asomar a los labios. Sintió una caricia helada sobre el hombro y se detuvo, pero no vio más que el aire sucio de los rincones. El pasado lo acusaba, convertido en un reproche susurrado. Casi podía escuchar su propio alegato en labios ajenos, palabras venidas de más allá del tiempo. El sudor empapó su camisa. Se rascó el cuello.

—¡Déjame en paz! —gritó hacia la gruta—. ¡No quiero verte!

El monje que lo perseguía era un novicio joven, casi un niño, con la cabeza afeitada al estilo de los amanuenses y los mecanistas arcanos. Lo miraba impertérrito. Después dio media vuelta, dobló la esquina y todo quedó como si jamás hubiese existido. Burr tomó aire, esperó un momento y se

convenció con los ojos. Suspiró. Asomó la lengua a los labios reseco y corrió hasta la habitación de Adaxas. Atravesó la cortina, empujado por el ímpetu. Sin embargo, el mandamás no estaba allí, y Burr se quedó plantado, con la palabra en la boca, hasta que Adaxas apareció tras él.

—¿Qué estás haciendo? —lo interrogó Burr apenas entró.

—¿Yo? —respondió Adaxas, un tanto sorprendido al encontrarlo en su habitación.

—Quiero decir... —se corrigió—. ¿Dónde estabas?

—Esperaba en la garita de entrada a Hermes y Yin.

—¿Por qué?

—Los he enviado al territorio de Los Perfumados. Quiero presentar una disculpa por habernos cargado a Cabeza de Lata en su territorio y ofrecer un pago a cambio de las molestias.

—¿Un pago? —balbuceó, guiñando un ojo en una mueca involuntaria—. ¿Y con qué piensas pagar? ¿Eh? ¿Con qué? No tenemos nada, ¡nada!

—¡Eh! Tranquilo, Burr —le espetó el mandamás, suspicaz.

—¡Tranquilízate tú!

Adaxas lo observó con los ojos entrecerrados.

—¿Estás bien, Burr?

—¿Estoy bien? ¿Te parece que algo está bien? —farfullaba el viejo, rebuscando en su abrigo. Finalmente, sacó la vieja petaca deslustrada y dio un generoso trago sin quitar los ojos de Adaxas—. ¿Quieres pactar con Los Perfumados? Dales a la chica.

—No voy a hacer eso.

—¿Por qué no? Dales a la chica como gesto de buena fe.

—Te he dicho que no.

—¡Adaxas! —exclamó, fuera de sí—. Tienes que deshacerte de ella.

—Ahora es una abandonada. Ya lo viste ayer. Ha matado a Cabeza de Lata. La adoran. No puedo expulsarla porque sí, tenemos normas.

—¡No es una abandonada hasta que sea propuesta en el habladero!

El mandamás negó con la cabeza y bufó con aires condescendientes.

—Adaxas... —Burr bajó la voz y lo tomó por el brazo con tanta fuerza que Adaxas se tambaleó—. He cometido un gran error. La túnica que llevaba

cuando la encontramos, ¿lo recuerdas? No es lo que yo pensaba...

—Burr —masculló—, quítame la mano de encima.

El viejo se retiró, mirando su propia mano y acusándola ante aquel exceso vehemente. Dio un nuevo trago a la petaca, intentó sonreír sin éxito y continuó.

—Perdona, jefe, pero... —dijo.

—Deberías tranquilizarte.

—Adaxas, por todos los demonios del cielo.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre?! Ni en mis peores sueños he visto nada como lo de ahí fuera, Adaxas. Esa chica no es de este mundo. Si es lo que pienso, si es una...

El mecanista se detuvo y observó a Adaxas, que sonreía apenas, de costado, mientras se acariciaba el dorso de la mano derecha. El gesto de Burr pasó de la suspicacia al horror en un instante.

—Tú lo sabías —murmuró—. Lo sabías todo.

Adaxas sonrió y se alejó. Burr lo observó horrorizado.

—Ella... —Adaxas divagó con los brazos en jarras, todavía conteniendo una sonrisa—. Dijo que tenía algo que ver con las Kas. Que era un canal de su poder o algo así.

La boca de Burr se descolgó, los ojos se le apagaron y todo él pareció una momia mal conservada.

—Es una psiKa —dijo, sin aliento—. La última psiKa, maldita sea. Adaxas, esto nos supera. —Se explicó a trompicones, casi balbuceando—. Esa chica ha sido elegida por las Kas y ellas son... Son otra cosa, Adaxas. Está por encima de tus caprichos y los míos, incluso por encima de Paraíso. ¿Lo entiendes?

—Entiendo esto, Burr —dijo, levantando la diestra entre ellos y cerrando el puño.

—Esa mano no te pertenece —objetó Burr, muy serio.

—Eso mismo dijo ella —replicó el mandamás tras encogerse de hombros, indiferente—, pero no me parece justo.

—¿Justo? —preguntó con un falsete en la voz—. ¿De qué estás hablando? Aquí no hay justicia que valga, Adaxas, esto va de algo que los hombres nunca han llegado a comprender y que han utilizado en beneficio propio. La Kamé, la

energía que mueve el mundo y que brota de ellas, las Kas.

—Ya, pero ¿de dónde ha salido?

—No ha salido de ninguna parte, siempre estuvo ahí —explicó Burr—. Escucha, las Kas comunican los infinitos planos de la existencia. Pueden viajar de un lado a otro. No me refiero a ir de aquí para allá, Adaxas. Las Kas habitan en todos los mundos, y con cada viaje dejan tras ellas una energía que nosotros llamamos Kamé. ¿Te suena? Desde que están prisioneras, todos sus esfuerzos por escapar han sido canalizados y convertidos en esto... —Rebuscó en sus bolsillos y extrajo una gema translúcida de color añil—. ¡Baterías! Están prisioneras, pero sueñan, siguen soñando. ¿Comprendes? Tu mano siempre estuvo ahí, pero en otra parte. Pertenece a un Adaxas que nunca la perdió y, gracias a las Kas, ahora tú y él sois uno.

—Entonces, es real.

—Sí, pero no es tuya. —Burr se atropelló en la explicación—. ¡Es tuya, pero no es tuya! No del Adaxas que tengo frente a mí. Igual que Zaid ya no es el Zaid que conocimos, sino el que es en otro lugar. Adaxas, piensa que es una visión, algo que ves, pero que no está aquí. ¿Entiendes lo que quiero decir? Deshazte de la chica o nos convertiremos en peones de una batalla que no nos pertenece.

Adaxas caviló las advertencias del único maestro de Los Abandonados con gesto circunspecto. Resopló varias veces por la nariz mientras Burr lo observaba, lívido y con la boca abierta. Finalmente, tras cerrar el puño, anunció:

—Se marchará lo antes posible.

—¿Lo antes posible? ¡Lo antes posible! —Burr arrastraba las sílabas y lanzaba salivazos al hablar—. Y ¿cuándo es eso? ¿Un par de días? ¡¿Una semana?!

Adaxas arrugó la nariz y los hombros se le dispararon arriba en un espasmo. Burr negó con la cabeza y olvidó respirar.

—Es un error —murmuró—. No puedes retenerla.

—Yo no voy a retener a nadie, Burr.

—Kemi morirá cuando la Cósmosis llegue a su fin. ¿No te lo ha dicho? Las Kas escaparán a través de su cuerpo y eso la consumirá. Tienes que

sacarla de aquí y llevarla con... ¡Las Furias! Que ellas se encarguen. Apártate de ella y sus visiones.

Adaxas amagó un gimoteo paciente y negó con la cabeza, casi con un gesto divertido. Acarició a Burr en la mejilla izquierda, de la misma forma en que lo había hecho Zaid un momento atrás. Después dejó la mano en el aire, frente a él, hasta que Burr bizcó los ojos y atendió a su mano.

—No es ninguna visión, Burr —dijo—. Es real.

El viejo mecanista se derrumbó sobre un taburete. La vista se le empañaba y el ácido de las lágrimas quemó su piel.

—No, no lo es —replicó.

Adaxas tragó el fruto amargo de la experiencia del viejo y, por un momento, pareció que iba a escupir a un lado. Resopló con incredulidad y rio.

—Viejo inútil —dijo antes de pasar por su lado y apartar la cortina de un manotazo.

—¿A quién llamas inútil?! ¿A quién?! —Burr se puso en pie con tanto ímpetu que cerca estuvo de caer tras rebotar contra un estante repleto de cacharros. Lo amenazó con un dedo tembloroso en alto, aunque Adaxas ya no estaba allí, y se llevó de nuevo la petaca a los labios—. He asistido a tres generaciones de abandonados. ¿Me escuchas? ¡A tres!

Cuando Burr salió —derrotado y ebrio—, Adaxas estaba con los otros. Reían a carcajadas y sus rostros se veían deformes a la luz de las lámparas. Algunos cantaban y bailaban, chocando sus escudillas de latón y dando voces estridentes. Unos pocos se congregaron para disparar a las sombras sobre sus cabezas, hacia esos nuevos seres que allí habitaban y que alguien había descrito como palomas con cabeza de perros rabiosos; y debía ser cierto, porque escucharon gañidos asustados.

«¿Has visto eso, Adaxas? —decían, dando tirones a los flecos de su fajín—. ¿Has visto aquel pájaro de plumas doradas?»

Y el mandamás se unió a los suyos y celebraron la muerte de Cabeza de Lata como nunca. Bebieron cerveza y vino y también un licor tan áspero como la madera vieja; husmearon los rincones en busca de ratones con sombrero y

rieron, sobre todo, rieron. Y, a veces, alguien daba la alarma, lleno de pavor, al descubrir que las paredes estaban cubiertas de pelo o que sus pies habían encogido, y lo hacía en un idioma incomprensible. Se daba un momento silencioso, quizá de complicidad alucinógena, hasta que estallaban en risas y carcajadas, desarmando al incauto, que se sentía como un tonto y reía como un tonto, aunque observase con el rabillo del ojo la sombra del cocodrilo que se balanceaba en su hamaca. Hogar había cambiado.

Burr apuró la petaca hasta las últimas consecuencias. Su espalda resbaló contra el muro y, con el sudor, un cierto rencor empapó el cuello de la camisa. Todo era culpa suya. Las justificaciones se hacían verdaderas a base de discursos murmurados y conciencia a voces. Pero todavía no era inevitable, aún podía hacer algo. Chicas y chicos danzaban y brincaban y no estaba Yiel con ellos, tampoco Kemi. No los vio por ninguna parte. Guardó la redoma en el bolsillo de la chaqueta y corrió de nuevo a las saunas. Trastabilló y saltó, torpemente, una viga caída. El dobladillo del puño se le enganchó en un clavo oxidado. Tiró, refunfuñó y maldijo la tozudez del entrometido, que, finalmente, venció en su batalla y quedó con un jirón de la basta tela, como un pendón delator. Burr se creía en la necesidad de poner cordura, si eso era posible en alguna medida. Yiel lo comprendería, sí, a buen seguro, porque era impulsivo y fuerte y admirado por los otros. En realidad, era lo más parecido a un mecanismo. Necesitado de una puesta a punto, quizá con una mala combustión en alguna parte, pero un artefacto mecánico al fin y al cabo. A veces lo observaba hablar y comportarse, y Burr lo imaginaba como una máquina; tan predecible, tan estricto en sus patrones caóticos, tan maleable. Él pondría cordura, solo un loco podía hacerlo.

Pero ¿y si no podía? Si no era capaz, si fracasaba, si Burr se equivocaba y no había nada que hacer y todo acababa como acaba la noche, en un momento helado en que no hay sol, ni lunas, y los colores mueren y las sombras son las lápidas de los ingenuos porque nada es más real que nada. En ese momento de indefinición tan cercano a ninguna parte, lo recomendable sería salvar a tantos como pudiese, salir de allí y desaparecer. Porque el Paraíso presente y el Dios de la mecánica eran todo lo opuesto a las Kas y su gobierno. Todo se vendría abajo en un caos destructor, y eso lo aterrorizaba. Sí, tenía que salvarlos,

aunque fuese demasiado tarde y nadie, ninguno de ellos, hiciese el menor caso a sus advertencias étlicas. Sin embargo, se detuvo y tendió la oreja. Acalló los murmullos desquiciados. Había escuchado algo que no era posible, no debería de serlo. En ese momento Yiel apareció en el pasillo, frente a él, y en sus ojos llevaba la misma duda que él. Un temor germinó entre ellos.

—Escucha —dijo—, ¿eso son...?

—Disparos —confirmó Yiel.

Burr se acercó y lo tomó por los hombros, los ojos fuera de sí, el labio inferior descolgado y húmedo.

—Es por ella —confesó.

—¿De qué estás hablando?

—Vienen por Kemi —continuó el viejo—. Todo lo que ha pasado. La mano de Adaxas. Zaid... Todo es por ella.

Yiel lo miró como si no fuese más que un patético anciano que ha perdido la cabeza. Esgrimió una sonrisa trémula que se esfumó al instante. Un terremoto repentino sacudió Hogar. El sonido atronador y rugiente avanzó por los túneles, arrasando todo a su paso como una lengua de azufre invisible. Después el suelo tembló y del techo cayeron cortinas de polvo y grava. Burr dio con las rodillas en el suelo y se echó las manos a la cabeza. El sabor de la tierra le inundó la nariz. Yiel continuaba en pie y se cubría la cabeza con el brazo desnudo.

—¡Es por ella! —gritó Burr—. ¡Todo es por ella!

Yiel tomó al mecanista por las solapas del abrigo y lo obligó a ponerse en pie.

—¡Busca a los otros, rápido! —ordenó—. Nos atacan.

Los débiles mueren cada día. El fuerte mata de vez en cuando.

LILÍMASA

Reír y sangrar

No era capaz de recordar la última vez que soñó. Desde que la encerraron, se había convertido en un animal insomne. Aunque, ¿quién soñaba en Paraíso aparte de las Kas? La gente corriente cerraba los ojos, se evadían y anhelaban otro lugar, otra vida, pero no soñaban. Quizá algún día sí lo hicieron, de niños, pero esos sueños se olvidan, se descartan como quien tiene mala baza en la partida de lo cotidiano. Kemi, ya de adulta, lo intentó sobre mullidos cojines, rodeada de otros inadaptados, hedonistas irredentos de párpados caídos y sonrisa flácida, adormilados por el humo dulzón del bok; Kalpo, el bardo negro, acariciándola con aquellas uñas largas y tintadas de azul, de forma tan suave que la carne se le estremecía con vida propia; bailarinas desnudas cargadas de cadenas; siniestros traficantes que susurraban a su oído antes de ayudarla a esnifar un poco más de savia. Y cuando dormía en aquellos lugares, tras escapar del zigurat una vez más, lo hacía con el propósito de no despertar y hundirse para siempre en el abismo, hasta el fondo, más rápido, más fuerte. Aunque como en sus sueños de niña, no moría, despertaba y continuaba la senda del dolor; el regusto a sexo en la boca, la piel pringosa, dolorida y

mareada. Soñar que deseas morir es en realidad una llamada de auxilio en la noche gélida del tiempo. ¿Cuánto ocurrió todo aquello? ¿Tanto? Ni siquiera podía asegurar que hubiese ocurrido. El pasado se había disuelto en un caldo confuso. Midkemia nació en el zigurat, pero sentía que tenía un millar de años, como si siempre hubiese existido. Sí, podía sentirlo en su interior.

Alguien dijo una vez: «Fuiste algo antes de nacer y serás algo después de morir». Todavía escuchaba esa voz de mujer si forzaba el recuerdo, aunque mutaba y se camuflaba como un lagarto huidizo. ¿Fue esa su madre? A veces trataba de encontrarla en el caleidoscopio de su niñez. Quizá hizo como ella, que se escondía de Kébemon en la profundidad infinita del zigurat sin pensar que ya las había atrapado. Ambas, en un laberinto sin salida. Sin embargo, era como mirarse a un espejo hecho añicos. Lo único que podía ver eran fragmentos de ella misma que no reconocía. Ya no quedaba nada de aquellos que rieron con ella en su camino a la tumba. Todo se había esfumado. ¿Por qué la eligieron las Kas? ¿Fue despecho o una bendición? La verdad es que buscó la muerte y ahora que las Kas la habían hecho suya, corría para salvarse. Por primera vez luchaba para vivir y ser libre. Quizá fuese demasiado tarde.

Kemi saboreó el caldo de la amargura y supo que había cambiado. Durante un breve instante, entre el caótico abanico de vidas ajenas y recuerdos falsos, apareció una breve epifanía de verdad inmediata. Los niños no deberían conocer los pecados de sus mayores; se hicieron para jugar, reír y sangrar, y también para morir. Sí, porque todos los niños mueren algún día. Algunos asesinados. ¿Cuándo había muerto ella? ¿El día en que su padre la repudió por ser lo que era? ¿Cuando las voces de las Kas la despertaron en mitad de la noche eterna para que luchase por su vida? Quizá justo después, cuando los sacerdotes tiraron la puerta abajo y la sacaron de la cama. Ahí despertó muerta. Sus zarpas sobre ella y las plegarias y rezos. Kemi aulló desesperada. Despertar, morir. La arrojaron a un pozo infecto mientras culminaban los rituales de la Cósmosis, antes de que las Kas convirtiesen su cuerpo en una tea de carne y sangre en la huida. Y Kébemon lloraba tras la puerta de su celda y se disculpaba. «Lo siento —dijo—, lo siento. No puedo oponerme a los monjes, pero te sacaré de aquí, rey mío, mi sucesor, mi única esperanza.» Y ella lo maldijo a gritos por sádico y mentiroso. Lloraba de hipocresía pura y

de amor, porque los malvados también hablan de amor, pero en su boca todo es mierda. Así que las Kas la eligieron a ella para salvarse o morir matando, y la duda la entristecía más si cabe porque no quería ser una herramienta de su venganza. Kemi murió mucho antes de su encierro, quizá nació muerta, muerta por lo que otros tramaron para ella.

El agotamiento lamió sus músculos. Apenas había descansado desde que todo comenzó y se convirtió en lo que era ahora. La portadora de todas ellas, una puerta a su voluntad. La ciudad entera era una cárcel que prosélitos y fanáticos disfrazan de libertad. Y, sin embargo, incluso los presidios tienen lugares privilegiados. Nadie quiere ser el pobre desgraciado que duerme en el rincón de los meados. Kemi se retorció bajo la colcha, entrelazó los pies y perdió un calcetín al hacerlo. Si pudiese dormir, si pudiese descansar, aunque fuese tan solo un rato, un minuto. El tiempo muerto era abono para el remordimiento. Silencio roto por voces pasadas, reproches y verdades canónicas, como el Ministerio de Fe, como los altares y palacios allá en lo alto. Dos mundos separados por una puerta que nunca se abre. Yiel llevaba razón en una cosa: los ciudadanos se creen en el derecho de pagar por cualquier cosa. Pagan a los esclavos por su trabajo y por darles bastonazos, pagan por las drogas, para satisfacer su apetito y evitar contaminarse con las miserias de los otros. Realmente viven en otro mundo. La ciudad ni siquiera mancha sus zapatos.

Escuchó risas y aplausos. Se incorporó con la manta sobre los hombros. Asomó su curiosidad al biombo. Ya había empezado y nada lo detendría. Sutha, el pequeño bravucón, luchaba con media docena de compañeros, rodaban por el suelo y se aferraba a las piernas de los más mayores, que se lo sacudían de encima como si no fuese más que un niño —que es lo que era— jugando —que es lo que hacían—. Los otros daban palmas, apostaban y animaban con euforia juvenil. Reír y sangrar. Parecía divertido.

—¿Por qué les hacéis esto? —dijo entre dientes, encogida por una repentina tristeza—. Solo son niños. No es justo. ¿Escucháis? No es justo.

Los pandilleros aullaban y danzaban como salvajes en éxtasis. Darq'Ab saltaba de un lado a otro, jubilosa y alegre, ofrecía grandes bolas resinosas que sacaba de su bolsa de cuero. Aparentemente, la bolsa estaba vacía y, sin

embargo, no se agotaba nunca la munición que incrustaban en sus pipas y encendían con finas cañas ardientes. Jolgorio incrédulo. Todos estaban fuera de sí, como enajenados o excéntricos.

—No lo merecen —masculló Kemi, al tiempo que un creciente rencor crecía en su interior. Sin embargo, un instante después, la tristeza regresó y perdió toda convicción en sus palabras y, efectivamente, se compadeció—. Yo tampoco.

Vio a Adaxas reír con ellos. Días atrás nadie hubiese dicho que el mandamás de Los Abandonados tuviese esa capacidad. Es como si careciese de los músculos necesarios bajo aquellas mejillas pellejudas. Sin embargo, reía cuando Sutha, incapaz de rendirse, saltaba sobre sus contrincantes. Daba palmas y Kemi pensó cuánto tiempo habría pasado sin poder hacerlo, con el muñón bajo el brazo, en un rincón, con su pose de estoico amargado. Resulta que el sonido de una mano contra la otra no es lo mismo que escuchar el sonido de una sola mano. Mirar de cara a la vida, a su miseria, o cerrar los ojos y buscar la felicidad a tientas, por el suelo.

—Hola —dijeron a un lado.

Dos chiquillas se asomaron a su rincón. Kemi las había visto siempre juntas, cogidas de la mano. Se llamaban Tan Tan y Bara. La primera, alta y espigada, como una caña de ojos verdes y nariz respingona. La otra, algo más baja y de piel oscura, casi negra, con el pelo más esponjoso y voluminoso que hubiese visto.

—Hola —repitió Tan Tan.

Kemi saludó con un movimiento de cabeza y un susurro inaudible.

—Quiere darte una cosa —explicó la chica, señalando a Bara.

—¿A mí? —replicó Kemi—. ¿Por qué?

Tan Tan dio un codazo a Bara, que no movió un dedo y continuó pasmada, observando a Kemi. Tras insistir con un empujón, saltó adelante y tendió un fajín rojo a Kemi. Lo hizo de forma tímida, bajando los ojos al suelo.

—Oh, vaya —musitó Kemi—. Yo... no sé qué decir.

—Di gracias —replicó Tan Tan.

Kemi contempló el largo fajín en sus manos. Tenía flecos de hilo en los extremos y un bordado de espirales con hilo granate.

—Sí —murmuró Kemi—. Es verdad. Gracias.

Al cogerlo, Bara levantó la mirada y sonrió. Sus pómulos se iluminaron y Kemi se vio arrastrada a sonreír también, porque nadie podía resistirse a los silencios de Bara.

—Ella también quiere darte las gracias —explicó Tan Tan. Esperó un momento y continuó—. Es de pocas palabras.

—¿Gracias? —preguntó Kemi—. ¿A mí?

—Ella no lo dirá. Así que lo haré yo. No es personal, ¿vale? Simplemente, es de poco palabrear —dijo Tan Tan con un desparpajo preñado de orgullo y desafío—. Bueno. Gracias porque ayer habló con su madre. Vino a verla y estuvo un rato con nosotras. Ya sé que parece una chorrada, pero es cierto. Yo lo vi. —Con esas palabras, su impenetrable fachada se desmoronó un poco. Bajó el gesto y pareció recordar el momento. Pero fue un instante breve que arrolló con mayor determinación en su tono y una arruga entre las cejas—. *Mutismutis*. Ni una palabra a las otras, ¿vale? Esto es entre nosotras. Vino su madre y ya está. Bara te da las gracias. Y yo también. Más o menos.

—Es muy bonito —añadió Kemi.

—Lo hemos bordado con retales —explicó Tan Tan—. Mira, tiene un bolsillo secreto para el cuchillo. Como los nuestros. ¿Lo ves? Ahí.

Kemi contempló el fajín y titubeó.

—Pero... ¿por qué?

—Le preguntamos a Feora y dijo que te va a proponer en el habladero. Que Adaxas ha dado el visto bueno. Así que ahora eres una de las nuestras.

Kemi acarició la tela entre los dedos y asintió lentamente. Se puso en pie y enrolló el fajín en torno a la cintura. Dio un par de vueltas y guiñó un ojo a su auditorio. Bara aplaudió, se besó la punta de los dedos y sopló hacia ella. Tan Tan la miró durante un largo momento y resopló.

—Bueno —dijo, finalmente—. Nos vamos a emborrachar.

Tiró de su compañera mientras todavía se despedía, pero, al desaparecer por el borde escarpado que servía de rampa a la guarida de Kemi, Bara regresó. Asomó la cara por el borde, miró atrás, para asegurarse de que estaban solas, antes de hablar.

—Hazlo ahora. Es el momento —susurró. Y lo hizo con esa sonrisa

cómplice con que miraba a todo el mundo mientras guardaba silencio. Pero, en esta ocasión, Kemi no sonrió, sino que quedó perpleja y boquiabierta mientras esas palabras reverberaban en su cabeza tiempo después de que ella desapareciese: es el momento. El momento.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —replicó ella en voz alta, pero la niña ya se había marchado.

Escuchó risas allí abajo. Los Abandonados lo habían olvidado todo, incluida a ella. El frío, el hambre, la roña y el cansancio, todo borrado de un manotazo, como quien espanta una mosca, como cuando se está enamorado y los problemas son minucias. Aunque solo era un sueño, una decepción más en su lista de derrotas. Kemi se puso en pie y descendió al pasadizo principal. Pegó la espalda a la pared. Los ojos húmedos y el gesto amargo. No se merecían tal cosa. Dudó. Una parte de ella deseaba quedarse allí, en el subsuelo de Paraíso, ocultos al paso del tiempo, como una niña salvaje más, para siempre. Pero eso no era posible.

—Estoy aquí —dijeron desde la penumbra cavernosa.

Cuando se volvió, topó con Zaid. El nuevo hombre vestía una mortaja, aunque estaba vivo, como debió de estarlo algún día. Se movía con delicadeza inesperada, de la misma forma en que lo haría un gólem de niebla o arcilla blanda, con temor a romper y romperse. Su voz sonaba profunda y suave y también se envolvía en la mortaja pálida que cubría su piel pálida.

—Yo te acompañaré —añadió ante el silencio de Kemi. Lo dijo con voz firme, confiado.

Un golpe de frío glacial intentó morder el cuello de Kemi, y ella se protegió y cerró la manta sobre el pecho. Sorbió apenas y el vaho precedió a su voz.

—¿Por qué?

—Puedo escucharlas —continuó el nuevo Zaid—. Sé que están contigo y que tienes que sacarlas de aquí. Llevarlas a otra parte.

—Debo encontrar a Las Furias, Zaid —explicó—. Ellas sabrán qué hacer.

El hombre nuevo asintió y la tocó en el hombro, casi una caricia gélida que le recordó una especie de mísera compasión, un pésame vergonzoso.

Zaid no dijo nada. Tan solo pasó a su lado y le indicó que se mantuviese

tras él. Ella se mordió los labios y miró atrás una vez más, en dirección al jolgorio infantil que llenaba Hogar.

—Adiós —murmuró.

Zaid la guio en dirección a la entrada principal de Hogar. En la distancia, el eco de las voces de los otros se sumergía en los rincones, en cada grieta. Era un túnel amplio al que asomaban raíces y hongos fosforescentes y también helechos de hojas sanguíneas que parecían espadas de sombra en la oscuridad.

A lo lejos una lámpara titilaba como una luciérnaga azul. Era la garita de guardia que vio al entrar en Hogar con Burr y Zaid. Salía para no volver, para encontrar su destino, fuese el que fuese. Pronto todo volvería a ser normal para ellos, si es que la normalidad existía en aquella ciudad condenada a muerte. Adaxas despertaría manco y los otros con la resaca de lo imposible y la sombra de las risas etílicas bajo la almohada y la manta corta, demasiado corta, y los pies helados como la trágica memoria inventada. Kemi se esfumaría y, tras ella, el vacío se haría con todo, porque quizá las cosas desaparecen al darles la espalda, de la misma forma en que Yiel, Burr, Adaxas y Los Abandonados se desvanecerían. Sí, nada existía fuera de su cabeza y por eso estaba desapareciendo en ese mismo instante, bajo sus pies, y el vértigo la agarraba por los tobillos, arrastrándola de vuelta a la realidad del momento.

—¡Eh, vosotros! —gritaron a su espalda.

Kemi dejó escapar un gritito espantado y, sin pretenderlo, se abrazó a Zaid. El hombretón trató de ocultarla, aunque ya habían sido sorprendidos y nada podía cambiar eso.

La esfera de luz de un farol se acercaba y, en su interior, sombras y escamas doradas daban forma a los rostros de Sutha, el tullido bravucón, Gus y Traspié, que, contra toda recomendación, era el portador de la lámpara. Era el pequeño Sutha el que los había increpado. Su ceño prieto asfixiaba una mirada desconfiada. Señaló a Zaid con un golpe de barbilla y después a Kemi, como haciendo evidente una sospecha.

—¿Se puede saber adónde vais? —preguntó.

—¿Y vosotros? —contraatacó Zaid.

—Adaxas nos envía a por un par de barricas de vino al almacén de... —respondió Traspié, pero su natural simpleza se convirtió en un quejido cuando

Sutha le propinó un manotazo y lo interrumpió—. ¡Ay!

—No cambies de tema, Zaid —dijo el avieso muchacho—. ¿Dónde vas con la chica?

—Sí, eso. —Gus se unió a sus sospechas—. ¿Dónde vas con la chica?

Zaid y Kemi intercambiaron un breve desconcierto y ella balbuceó un instante y se encogió de hombros. Gus comenzó a reír y también lo hizo Traspié, aunque quizá no sabía muy bien de qué. Sutha, sin embargo, se obstinaba en morder con suspicacia las excusas de aquellos fugitivos nocturnos.

—¡Tienen prisa por estrenar su nueva polla! —exclamó Traspié de repente, quizá al descubrir, por fin, cuál era el jocoso motivo de las risas. Dio un codazo a Gus, y la lámpara balanceó la gruta como lo hace la bodega de un carguero en plena marejada.

Kemi no despegaba los ojos del pequeño Sutha. Su aspecto furibundo se transformaba con el ir y venir de las sombras en su rostro; tan pronto era un torso hipermusculado sobre los despojos de unas piernas raquílicas, como un demonio o un niño enfadado, solo eso. Sin embargo, un escalofrío la fustigó. Poco a poco, las risas tontas se apagaron y en la seriedad del momento germinó un instante trágico. Traspié miró a unos y otros, sin entender, y se quejó, quizá también sin comprender nada, como solía hacer antes de una pelea. Zaid dio un paso al frente, cubriendo a Kemi. El cuchillo de Gus aguardaba en el fajín y se hizo presente para todos a pesar de que no hizo ninguna intención de desenfundarlo.

El tenso silencio se resquebrajó de repente. Yin apareció de entre las tinieblas, como un espectro, y cayó entre ellos, dando bocados a la nada, ensangrentado y magullado. Sutha maldijo y, al tocarlo, se miró las manos y vio los dedos manchados de sangre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin ocultar el espanto al contemplar su estado. Él respondió con un gemido largo.

—¡Yin! —saltó Gus—. ¿Quién te ha hecho eso?

—Los Perfumados... —respondió él— y los otros.

—¿Qué otros? ¿Quién?

Yin atrapó a Sutha por el cuello de la camisa y lo levantó en volandas.

—Era una trampa —masculló—. Una trampa... Adaxas nos envió en son de paz, pero era una trampa. Y han matado a Hermes —lloraba. La memoria abría cicatrices en la suciedad de su cara—. Lo han matado.

—Tenemos que avisar a Adaxas —propuso Gus.

—Es la guerra. —Yin se arrastró, incapaz de ponerse en pie—. Quieren la guerra.

—¿Los Perfumados?

—¡Todos! —exclamó el pequeño con voz enloquecida—. ¡Todos los otros!

Kemi se adelantó y lo ayudó a levantarse, y desde la intuición escuchó en dirección a la caseta de guardia de la entrada. Las sombras conspiraban en la distancia con rodeos disimulados. El aire proveniente del exterior transportaba el hedor de los canales y la podredumbre, y también algo más, algo que no debería estar allí.

—¿Por qué te han dejado libre? —lo interrogó Kemi.

—No lo sé... —respondió con aires quejumbrosos—. Dijeron que llevase un mensaje a mi jefe. Yo... no lo sé.

—¿Qué mensaje? —La voz de la chica se impregnó de urgencia.

—Es para Adaxas o Yiel.

—¡Dilo! —Lo sacudió con violencia.

—Te buscan a ti —masculló el niño, y sus ojos se abrieron sobre los moretones y todo él se relajó un instante, quizá al contemplar el terror que sacudió a Kemi.

—Corred —dijo ella.

En ese mismo instante, un disparo restalló en cada rincón de la gruta de entrada. Fue una detonación limpia con un eco rítmico y constante que rebotó sobre sus cabezas perseguido por un segundo disparo. Todos se volvieron hacia la caseta de guardia.

—Mierda —musitó Traspié, con el miedo asomando a su grueso labio inferior—. Mierda, oh, mierda.

Sutha fue el único que se adelantó, lleno de decisión y fuerza, como era habitual en él. Sacó pecho y dio una orden, quizá algo relacionado con avisar a Adaxas. Es posible que su propósito tan solo fuese maldecir y jurar que los mataría a todos, a todos, porque los estaban atacando y él era un pequeño gran

guerrero. Sus intenciones se quedaron en nada y se le descompuso la voz cuando una bomba de mano entró rodando en escena, perseguida por los chisporroteos de la mecha.

La explosión fue un chispazo de luz mudo al principio y una estampida de polvo y piedra después. Kemi quedó vapuleada, sorda y desorientada. Abrió los ojos; escupió sangre y arena. Yin había desaparecido. Costaba reconocer sus pedazos repartidos por el suelo. Las piernas estaban allí, hasta la cintura, pero el resto se había convertido en pulpa y texturas blandas y tibias. Tierra suelta y algunas piedras cayeron sobre Kemi.

«Ayudadme —pensó—. Ayudadnos a todos.»

Sutha se arrancó la camisa, tan pequeño, pero enorme, cubierto de polvo, con una mueca salvaje y los ojos inyectados en rabia. Desde el suelo se le veía como un demonio. Kemi quiso ponerse en pie, pero tras el impacto llegó el sonido y tras el sonido, el dolor. Escuchó voces, gritos y disparos, y Zaid, el nuevo Zaid, rompió la oscuridad. Ella tendió una mano, él la agarró con fuerza y ya no ocurrió nada más.

Los políticos no tienen otra fe más que el poder.

PETER DE FRANK

La conspiración

El toque de queda se instauró con la caída del sol. Sonaron las alarmas antiaéreas en los minaretes y los tenderos recogieron la mercancía y echaron la persiana. Algunos apuraron hasta el último momento, cuando la guardia patrulló calles y plazas, dando voces de advertencia: «¡Toque de queda! ¡Toque de queda!».

Los vagabundos salieron corriendo o se arrastraron entre la basura hasta los mugrosos sumideros del alcantarillado, para desaparecer durante unas horas o quizá no emerger jamás. Se escuchaba música tras los postigos de las tabernas y risotadas y palmas, porque allí dentro no había más ley que la del vino y la del dinero, ni más futuro que el amor de quita y pon. Mientras tanto, en cuartuchos mal iluminados, en sótanos y almacenes, se reunían disidentes y radicales y también vecinos de toda condición, gente corriente que no sabía de política más que estaban enfadados y sentían la necesidad de hacer algo, arriesgándose a ser detenidos, vapuleados y encerrados por sedición.

Sin embargo, todo fue muy diferente en el zigurat. Nadie corría por las aceras, los negocios permanecían abiertos y la guardia no amenazó a

comerciantes ni empujó a los ciudadanos que se cruzaban en su camino. En el zigurat las cosas eran de otra manera; no había miedo, nadie se encogía ante la aparición de la guardia urbana, y los estudiantes que salían a emborracharse tras las clases no ocultaban su alegre deambular. Los espectáculos continuaron y las putas acudieron a las orgías secretas de ricos próceres en coches privados. No había huelga, ni agitadores, ni paganos tribalistas contrarios a la doctrina financiera; nada se sabía de revueltas contra el Gobierno, de miseria y necesidad de futuro. En el zigurat vivía y trabajaba la gente de bien, ¿qué podían temer ellos si no habían hecho nada malo?

A pesar de todo, un carruaje levitador buscaba las sombras. El cochero se cubría con un tabardo, bufanda y sombrero de ala ancha, y apenas daba con el látigo eléctrico en la joroba de los caballos. En el coche, las cortinas estaban echadas y la matrícula, cubierta por un paño.

Se detuvo en la calle Alta. Los adoquines húmedos reflejaron la luz añil de las baterías. Un brazo mecánico abrió la portezuela y el pasajero saltó hasta la acera y cruzó a toda prisa la verja de una espléndida mansión. No fue necesario tirar de la cadena que accionaba la campanilla de la entrada. Antes de subir de un brinco los tres escalones de la entrada, la puerta se abrió y un puente de oro acuchilló la noche. Tras cerrar la puerta, una mujer joven se ofreció a tomar el abrigo. El visitante la interrogó desde la profunda cicatriz que partía su rostro y de la que emergió un gruñido.

—Le está esperando, ministro K'Tala —dijo Salma al tiempo que le indicaba al frente, solícita. El ministro de Fuego respondió con un nuevo gruñido.

Abrió sin llamar y, tal y como atravesó el umbral, K'Tala sintió que frente a él se había dispuesto un escenario. Nimbará estaba de espaldas a la puerta, frente a un ventanal desde el que se veía la angosta avenida que ascendía hasta la cúspide del zigurat. En el ángulo superior podía ver el cielo nocturno y las nubes enmarañadas, trenzadas en torno a la cúpula. En el lado opuesto a la biblioteca, el carbón crepitaba en la chimenea. El primer ministro no se giró cuando K'Tala entró, era parte de la representación.

—No recuerdo la primera vez que vi el resplandor de la Kamé —dijo Nimbará con aires de monólogo teatral—. Es como si siempre hubiese estado

ahí, como si no fuese más que otro elemento del paisaje. Tanta energía desperdiciada. Si los monjes pudiesen encerrarla toda en baterías, solucionaríamos muchos de los problemas de Paraíso y, sin embargo..., ¿lo ves? ¿Ves la cúpula del templo? —Apuntó con un dedo sobre los edificios y escudriñó la noche. K'Tala torció el gesto desfigurado y miró hacia allí con desgana—. Todo ese excedente, lanzado a las nubes porque son incapaces de encerrarlo en las piedras sagradas. —Tras un instante, suspiró y se volvió de forma casual. Sonrió. Sostenía frente al pecho una copa de licor y, en la otra mano, una pequeña batería de Kamé con apariencia de piedra preciosa—. Siempre supimos que algún día se acabaría, ¿verdad? Hay que ser un auténtico idiota para no saber eso, pero... ¿quién puede culpar al ignorante? En realidad es bastante parecido a lo que ocurre con la muerte. No la de los otros, claro, me refiero a la tuya y la mía. Nacemos para morir, aunque solo cuando vemos la cercanía de la tumba nos afanamos por vivir la vida, por aprovechar cada minuto y buscar la felicidad. Qué estupidez. Nada ha cambiado, tan solo la perspectiva, el final tan cercano. No falta mucho para que la Kamé se acabe. En realidad no importa si encontramos a Midkemia. Es alargar lo inevitable. ¿Puedes imaginarlo? Nos levantaremos una mañana y no estará ahí. Eso si estamos vivos, claro. Si los monjes siguen subiendo el precio de las baterías todo estallará mucho antes del fin. Vaya una paradoja: llegará el final antes de que todo acabe.

—Más te vale tener una buena razón para sacarme de la cama y aguantar tus devaneos poéticos, Nimbará —rugió el ministro.

—¿Crees que no la tengo?

—En parte confío en que no la tengas para poder estrangularte aquí mismo.

—Vamos, K'Tala, lo que dije en el Consejo de Ministros...

—Me llamaste viejo estúpido.

—No lo decía en serio —replicó con una cantinela y un manotazo al aire—. Solo daba dramatismo a la escena.

—La próxima vez que quieras dramatismo prueba a meterte una botella rota por el culo.

—Eres muy gracioso.

—No es mi intención.

—Toma asiento y disfruta de una copa.

Nimbará le indicó un cómodo butacón forrado en piel y ante en los reposabrazos. El viejo general no despegó una mirada desconfiada de su anfitrión y abrió la boca, probablemente para protestar, cuando le tendió un fino vaso de vidrio en que resplandecía un licor esmeralda. Sus palabras fueron interrumpidas por Salma en la puerta.

—Los ministros de Aire y Oro han llegado, tío —anunció la esclava.

—Perfecto. —Nimbará chasqueó los dedos—. Que pasen.

Ziv apareció con el desconcierto y la preocupación arrebolados en el cejo. Jubal, por su parte, parecía mucho más tranquilo que el día anterior y esquivaba a Nimbará con un aire arrogante y feliz. Entregaron los abrigos a Salma, intercambiaron un escueto saludo con K'Tala y expulsaron la ansiedad en breves resoplidos agotados. Que si hace frío, que si el otoño es húmedo. Ziv se frotaba las manos contra los muslos y hacía fintas a izquierda y derecha ante lo que se le venía encima. Tal vez ya presentían el motivo de la reunión, tendrían que ser auténticos idiotas para no hacerlo y, a pesar de que Nimbará no descartaba esa posibilidad, se notaba en el amargo dulce que pasaban del paladar a la lengua que sospechaban de tanto secretismo. De todas formas, una sospecha no es una evidencia, y es tan fuerte la capacidad de los cobardes para justificarse y negar la realidad, que podrían decir que el sol brillaba en lo alto con tal de excusarse, regresar a casa y olvidar lo que todavía no se había dicho en aquel despacho.

—Estamos todos —dijo el anfitrión tras un carraspeo—. Bienvenidos. Os explicaré el motivo de esta extraña misiva. Yo... —Se llenó la copa de nuevo y paseó su excitación por la habitación—. No hace falta recordar que Paraíso vive malos tiempos. En realidad, los peores desde su fundación. La energía de nuestras baterías de Kamé es cada vez menor. Unido a la sequía eterna que sufrimos ha provocado una situación desesperada. La industria se viene abajo, crece el desempleo, la marginación... Los precios suben y todo lo otro baja.

»Ya, ya lo sé —se disculpó ante la impaciencia creciente de sus invitados—. Este no es un discurso complaciente o, por lo menos, no lo pretendo. Es una advertencia. Algo va a pasar y sería mejor que tomásemos posiciones cuanto antes. No me refiero a hacerse fuertes en el zigurat y ser leales hasta la

muerte al proyecto de Kébemon. Personalmente, la muerte no me resulta nada atractiva. Es hora de formar en la vanguardia de las posibilidades que le hemos negado a Paraíso desde hace décadas. Es la única salvación para nosotros. De otra forma, seremos arrollados por las circunstancias y nada podremos hacer por evitarlo.

Nimbará concluyó antes de apurar la copa de un trago. Las ascuas ardientes crepitaron en la chimenea y una ventada acarició los ventanales.

—No quiero ser yo quien lo diga, pero... —Ziv tragó saliva y miró a todos y cada uno de los presentes antes de continuar—. ¿Estás proponiendo la sedición?

—¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Por quién me has tomado? —respondió con un falsete en la voz. Suspiró, ocultó las manos en los bolsillos y dijo indiferente—: De eso se encargará el pueblo. Nosotros solo tenemos que derrocar a Kébemon.

Jubal cacareó una risa y los otros dos lo miraron sorprendidos, con el corazón ahogado en un charco de incredulidad. Sí, habían escuchado bien. Nimbará se sirvió de nuevo y, sin mirar a sus invitados, dio un sorbo a la copa, pero no tragó y el licor le quemó las encías y las mejillas. Se giró en el momento en que tragaba de forma sonora. Demasiado tarde. Había pronunciado las palabras y, al hacerlo, se hicieron reales, con todas las consecuencias. K'Tala se inclinó adelante y apoyó un codo en el muslo. Las sombras crecieron en su espantosa cicatriz y sepultaron media cara, como un eclipse en la luna roja de medianoche.

—¿Qué te traes entre manos, maldito hijo de puta? —masculló el viejo comandante.

Nimbará respiró y abandonó la copa sobre la mesa. Ya había pasado lo más difícil, en adelante solo quedaba echar a rodar pendiente abajo.

—Dejad que Midkemia escape —propuso.

El ministro de Fuego ladró con incredulidad y cruzó los brazos frente al pecho.

—Eso va contra las órdenes de Kébemon —musitó el ministro de Aire.

—Propongo un cambio de Gobierno en Paraíso, Ziv —aclaró Nimbará—. Las órdenes de Kébemon son lo que menos me preocupa en estos momentos.

—¿Qué tiene que ver el chico? —El ojo de vidrio de K'Tala resplandeció bajo el rocoso ceño. Sin duda quería saber adónde les llevaba todo aquello, y eso excitó a Nimbará.

—¿Por qué esperar a que nos venga encima lo inevitable? —explicó Nimbará al tiempo que caminaba despacio a un lado y otro—. Si Kébemon lo recupera, ¿cuánto alargaremos la vida de Paraíso? ¿Diez, doce, treinta años? Y eso suponiendo que su plan funciona y la resistencia que retenga a la última Ka es efectiva. Olvidad lo de un imperio de mil años... Memeces. La era de las Kas y la dinastía de los Jemeníes ha llegado a su fin, aceptémoslo. La gente está harta. Quieren tener capacidad de decisión sobre sus vidas, sobre el modelo de ciudad y la economía. Solo es cuestión de tiempo; tarde o temprano conseguirán lo que quieren y, si podemos prever lo que ocurrirá en ese caso, ¿por qué no acelerar las cosas y hacerlas caer de nuestro lado? A veces hay que destruir para construir de nuevo, mis queridos amigos.

—No soy tu amigo, Nimbará —replicó el ministro de Fuego. Su voz cambió. Hinchó el pecho cavernoso con una profunda inspiración que expulsó por la nariz—. Si vamos a terminar con Kébemon, necesitaremos un plan.

Nimbará saltó al frente y chasqueó los dedos.

—¡Sí! —exclamó, aunque se contuvo al instante—. Bien. En realidad, será suficiente con que nos adelantemos a los sucesos. Y, llegados a este punto, los sucesos son muy previsibles.

—¿Ahora también eres un visionario? —lo interrogó el ministro de Aire, con la nariz en alto y los párpados entrecerrados.

—Soy un devoto de la razón, Ziv —aclaró él—. La misma lógica que utilizas en tus carabelas de tres globos es la que me alerta de la hecatombe que se nos viene encima. Todo el mundo lo sabe. Preguntad a vuestros esclavos, en los prostíbulos, en cualquier taberna. Lo saben, y ¿por qué creéis que continúan con su vida rutinaria y cotidiana? Porque son cobardes. Saben que la ciudad bajo sus pies no se sostiene por ninguna parte, que es un castillo de naipes a punto de derrumbarse, y sin embargo... Ahí están, esperando a que lo arreglemos. ¡Nosotros! Lo han puesto en nuestras manos porque prefieren ocupar las suyas en... lo que sea. La ciudad necesita salvadores.

—Dejar morir a Midkemia será...

—El caos —apuntó Jubal mientras se mordisqueaba las puntas de los dedos y observaba la escena.

—Perfecto —sentenció Nimbará.

Ziv no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó al borde de la histeria—. Paraíso se vendrá abajo. Todas las predicciones económicas auguran un desastre. Los precios se dispararán, el comercio se hundirá, el papel moneda perderá su valor, y eso... Oh, díselo tú, Jubal, díselo. No tenéis ni idea de lo que significa. Saqueos, violencia, hambre... Nimbará, estás jugando con fuego.

—No, no es cierto —concluyó él—. Estoy apostando fuerte, eso es todo.

—Yo he apostado la vida de otros —intervino K'Tala—, pero eran soldados. Morir es su trabajo. Tú apuestas la vida de millones que no saben nada de lo que hablamos en este despacho.

—Vaya. Es cierto. Me has convencido —replicó Nimbará con exagerado sarcasmo—. No hagamos nada. Dejemos que esos millones se organicen y decidan que los culpables de su miseria somos nosotros. Verás qué divertido cuando te cuelguen de los pies en la muralla.

—También apuestas mi vida y no me gusta —gruñó K'Tala.

—Me lo agradecerás, créeme —respondió con soltura—. De todas formas, propongo la caída del Gobierno y la instauración de un nuevo modelo económico y político. Los grandes cambios se producen de forma salvaje, nadie derroca una dictadura o levanta un imperio sin sacrificios; leed libros de historia, por favor.

Ziv miró espantado a los otros ministros, pero se encontró solo. Jubal observaba distraído las brasas ardientes mientras tamborileaba con los dedos en los labios. K'Tala, por su parte, asintió varias veces. Nimbará sonrió antes de que el viejo guerrero hablase.

—Tienes una alternativa a la energía de la Kamé —dedujo K'Tala.

—La tenemos —puntualizó el primer ministro con un guiño.

La siguiente pregunta del viejo guerrero metido a ministro se diluyó en un juego de miradas entre Nimbará y Jubal. Finalmente, K'Tala chasqueó los labios y negó con la cabeza.

—Ahora comprendo el motivo de tu presencia, Jubal —dijo.

—¿Qué crees? —dijo el ministro de Oro, un tanto indignado—. Tengo mucho que ofrecer. No todo va a ser dinero y crédito, aunque debo aclarar que sin ninguno de ellos nada de lo que proponéis sería posible.

Ziv miró al ministro de Oro como quien descubre una araña peluda en su ropa interior.

—De acuerdo —dijo K'Tala, dando un manotazo al aire—, tenéis una alternativa. ¿Funcionará?

—Por supuesto —aclaró Jubal, y se corrigió al instante—. Bueno, en realidad no la tengo yo.

—Y ¿quién la tiene? —K'Tala dio una palmada en su muslo—. Abrevia, demonios, no tenemos toda la noche.

—Adoh, el padre de los monjes carceleros —respondió Nimbará en lugar de Jubal.

—¿Ahora tienes a bien relacionarte con sacerdotes? ¿Te has convertido a la fe?

—Tienen un método alternativo a la Kamé —explicó el primer ministro. Comenzó a caminar a los lados de nuevo, pero como si lo hiciese sobre hielo quebradizo, a pasos cortos y ligeros—. Lo he visto con mis propios ojos.

—Lo importante es si realmente funcionará o vamos a sustentar el golpe... —Ziv tomó aire de forma sonora y palideció aún más—. Sí, Ziv, se llama golpe. Mantén la compostura...

—Adoh asegura que es funcional y operativa —aclaró Jubal.

Ziv reaccionó y se vino adelante.

—¿A los mismos niveles de producción que la Kamé? —preguntó antes de recoger el sudor de su rostro con el puño de la camisa y continuar en un susurro—. Por mínimo que sea, un déficit en la producción traería consecuencias funestas en el comercio...

—Incluso mayor.

—Estáis locos... —concluyó Ziv.

—Al contrario —objetó Nimbará, muy serio—, en estos momentos somos los más cuerdos de la ciudad.

—¿Cómo funciona? —lo interrogó K'Tala, pero Jubal respondió por él.

—Sufrimiento —dijo el ministro de Oro—. Un poco de sufrimiento a

cambio de energía. Sin intermediarios. Se puede utilizar para el autoconsumo, pero también vender el sufrimiento propio a otros a cambio de un salario justo y estipulado por contrato. Todo legal. Un gran mercado se abre al alcance de la mano, de nuestra mano.

—Seremos asquerosamente ricos —concluyó Nimbará.

El ministro de Aire asomó la lengua a los labios y la dejó allí atrapada.

—Oh, caramba —murmuró.

—Sí. Oh, caramba. —Jubal rio de forma porcina hasta que K'Tala se volvió hacia él.

—Habrá que asegurarse de eliminar todo apoyo a Kébemon —propuso el viejo comandante, apoyando el mentón en el puño, cavilando y rumiando posibilidades—, dentro y fuera del zigurat.

—¿Quiere decir eso que puedo contar contigo? —preguntó Nimbará.

Los otros dos ministros interrogaron a K'Tala sin palabras, solo un temor viscoso que resbalaba cuello abajo en la casaca.

—No es ningún secreto que mi familia es... poco amiga de los Jemeníes —explicó el viejo soldado—. Una enemistad que viene de lejos. Desde que mi abuelo paterno murió en la batalla de Pozoblanco. No es ningún secreto. Pero un golpe... Mucha gente muere durante y después de los golpes. Debéis saberlo. No bastará con matar a Kébemon y sus fieles. Funcionarios, mandos de la guardia urbana, jueces, concejales, senadores, sindicalistas, comerciantes y gente que no tiene cargo ni importancia alguna, pero que habrá que eliminar de todas formas. Castigarlos a ellos y sus familias para atemorizar a cualquiera que se atreva a seguirlos. ¿Lo tenéis claro? Estamos hablando de matar y encarcelar a parte de la gente a la que jurasteis proteger. No me gustaría que hubiesen malentendidos —dijo, frotando el dedo índice y el pulgar. Sus palabras fueron un cañonazo que estalló en las narices de los otros. Tras el silencio, K'Tala concluyó con su habitual rugido—. Si podéis asumir el coste, estoy dentro. Así que, si vamos a conspirar, hagámoslo a la vieja usanza y no nos andemos con rodeos ni eufemismos.

Ziv lanzó un agudo gañido y se retorció contra el respaldo de la butaca.

—¿Estamos todos de acuerdo? —propuso Nimbará, aunque habló directamente a Ziv. Se le veía dubitativo y pálido; las manos temblorosas,

también el labio inferior—. Si alguien tiene algo que decir, ahora es el momento.

El ministro de Aire asintió y trató de sonreír y tragar saliva, pero falló estrepitosamente y sufrió un ataque de tos.

—Bien —prosiguió K'Tala—, ahora que ya tienes a mi ejército también tienes mi atención. Puedes comenzar, Nimbará.

El primer ministro juntó las manos frente al pecho y puso los ojos en blanco.

—¿Te has dado cuenta? —dijo—. Eso refuerza mi buena opinión sobre ti, querido K'Tala. El ejército era necesario. Kébemon necesitaba una buena excusa para darles competencias dentro de Paraíso.

—Debí imaginar que algo tramabas al permitir algo así —añadió K'Tala.

—Vamos, mi querido amigo, no menosprecies tu valía. Es lo único con lo que puedo contar.

—Vamos a provocar una guerra... —Ziv asomó el pescuezo.

—Demasiado caro. —Jubal lanzó un manotazo al aire—. Paraíso no puede permitirse una guerra.

—Oh, no —continuó Nimbará—. Es mucho más sencillo. El ejército será garante y protector de la paz social. Digamos que reconducirá las cosas si se tuercen. Que el pueblo luche con sus propias armas. Tan solo necesitan un pequeño aliciente más, un cebo en forma de violencia y sangre. Mañana se lo daremos en bandeja.

—¿Qué ocurre mañana? —saltó Ziv.

—Manifestación de los estibadores en huelga —aclaró K'Tala, sin deshacerse del semblante huraño.

—Y con ellos estarán los estudiantes y obreros y muchos parados y gente mayor —continuó Nimbará—. La milicia los estará esperando. No hay nada como una matanza para inflamar los espíritus de la clase trabajadora. Tomarán las calles en busca de venganza. Cuarenta y ocho horas de caos y lucha. Es el tiempo mínimo para que la Zuyab declare el Estado de emergencia y nombre un Gobierno en funciones con plenos poderes especiales. En ese lapso de tiempo, arderán un par de templos y morirán algunos monjes, entre ellos el máximo responsable de la extracción y almacenamiento de la Kamé: Orcades.

Qwyn, el ministro de Fe, será detenido por... No sé, ¿alguna idea? Tengo que trabajar más esa parte antes de llamar a los fiscales. No te hagas el sorprendido, Ziv, es el precio que exige Adoh. Él pone la energía y nosotros le entregamos a Orcades y a Qwyn. Kébemon será detenido por conspiración y alta traición, juzgado y condenado a muerte. Paraíso se librará de la amenaza de una revolución popular y se levantará como algo nuevo. El Gobierno en funciones cederá las competencias de la Fe y la Energía al nuevo sumo sacerdote: Adoh. Así se pondrá fin a seis siglos de unificación en los cargos. El cónsul será elegido por la Zuyab en pleno. Y, tres semanas después, seis o siete como mucho, un nuevo amanecer despertará a Paraíso.

—¿A eso llamas plan? —ladró K'Tala—. Carece de estrategia alguna y deja en demasiadas manos el éxito del golpe. Me parece muy fantatópico, Nimbará. Especialmente lo de quitar de en medio a Qwyn. ¿Cómo sabes que el populacho matará exactamente a quien tu deseas y no a otros?

—Porque no lo harán ellos. —La soberbia afilada y peligrosa de Nimbará asomó a su tono en esta ocasión—. Lo haremos nosotros. La turba enfurecida solo se preocupará de quemar edificios y evitar a la milicia. Cuando les demos la cabeza de los sacerdotes no preguntarán quién los mató, sino ¿ahora qué? Y les daremos algo que celebrar...

—¿La libertad? —interrogó Jubal.

—No. —Nimbará intercaló unos segundos antes de continuar, como si escuchase un redoble de tambor en alguna parte. Después pasó la lengua por los labios y lo soltó—. La democracia.

Ziv graznó una risa histérica que se descompuso como cristales rotos. A su lado el ministro de Fuego obvió su sorpresa hasta que Nimbará se explicó.

—Si pretendemos deshacernos de Kébemon y su estirpe necesitamos, antes que nada, un repuesto, alguien que lo sustituya —dijo—, pero que no cambie demasiado las cosas. No queremos vernos en la calle o, peor todavía, colgados al final de una soga, ¿verdad? Así pues, dejemos que la gente elija a quien le parezca para el cargo. Organicemos un proceso constituyente por el que se reformará el Parlamento de la Zuyab. Demos el voto a los que lo piden.

—¡Eso es una estupidez! —exclamó Ziv—. ¡Votarán a uno de los suyos antes que a ti o a mí!

—Lógico. Tú y yo ya no estaremos en política. Es condición irrenunciable. Lo siento mucho. Os queda poco como ministros. Adiós a vuestro cargo público. No lo echaremos de menos, os lo aseguro, porque estaremos en casa, junto al fuego, leyendo la prensa mientras el nuevo motor de Paraíso nos llena los bolsillos. Podemos formar un club selecto. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? De todas formas, si el populacho vota a los suyos, ¿dónde está el problema? —añadió con suficiencia y desdén—. ¡Que lo hagan!

—Estás loco —murmuró Ziv ante el plan de Nimbará.

—No. Estoy salvando tu pellejo —respondió, enseñando los dientes, reteniendo la violencia que subyacía en su discurso. Respiró por la nariz y continuó—. No gobernaréis, pero el poder será nuestro. Amasaréis una fortuna increíble y la producción de energía estará en vuestras manos. Gobierna quien gobierne, se inclinará ante vosotros. Este es el auténtico poder. ¿No lo veis? Primer ministro, cónsul, sumo sacerdote... ¡Niñerías! Ellos ascenderán y caerán mientras nosotros persistimos durante siglos. ¡Ese es el auténtico poder! ¡Gobernaremos desde la sombra!

Los tres ministros miraban fijamente a Nimbará. El resplandor de las brasas en el hogar le daba un aspecto demoniaco y maléfico. Consciente de ello, sonrió y levantó el puño.

—Dice K'Tala que pongo demasiadas responsabilidades en otras manos —continuó—. Así es, en las vuestras. Ziv, necesitamos el apoyo total de los gremios en esto. Cuento con tu mediación al frente del comercio. El poder de los gremios en la Asamblea de la Zuyab debe ser palpable. Ellos actuarán como representantes de la plebe. Esa es la trampa porque deben ejercer de dique de contención. Que sean nuestro falso mito de progreso. Los esclavos recibirán el voto. Una gran conquista social. Obtendrán, por fin, la posibilidad de verse representados en la Zuyab, se unirán a la plebe y votarán, como es lógico, a uno de los suyos. ¿Y?

»Una vez votado se convertirá en parlamentario y representante. Puede que apruebe una o dos leyes, que reparta la riqueza, construya escuelas y comedores en los barrios pobres... ¿A quién le importa? Migajas miserables. Trabajaré en el Mecavox a cambio de un buen jornal, vivirá en el zigurat y ya no pisará los barrios, vestirá apropiado, sus hijos irán a las mejores escuelas,

optará a trabajos especializados, será invitado a fiestas y conocerá a banqueros y comerciantes, los sacerdotes murmurarán plegarias en sus oídos. ¿Qué clase de persona es esa? ¿No lo veis? ¡Es uno de los nuestros! Y, de todas formas, con su ayuda, aceptarán el sufrimiento como único camino posible. Lo harán porque nosotros se lo dejaremos bien claro: sufrimiento o muerte. Votarán a uno de los suyos, pero nada va a cambiar eso porque nosotros nos aseguraremos de que así sea. Pasadas unas cuantas décadas, será a él a quien pidan explicaciones. Lo llamarán corrupto y traidor y lo colgarán de la muralla o será condenado al ostracismo ante su evidente fracaso. Nosotros seguiremos en casa, junto al fuego, leyendo la prensa. Después, volveremos a comenzar, y así hasta el final de los tiempos.

En ese momento se abrió la puerta y Salma, la sobrina de Nimbará, entró con una bandeja sobre la que humeaban unos pequeños vasos decorados con filigranas doradas. El aroma del té inundó la estancia.

—Es un plan descabellado —masculló K'Tala—, pero podría funcionar.

Nimbará sonrió de oreja a oreja y señaló a la esclava.

—¡Salma! —exclamó—. ¿Conocéis a mi querida sobrina?

Los otros la miraron con indiferencia y desconfianza. Ella sonrió apenas y saludó con una leve reverencia.

—Salma —continuó Nimbará—, si pudieses votar a la Zuyab. No lo pienses, solo imagina que pudieses. Mañana mismo. ¿A quién votarías?

Salma inclinó la cabeza a un lado y sonrió como si fuese objeto de una broma.

—A ti, querido tío —respondió—. Por supuesto.

Nimbará la miró de forma paternal.

—¿No es maravillosa? —dijo antes de carraspear y continuar con aires de discurso institucional—. Amigos, tened en cuenta que, dadas las circunstancias, hay que tener miras y proyectarse en el futuro. ¿Dónde estaremos en cinco años? ¿Y en diez? ¿Alguien ha imaginado Paraíso en un siglo? ¿No? Quizá porque Paraíso sea un montón de ruinas por entonces. Puede parecer un paso atrás, pero yo os digo que, en realidad, estamos asentando un modelo que perdurará en el tiempo. Y si no lo tenéis claro, pensad una cosa: estaréis vivos y seréis inmensamente ricos, vosotros y

vuestras familias, durante los próximos siglos.

Los ministros paladearon las palabras y Jubal dio un largo trago para hacerlas pasar nuev abajo.

—Y ¿qué pasará con...? —preguntó K'Tala, y sintió la necesidad de explicarse y pronunciar su nombre—. Con Midkemia.

—Dejad que se esfume —replicó Jubal—. Kébemon está abocado al fracaso sin él. Todo le vendrá encima tan de repente que no sabrá qué es lo que ha pasado.

—Pero ya hemos enviado a las bandas tras el chico. Ayer mismo ofrecimos una recompensa a quien lo traiga sano y salvo —apuntó el ministro de Aire.

—Y eso significa que será entregado a la guardia urbana y encerrado —añadió K'Tala. Después caviló sus palabras.

—Que me lo traigan a mí —propuso Ziv—. Lo subimos a una carabela mercante y lo dejamos caer sobre el Páramo de Espinas. Asunto arreglado.

—¡Es la guardia la que controla los puertos de aire! —protestó el viejo comandante tras bufar y patear el suelo—. Lo llevarán ante Kébemon tan pronto como sea detenido.

—Tú eres el ministro de Fuego. De algo te valdrá... —masculló Jubal.

K'Tala cerró los puños y la piel de sus guantes crepitó.

—¿De verdad quieres que haga correr la orden de matar a Midkemia cuando lo encuentren? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en enterarse Kébemon?

Nimbará dio media vuelta, se besó los nudillos y enfrentó el ventanal. Contempló las nubes de tormenta iluminadas por la cúpula del zigurat. Los ministros a sus espaldas continuaron discutiendo. En realidad, sus voces y aspavientos eran una expresión física de la cobardía, y esta es la madre de todas las traiciones. El primer ministro sabía sin saberlo que no era recomendable confiar una traición a un hatajo de traidores. Después de todo, no era más que un juego de cuervos.

—Sé dónde está —anunció.

Todos los otros callaron de repente, como si hubiesen quedado congelados durante la noche invernal. Nimbará los enfrentó. Intentó sonreír con

suficiencia, pero no lo consiguió y se mordió el labio inferior al tiempo que balanceaba las rodillas.

—¿No es verdad, Salma? —interrogó Nimbará a su sobrina.

Ella, que había dejado la bandeja sobre la mesa, asintió de forma decidida.

—Así es, tío —respondió con su habitual sonsonete servicial—. Según mis investigaciones, está con Las Furias o de camino a encontrarse con ellas.

Ziv, que casi había trepado al respaldo de su butaca, se volvió hacia Nimbará.

—¿Las Furias? —preguntó—. ¿Qué es eso?

—Una banda —se adelantó K'Tala al primer ministro—. Se relacionan con revolucionarios y alborotadores. Mi servicio de inteligencia les sigue la pista desde hace tiempo.

—Ahora son una banda —explicó Nimbará—. Herederas de un culto antiguo que los Jemeníes se encargaron de erradicar hace un siglo. Cuando apareció la anterior psiKa.

—¿Sabemos dónde están esas... Furias? —Jubal comenzó su pregunta en Nimbará y la acabó en Salma, así que ella respondió.

—Claro —dijo la muchacha con las manos entrelazadas frente al vientre—. Existe un registro de bandas y territorios que fue encargado por la Zuyab hace doce años. Es de libre acceso.

Nimbará sonrió con orgullo al contemplar a Salma rodeada de aquellos mezquinos conspiradores que la miraban boquiabiertos. La sobrina resplandecía y, lo mejor de todo, es que ella lo sabía y blandía su seguridad y aplomo como armadura. ¿Le había enseñado él algo de aquello? ¿Sería cosa de las clases privadas de protocolo que le pagó el año pasado? ¿No hizo también un curso de diplomacia internacional? Fuese lo que fuese, Salma había resultado una buena inversión.

Con un largo y ronco bufido, K'Tala se desinfló y recuperó la posición en su asiento.

—Puedo organizar un escuadrón de la muerte —dijo—. Tengo hombres de confianza que lo harán gustosos. Pero...

—¿Qué ocurre? —saltó Ziv—. ¡Hagámoslo! ¡Que parezca una pelea entre

radicales!

—Mis espías informaron de que mañana han organizado una asamblea — explicó K'Tala—. Y con la milicia en las calles va a ser complicado evitar testigos o injerencias. Si corre el rumor de que elementos del ministerio están detrás de algo así..., ni toda la prensa amiga podrá desviar la atención. Ni decir que si Kébemon sospecha algo, podemos darnos por muertos.

—No hace falta... —replicó Nimbará, pero Salma le interrumpió.

—Dejadlo en nuestras manos —dijo.

—Sí —añadió Nimbará, y la corrigió—. Dejadlo en mis manos.

Son bárbaros que no atienden a la ley ni al orden. Son nuestros hijos.

YALABÓ
XII cónsul Jemení
Sobre las bandas en Paraíso

Guerra de bandas

El polvo y el humo inundaron el túnel de acceso a Hogar. Un pedazo de techo se derrumbó con estrépito y la repentina polvareda trepó las paredes hasta formar una falsa tormenta de suciedad. Pequeñas partículas de piedra desintegrada formaban panzas ocre que crecían y se devoraban unas a otras. Algún sonido tímido siguió a la explosión: alguien tosió; cristales que se descomponían sobre los ladrillos de lo que fue la garita de vigilancia; escombros en busca de un lugar en que establecerse.

Un tipo robusto y sin cuello, con un puro de hoja seca en los labios, apareció, dando manotazos para espantar la humareda. Vestía un rudimentario peto de metal remachado y pantalones acolchados, los brazos y los hombros descubiertos, musculosos, tiznados de hollín y tan peludos como los de un oso. Sobre la cabeza, encastrada hasta las pobladas cejas, una cazuela abollada. Miró alrededor, satisfecho, dio una calada al cigarro y escupió a un lado antes de plantarse brazos en jarras.

—¡Te dije que era demasiado! —exclamaron tras él, aunque ignoró las

palabras—. ¡Casi nos matas a todos!

A su espalda, asomó un chico mucho más joven que vestía el uniforme de Los Perfumados y esgrimía un cañón de mano de última generación.

—¿Lo hueles? —preguntó el hombre antes de olfatear—. ¿Hueles eso, chico? Joder, es el aroma de la victoria. Sí, qué maravilla.

—Estás loco.

—Chico, no me vengas con esas. —Cambió el peso de un pie al otro y lo apuntó con el puro—. ¿Sabes cuánto tiempo llevamos acumulando explosivos? No voy a dejar pasar la oportunidad de darnos el gusto.

—No sabes lo que dices.

—¡Calla de una vez! —ladró entre salivazos. Dio media vuelta y berreó hacia el otro lado—. ¡Muchachos! Traed aquí esas granadas.

Un par de tipos, también cubiertos de hollín, con casco y ropas acolchadas, entraron en escena con un pesado cajón que arrastraban a duras penas. El líder chupeteaba el cigarro mientras hacía gestos ansiosos a los suyos. Arrojaron la caja a sus pies sin mucho cuidado y él se sirvió una granada redonda, como una manzana negra de la que colgaba una mecha. Una sonrisa sucia sirvió de trinchera a una risotada sádica.

—Bien, bien —dijo con urgencia eufórica—. ¿Has visto esto? Qué maravilla. Sí, una maravilla.

Algunos pandilleros de Los Perfumados se posicionaron tras su jefe, pegados a los salientes de la roca.

—Stump. —El perfumado, que no parecía apreciar la belleza del explosivo, tuvo que insistir para recibir la atención del otro—. ¡Stump! ¡Hay que encontrar a la psiKa, no sus pedazos!

—No seas exagerado.

Los perfumados vestían chalecos y botines de piel blanca, y la mayoría se untaban el pelo de grasa y se habían tostado la piel durante horas cerca de los espejos solares en las azoteas. Algunos se maquillaban ligeramente los pómulos y se pintaban los labios. Eran una pandilla de chulos bien vestidos, eso era todo. Sin embargo, los otros, los de La Brigada de Demolición, se veían recios y chaparros, embutidos en trajes tachonados y cascos. Algunos habían perdido media cara o alardeaban de amputaciones y cicatrices con

orgullo. Murmuraron complacidos tras su jefe cuando levantó la granada, intercambiando codazos cómplices, con los ojos irritados por el hollín e iluminados ante la imaginación explosiva.

Era una extraña alianza parida en las casualidades obscenas del callejero de Paraíso. La Brigada de Demolición no era realmente una banda como tal, sino más bien una tradición familiar que nació como la de cualquier otra prole prole: en la muerte.

Seis lustros atrás se puso en marcha un proyecto que trazaba una red de túneles bajo Paraíso, destinados a comunicar todos y cada uno de los barrios con el zigurat. Los ingenieros, víctimas de un ataque de creatividad desatada, lo llamaron «La Estrella». Era una idea ambiciosa, magnífica, propia de un imperio amurallado como Paraíso. También era un reto arquitectónico, un desafío a la tecnología. Y, como todas esas cosas, extraordinariamente caro.

Se planificó una gran caverna que ejercería de núcleo y de la que brotarían doce brazos en todas direcciones. Las condiciones de trabajo eran muy duras y pronto se excavaron grutas y estancias subterráneas para los trabajadores. A medida que se excavaba, una pequeña ciudad subterránea fue creciendo. Muchos llevaron a sus familias con ellos. Se abrieron negocios y pequeños mercados. También se construyeron tres cantinas y una casa de juegos. Antes del primer aniversario de su comienzo, nació el primer niño de la mina. A los dos años, centenares de personas vivían y trabajaban bajo tierra. A los tres años, se construyó el gran elevador central con mil cadenas y contrapesos. A los cinco años se inauguraron los faroles de la avenida C4. La multitud aplaudió al paso de los coches de vapor y recorrió todo lo largo de la avenida, siguiendo a una banda de música. A los nueve años se prendió fuego al teatro durante los abucheos de un público indignado con un cómico que abusaba del humor inteligente. Afortunadamente, nadie resultó herido excepto el cómico. A los doce años se finalizó la obra en la caverna principal, una bóveda en la que podría haber navegado un globo de tres palos a toda vela.

Fueron días alegres bajo tierra. También breves. Al poco, llegó la ruina del Gobierno y se detuvieron las obras; también llegaron la sequía y el hambre; se apagaron las luces bajo tierra; pasaron los años y la gente se olvidó de aquella gran idea que era construir una red de túneles bajo la

ciudad. Miles de trabajadores y sus familias fueron abandonados en aquel pozo infecto, sin otro lugar al que ir, extraviados por la memoria.

Ese fue el origen de La Estrella, un barrio en el subsuelo de Paraíso. Medio siglo después, mucha gente visitaba el lugar, especialmente los días de mercado. La gran caverna principal se había convertido en una maraña de construcciones de adobe y chabolas que parecían haber sido barridas por un tornado y puestas unas sobre otras. El aire era un denso vaho pegajoso, y más valía que el visitante se acostumbrase rápido al calor, los mosquitos y el hedor de los pozos negros y las aguas corruptas. Por lo demás, era el lugar en que se cocinaba el mejor pastel de carne de la ciudad. Se podía conseguir cualquier sustancia ilegal, venenos, mejunjes y pociones. Un ejército de mecanistas sin licencia ofrecían sus servicios en oscuros nichos insalubres. También eran famosas las casetas colgantes en que vendían hongos y patatas al horno. Cosas del subsuelo.

Ese era el refugio de La Brigada de Demolición, los hijos y nietos de aquellos barreneros que quedaron fuera de los presupuestos del Estado. Ahora, convertidos en una cuadrilla de peligrosos aficionados a explosionar cosas.

No era la primera vez que Los Perfumados y La Brigada de Demolición acudían juntos a resolver sus problemas o, simplemente, en busca de pelea. El barrio de Los Perfumados caía encima de La Estrella. En cierta manera, eran la noche y el día de la misma parte de la ciudad, el anverso y el reverso de lo que podría haber sido y nunca fue. Los unos vivían en catacumbas y los otros en edificios de cuatro y cinco plantas adosados al muro principal del zigurat; era una especie de simbiosis perfecta, pues en La Estrella se encargaban de descomponer todo aquello que en la superficie acababa en los vertederos y darle una nueva vida, una vida subterránea. Nada estaba lo suficientemente roto como para no utilizarse en un autómatas, convertirse en un parche de chapa, una prótesis o un colgajo bajo los cables de la panza de cualquier volocarromato.

—¡Stump! —chilló el perfumado, visiblemente nervioso—. ¿Qué hacemos ahora?

El líder de La Brigada de Demolición chasqueó los labios y miró al otro

con evidente fastidio. La lengua asomó y desplazó el puro de un lado al otro de la boca, dio una profunda calada y arrojó el humo en dirección al perfumado.

—Tranquilízate, César —masculló Stump—. Un comienzo impactante es nuestro sello, ¿comprendes? Ahora, todos saben que La Brigada de Demolición está aquí.

—Sí, pero ¿cuál es el siguiente paso?

—Seguimos en esa dirección —explicó, señalando al frente—, matamos a todos y salimos con la chica. ¿No te parece sencillo?

—Sí, dicho así...

—¿Ves como no era tan complicado?

Stump levantó el puño e hizo una señal a sus hombres. Al fondo se escuchó el crujir de la grava bajo las cadenas. Un sonido de dientes que masticaban con el petardeo sordo de un motor de Kamé cuyos vapores resplandecían en las bocas de escape. A la oscuridad de la entrada apareció un taladro. En realidad era un paraguas de metal al que habían soldado cuchillas desdentadas, una especie de sacacorchos infernal. Al girar formaba una espiral hipnótica. Nadie podía decir qué era ni para qué servía, realmente. La Brigada de Demolición solía utilizarlo para intimidar, propósito que conseguía con creces. Quizá en su día, aquella máquina tuvo un nombre; tal vez algún mecánico pasó horas empapando con rezos y plegarias cada junta, cada remache; es probable que, en alguna parte, hubiese un cerebro ciego, atravesado por cientos de alfileres cargados de la electricidad de la Kamé. Fuera lo que fuese, ya nadie recordaba nada de aquello, así que pilotaban con violencia, aplastando todo lo que se cruzaba en su camino. En un costado, con letras desiguales y pintura roja, alguien había pintado: KOCHANBRE.

—Ha llegado... —murmuró, sobrecogido, César.

Stump se sacó el cigarro de la boca y miró al impoluto chico de pies a cabeza.

—Por supuesto que ha llegado —escupió con brusco desdén—. Conocemos un montón de atajos. Podemos plantarnos en cualquier barrio en menos de seis horas. ¡Ja! ¿Impresionado?

—No está mal —concluyó el otro—. Nada mal.

El líder de La Brigada de Demolición dio una fuerte palmada en la espalda del perfumado. Tanto que casi lo derriba. No le importaba demostrar su felicidad. Masticó la colilla viscosa, escupió y suspiró de forma melancólica, como si recordase aquel día en que una carga explosiva desintegró a su padre y a tres mineros más. Stump imaginó lo orgulloso que estaría si viera en qué se había convertido su pequeño: de mocososo barrenero a capitán de La Brigada de Demolición.

—¡Atención! —gritó alguien.

Stump y los suyos dieron un respingo cuando un chico andrajoso rasgó la polvareda. Vestía el fajín rojo de Los Abandonados. Era Traspíe. El miedo fustigó sus ojos. Los talones le derraparon hasta dar con el culo en el suelo. Intentó ponerse en pie y escapar pero resbaló y cayó de costado, sin apartar la vista de los invasores frente a él. Stump, en un rápido movimiento, tomó una granada y prendió la mecha con el cigarro. El chisporroteo voló por los aires, formando espirales de humo. Rebotó de forma tímida, casi con un rodeo disimulado, hasta detenerse junto a él. De un zarpazo, Traspíe recogió la granada y la devolvió hacia su lanzador. La mecha silbó por los aires, rodó y se detuvo entre los pies de Stump. Todos alrededor desaparecieron de un brinco, buscando cobertura, pero él pateó al frente y un reguero de humo persiguió de vuelta a la granada. El chico, que ya se había puesto en pie, la cazó al vuelo, dio un par de pasos al frente, mordió la lengua y lanzó el brazo atrás. Stump gruñó una maldición; el agujero del culo se le cerró como el puño de un avaro. Parpadeó justo en el momento en que la granada explotaba. El chico se tambaleó, entre gemidos, con el cuerpo deshecho, las tripas y los huesos, blancos hasta la insolencia, espinas entre la carne quemada, asomando a los harapos. Cayó convertido en un tiznón apestoso y burbujeante. Hubo un breve silencio y luego todos rompieron a reír.

—¡Ha estado cerca, joder! —gritó Stump, aliviado. Hizo bromas y carantoñas hacia sus hombres, y todos rieron las gracietas hasta que se transformó de nuevo en el líder de La Brigada de Demolición y repartió órdenes a mansalva—. ¡Basta ya, coño! ¡Manos a la obra! ¡Os quiero a todos detrás de Kochanbre, panda de inútiles! ¡Y vigila que no se ensucien los zapatos tus señoritas!

César se dio por aludido y llamó al orden a los suyos, en una especie de arenga floja.

—Vamos a por ellos. Venga. Vamos, sí —dijo, y huyó de los reproches silenciosos del robusto minero.

La orden de Stump se recibió con atronadora aprobación, especialmente entre los dos operarios de Kochambre. Accionaron las palancas al tiempo que reían de forma un tanto histérica, porque quizá era fundamental un alto grado de enajenación mental para manejar aquel armatoste metálico. Asomaban su placer sádico por los costados y tragaban polvo y humo y rugían casi tanto como el viejo motor. Aullaron, brazos en alto, cuando pasaron sobre el cuerpo quemado de Traspíe. Después se volvieron para observar la pulpa gelatinosa que dejaban a su paso, intercambiando codazos de júbilo enfermizo. Quién sabe si realmente podían ver algo a través de los sucios cristales de las máscaras o siquiera importaba qué se les ponía por delante. De cualquier forma, las cadenas chirriaron y la máquina marchó seguida de La Brigada al completo y sus aliados de la superficie.

Sin embargo, nada salió como esperaban o la lógica dictaba.

Todo soldado sabe que va a morir. No en el sentido de que las probabilidades de caer durante una guerra son muy altas, sino en una especie de premonición, de mal fario que precede al suceso. Quizá no sea siempre así, y muchos de los que fenecieron en batalla —como la compañía de cañoneros de Marduk-Ilá, que fueron exterminados en una repentina explosión del carromato de las municiones—, o los que ni siquiera estaban cerca de los combates —como los cientos de civiles que perecieron en el derrumbe de la alcazaba de Burrún tras una acción de sabotaje de radicales Kummo—, no tuvieron ni una vulgar epifanía que les reconciliase con su mísero pasado. Se podría pensar que la vida de uno pasa ante los ojos cuando ve la bayoneta del enemigo lanzarse contra su pecho. También algo mucho más mundano, una última palabra que no se entiende, un quejido, un ladrido ante lo inevitable: ¡no!, y mueres. Así es. Los operarios de Kochambre fueron más explícitos al ver aparecer a Sutha frente a ellos. Dijeron: «Hostia puta».

Sutha, convertido en un gigante de doce pies de altura, bramó como un gorila rabioso. La sangre de todos se heló al instante. El gigante se abrió

camino a zancadas sobre los puños, balanceando las diminutas piernas en el aire, esquivó con una finta las cuchillas y brocas giratorias de Kochanbre y empujó, con todas sus fuerzas, hasta que las cadenas se separaron del suelo y todo el armatoste se volcó con un chirrido horrendo. El piloto y su acompañante salieron despedidos y rodaron por los suelos. Sutha saltó sobre la máquina vencida, arrancó un pedazo de chapa y rugió hacia ellos. Los atrapó mientras se arrastraban en busca de cobijo. A uno lo aplastó contra el suelo con el puño, sin prestarle más atención, y la víctima gimió de la misma forma en que haría un gatito recién nacido. Al otro lo atrapó por los pies. El tipo se descarnó los dedos en la roca en vana resistencia. Sutha lo levantó en volandas y golpeó con él a Kochanbre. Después aulló y lo dejó caer como un muñeco de trapo.

—¡Fuego! ¡Disparad, disparad, joder! —gritó Stump.

Las órdenes no surtieron un efecto inmediato. Podían verlo con sus propios ojos, pero no creerlo. El desconcierto había vencido incluso al terror, porque, ¿cómo podía ser cierto algo que no podía ser cierto de ninguna manera? Se habían vuelto locos, sí, era la única explicación. La locura es un comodín de primera en esas situaciones. Por eso nadie reaccionó a las órdenes de Stump y se escuchó una risa nerviosa que se extinguió cuando el líder de La Brigada de Demolición salió al frente y prendió una granada con el cigarro.

—¡Disparad! —insistió—. ¡Disparad, inútiles de tres al cuarto!

Las primeras detonaciones sonaron tan temerosas que es probable que las balas diesen la vuelta a mitad de camino. Stump lanzó la granada y corrió a un lado, haciendo fuego con el cañón de mano. La Kamé producía destellos azules y finos jirones de humo lila que dibujaban la trayectoria de los disparos. Sutha rugió y se lanzó contra los invasores de Hogar. El primer impacto lo pilló un poco por sorpresa. Una docena de alfileres carmesí bordaron su pechera en un momento y él se acarició la piel rota y descubrió sus dedazos manchados de sangre. Era un gigante, pero eso no lo convertía en inmortal. Se cubrió la cara con una mano y lanzó un pedrusco hacia los chispazos que delataban a los tiradores. Alguien cayó herido. La granada de Stump agotaba la mecha. Sutha dio la espalda a los disparos. Recogió la granada y la encerró en el puño al tiempo que gruñía y enseñaba los dientes.

Contuvo la explosión, sí, pero la mano se desintegró con un estallido sordo y dejó un muñón renegrido y viscoso. Rosas rojas brotaban en su cuerpo. Caminó a un lado y otro, confundido, quizá buscando un lugar en el que derrumbarse. Los ojos se le volvieron tristes, como no los había tenido nunca, como si hubiese desvelado un secreto. Al fin y al cabo, era el más valiente de Los Abandonados.

Stump corrió hasta él y le descerrajó un disparo en la cabeza, justo tras la oreja derecha. Sutha cayó muerto.

Yiel abandonó su escondrijo y disparó tres veces. La rabia no es la mejor consejera de un tirador experto, así que las balas silbaron sobre las cabezas de los atacantes.

—¡Hijos de puta! —se desgarró la garganta—. ¡Hijos de puta!

—¡Yiel! —gritó Adaxas al tiempo que trataba de retenerlo—. ¡No! ¡Yiel!

—¡Han matado a Sutha! —aullaba, dando patadas a la nada—. ¡Lo han matado!

Lo decía con la exasperación de un mensajero que llega a destiempo, sin noticia, porque todos lo habían visto caer, con la cabeza abierta como un melón. Y ahora yacía en el suelo, el mismo, aunque diferente. El rostro blando, como si sufriese de indigestión, excepto por los coágulos de sangre que resbalaban por su frente y los trocitos de hueso y sesos. Excepto por eso era él, el mismo. Y todos lo habían visto convertirse en un gigante y luchar y recuperar su tamaño a los pies de Stump, que lo contemplaba alucinado. La vida en Paraíso no era más que un juego imposible de ganar. Polvo y humo levantaron el velo y mostraron los trozos de Yin, salpicando las paredes, y el cuerpo de Sutha y también a Traspie, que intentó devolver una granada que le estalló en las manos. Las balas entonaron la última canción de Hogar.

Adaxas arrastró a Yiel a cubierto mientras esquirlas volaban y rebotaban contra las paredes. Metralla de piedra estallaba por todas partes. Los Abandonados eran una grey amontonada aquí y allá, en los recodos, tras cualquier montón de grava y ladrillos. Estaban asustados. Nadie podía negar eso. Algunos llevaban la euforia de las drogas asomada a los balcones de las

pupilas y temblaban como lo hace un recién nacido. Sin duda, acababan de nacer a la desgracia repentina. Algunos habían cogido las armas y apretaban los cuchillos contra el pecho, pero la mayoría siguieron a sus jefes por determinación idiota, llevados de la mano del terror gregario.

—Lo han matado, lo han matado —repetía Yiel, y buscaba munición con que recargar el revólver. No hablaba a nadie en especial porque nadie escuchaba nada. Se creó una sordera contagiosa y, cuando sus ojos se encontraban, sonreían de forma estúpida y grotesca, dientes de cepo oxidado, impávidos.

Los disparos cesaron de repente. Adaxas frenó a Yiel antes de que asomase, arma en ristre.

—¡Eh! ¡Vosotros! —gritaron desde la entrada a Hogar—. ¡Exijo mi derecho a palabrear! ¡Adaxas! ¡¿Estás ahí?! ¡Podemos solucionarlo con un pacto entre iguales!

Yiel escupió su rabia y se golpeó el muslo con el puño.

—La Brigada de Demolición —dijo—. Hijos de puta.

—¿Stump? —murmuró Burr—. ¿Qué se le ha perdido por aquí?

—¡Adaxas! ¡Dadnos a la psiKa y nos marcharemos por donde vinimos! —gritó Stump—. ¡Eres un tipo inteligente y yo tengo tres cajas de granadas por estrenar! ¿Qué me dices?, ¿hay trato?

—Ya sabes qué es lo que se le ha perdido —dijo Adaxas a Burr.

Los tres se volvieron hacia Kemi. La chica estaba inconsciente. Zaid la protegía en su regazo y le limpiaba el rostro, sucio de hollín y sangre seca, con un pedazo de la mortaja con la que cubría su nuevo cuerpo. Lo hacía de forma delicada y metódica, ausente a cualquier amenaza.

—¡Stump! —El mandamás respondió a voz en grito—. ¡Tengo una oferta mejor!

—¡Mis orejas son tuyas, Adaxas!

—¡¿Por qué no vienes y me chupas la polla?!

No hubo respuesta, no inmediata. Burr gimió y hundió la cabeza entre las rodillas. Yiel rio y consiguió despertar una sonrisa en Adaxas también, de la misma forma en que uno ríe preñado por la ansiedad y el miedo. Estaban cubiertos de sudor y el polvo comenzaba a formar un fango oscuro bajo los

ojos, en los pliegues del cuello y las arrugas de la frente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Yiel. No hubo tiempo para nada más.

Una ola de roca y tierra precedió a la detonación que barrió el corredor de entrada a Hogar. Después llegó una retahíla de petardos atronadores. El sonido de las explosiones resultaba enlatado, como el eco de un latigazo que relampaguea en la tormenta. Adaxas se descubrió en el suelo, con la boca, los ojos y la nariz llenos de tierra. Palpó a un lado, agarró a alguien por la camisa, lo puso en pie y empujó de regreso.

—¡Corred! —gritó, ronco de grava y polvo—. ¡Retirada!

Los disparos perforaban el humo, dando agujonazos invisibles que atravesaban nubes de algodón. Los Abandonados corrían agachados, a trompicones, pasando unos sobre los otros. Yiel disparaba de vez en cuando, sin apuntar siquiera, mientras daba tirones de algún compañero caído o protegía a uno de los pequeños con su propio cuerpo. Las explosiones lanzaban esquirlas afiladas como el vidrio, la piel le escocía y se cubrió de docenas de heridas sangrantes. Vio a Zaid escabullirse con Kemi entre sus brazos y también a Burr llevarse las manos a la cabeza, con el gorro de piel hincado hasta la nariz. Adaxas cargaba sobre el hombro a uno de los gemelos, quizá Torab porque tenía el pelo más largo y se le había convertido en una costra empapada en sangre.

—¡Retirada! —exclamó Adaxas—. ¡Retirada! ¡Salid de aquí!

Atravesaron el habladero y penetraron en el salón principal de Hogar como lo haría un río desbordado, arrollando todo frente a ellos y salpicando cada rincón en busca de cobertura. Adaxas saltó sobre un par de viejos baúles repletos de disfraces y unos cuantos más lo siguieron. Después apoyó el arma sobre la tapa y apuntó a la puerta. El humo brotaba como en una chimenea. Las explosiones habían cesado. Miró a un lado y descubrió a Yiel tras un dintel de mármol, apuntando también el arma hacia el peligro inminente. Zaid estaba con él, con la chica todavía inconsciente en brazos. Alguien lloraba, pero lo ignoró. Algunos chicos ni siquiera sabían qué era lo que estaba pasando.

Adaxas maldijo cuando un tiro hizo añicos una jardinera a unos pocos metros de allí. Se incorporó y, sin apenas darse un segundo para apuntar, buscó una figura a la que disparar y así lo hizo. En el mismo umbral, apenas

recién salido de la humareda, distinguió un tipo joven, casi seguro un perfumado —por el chaleco y porque solían aliarse con La Brigada—, que había hincado la rodilla en el suelo y disparaba un cañón de mano. Adaxas tiró del gatillo tres veces. El calor del arma se instaló en sus brazos. Falló el primer disparo. Los otros dos alcanzaron el blanco. Uno, en el muslo derecho; el otro, en el sobaco. El chico cayó de costado con un alarido agudo que se alargó más de lo debido. Toda la atención cayó sobre él. Los primeros impactos hicieron añicos la parte superior del baúl. Se tendió a la lluvia de astillas y serrín, cerró los ojos y pensó que moriría, que alguna de esas pequeñas puntas de plomo se desviaría lo suficiente como para arrancarle la nariz o abrirle un boquete junto al ombligo. Nada de eso ocurrió. Yiel respondió al fuego y por un momento pareció que habían contenido la invasión.

Echó mano al cinto. Apenas le quedaba media docena de cartuchos. Vae disparó una retroballesta. Todos esperaban alguna orden de Adaxas. ¿Qué orden? ¿La que los arrojaría a los brazos de la muerte? Su misión era mantenerlos a todos con vida hasta que abandonasen la banda. Muchos de aquellos chicos estaban lejos de alcanzar la mayoría de edad de un abandonado. Pocos de ellos habían utilizado un arma contra otro ser humano, y ninguno, nadie, había matado alguna vez. Esa es una desventaja cuando las únicas armas de las que dispones son cuchillos mal afilados y palabrotas. Así que cualquier orden, cualquiera excepto una, supondría la muerte de todos ellos y la suya. Había fracasado por poco.

Sintió que el aire formaba un nudo abrasador en su garganta. Chicos y chicas esperaban, encogidos a cubierto, los más pequeños entre gimoteos, agazapados junto a los mayores. Sin lugar a dudas era una manada. Tal vez sea cierto eso de que los niños son tan salvajes como un lobo, que son los padres los que los despojan de su desnudez, de sus instintos animales. Alrededor, todos esperaban la muerte; a su lado, la muerte.

—¡Oh, mierda! —exclamó Burr—. ¡Ya lo tengo! ¡Sí! ¡Lo tengo! —Y con esas palabras todavía en los labios salió a la carrera, con una mano en el sombrero y otra sujetándose los pantalones—. ¡El montacargas del taller! ¡El jodido montacargas!

Maldijo al recordar el montacargas y maldijo por no haberlo hecho antes.

—¡Corred! —gritó a los pasmados muchachos—. ¡Nosotros los detendremos!

Vae cargó la ballesta y, junto a él, Pinchazo y Yoyo *Cebolla* tiraban cantos rodados con el tirachinas. Una explosión sacudió las paredes de Hogar y finas cortinillas de humo cayeron sobre ellos. El suelo retumbó con una nueva sacudida y los mantecó apenas unos centímetros. Se sintió mareado, de la misma forma en que debería de estarlo si una estampida de camellos lo hubiese arrollado. Antes de que se recuperase, otra granada explotó y un puño invisible le golpeó en el plexo solar.

Probablemente estaba dormido. No profundamente, sino de la forma en que se duerme cuando uno cree estar despierto. Ese es un momento horripilante porque las fronteras se confunden y lo blanco parece gris y todo lo otro negro, oscuro como el futuro. Adaxas se sumergió en aquella modorra asediada por la culpa. Un pantano de arenas movedizas lo atrapó por los pies. A lo lejos, escuchó la voz de Vae y alzó las manos al aire en busca de asidero. Las nubes pasaban preñadas de agua. No llovía y eso le hizo sentirse triste. Vae gritaba, pero él era manco y nada podía hacer por evitarlo.

Cuando abrió los ojos vio a Vae sobre él. Parpadeó tras recibir un bofetón del muchacho. Vae parloteaba tan rápido que no entendió nada de lo que dijo. Se sentó, con gesto abúlico, recuperó el cañón de mano y miró a un lado. Torab estaba muerto y su hermano lloraba, acuclillado y cubierto de sangre y mugre. También el tonto de Yuri *Baboso* había caído y estaba tan tieso como una estaca, con los brazos y los dedos rígidos. Al otro lado, Yiel disparaba desde su escondrijo y, al volverse y cubrirse para recargar, pareció leerle los pensamientos, lo que Adaxas no deseaba pronunciar.

—¡Separémonos! —gritó Yiel.

Adaxas asintió y tragó la amarga verdad. Tras Yiel podía ver a Kemi, durmiendo, como en su sueño. No le dio tiempo a responder, un balazo destrozó el baúl tras el que se cubría. Todos saltaron en busca de otro cobijo. Las balas silbaron sobre sus cabezas.

—¡Separémonos! —insistió Yiel—. ¡Saldremos por el pozo! ¡Nos encontraremos más adelante!

De nuevo asintió, aunque no dijo nada. Los dientes le castañetearon. Vio a Kemi y a Zaid, protegiéndola, y rebotó de regreso a Yiel y su gesto apremiante.

—¡Vamos! —exclamó Yiel.

—¡De acuerdo! —respondió, por fin.

—¡En el Campo de Fresas! —propuso Yiel.

—¡De acuerdo! —repitió, y él mismo sintió el fastidio en su voz y concluyó en un murmullo—. De acuerdo, joder. De acuerdo...

Y sin dejar de masticar esas palabras dio un empujón a Vae, que todavía andaba farfullando su emergencia. Agarró a Zenón por la camisa, ignorando sus lloros al separarse del cuerpo muerto de su gemelo, y lo arrastró hacia el taller de Burr. Disparó dos veces. Ni siquiera echó un vistazo rápido hacia el blanco de las balas. Una granada abrió un cráter en el suelo. Los cadáveres de Yuri y Torab saltaron por los aires en pedazos. Entre el polvo y los cascotes vio a Yiel disparar y replegarse, disparar y replegarse. Zaid cargaba a Kemi sobre los hombros. Antes de entrar en el taller de Burr tuvo tiempo para un último vistazo. Sus ojos se encontraron con los de Yiel. Dijo algo. Le vio mover la boca y sonreír, aunque eso no podría jurarlo.

*Apartir daki e territorio de lo SUZIOS y
to lo tuyo e nuestro.*

PINTADA ANÓNIMA
Esquina del parque Miriar
con la calle Gog

La mugre y la furia

La noche se retiró como cada mañana, sucia, arrastrada y todavía borracha. Se retrasaba en los rincones, hasta que pequeños tornados gélidos corrían en su ayuda y la cubrían con un velo polvoriento. La noche, en Paraíso, hedía a peligro y vicio, a todas esas cosas que los hombres malvados corrompen hasta convertirlas en vergonzosas ponzoñas humanas. Por eso era mejor amanecer en casa y evitar las últimas sombras y las primeras luces; esquivar las vomitonas de los adictos y sus emboscadas en callejones, ocultos a la prudencia del incauto; retirarse a tiempo y evitar el momento en que la diversión ejerce de mala consejera, de amante traicionera, y lo lleva a uno a la boca del lobo, a morir destripado con el lodo gris de los orines por mortaja.

Adaxas y los suyos se ocultaban en un sótano cuyas ventanas rotas quedaban a la altura de la acera. Veían pasar los primeros transeúntes del día con el sueño auestas y la plumiza sensación de derrota cotidiana en los hombros. Era un amanecer más en Paraíso, uno como cualquier otro, como

todos aquellos que parecieron anodinos y vulgares y antes de que el sol alcanzase su cenit se convirtieron en un cataclismo inesperado; como la mañana en que comenzó el gran incendio de Los Retales o aquel día en que Las Brigadas Mártires de Burrún atacaron el cuartel general del ejército. La historia enseña a desconfiar de lo previsible. Así que Adaxas esperó hasta que la falsa calma se diluyó al paso de las patrullas en furgones blindados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Feora.

Al volverse, Adaxas se vio reflejado en La Justicia y dio un respingo. Feora, a cubierto bajo un poncho amplio de lana gruesa y capucha puntiaguda, le pareció un espejo bruñido, y se vio a sí mismo cansado, los ojos en un pozo, la piel y el pelo grasientos. Tras un parpadeo fugaz, la visión desapareció.

—¿Adaxas? —insistió ella de forma suspicaz.

El mandamás no respondió. Tan solo miró a Feora y después alrededor. Los más pequeños dormían sobre unos sacos de esparto, arrebujados alrededor de Burr, que roncaba y resoplaba siguiendo el ritmo con la panza. Los otros estaban sentados, en silencio. Vae rapiñó la bolsa en busca de resina que fumar, hasta que se rindió a la evidencia: se acabó el milagro y, con él, la bolsa sin fondo. Fue un poco estúpido, porque Merso se lo cogió bastante mal y lloró desconsolado hasta que Darq'Ab le dio un coscorrón y acabó en un rincón, gimoteando desconsolado.

—Síndicos por todas partes —anunció Adaxas por fin—. Han invadido el barrio.

—¿Por qué no esperamos a la noche? —propuso Feora—. Estaremos bien aquí y, míralos, necesitan descansar.

—Le dije a Yiel que nos encontraríamos en el Campo de Fresas.

—Cae al otro lado del río —apuntó Feora—. Esperemos a la noche. Yiel estará bien.

—No —objetó con los labios prietos—. Iremos cuanto antes.

—Pero...

—¿Estás sorda? Iremos cuanto antes —la interrumpió Adaxas—. Podemos tomar un desvío si vadeamos las esclusas de Los Toneles. Pasaremos al otro lado y bajaremos por la avenida Hof-La.

Feora miró al resto de banda y bajó la voz.

—Es mucho rodeo, Adaxas —dijo—. Y nos obligará a cruzar el territorio de Los Mastines de Hont. Además, la avenida será una trampa de síndicos.

—Dime algo que no sepa —concluyó con amargura—. Quiero encontrar a Yiel lo antes posible. Deja que la guardia dé palos de ciego en Los Puentes mientras estamos en otra parte. Que las bandas luchen entre ellas, nosotros iremos en un lugar seguro.

—¿Qué lugar?

—Todavía no lo sé.

—El resto de bandas no nos quieren a nosotros, Adaxas. Ya oíste a Stump. Adaxas torció la boca, los ojos y la paciencia.

—¿Qué harás luego? —insistió Feora—. Con ella, con Kemi, ¿qué harás?

El mandamás negó con la cabeza, como si eso respondiese a la pregunta. Fue un gesto débil y transparente, tanto que Feora adivinó su voz derramada en otra parte, en un sótano húmedo y apestoso en que no encontraría a su jefe. Adaxas bajó la mirada y abrió y cerró el puño de la mano derecha varias veces. Feora comprendió.

—Se está desvaneciendo —dijo, y aquellas palabras sí cayeron sobre Adaxas, como un jarro de agua fría que lo envaró de repente.

—Despierta a todos —dijo—. Nos vamos.

—Pero... —titubeó La Justicia—. ¿Es seguro?

—He dicho que nos vamos.

Se movían por callejones y pasadizos malolientes. Intentaban, sin éxito, no llamar la atención. Adaxas y Feora avanzaban, seguidos por Vae, Darq'Ab y Zenón, al que se hacía extraño ver sin su gemelo. Bara y Tan Tan, siempre juntas, de la mano, protegiéndose las espaldas. Más atrás, apiñados y vigilantes, los seguían Kyli, Yoyo *Cebolla* y Lerian. Cerraba el grupo Burr, alrededor de cuyas faldas revoloteaban los más jóvenes, de entre seis y ocho años: Zapatos, Merso, Enrico, Pinchazo y Homero. Casi una veintena de chicos y chicas andrajosas, pegadas a los muros, que saltaban de un rincón a otro, disimulando el miedo y los nervios a flor de piel.

—Joder —musitó Darq'Ab tras asomarse a una esquina—, han llamado a la milicia.

—¿Qué?! —Adaxas no pudo reprimir una exclamación antes de comprobarlo con sus propios ojos.

Las cadenas de la tanqueta resbalaban en el suelo adoquinado. Metal y piedra chillaban con cada arañazo. Era un mastodonte de ángulos rotos, remachado en las juntas y cubierto de chapas reforzadas. A los lados y en la testa, torretas a las que asomaban cañones multidisparo, visores y lentes retráctiles. Los soldados flanqueaban el ingenio y los pocos viandantes que no habían salido corriendo se apartaban a su paso, temblorosos, evitando mirarlos de frente. Eran tipos enormes, embutidos en cuero sintético, con órganos artificiales que palpitaban bajo la armadura membranosa. Sobre los hombros, una máscara sin rostro y un único ojo de cristal tintado tras el que un tenue resplandor violáceo apenas iluminaba lo que fueron algún día. Cada uno armado con una pica de doble punta y un fusil a la espalda, junto a la mochila de soporte vital.

—Mierda. Joder. ¿Qué narices está pasando? —musitó Adaxas.

Esa era una pregunta incómoda, un mal sitio en que echarse una siesta, y él estaba agotado, como todos los otros, en un callejón sin salida. No solo tenían encima al resto de bandas de Paraíso, también a la guardia e incluso a la milicia. Pero ¿por qué? ¿Por Kemi? ¿Tan importante era? Con esas palabras reverberando en su cabeza hincó la uña del pulgar en la yema del dedo índice y miró abajo. Sintió un cosquilleo correr por la carne, de forma leve, casi imperceptible, hasta el codo. Sacudió la mano, su nueva vieja mano, tratando de espabilar los músculos. Con el rabillo del ojo descubrió a Burr, que le reprochaba sin palabras. «Sí —se dijo—, Kemi es importante, quizá lo más importante que ha ocurrido nunca.»

—Tenemos que continuar o no llegaremos al Campo de Fresas —insistió.

A su paso, la milicia arrastró borrachos y curiosos y una manada de perros famélicos. Las calles recuperaron el habitual trasiego anónimo y ellos respiraron, confiados. Conocían tan bien la zona como un cazador conoce el bosque en el que caza. Así que atravesaron los talleres abandonados de Renton y tomaron dirección al norte por las estrechas callejas en que ofician

prostitutas y sodomitas. A primera hora de la mañana, pocos se aventuraban en aquellos pasadizos, excepto algún tabernero que arrojaba la basura por la puerta trasera de su negocio y las ratas que acudían a darse un festín. Era evidente que los accesos principales al barrio estaban controlados por la guardia, apostados en cada puente, registrando mecáfurgones y autocarros cargados de chatarra. Saltaron una cerca, cruzaron un patio, encogidos bajo la ropa tendida al exiguo sol, y se escurrieron entre las cadenas de un vallado desvencijado. Cuando pasaron la esclusa de Los Toneles sintieron que habían conseguido una gran victoria.

Hubo un momento de júbilo contenido. Algunas risas y también palmadas en la espalda y abrazos. Burr resollaba, agotado, y recordaba a todos, entre toses, que estaba mayor para tanto ajetreo. La felicidad se diluyó en un caldo angustiado y los mayores, como Vae y Darq'Ab y también Lerian y Yoyo *Cebolla*, sacaron pecho y asumieron que todavía quedaban muchos peligros por delante hasta reunirse con Yiel y Zaid. Sin embargo, para los pequeños era diferente. Habían perdido Hogar y ahora estaban fuera de Los Puentes, en un mundo totalmente desconocido para ellos y plagado de amenazas. Las explosiones y los disparos perduraban indelebles en el recuerdo y lo harían en sueños venideros, con las imágenes de los amigos y amigas muertas. Al fin y al cabo, eran niños y ninguno de ellos había penetrado en la jungla urbana de Paraíso.

Adaxas explicó su plan. Frente a él, lo que quedaba de la banda: una pandilla de mocosos desharrapados, tres o cuatro delincuentes juveniles y un viejo clérigo fracasado que echaba de menos una barrica de licor tibio. La parte más difícil estaba hecha. Buscarían la avenida Hof-La o, mejor todavía, las calles paralelas. Después seguirían el río hasta el Campo de Fresas y se reunirían con Yiel, Zaid y Kemi, claro, Kemi. Después de todo, ella era una más, aclamada pero no nombrada, un nuevo estatus dentro de la banda. Se calló porque no tenía ni idea de lo que ocurriría a continuación, y eso, exactamente eso, era lo que esperaban escuchar los otros, así que su discurso quedó un tanto incompleto. Fue una suerte que Pinchazo preguntase, quizá con la inocencia absurda de los que sirven como chivo expiatorio, y propusiese: ¿por qué no nos quitamos los fajines y pasamos inadvertidos? A lo que Adaxas

lo abofeteó, con el dorso de la mano —su nueva mano—, y replicó: nadie se quitará el fajín. Sois abandonados y moriréis como abandonados. Después reprimió un gesto de dolor porque le dolían los huesos —sus nuevos huesos—, pero encontró la mirada de Feora, que era la de una jueza sin lugar a dudas, oculta en la capucha, y dio orden de seguir su camino.

No habían llegado a la avenida Hof-La cuando descubrieron al primero de ellos. Estaba acuclillado en un alfeizar, casi como un pájaro harapiento. Tenía la piel tan sucia y cubierta de mugre que apenas se podían distinguir dos tenues brillos donde se supone estaban los ojos. Zenón comenzó a tirar de la manga de Tan Tan y a señalar, tartamudo, hacia arriba. Para cuando corrió la voz de alarma ya no había nadie en aquella ventana. La mayoría había visto algo, una silueta, una sombra, un terror imaginado. Adaxas sacó el cañón de mano y comprobó la munición. Apenas le quedaba un tambor de seis disparos y cinco cartuchos más en los bolsillos del fajín. De todas formas, las armas no eran su mayor problema, pues aunque las tuvieran seguirían siendo un hatajo de críos, peligrosos, pero críos. Así que Adaxas maldijo en secreto las enseñanzas de Zaman. Quizá entendió mal y preservar la paz no era sinónimo de salvar el pellejo; quizá encerrarse en su madriguera no evitaba el conflicto. Todas esas condiciones y condicionantes le empujaban al acostumbrado vértice de la certeza: no se puede pasar por la vida con la esperanza de que no ocurra nada, porque en algún momento todo se irá al traste.

—¿Quién podría ser? —Feora se acercó y susurró a su lado, manteniendo sus dudas entre ellos.

—No lo sé —respondió él, recién vuelto de su ensoñación—. Zenón es un cagado. Tal vez no fuera nada. Tal vez sí.

—¿No crees que hemos ido demasiado al oeste? —lo interrogó La Justicia.

—Vamos por buen camino.

Feora caviló un momento, reteniendo una réplica que le ardía en el pecho.

—Deberíamos haber seguido el río para llegar al Campo de Fresas —apuntó por fin.

—¿Quieres dejarlo en mis manos? —saltó Adaxas—. Te digo que vamos bien. Solo hemos dado un rodeo.

La Justicia se disculpó y Adaxas pudo ver la suspicacia en sus ojos brillantes, actuando de cebo y lazo a sus pensamientos. Feora leía los temores secretos que atronaban en la cabeza de Adaxas. Él miró a otra parte, cerró el puño con tanta fuerza como pudo, pero no sintió nada. Los dedos se le engarrotaban y cada falange crujió al doblarse sobre sí misma. El horrible recuerdo de aquella prótesis diseñada por Burr hace años regresó a él. Mierda, maldijo, mierda.

—Adaxas —musitó Feora tras poner una delicada mano en su hombro y retenerlo—. Creo que ya sé de quién es este territorio.

Frente a ellos aparecieron una docena de chicos. La mayoría tan pequeños como Zapatos o Merso, aunque tan desaliñados como Yoyo *Cebolla*. Vestían harapos, casi todos descalzos o con medias remendadas y chaquetas de colores apagados. Mocos verdes y ojos tristes, esa era la máscara con la que se cubrían.

—¿Pero qué...? —musitó Adaxas.

—Los Suzios —corroboró Burr, al tiempo que ocultaba tras sus faldas a Homero y Enrico.

Los Suzios eran tan insignificantes que ni siquiera contaban como banda. Habían nacido cinco años antes tras una escisión en Las Ratas, causada por una disputa banal, una discusión a voces y unas cuantas cuchilladas muy serias. Fue una de esas cosas que pasan cuando dos abejas reina se encuentran en la misma colmena, aunque niños y niñas en lugar de abejas, y navajas por agujones. Fuera como fuese, aquellas escisiones y fusiones en las bandas eran habituales cada cierto tiempo. Los Suzios habían ganado media docena de calles entre la plaza Miriar y la avenida Hof-La, hasta el río. Mantendrían su territorio durante un tiempo y, quizá, algún día serían reabsorbidos por Las Ratas, se convertirían en una auténtica banda o cruzarían su camino con un grupo de tecnos y acabarían espachurrados contra un muro.

Un chico alto y espigado, con el rostro cubierto de pecas y los dientes tan sucios y podridos como un fumador de bok, se adelantó y habló a voces.

—¿Qué estáis husmeando por aquí?! —exclamó, suspicaz—. ¿No sabéis

que es territorio de Los Suzios?

—Soy Adaxas, mandamás de Los Abandonados.

—¡Ya sé quién eres! ¿Me tomas por tonto? —dijo el chico, hincó los pulgares en su pantalón y contoneó las rodillas adelante y atrás—. ¡Conocemos a todas las bandas de la ciudad y todas incluye a la tuya, por eso se dice todas! Fajines colorados: abandonados. ¿Por qué habéis salido de Los Puentes?

—Vamos hacia...

—¿Estáis invadiendo mi territorio?

—No. Tan solo vamos de paso...

—Tendréis que pagar un montante.

—¿Pagar?

—¡Sí! —exclamó, dando una inflexión desagradable a su tono. Después clavó el índice en su pecho huesudo y se hizo adelante—. ¿Sabes quién soy? Yo soy Ojo Amarillo y estos que ves aquí son Los Suzios. Estás en nuestras calles.

—Eso ya lo has dicho.

—¡No has pedido derecho de paso ni nada!

—¡Es lo que intento hacer, joder!

Ojo Amarillo arrugó la boca como si paladease un escupitajo ajeno mientras negaba con la cabeza.

—No guardas respeto. Muy maleducado. Niños malos, malos. —Sacudió un dedo en alto—. ¿Adónde vais? ¿Es que os persigue alguien?

—Solo quiero pasar —aclaró Adaxas, conteniendo la impaciencia—. Desapareceremos tan rápido que no sabrás que estuvimos aquí. Te doy mi palabra. No queremos pelea.

—Sí, sí, claro. —Regresó a su pose chulesca, aunque escuálida, y continuó sin mirar al frente—. Agradecemos el regalo de tu palabra, Adaxas, mandamás de Los Abandonados. Pelea caca, sí. Mejor mua mua. Mejor ñacañaca. Todos felices. ¿Sí? —Mostró de nuevo el cepo de dientes podridos y continuó con excesiva teatralidad—. Pero Ojo Amarillo tiene caliente el coco de pensar. Mucha guardia. Mucha milicia. Pum pum. ¿Tendrán que ver estos abandonados?

Adaxas arrasó sus dudas con un bufido y levantó la voz.

—¡Ya me estoy hartando de tus bobadas!

Ojo Amarillo dio un respingo y todos los suyos, a sus espaldas, compartieron un creciente desasosiego. Algunos filos cortos y anchos, como las hojas que se utilizan para degollar a los cerdos, aparecieron en sus pequeñas manos. Con el murmullo, una multitud de rateros y pequeños maleantes asomó de las cloacas, tras los cubos de basura y las esquinas. Feora gimió una advertencia que cayó en saco roto. Vae quitó el seguro a la retroballesta y Lorian puso un guijarro en el tirachinas. El mandamás miró a Burr y asintió al tiempo que el viejo aferraba la empuñadura de la porra que escondía en el abrigo. El conflicto era inevitable. Quizá muriese alguien. La típica incertidumbre callejera que se da cuando se echa mano a las navajas y ante la que se responde siempre de la misma manera: cuanto más rápido, mejor.

—Esta conversación no va a ninguna parte... —masculló Adaxas, entre dientes, acariciando las cachas del cañón de mano.

—Adaxas... —añadió Feora.

Cuando Ojo Amarillo y los suyos vieron el cañón de mano se quedaron congelados. La sonrisa torva del mugriento líder se convirtió en una mueca extraña que no retenía un gemido ronco.

—Presenta respeto y te daré un salvoconducto —propuso Ojo Amarillo.

—¿Un salvoconducto? —preguntó Adaxas.

—¡Eso he dicho! —replicó a gritos—. ¡Presenta respeto y te dejaré atravesar nuestro territorio!

—Soy Adaxas, mandamás de Los Abandonados —enunció Adaxas de forma solemne. Enfundó el arma y se llevó la mano derecha al pecho—. Permiso de paso.

—Concedido, Adaxas —respondió el otro con una repentina actitud marcial—. Los Abandonados siempre me habéis caído bien. Es un placer palabrear con vosotros.

—¿Entonces...? —intervino Feora tras la confusión que siguió al pacto—. ¿Ya está?

—Patead libres —añadió Ojo Amarillo—, pero no podéis más que seguir

el río. Nada de llegar a la avenida. No quiero que los fabricantes de telas os vean por allí.

—No hay problema —replicó Adaxas—. Preferimos no llamar la atención. Es parte del respeto debido.

—Muy bueno, muy bueno. Así nos entendemos. Los Suzios y Los Abandonados, como amigos de siempre jamás. —Ojo Amarillo sonrió displicente y les indicó su camino con repentina y melosa amabilidad—. Seguid recto, pasad el Arco Roto y torced a la izquierda. En esa dirección continuad un buen rato, hasta una polla de piedra que llaman El Obelisco. Ese es vuestro camino. Sed bienvenidos y decid adiós con la mano.

—Adiós con la mano —concluyó Adaxas.

La turba de pequeños harapientos se abrió a su paso y Los Abandonados desfilaron entre ellos. Desconfiados, esperando que, en cualquier momento, alguien saltase sobre sus espaldas y estallase una batalla campal. Los Suzios hacían honor a su nombre y apestaban a muerto, no como una metáfora, sino con el completo y auténtico sentido de la palabra. El hedor era parte del augurio en sí mismo porque, en cierta manera, estaban muertos, todos ellos. Se podía ver en los ojos tísicos, en los labios llagados y la mugre costrosa aferrada a las costillas. Los Suzios eran niños condenados que dejarían atrás pequeños cadáveres de los que encuentran los tenderos entre la basura, de los que caen al canal y aparecen en las tolvas de las esclusas, sin nombre, sin otro epitafio más que su propio pellejo reseco.

Adaxas y los suyos siguieron las indicaciones de Ojo Amarillo y evitaron las fábricas de telares y las patrullas de la milicia apostadas en algunas encrucijadas. Pasaron inadvertidos entre un grupo de estudiantes que escuchaba un demagogo callejero en busca de prosélitos para alguna causa perdida. Se escabulleron tras un mecacarro articulado que transportaba barriles de brea y, finalmente, alcanzaron la pequeña plaza con el obelisco en el centro. Respiraron tranquilos cuando toparon con el aire húmedo y rancio del río, colándose entre las callejas. Se adentraron por un estrecho corredor, siguiendo su olfato, cada vez más apresurados los pasos.

La ciudad era un paisaje desconocido. Quizá si hubiesen tomado una avenida, si pudiesen saber con exactitud a qué altura del río se encontraban.

Era probable que hubiesen avanzado más de lo debido, más allá del lugar en el que torcer al sur o al oeste, y buscar el maldito Campo de Fresas. Adaxas marcaba un trote rápido, casi una carrera contenida. ¿Adónde viajaban realmente? ¿Por qué le seguían los otros? Por momentos pensó que se deslizaba hacia un momento ineludible. Un malestar gélido le mordió los nudillos. No sentía la sangre correr en las venas. ¿Qué buscaba? ¿Por qué le acompañaban en aquella huida? Avanzaba por calles anónimas hacia un tiempo inevitable, el momento en que volver a ser Adaxas *el Manco*, mandamás de nadie, un hombre sin hogar, un tullido sin sombra.

—Ya falta poco hasta el Campo de Fresas —anunció Adaxas, quizá para hacer real lo que no sabía—. Buscaremos un puente seguro y nos reuniremos con Yiel.

Los otros respondieron con un generalizado murmullo aliviado y su confianza fue balsámica. Sin embargo, su mano, su nueva vieja mano respondió con una punzada que le hizo contraer el rostro. La rigidez se había extendido hasta el codo y la carne perdía el calor y el color y se desvanecía por momentos. Se detuvo. Intentó cerrar el puño, pero tuvo que acudir al rescate de sus débiles dedos y ayudarlos a doblarse sobre sí mismos.

—No, no puede desaparecer, ahora no —musitó.

Entonces escuchó a Burr y presintió el terror en su voz tenue.

—Oh, mierda. Mierda —dijo el viejo mecánico—. Quizá no fue buena idea viajar tan al oeste, Adaxas.

Adaxas levantó la cabeza y las descubrió en los tejados, sobre las repisas y en algún balcón vencido por el tiempo. Apuntaban mosquetes y cañones de mano y también portaban lanzas de chispas y espadasieras al cinto. Habían entrado en el barrio de Las Furias.

—Estamos jodidos... —musitó Burr.

Adaxas respiró aliviado y sonrió.

*Ella solo quería que la escuchasen
porque en su voz estaba la voz de todas las
otras.*

MARGARITA OMAR
Vida y obra

El paladín y la princesa

La plaza del Ángel no era mucho más que un jardín melancólico y en desuso, en la misma avenida de los Tilos. En su tiempo, aquel espacio rectangular entre edificios de cinco plantas fue una casa palaciega que ardió hasta los cimientos por causas confusas. En el informe de la guardia urbana, de libre acceso en los archivos, se achacaba el incendio a una mala combustión en la caldera principal y a los materiales inflamables de la cubierta, que contribuyeron a su rápido y devastador alcance. Falso, aunque resultaba una explicación mucho más apropiada y, sobre todo, menos escandalosa.

El palacete en cuestión pertenecía a un industrial que hizo fortuna en el apasionante mundo de la tornillería. Gracias a los réditos de tuercas y arandelas, su primogénito, llamado Ebi, estudiaba medicina en la Universidad de Irait Haman, donde cayó enamorado hasta el tuétano del profesor de cirugía. El doctor Aeros era un hombre casado de reconocido prestigio y, para qué negarlo, sentía una pasión desatada por la anatomía de Ebi. No ocurrió

nada de eso que suele pasar en las tragedias clásicas, con familias enfrentadas y un suicidio despechado. Solo sexo, pasión y un descuido.

Solían encontrarse en aquella casa cuando su padre partía en viaje de negocios. Pasaban las horas desnudos sobre alfombras y cojines mullidos. Comían fruta madura, bebían vino, fumaban en pipas de agua y follaban entre risas y mordiscos. Aeros se sentía joven con Ebi. Es lo que se persigue con esas relaciones imposibles, al husmear en muslos púberes: la perfección perdida, la inocencia mutilada por el tiempo. ¿Acaso no saben los labios ajenos a los propios porque es la boca de uno mismo la que se busca? De todas formas, la tarde en que todo sucedió, la pipa de Aeros cayó sobre las sábanas y, sin prisa, prendió fuego mientras ellos dormían desfallecidos, el uno en el regazo del otro. La auténtica desgracia no ocurrió cuando despertaron por el crepitar ardiente de la madera en las paredes, sino cuando Ebi quedó atrapado por las llamas y Aeros escapó por la azotea, desnudo, con la ropa convertida en un hatillo improvisado, dando la espalda a los gritos de auxilio de su amante y alumno.

Así son los secretos de la ciudad. No hay rincón sin el suyo. La mística de los lugares suele ser pisoteada o impresa en grandes titulares por idiotas que no saben de lo que están hablando. El gran prócer, perdido su hijo en un incendio del que prefirió no esclarecer los motivos por miedo a encender la polémica, adoquinó el solar y mandó construir la escultura de un efebo asexuado con un estanque a sus pies. Quizá un deseo no cumplido avivado por la culpa. Después se mudó al zigurat. Visitó el lugar unas cuantas veces antes de morir y nunca jamás se encontró con Aeros, a pesar de que este se convirtió en médico de su cuñado.

Por su parte, Aeros vivió atormentado hasta que se enamoró de un joven enfermero que hizo las prácticas en su consulta. Cinco años después, el enfermero de culo prieto lo abandonó tras robarle los ahorros de toda una vida. La cosa se supo, claro, y a las comadres en la calle siguió un costoso divorcio y el final de su etapa como docente. Aeros no se lo tomó tan mal como podrían haber pensado algunos. Rehízo su vida de considerado médico burgués y vivió más o menos feliz hasta que sufrió un infarto mientras le chupaba la polla al abogado de su exmujer. Nadie, excepto él, conocía el

destino real de Ebi, y se llevó el secreto a la tumba. Al fin y al cabo, era una historia de esas que no son contadas por ser desconocidas, y las historias existen en la voz de hombres y mujeres, no en la desmemoria silenciosa.

Acuclillado sobre el borde del estanque, Yiel contemplaba la línea rota de sus brazos sumergidos en el agua. El frío trepó la piel y penetró hasta el hueso. Se lavó las manos, la cara, se enjuagó la boca y escupió. Gotas heladas corrían por su rostro y cuello, y los músculos se contraían a su paso. Alzó la vista a la escultura manchada de líquenes y contaminación.

—Tenemos que continuar —insistió Kemi tras él.

El chico se volvió apenas lo suficiente para atraparla con el rabillo del ojo. Kemi había despertado al poco de escapar de Hogar por el pozo. Zaid la cargó en brazos durante toda la carrera, con un mimo y cuidado como nunca había visto en el antiguo modd. En aquel momento, Zaid esperaba al fondo, con la espalda contra la pared de ladrillo. Vestía la mortaja polvorienta y un saco anudado a la cintura con una maroma vieja. Los hombros le quedaban al descubierto y también el nacimiento del pecho, rocoso y pálido como el mármol pulido. El hombre escuchaba atentamente y sus ojos a menudo se encontraban con los de Yiel, aunque no decían nada en absoluto. Como en aquel momento, tras la insistencia de Kemi. Yiel sonrió, quizá incrédulo y ofendido a partes iguales, pero al buscar el apoyo de Zaid topó con sus ojos muertos, porque si podía describirlos de alguna manera era esa: muertos.

—Daremos un rodeo —dijo Yiel.

—¿Por qué?

—Porque no voy a pasearme contigo por la avenida de los Tilos hacia el Campo de Fresas. No me gusta que me maten.

—Iremos al territorio de Las Furias.

—¿Estás de coña? —La sonrisa incrédula de Yiel se esfumó rápidamente—. Vamos a por Adaxas. Bastantes problemas tengo ya. Y además, fuera del barrio...

—¿Problemas con alguna banda?

Yiel se plantó frente a ella con dos zancadas largas. Pegó su rostro al de Kemi. Los ojos fuera de sí, extenuados y también frenéticos. Zaid se separó de la pared y dio un paso al frente.

—Con todas —masculló contenido—. Tenemos problemas con todas las bandas.

Kemi no retrocedió un milímetro y replicó con la boca pequeña.

—Prometiste que me ayudaríais a encontrar a Las Furias.

—¡Yo no prometí nada! ¡Y Adaxas tampoco lo hubiese hecho de saber que nos traerías una guerra! —exclamó. Las venas palpitaban en su cuello y la frente y los puños se alzaban prietos junto a la cintura—. ¡Han matado a Sutha, joder! ¡A Hermes y a Yin! ¡Y vete a saber a quién más! —Se dio la vuelta y barrió el aire con un puñetazo a la nada—. ¡Puede que estén todos muertos!

Kemi se ruborizó y bajó la mirada. Yiel ahogó el llanto al primer intento de asomar a su voz rota, pateó el suelo y buscó algo que romper y lanzar, algo con que pagar su impotencia. No había nada, así que se revolvió y, de nuevo, acercó su nariz a la de ella. En esta ocasión, los ojos de Kemi lo evitaron. Zaid se acercó un poco más.

—Haz algo. Haz que vuelvan, joder —suplicó. Estaba fuera de sí, en una especie de éxtasis fanático. Kemi levantó la mirada, pero no del todo, dejando agazapada bajo una ceja su cautela—. ¡Hazlo! ¡Que vuelvan! ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no ocurre como con Zaid? Míralo; míralo bien. Sé que es cosa tuya. Haz que ocurra otra vez.

El hombretón entristeció al escuchar su nombre y Kemi se volvió como si su repentina melancolía ejerciese de cebo para la culpa. Titubeó un momento y evitó mirar a Yiel una vez más. Sus labios húmedos se abrieron y cerraron un par de veces.

—Siento mucho lo de tus amigos —dijo—. Pero ya teníais una guerra cuando llegué a Hogar.

Los hombros de Yiel se derrumbaron y, con ellos, también la sangre que se acumulaba en los ojos. Desplegó las manos a los lados y la respiración se le resquebrajó un poco, no mucho, aunque lo suficiente para que Kemi sintiera compasión por él y le acariciase en el hombro, justo antes de salir hacia un lado y sembrar el espacio entre ellos. Con el primer paso dijo: «No es culpa mía». Con el segundo: «Nada va a cambiar eso». Y esas palabras germinaron una repentina erupción de rabia en Yiel. La saliva burbujeó entre sus dientes y saltó tras ella, quién sabe para qué, tal vez para cogerla por el brazo y

recordarle que habían muerto, sí, habían muerto antes de tiempo. Porque si algo era seguro era eso, que morirían demasiado jóvenes. Al fin y al cabo, esa era la razón de tanto despecho dolido, que podían haber aguantado unos años más viviendo en la calle y de la calle; unos años más, pero no muchos. Sí, eso era lo que ardía en Yiel, la imposibilidad de imaginar un futuro diferente para Sutha y Traspié. La muerte era definitiva, y todo lo otro, tan efímero. Y todo significaba todo. Allí estaba Zaid para demostrarlo o la mano de Adaxas o Sutha convertido en gigante con la cabeza reventada por los disparos de Stump.

Zaid lo paró en seco con delicadeza contundente, como el colchón de enredadera que trepa el muro de piedra. Lo cogió por el brazo, en el mismo lugar en que Kemi lo había acariciado antes, y dijo: «Tranquilízate. Muestra un respeto». Lo hizo de manera un tanto trascendente, con la voz cavernosa y la mirada blanda. Era un hombre nuevo, tan nuevo que no había existido nada semejante antes. Caminaba con los pies descalzos, ajeno al frío fango de la ciudad. «Muestra un respeto.» Esas palabras descolocaron a Yiel y la rabia se esfumó, convertida en curiosidad y extrañeza y también en miedo, mientras Kemi se alejaba hacia ninguna parte.

—Aquí mando yo. ¿Te enteras? —proclamó Yiel con bravuconería—. Soy el jefe de guerra de Los Abandonados y futuro mandamás de la banda. Si digo que iremos al Campo de Fresas...

—Ya no estamos en Hogar —lo interrumpió Kemi.

—¿Y qué? —masculló él.

—Iremos en busca de Las Furias —anunció Kemi como si liberase sus pensamientos a la brisa matutina.

—No vais a dejarme solo, joder —protestó Yiel.

Zaid se interpuso y arrolló su tartamudeo.

—Ya lo has oído —dijo el hombretón—. Podemos compartir camino hacia el Campo de Fresas. Cada uno es libre de ser libre.

Tras la estupefacción, Yiel enseñó los dientes en una sonrisa caníbal y se zafó de la presa de Zaid. Podía reconocer una pelea perdida y esa lo era.

—Claro, como tú digas —escupió.

Brotaba el día en Paraíso bajo el velo de la contaminación. El horizonte era una niebla gris que sumergía los edificios más altos en horribles nubes tóxicas. Deberían salir de las calles lo antes posible. La guardia y la milicia aparecían en cada esquina, como peligrosos hongos venenosos. Al caer el sol, justo antes del toque de queda, pasarían inadvertidos en el tránsito ruidoso. Yiel propuso ascender las calles perpendiculares a la avenida de los Tilos hasta alcanzar el río. Una vez allí, podían buscar un lugar en que descansar y, quizá, comer algo caliente. Él seguiría hasta el Campo de Fresas y ellos al norte, hacia el territorio de Las Furias. Lo dijo con un desprecio áspero, preñado de falso desinterés. Kemi asintió sin añadir una palabra. Su silencio transpiraba urgencia y ansiedad. La duda aparecía en la distancia y se esfumaba tan rápido como Yiel la descubría. Entonces se convertía en una determinación obsesiva, la imparable seguridad de que el único camino era el que recorría a cada paso. ¿Y luego? ¿Adónde se dirigiría? Le importaba tanto lo que dejaba atrás como lo que tenía por delante.

El distrito de los muelles estaba tan poco concurrido como las calles adyacentes a aquella hora. La huelga de estibadores había paralizado el tráfico fluvial y muchos almacenes habían echado el cierre en espera de que el temporal amainase. Sin embargo, habían pasado tres semanas y, en la distancia, la amenaza de la tormenta crecía y crecía. El toque de queda había vaciado las calles de buscavidas y mala gente, y solo unos pocos se congregaban en torno a pequeñas fogatas. Al calor del vino barato reían y cantaban canciones indecentes y, de vez en cuando, una tonada triste a la que seguía un silencio de vidrio roto. Después sonaba una armónica, daban palmas, golpeaban las botas contra el suelo y todo volvía a comenzar. Esperaban, esperaban y callaban cuando un galeón de tres palos pasaba surcando el cielo. Esperaban, maldecían y cantaban.

—¿No llevarás algo suelto? —la interrogó.

Kemi se encogió de hombros y torció la boca. Yiel resopló, miró a Zaid de pies a cabeza y se ahorró la pregunta.

—Apenas tengo unos pocos kopeks —declaró él—. Calderilla.

Yiel miró alrededor y también a lo lejos, hacia los negocios y tabernas que

había al otro lado del río. Necesitaban un lugar en que esconderse y entrar en calor, y lo encontró entre una fábrica abandonada y un almacén en que calafateaban viejos botes remendados. Era una casa de tres plantas de ladrillo y tejado picudo, contraventanas blancas y un cartel que pendía de dos cadenas oxidadas y en que se leía: Uber y el Barril.

Los Abandonados nunca dejan de serlo. Aunque salgan de la banda y sobrevivan en la calle, se casen, tengan hijos y abran negocios prósperos o ruinosos. Un abandonado se debe a la banda, es una especie de juramento moral de por vida. Uber y el Barril era una taberna regentada por uno de aquellos hombres que, en su día, fueron chicos de la calle y que río y corrió perseguido por la guardia. Esas cosas nunca se olvidan. Uber no lo habría olvidado. Por eso la memoria era un santuario en momentos como aquel, un lugar en que cobijarse.

El rótulo se balanceó cuando pasaron bajo él. Sobre la frase Uber y el Barril, se tallaba de forma tosca la figura de un tipo, dentro de un barril, flotando entre olas procelosas. Kemi miró arriba y sintió curiosidad, pero no preguntó. Dejó que su imaginación recrease los motivos y circunstancias por los que Uber acabó en un barril, flotando en alta mar. Tal vez fue cosa de piratas, un naufragio, una apuesta o una escapada precipitada. Tal vez solo era una metáfora poética, una epifanía ética. Fuera lo que fuese, la talla dejaba la puerta abierta a mil interpretaciones. El rostro dibujaba una sonrisa, pero de los ojos brotaban lágrimas que alimentaban el mismo mar en que flotaba solitario, aferrado a los bordes de su pequeña embarcación. Yiel golpeó la puerta con los nudillos y tuvieron que insistir y esperar hasta que una voz ronca respondió al otro lado. Abrieron la mirilla y unos ojos somnolientos lucharon contra la claridad diurna.

—¿Qué carajo queréis?

—¿Uber?

—¿Quién pregunta? Está cerrado.

—No estamos solos...

—¿Yiel?

—No estamos solos...

La puerta se entreabrió y la luz topó con un joven barbudo, enorme como

un oso recién levantado.

—...somos abandonados —dijo, cubriéndose el rostro con la mano.

La humedad del vino y la cerveza derramada formaba un velo empalagoso que acariciaba la raíz de la lengua. Finas lanzadas de luz atravesaban las contraventanas e iluminaban apenas los taburetes sobre las mesas y la barra. El suelo estaba cubierto de paja sucia en la que todavía se adivinaban las huellas de los borrachos y sus peleas, las voces y el humo, y también, aunque menos, los lloros de algún marino encallado en aquel mal puerto. Uber cerró tras ellos, se frotó los ojos y observó, todavía incrédulo a tan inesperada visita.

—¿Yiel? —repitió—. ¿Qué estás haciendo aquí? Es... es muy temprano, maldita sea.

—Han atacado Hogar, Uber.

—¿Qué? Demonios, ¿quién?

—Es complicado. —Yiel tanteó en busca de unas pocas palabras, las justas—. Estamos en guerra. Han matado a Sorana, a Hermes, a Yin, a Sutha...

—Oh, joder. ¿Sutha era el tullido peleón?

Yiel asintió y Uber arrugó la boca y observó a sus acompañantes, pero no dijo nada. Su piel, a pesar de la barba, delataba su edad. No era tan mayor como su voz o su tamaño pretendían.

—Necesitamos un lugar en que escondernos hasta la noche.

—No hay problema —afirmó Uber—. Solo os pido una cosa.

—Lo que quieras.

—No despertéis a mi familia.

Uber los acomodó en una habitación abuhardillada de la última planta. A través de la claraboya veían el cielo y la perenne contaminación que cubría Paraíso. Kemi oteó el horizonte de tejados y chimeneas, las mil columnas sucias de aquel templo industrial y, a lo lejos, las agujas infectas de fábricas y factorías. Al este, el gran zigurat, colmado de su propia soberbia, y la cúpula resplandeciente en su cima. Unas pocas gotas empaparon el vidrio y oscurecieron los colores con el lodo ceniciento de la ciudad, y el río se

convirtió en plomo fundido.

Comida caliente, agua fresca y unas pocas mantas. En un rincón, una docena de colchones de lana y también un arcón repleto de sábanas que hedían a humedad. Kemi apenas comió y se sentó en un rincón abrazada por sombras que la lámpara no conseguía espantar. Yiel daba cucharetazos y rompía algunos mendrugos de pan en el caldo. Uber preguntó si necesitaban algo más, se despidió y cerró la puerta deseándoles buenas noches, a sabiendas de que ya era de día y el sol brillaba en alguna parte, quizá fuera de los mapas.

—¿Vas a comer o no? —preguntó Yiel mientras masticaba, observando las dudas de Zaid.

—Hace años que no pruebo... comida —respondió él sin levantar la vista del cuenco.

—¿A qué sabe? —Sorbió la sopa y parpadeó antes de continuar—. La papilla esa que te cocina Burr, ¿a qué sabe?

—No lo sé. —El hombretón caviló un momento—. A nada.

—Prueba un bocado. —Le ofreció su perol.

—No tengo hambre.

Yiel asintió muy despacio, sin quitarle ojo de encima.

—Joder... ¿Cómo te sientes? Por dentro y... —masculló con reparo—. ¿Cómo es eso de tener carne otra vez?

Zaid levantó una mano y abrió y cerró el puño muy despacio.

—Es extraño —confesó—. Como si no fuese real.

—Quizá no lo sea.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá sea un sueño y despertemos cada uno en su hamaca. Es posible.

¿Por qué no? ¿Qué otra explicación hay? Ayer eras un modd y hoy...

—¿Hoy qué?

—Hoy eres... —Yiel dudó y lo apuntó con la cuchara—. Joder, mírate.

—¿Quién soy?

—Eres tú, joder.

El hombre bufó por la nariz y sonrió de forma condescendiente, como si tratase con un niño.

—Te equivocas —dijo—. No reconozco esta cara ni este cuerpo.

—Ya...

—Es la verdad. Quizá soy yo en otra parte, en otro tiempo, pero no aquí. Ellas pueden hacer eso. ¿Comprendes? Dices que quizá sea un sueño, pero ¿y si es al revés? ¿Y si es ahora cuando he despertado y abierto los ojos? Tal vez esa sea la explicación a todo. ¿Cómo sabes que no eres tú el que sueña, Yiel?

—Sí, claro —replicó, desdeñoso—. También podríamos estar muertos y andamos por ahí como almas en pena, entre dos mundos. Podría ser una jodida fase de la vida eterna y pronto caeremos a un pozo donde arderemos para siempre jamás. ¿Crees en el infierno? Yo no. Yo solo creo en esta puta ciudad.

—No —musitó con aires evadidos—. Esto no es el infierno, es mucho peor.

Yiel dio un bocado al pan y lo masticó junto con las palabras de Zaid. ¿Quién sabe si tenía razón? Si así era, ¿dónde quedaba él en todo aquel asunto? Paraíso era una ciudad podrida que venía a demostrar lo que él aprendió en la calle: los hombres malos siempre vencen. Solo hay que mirar afuera para verlo. No importaba la bondad efímera de los desconocidos, la generosidad de anónimos vecinos, el compromiso leal de Uber y otros como él; la corrupción y la maldad habían infectado cada porción de ellos mismos y nada podría hacerse para salvarlos. Se volvió hacia Kemi. La chica se sentaba sobre sus tobillos. Sus manos formaban un cuenco frente al ombligo, los pulgares unidos por el borde de las uñas. La barbilla apenas inclinada hacia el pecho. Respiraba porque las aletas de su nariz se desplegaban y los labios se abrían lo suficiente como para dejar salir el aire. El cerrojo suave de sus párpados y el gesto blando y duro a la vez, como un ídolo tallado en cera.

—¿Duerme?

—No. Ella no puede dormir, ya no —respondió Zaid.

—Y ¿qué hace?

—Pone orden en sus sentimientos.

—¿Por qué?

—Porque lo que ella creía que era desaparece. Se está transformando en otra cosa. Dentro de tres días, las Kas y ella serán una. Kemi será diferente y las Kas serán diferentes.

—¿Cómo lo sabes? Quiero decir, ¿cómo estás tan seguro? Parece que la

conoces desde hace mil años y no hace ni dos días que llegó a Hogar.

—Ya te lo he dicho, Yiel, ellas me han despertado. ¿No lo ves? —Zaid desplegó las manos, señalando una obviedad, pero entristeció al instante—. No, no puedes verlo. Todavía no. Ahora tengo un propósito.

—Una excusa, dirás.

—Llámalo como quieras.

—¿Irás con ella al territorio de Las Furias?

Zaid asintió.

—Eso disgustará a Adaxas.

—Adaxas también ha cambiado. Ahora ve las cosas de otra manera.

Yiel pestañeó y desvió la mirada.

—¿Y tú? —lo interrogó Zaid.

—¿Yo? —Rio con sorna—. Por mí puedes hacer lo que te salga de la polla. Id hasta Las Furias, seguid esas voces que escuchas en tu cabeza, esas Kas tuyas, y quedaos con ellas para siempre. Pero Adaxas...

—Tú también estás cambiando.

—¡Ja! Qué idioteces... Todos hemos cambiado, di que sí. ¿Realmente crees en todo eso?

—No es una cuestión de fe, Yiel, es algo inevitable. El mundo cambia. Yo era un perro dormido y ladraba en sueños, perseguía mi propia cola. Ahora todo ha cambiado.

—Sí, eres de carne y hueso y hablas como un monje borracho.

—Ellas me han dado este cuerpo para ayudar a Kemi. Se lo debo a ella. Adaxas tuvo su mano y Sutha luchó como un gigante. Después de todo, es lo que queríamos.

—Muy bien. Las Kas necesitan tu ayuda. Ve y muere por ellas. Yo no haré, amigo. ¿Sabes por qué? Porque no soy la marioneta de nadie.

—Lo eres, pero no lo sabes.

—Muy bien —replicó, hastiado—. De acuerdo, tienes un nuevo cuerpo, eres un hombre de carne y hueso. Adaxas ha ganado una mano, Sutha se convirtió en un gigante... Bah, ¿qué tengo yo? ¿Qué te hace pensar que he cambiado en algo? —Miró alrededor de forma burlona—. ¿Qué han hecho las Kas para que mi nuevo yo despierte y se una a la causa de liberarlas?

Zaid miró hacia Kemi y apenas sonrió.

—Una mierda —escupió Yiel, paladeando la náusea con cada sílaba—. No han hecho nada por mí y no haré nada por ellas. Estoy aquí porque no tengo otra opción. En cuanto pueda os doy de lado y me vuelvo con Adaxas. ¿Lo tienes claro? Quédate tú con la justicia y el honor y yo salvaré el pellejo.

—Quizá tienes razón y no todo tiene un motivo de ser. No lo sé —musitó Zaid. Asintió y exhaló por la nariz—. ¿Qué es lo que quieres?

—Oh, yo quiero volar por los cielos y ser libre.

—Ya.

Yiel dio un nuevo mordisco al mendrugo y negó con la cabeza.

—Idiota —masculló.

Tras comer, quedaron en silencio, tensos pero amodorrados. Yiel se arrastró a un lado, con la espalda contra la pared. La luz de la vela titilaba y, con ella, los pensamientos de Yiel dieron tumbos de un lado a otro. Kemi permanecía en el mismo lugar, como una estatua, y sus labios, a veces, bisbiseaban conversaciones que solo ella escuchaba. La observó con rencor repentino. Como si hubiese leído sus sentimientos, Zaid lo miró de forma inquisitiva y él se encogió de costado. ¿Qué esperaba de él? ¿Por qué lo miraba así? Ninguna mano iba a nacer de su muñón, él nunca sería un gigante. Si algo podía dar por seguro era eso y nada podría cambiarlo, por muy imponente que fuese el poder de las Kas o de cualquier otro ser venido de mundos sin nombre. Los párpados se le vinieron abajo, no del todo, lo suficiente como para convertir a Zaid en una figura tétrica y terrible. Sintió que la cara se le derramaba y el cuello dio una advertencia vacua en forma de latigazo. La sangre caliente bañó sus manos y los pies, y también rompió en forma de olas en cada amarradero de la ciudad. Todos morirían, todos. Porque el tiempo de aquella ciudad había llegado a su fin. Yiel vio edificios en llamas y escuchó el griterío confuso de la multitud. Aquella visión apareció nítida ante sus ojos. El cielo borbotaba como un mar de ácido y las naves caían a tierra convertidas en teas ardientes. Intentó huir, pero no podía avanzar. Miró abajo. El suelo atrapaba sus pies con una maraña de raíces de piedra y arena. Kemi lo llamó por su nombre. Allí

estaba, frente a él. El viento abrasador flameaba en el flequillo y los ojos eran dos estrellas que indicaban el camino hacia el horizonte.

—¡Despertad! —Uber entró con estrépito en la habitación—. ¡Despertad!

Yiel se puso en pie de un brinco y se tambaleó a un lado. Se sintió mareado, confuso. Zaid lo tomó por el brazo para enderezarlo.

—¡Os han descubierto! —anunció Uber—. ¡Están aquí!

*Aplicad el émbolo a la trepanación.
Aspirad los coágulos. Cubrid con un vidrio
y ajustad el marco de acero sobre la herida.
Soldad el cableado. Rezad las plegarias.*

ALI BEY
Secretos de la modificación corporal

La Factoría

El autocoché se puso en marcha y dejó atrás el control de la milicia que cortaba el puente de Raasa. Nimbará apartó la cortinilla y observó la larga cola de vehículos y viandantes que guardaban turno para cruzar al otro lado. Gritos y amenazas se imponían sobre el habitual bullicio urbano —empujones, aspavientos—. Un carretero perdió los nervios y acabó con los dientes desparramados por el suelo, las manos a la espalda y la rodilla de un guardia urbano en el cuello. Nimbará sonrió. Al otro lado, la muchedumbre escupía al paso del coche oficial y lanzaba alguna que otra boñiga de caballo. Allí dentro, a buen resguardo, no cambiaba su puesto por el del cochero. Cada uno tenía un lugar en el mundo; mera cuestión de organización.

La milicia se desplegó en Paraíso según las órdenes. K'Tala había tomado el control de la zona portuaria y cercado los focos en que los estibadores en huelga se habían hecho fuertes. Algunas embarcaciones despegaron a primera

hora de la mañana sin altercados remarcables. El toque de queda había cumplido su propósito: la noche pasó en paz casi en todas partes. Paraíso se sometía como un animal herido por los fustazos de su amo y bajaba el hocico con resentimiento y miedo en los ojos.

La excepción se encontraba en el barrio de origen de Los Abandonados. Los Puentes quedó aislado desde el ocaso. Los principales accesos a Bocacaliza, cada puente, cada embarcadero, fueron tomados por la guardia urbana. La orden era encontrar a la psiKa a cualquier precio y así registraban mecacarros y paquebotes sin cuidado alguno, como si fuese a estar escondida en cualquier cesto repleto de pescado fresco o incluso en los barriles de aceite de narval. La verdad es que tanto control no tenía otro propósito que contener la guerra entre bandas que había comenzado con el visto bueno del Gobierno y caldear los ánimos de la población civil. Se escucharon disparos y alguna que otra explosión. Algunos vecinos reportaron la presencia de La Brigada de Demolición en la zona y también grupos de pandilleros que se habían hecho con las calles. Caos, angustia, indignación por doquier. Ni rastro de la psiKa.

Nimbará se sentía muy satisfecho con la manera en que avanzaban los acontecimientos. Los estibadores habían convocado una manifestación para el día siguiente a la que se agregarían, más que probablemente, sindicatos del metal y colectivos de artesanos. No es que le desvelasen las protestas, al contrario, le parecían muy justas reivindicaciones. Sin embargo, alguien tenía que convertirse en el sólido escalón que utilizaría él mismo para salvarse. Los manifestantes encontrarían la milicia frente a ellos, nada que ver con las porras y los cañones de espuma antidisturbios de la guardia. Auténticos soldados modds que seguían las órdenes a rajatabla, sin titubeos y mediante el uso de toda la fuerza disponible. La orden vendría del Ministerio de Fuego directamente: vaciar las calles de alborotadores y disidentes.

Toda revolución tiene un comienzo, un antes y un después. Los hombres de Estado saben ver esas cosas.

—Alguien perderá los nervios y hará una locura —apuntó Salma, mirando por la ventanilla.

—Que lo haga —replicó Nimbará, despreocupado—. Si un loco quiere ser un loco, ¿quién va a impedirselo?

—Una cosa es un loco y otra un mártir.

—Nadie tiene tiempo para mártires hoy en día. Cuando el barco se hunda, ¿crees que mirarán a quién pisan en su camino a la salvación? El pánico es un excelente aliado en estos casos. Al primero que se alce lo aplastaremos y lo llamaremos loco. A los que le sigan los tacharemos de terroristas y criminales. Cuando todo estalle nos pondremos de su lado y acusaremos a un sistema corrupto necesitado de reformas. Les daremos la solución a sus propios problemas. Esa es la clave. ¿Lo entiendes?

—¿La clave?

—Sí. La clave es que nosotros se la daremos. Les concederemos el privilegio de ser libres, de creerlo, en realidad. La limosna es degradante, más si cabe cuando se suplica libertad. Claro que lo haremos con pompa y boato, con artificio trascendente y por escrito. Ellos sentirán que ganan algo y nosotros que apenas perdemos un poco.

—Es brillante y arriesgado.

—Por supuesto. Nadie dijo que fuera fácil. Pero ¿qué otra opción tenemos? Cualquiera estúpido puede verlo venir, incluido K'Tala. Ni todo su ejército frenaría un alzamiento popular. Quiero decir que podríamos poner grilletes a todos y cada uno de los ciudadanos de Paraíso, condenar a muerte a los rebeldes, cavar fosas comunes junto a la muralla. Exterminarlos. Pero ¿con qué propósito? ¿No sería más útil conseguir que acepten un sistema injusto basado en el sufrimiento y el sacrificio? Todo sea por el progreso ¡Ah! Bendita palabra. ¿Quién no quiere progreso?

»Tú no sabes lo que es eso. Hubo un tiempo en que podías sentirlo. Era real, lo veías por todas partes. No sé cómo explicarlo. Yo era un niño y las cosas no eran como ahora. Había, no sé, más de todo y menos cinismo. Sí, eso es, el progreso nos ha convertido en cínicos. Hace tiempo que dejamos atrás la épica del futuro. Mi abuelo me hablaba de aquel momento exacto. Lo recuerdo bien. Era un hombre temible. Su voz era, oh, su voz... Lo recuerdo así, temible. Y aquella voz me fustigaba con su pesimismo. Se acabó todo, decía, el mundo se ahoga en su propia mierda. Intenta imaginar que eres un niño de, no sé, seis o siete años frente a un anciano enfermo que no para de repetir eso. Y su voz retumba. —Puso voz cavernosa—. El fin, el fin. Se refería al día en que murió

la sexta Ka. El principio del fin, dijo. Era un cabrón, el viejo... Desde entonces, caminamos hacia delante, pero retrocedemos. Suena a locura, lo sé. ¡Es una locura! El tiempo y el espacio se han vuelto locos. Mira por la ventana, mira y dime que es real. ¿Lo ves? Toda esta ciudad, a veces...

»A veces pienso que no es más que un escenario, una mentira. ¿No piensas lo mismo? Es todo tan falso. Como si pudiese girar una esquina y descubrir la parte de atrás de un decorado: tramoyas y contrapesos. Y la gente...: todos actores que interpretan un papel. ¿Qué pasa cuando les doy la espalda? ¿Qué es lo que ocurre cuando el escenario queda a oscuras? La vida es una tragedia con algunos chistes buenos. A veces los oigo reírse a mis espaldas, una risa como de locos. Sí, de locos en una comedia extraña. No sé cuándo ni cómo acabará. Estoy totalmente perdido. ¿Puedes creerlo? Lo mejor es continuar sentado y esperar que caiga el telón y, después, ni idea. Después ya veremos.

Salma dejó pasar un minuto antes de preguntar de nuevo.

—¿Y si la despiertan? —dijo.

Su tío regresó de la ensoñación que lo evadía más allá de la ventanilla.

—Las Furias —explicó Salma—. Pongamos que Midkemia está con ellas, consiguen llegar al templo y despiertan a la última Ka. ¿Qué pasará?

—Eso es muy improbable, sobrina mía —respondió con una risita condescendiente—. Y ya no tiene ninguna importancia. Aunque para eso estamos aquí. Para asegurarnos de que Ka y psiKa pasan a la historia de una vez por todas.

El cochero hizo restallar el látigo y los caballos apuraron el paso con un relincho y el siseo de las válvulas y los pistones. Dejaron atrás el Canal de los Miserables y continuaron en dirección al este, hacia los suburbios industriales de Paraíso. Sobre los edificios quemados asomaban chimeneas que escupían hollín y vapor día y noche, sin descanso. Aun en la distancia, antes de cruzar la Puerta de Taso y la arcada en la que se instalaban los vendedores de órganos, ya se escuchaba el batir de las máquinas y los hornos.

«Cabum, cabum, cabum, cabum.»

El corazón incansable que ahoga las esperanzas en humo y ceniza.

Una vez atravesada la puerta o los callejones paralelos, uno descubría muchos hombres y mujeres modificados: ojos de vidrio y huesos hidráulicos y, también, aunque menos, prótesis de madera y acero cubiertas de séfiras e inscripciones sagradas. Siniestros tipos de piel remachada ofrecían colágeno y grasa joven a mecanistas sin licencia que husmeaban entre montones de chatarra, en busca de piezas con que implementar sus ingenios bastardos. Era el barrio de los modds y los creyentes, de aquellos que se habían entregado a la técnica y la religión mecanista. Con cada implante, cada servomotor o válvula, perdían una parte de su humanidad. Trabajaban en los hornos y cargaban sobre sus hombros la industria de Paraíso y el bienestar de otros, de los que no se manchaban las manos y utilizaban implantes y prótesis de orfebres exclusivos. Esa era la paradoja de su miseria: fanáticos de la tecnología que los subyugaba, defensores a ultranza de sus privilegios como esclavos.

Los frenos chirriaron frente a La Factoría. La guarida de Los Tecnos era un edificio de ladrillo roído por la corrosión. Muros interminables ascendían hasta un tejado a dos aguas oculto por las fumaradas de gárgolas y bocanadas de vapor hediondo. De vez en cuando, con un sordo bombeo, la gran boca de la chimenea principal destellaba como un volcán incapaz de contener por más tiempo la rabia. Los sucios ventanales no permitían ver el interior más que los muros, y la única entrada era una puerta inspirada en las peores pesadillas de un cerrajero loco. Salma descendió del coche y ayudó a su tío con diligencia. Nimbará se arrebujó en el abrigo largo y se ciñó el amplio cuello de piel. Era una mañana fría o así lo sintió él al estremecerse, y eso le provocó un tanto de vergüenza y desconfianza. Se hincó el sombrero de ala hasta las cejas y miró a Salma desde los párpados. Salió al frente disparado, saltando los charcos con brío impetuoso. Golpeó la puerta con el pomo de su bastón. No entraban en la boca del lobo sino en su cocina.

El portero era el tecno más grande que hubiesen visto nunca y, probablemente, también el más idiota. A la espalda cargaba un mecanismo que bombeaba con un suspiro artificial líquidos viscosos que corrían por tubos y mangueras conectadas al cuello. Las venas de la cabeza calva palpitaban y se hinchaban con cada inyección de aquel suero vital. Tenía los ojos vacíos, idos,

aunque eran suyos, sin duda de nacimiento, como los músculos hipertrofiados, salpicados de remaches y grapas. Un gorgoteo interminable brotaba de la garganta hueca. Tras él apareció su compinche, un tipo mucho menos voluminoso, con media cabeza de chapa y un ojo de joyero, cuya mano izquierda había sido sustituida por una bayoneta doble. Miró a ambos de arriba abajo, con una suerte de mueca sádica. Sus dientes eran de metal afilado y llagaban los labios sangrantes.

—Os están esperando —dijo de la misma forma en que serraría un madero seco—. Disculpad el jaleo.

Dentro, algarabía y ruido.

—¿Celebráis algo? —preguntó Nimbará, levantando la voz sobre el tumulto.

El tecno caviló un momento.

—La vida —respondió sin un atisbo de sarcasmo ni ironía.

Nimbará tragó saliva, asintió y siguió sus indicaciones hacia el interior.

La Factoría era un lugar siniestro y sucio, iluminado por la combustión de fuegos y metales candentes. Música distorsionada atronaba en salas oscuras en las que cuerpos informes se sumergían en un éxtasis agotador. No todo eran tecnos. Había concubinas sintéticas y autómatas corrompidos, traficantes de colágeno, mekanomas y clérigos desdentados que se automutilaban la última falange de los dedos y la sustituían por herramientas y agujas eléctricas. Atravesaron la multitud con la mirada gacha, evitando aquellos rostros desordenados, mitad máquina, mitad ser humano. Mujeres jóvenes bailaban encerradas en jaulas y lamían los salpicones de vigoremen sintético que empapaban los barrotes. Martillazos, chirridos y también gritos de pelea y placer mecánico en los rincones.

Ascendieron una escalerilla metálica y dejaron atrás aquel bullicio enajenado. Nimbará fue consciente de que había retenido la respiración y miró atrás para dar con el espanto entre las cejas de Salma. El tecno que los guiaba se detuvo frente al umbral sin puerta de un salón. Era una estancia amplia y del lejano techo colgaban cadenas y poleas que se balanceaban con las vibraciones de la música en la planta de abajo. Desplegó su única mano, invitándolos a entrar. Nimbará hizo un gesto a Salma para que se mantuviese a

su espalda. El sudor perlaba la frente de la joven.

En el centro de la estancia había una mesa de operaciones y, sobre ella, un cuerpo enorme. Un tipo enjuto y calvo, vestido con una bata que debió de ser blanca en el pasado, hurgaba en aquel tórax hercúleo con unas pinzas. Susurraba órdenes a un ayudante que, en lugar de piernas, se tenía en pie sobre una especie de armatoste con ruedas que goteaba aceite y agua vaporosa. Nimbará se preguntó cómo había hecho para subir hasta allí arriba si el único acceso era la escalera por la que él lo había hecho. Le pareció una pregunta estúpida y sonrió, quizá de forma nerviosa y un tanto incontrolable. ¿Cómo lo habrían hecho? Aquel tipo era un auténtico armatoste de metal y carne muerta que se movía sobre ruedas y cuyos brazos se extendían lo imposible para alcanzar gasas y pequeños transistores al doctor. Un par de tecnos esperaban a un lado, embutidos en trajes de cuero reforzado. Tras ellos, una gran pecera en la que nadaba una mujer desnuda. Habían sustituido sus piernas por la cola de un gran pez y la mandíbula y parte del cuello por un sistema de agallas mecánicas y filtros. La piel se le escamaba y desprendía del cuerpo. Pegaba las manos al vidrio y sus ojos eran tristes y gelatinosos como los de un ciego condenado.

—¡Habla! —dijo el tecno que estaba siendo operado. La voz resonó en la caverna metálica de la estancia.

El doctor dio un respingo y aferró los instrumentos con manos trémulas. Unas gasas empapadas en sangre y fluidos saltaron por los aires.

—No deberías moverte, mi amo —dijo de forma servil, aunque se arrepintió al instante, se encogió todavía más y retomó el zurcido.

Nimbará se aclaró la garganta. Hedía a lejía y ácido.

—Tenías razón —anunció—. Era él. Está con Los Abandonados.

—Te lo dije —gruñó el tecno—. Dame un par de días y lo traeré de vuelta. Los Abandonados son cosa mía.

—¿Por qué les tienes tanto odio? —lo interrogó Nimbará—. No son más que macarras y drogadictos...

—Es un juego.

—¿Un juego? —Nimbará gimió apenas en un gesto divertido—. ¿Quieres decir que hay dinero de por medio?

—Quiero decir que es divertido —rugió el tecno—. Esos abandonados son mi pasatiempo. La gente como yo también necesita divertirse, primer ministro. Somos como gatos. No siempre nos comemos al ratón después de matarlo. ¿Lo entiendes?

El primer ministro encontró los ojos irritados del tecno, tendido en la camilla, y se estremeció, aunque sin dejar de sonreír.

—Hay más cosas en la vida, Nimbará. No todo es dinero —concluyó.

—Mi señor... —intervino el plañidero doctor, pero el paciente lo cogió por la pechera de la bata.

—Acaba de una vez o te convierto en un saco de colágeno —rugió, a lo que el médico retomó su trabajo entre susurros complacientes y las risas socarronas de los tecnos a su espalda.

—Se me olvidaba, traigo un regalo para ti —anunció Nimbará, y chasqueó los dedos. Salma se acercó y le tendió un pequeño bulto envuelto en un paño.

—¿Un regalo? —dijo el tecno desde la camilla—. Nimbará no regala nada. Nimbará solo hace negocios.

—¿Sabes? —Nimbará inclinó la cabeza a un lado—. Es una cosa que me gusta de vosotros los tecnos. No leéis entre líneas. Vais directos al meollo de la cuestión. Puedes llamarlo negocio, si te place.

—Dame el soldador de chispas —ordenó el doctor. Su ayudante le tendió una vara metálica con dos puntas entre las que corría estática azulada. Al aplicarlo al tórax del paciente, un pestilente hedor a carne quemada humeó con el chisporroteo.

—¿Sabes qué es esto? —continuó Nimbará.

El tecno hizo un gesto con una de sus manazas libres, y uno de los esbirros se acercó hasta el primer ministro y cogió lo que sostenía en alto. Lo tomó con inusitada delicadeza y lo llevó hasta su jefe sin disimular el asombro. Era una perla negra del tamaño de un huevo. Una esfera perfecta, sin mácula, con la apariencia de una gota de caldo sólido que reflejaba todo alrededor en la pulida superficie excepto a los presentes. Ningún ser vivo podía reflejarse en aquel extraño material. Hubo un silencio largo hasta lo indecible, solo roto por el burbujeo submarino de la tecnosirena. Incluso el doctor y su ayudante habían abandonado la operación y miraban anonadados tal belleza oscura.

—Es una pila de dolor —respondió a su propia pregunta Nimbará. Esperó un instante de forma un tanto trágica y teatral, sonrió satisfecho y continuó—: Tus mecanistas pueden contagiar cualquier sistema con ella de la misma forma en que lo hacen con las pilas de Kamé. Su energía es casi seis veces superior a la de las Kas. Pruébala, no te defraudará.

El silencio se prolongó más de lo deseado por cualquiera de los presentes. El tecno que yacía en la mesa de operaciones agarró la pila que le tendía el esbirro y la observó con detenimiento. Era un vértice de negrura en el que resultaba fácil deslizarse y verse atrapado, en busca del reflejo propio.

—¿Sabes qué significa eso? —continuó Nimbará con suficiencia—. Sí, claro que lo sabes.

Los ojos del tecno se abrieron de forma desmesurada en un gesto que podría haber sido confundido con el miedo o la locura, aunque en realidad era una euforia asesina, la sed de sangre que nubla los pensamientos de un depredador.

—Pero... —dijo—. Kébemon tiene un plan...

—No llegará a tiempo —aclaró el primer ministro—. Estamos seguros de ello. Quiero decir que hemos puesto en su fracaso todo nuestro empeño.

—Entonces...

—La época de las Kas da a su fin —explicó Nimbará, y en esta ocasión anadeó a un lado de forma casual y descuidada, bajo la mirada de todos. Encontró algo frente a él, quizá un pedazo de carne o grasa, y lo apartó con la puntera de la bota—. La ciudad se vendrá abajo dentro de poco. El precio de las pilas de Kamé se disparará y habrá una gran revuelta. El Gobierno del cónsul y sumo sacerdote caerá, quizá con un poco de ayuda. Toda la energía se sustituirá con esas pilas de dolor, y te prometo que tendrás todas las que necesites durante el apagón y después. A cambio, solo pido un par de cosas.

—¿Qué es lo que quieres? —rugió el tecno.

—Caos —respondió Nimbará. Los tecnos presentes se estremecieron, excitados—. Necesito un ejército que siembre el pánico y acelere las cosas. Ya sabes a qué me refiero, una auténtica guerra, nada de medias tintas. Lo de dar palizas a sindicalistas y estudiantes pasó a la historia. A partir de ahora, seréis mi fuerza de choque.

—La fuerza se nos da bien —afirmó el tecno—. ¿Qué más?

—Midkemia. El engendro de Kébemon... —Nimbará hizo una pausa y siguió con la mirada las cadenas que desaparecían en las alturas. Gotas de humedad condensada cayeron en su rostro—, lo quiero muerto antes del final de la Cósmosis.

Cabeza de Lata se incorporó, acalló las quejas del doctor de un manotazo y se puso en pie. Al abdomen asomaban cables y tripas palpitantes, empapadas de aceite y brebajes.

—Será un placer —dijo, con una mueca abyecta.

La historia se edificó sobre actos de valentía anónimos que no aparecen en los libros.

MOSEN YATO

Muerte de una máquina

—Marchaos —dijo Uber, aunque pareció retractarse de sus propias palabras cuando Yiel le dirigió una mirada feroz. A pesar de todo, insistió—. Es por mi familia. Tenéis que salir de aquí, por favor.

Kemi sintió pena por aquel niño grande que se ocultaba tras una tupida barba. Se acercó a él, desde atrás, y apoyó una mano en el hombro de Uber. Él se volvió y los mofletes trémulos retuvieron un tartamudeo que se desvaneció sin prisa. Los ojos de ella eran un pozo que reflejaba las velas y la taberna en tinieblas, contraventanas cerradas, y también a todos los otros. A Yiel, oteando el exterior por una rendija de la madera; Zaid, sumergido en las sombras, como un cadáver retornado del más allá; Uber y el pánico, las expectativas hechas añicos, su mujer asomada a la escalera, los lloros de los niños, su negocio y hogar amenazado.

«No sobreviví a la calle para perderlo todo ahora», decía sin hablar.

—Por favor... —insistió.

Kemi asintió. Pasó a su lado y fue hasta la ventana.

—¿Y bien? —preguntó.

Yiel se hizo a un lado, apoyó la frente contra el muro y golpeó la cabeza sin fuerza, como si marcarse el paso a sus pensamientos derrotados.

—Estamos jodidos —explicó con voz blanda—. Muy jodidos.

La chica miró a Zaid y se acercó a la fina rendija de claridad diurna. Un sable de luz dio un tajo a su rostro y la cegó. La ciudad ocultaba el día tras un cielo plomizo, viciado e infecto, y los adoquines parecían granito salpicado de brea. Algunas brumas resistían en los ángulos, junto a las alcantarillas y los sumideros, para rebrotar al caer la noche y tejer una tela de algodón sucio. Kemi se estremeció, no tanto por la gélida estampa del barrio portuario, tan ajeno al color y al calor, sino por el personaje que esperaba justo al otro lado de la calle.

No se ocultaba, al contrario, su pose era una advertencia. Estaba plantado junto al murete que separaba los amarraderos de la calzada. Tan alto y espigado como una estaca, una cicatriz de negrura. Abrigo oscuro de corte sencillo, botas altas y el pelo decolorado, largo y lacio, más allá de los hombros. El rostro afilado, la boca pequeña, la piel sin mácula. Esperaba, con las manos en los bolsillos y la vista puesta en la puerta de Uber y el Barril. Sin poder evitarlo, Kemi dio con sus ojos desangrados y, al descubrirla, las cejas del extraño se vinieron arriba como las alas de un demonio. Afilados caninos asomaron a los labios.

Kemi cerró la contraventana y se hizo atrás con la voz en un puño.

—¿Quién es?

Yiel la miró desde el vértice de los párpados, suspiró y regresó la frente a la pared.

—Es un oscuro —musitó—. Y no está solo.

—Pero...

—Te digo que no está solo —escupió él, y al comprender sus propias palabras concluyó con un susurro que apenas llegó a oírse—. Nunca lo están.

—Marchaos, por favor —suplicó el tabernero.

—¡Uber! —exclamó Yiel—. ¡No me jodas!

La esposa de Uber bajó corriendo la escalera, cuchillo en mano, y una tromba de mocosos la persiguieron, hechos un revoltijo entre sus faldas.

—Fuera de mi casa —dijo, amenazante. Agarraba el filo con tanta firmeza como imprimía a sus palabras—. No eres bienvenido, Yiel.

Él hincó los pulgares en su fajín, junto a la navaja, y balanceó las rodillas adelante y atrás al tiempo que sonreía y guiñaba un ojo en actitud burlona.

—Caray, Uber. No has perdido el tiempo —dijo, ignorando a la mujer. Tras la sonrisa forzada, Yiel masticaba el desprecio, incapaz de tragar—. Aunque hay cosas que nunca cambian, ¿verdad? Venga, entre tú y yo. Sigues siendo un gordo cobarde. Adaxas no te ha olvidado. ¿Qué ocurre? ¿No se lo has contado?

—Yiel —murmuró, plañidero—, delante de mis hijos, no.

—Nos jodiste una vez —continuó el abandonado—. Solo quiero saber si volverás a hacerlo.

—¡Eso no es cierto! —se defendió con fugaz valentía.

—¡Por supuesto que lo es! Todos lo saben. Zaid lo sabe.

La papada temblorosa de Uber cubrió el cuello con una capa de grasa y sorpresa.

—¿Zaid? —preguntó—. ¿Eres tú...? No es posible. No. Tú eres un hombre y Zaid...

—¡Basta! —saltó de nuevo la mujer, y levantó el cuchillo frente a Yiel—. ¡Fuera de mi casa!

El pandillero se tomó la amenaza muy en serio y retrocedió un paso, pero no calló.

—Uber se escondía entonces y se esconde ahora —masculló.

—Yiel —intervino Kemi—. Déjalo ya.

—¿Por qué? Es un puto cobarde que vendería a su madre si la tuviese... Se escondió durante años en un sucio barril. Todo el mundo lo recuerda. Y cuando pudo convertirse en maestro de la banda, renunció y se labró un futuro. Este futuro.

—¡Yiel!

La mujer se abalanzó hacia él, pero Uber interpuso su voluminoso cuerpo. Los niños sollozaban.

—Marisa, por favor... —suplicó el hombretón.

—Os mataré —siseó ella entre dientes—, juró que os mato si no salís de

mi casa.

Yiel respondió con una sonrisa torva al tiempo que deslizaba los dedos alrededor de la empuñadura del cuchillo.

—¡Nadie va a morir! —exclamó Kemi—. Uber, Marisa, nadie va a morir aquí.

Kemi tragó saliva y dudó un instante. ¿Era su voz la que escuchaba? Un torbellino vertiginoso la estrujó por dentro y vio las sombras del futuro. Morirían, sí, lo harían, dentro de poco. Uber caería bajo las porras de la guardia urbana. La visión apareció cristalina frente a ella tras un parpadeo. Sí, allí estaba, en el suelo, dando voces que sonaban a graznidos rotos, abrazado a una hogaza de pan negro. Y el caos, la ciudad que se retuerce como un cuerpo febril, infectado por su propia corrupción. Kemi los vio morir a todos. A los niños, tan escuálidos, apagarse en los brazos de la madre y ella vagar por las calles y buscar un lugar en que esconderse de las fieras humanas. La misma madre que levantaba un cuchillo frente a ella, que defendía lo que irremediablemente perdería pronto.

—Nadie va a morir aquí hoy —repitió Kemi, esta vez con la voz triste.

—Deberías salir fuera y se lo explicas a ese que espera frente a la puerta —se burló Yiel.

—¡Calla! —gritó ella.

—Oye, niñata —continuó él—. No se te ocurra hacerme callar o te juro que...

—Estoy harta de tus idioteces —lo interrumpió, mostrando los dientes—. Eres un lastre, un estorbo.

Yiel dio un paso al frente y su valor ardió como una tea repentina. No hizo nada más, ni siquiera un tartamudeo bravucón, un escupitajo o una simple y estudiada sonrisa cargada de desprecio. La vergüenza se enredó en sus pies y Zaid lo frenó con su enorme manaza, obligándolo a dejar vía libre a Kemi.

—¿No hay una puerta trasera? —interrogó ella a Uber.

—Tan solo la delantera.

—¿No hay una puerta trasera?

—¿Es que no lo has escuchado? —ladró Yiel.

Pero Kemi ya no estaba allí. El torbellino de escenas futuras se convirtió

en una pelambre que fluía sin enredarse alrededor de ella. Entonces vio también el pasado, todos los pasados.

—Una puerta que antes era un barril, un barril... —murmuró ella como si descubriese sus propias palabras sílaba a sílaba.

Uber entreabrió los labios húmedos y vaciló. Volvió hacia la barra sus disculpas y retrocedió. Todos se estremecieron ante una repentina corriente de aire que migraba de un lado a otro. Uno de los chiquillos de Uber corrió hasta él y se abrazó a sus rodillas. Él lo miró un tanto espantado, como si no reconociese a su propia progenie y despertase de un sueño largo y confuso que todavía lamía sus párpados.

—El barril, sí... —musitó, perdida la voz en un murmullo.

—No puede ser. —Yiel paseó su burla sorprendida.

—Calla de una vez —lo atajó Zaid con tal autoridad en el tono y de tal manera que el rudo muchacho se ruborizó.

—El barril... —repetía Uber, de la misma forma en que uno busca un recuerdo perdido en las brumas del tiempo.

—¿Dónde está el barril, Uber? —insistió Kemi.

La esposa de Uber bajó el cuchillo y se hizo a un lado, tan sorprendida como los otros por la actitud de su marido. Uber caminó hasta la barra, seguido por todos sus chiquillos, que repetían: «¡El barril, el barril, el barril!». Kemi detuvo a Zaid y Yiel y dio espacio al tabernero. El hombretón encendió una lámpara y abrió la puerta a la bodega. La escalera se iluminó con un puente de luz instantánea en la que flotaban partículas de polvo. Bajó con tiento, y tras él lo hicieron sus hijos, Kemi, Zaid, Yiel, y su mujer los vio pasar a todos desde la puerta, como una comitiva fantasmal que regresa a su panteón familiar.

Uber se quedó plantado, lámpara en alto. Sus hijos bajaron la voz, apelonados en torno a sus piernas, hasta una letanía tétrica: «El barril, el barril, el barril...». Y era cierto, debía de serlo porque allí estaba. En pie contra la pared, un barril de maderos curtidos tan alto como Kemi.

—Hostia puta... —musitó Yiel—. Lo trajiste contigo desde Hogar, gordo cabrón. Es el barril.

Kemi tocó a Uber en el brazo. Una claridad tenue apareció en la tapa del

armatoste. Los vértices de la boca del enorme posadero se vinieron abajo, anclados por una determinación extraña, algo que había permanecido oculto y que afloraba ahora, tanto tiempo después. Yiel movía los labios y rezaba sus propios pensamientos incrédulos. Para él era como dar con un mito, algo que había salido de las historias y leyendas de Los Abandonados y se había hecho real en el mundo exterior. Uber cargó sobre sus hombros aquel barril gigantesco y lo ocultó en los cimientos de una nueva vida quién sabe con qué propósito. En su día, había utilizado el barril para ocultarse. Lo hizo muchas veces: como aquella en que se comió un jamón curado y lo persiguieron para despellejarlo, o cuando salieron en busca de pelea con los chatarreros del canal y él se escondió hasta que regresaron. Finalmente, acabó viviendo en aquel barril hasta que dejó la banda. En algo tenía razón Yiel: Zaman lo eligió como maestro cuando alcanzó la edad y él se vino abajo. O quizá no. Tal vez Zaman lo tuvo todo planeado y ese era su propósito: que dejase la banda y sobreviviese, a flote, en su barril. ¿Quién sabe? Zaman era capaz de esas cosas: protegía a todos los que estaban a su cargo y tramaba un futuro para ellos. Siempre misteriosa, con acertijos y dobles sentidos. Era una mujer sabia, aunque indescifrable. ¿Qué pretendía para Adaxas y Yiel? No podrían saberlo nunca porque fue asesinada y Adaxas llegó a mandamás. El destino es eso que habita en el barril de cada uno.

—Venid —dijo Kemi—. Es también nuestra salida.

Quitaron la tapa y la claridad diurna iluminó el sótano. Un golpe de aire refrescó el lugar, acompañado por los sonidos lejanos de Paraíso. Uber, Yiel, Kemi y Zaid se asomaron al borde del barril. Los niños gritaban y daban tirones de la camisola de su padre.

—Joder —masculló Yiel—. Es imposible. Se ve un callejón al otro lado.

Con sus palabras, al fondo del pozo que nacía en el barril, un gato maulló curioso y cruzó de un lado a otro, en perpendicular, desafiando cualquier perspectiva lógica.

—Yo iré delante —dijo Zaid al tiempo que se lanzaba en la boca de aquel milagro.

Kemi sonrió de forma pícaro y extraña, quizá como no lo había hecho todavía. Se sentó en el borde, con las piernas colgando fuera.

—Salid de la ciudad antes de que sea demasiado tarde —dijo a Uber.

—Pero, mi negocio... —masculló él.

—Hazlo hoy mismo —insistió Kemi—. O será demasiado tarde y moriréis todos.

Uber abrió la boca, pero no dijo nada más.

—Adiós, Uber —concluyó Kemi.

—Adiós y gracias —añadió el hombretón—. Gracias.

—¿Gracias por qué, idiota? —saltó Yiel—. Somos nosotros los que te estamos agradecidos.

Kemi suspiró y saltó al interior. Al poco se encontró reptando en una pequeña gruta que daba a un callejón cercano. Yiel apareció tras ella. Asomaron a un boquete en un muro de ladrillo que, de ninguna manera, comunicaba con ninguna parte. Yiel se sacudió la ropa, se llevó las manos a la cabeza, escupió a un lado y se mordió los labios al tiempo que respiraba el aire fresco.

Zaid se había adelantado hasta la esquina y oteaba a un lado y otro. La ciudad murmuraba su digestión a lo lejos, disolviendo los problemas en un caldo de normalidad aparente. Nacían y morían y, entre medio, ocurrían muchas cosas que no ocupaban titulares ni tertulias. En aquel momento, justo en aquel momento en que Kemi asentía y tocaba el hombro de Uber por segunda vez, muchas otras cosas pasaban. Una mujer que estrenaba el luto era violada por su cuñado; un carpintero llamado Brad se rompía un diente al morder una aceituna; una gata paría una camada en un canalón desvencijado de la calle Gormendia, y un poeta descubría su tuberculosis en un esputo sanguinolento que amargaba la gratificante sensación de haber escrito su mejor verso hasta el momento. No eran tan diferentes de ellos: una princesa abandonada, un pandillero resentido y un paladín descalzo.

—¿Qué es todo esto? —la inquirió él cuando salió al otro lado—. ¿Es cosa de las Kas? ¿Ellas hacen estas cosas? ¿Por qué no te transportan directamente al templo para que las despiertes? ¿Por qué no hacen aparecer un ejército de autómatas o algo que maten a todos los hijos de puta de los síndicos?

Kemi lo miró, bufó tras un instante y siguió adelante.

—No funciona así —murmuró.

—¿Ah, no? Y ¿cómo funciona?

—Lo hacen para cambiar a la gente. Sus sueños y los nuestros. Las cosas que hacen aparecer y que vienen de otros mundos... es una especie de juego. Algo que deja huella en tu mente.

—Joder, es increíble.

Kemi lo miró de reojo.

—No deberías haber insultado así a Uber —le recriminó.

Yiel la agarró por el brazo y la detuvo.

—Que le jodan —escupió.

—Todo ese odio se volverá contra ti algún día.

—Oh, vamos, por favor... —Yiel retomó su habitual pose burlona—. No me vengas con sandeces místicas. Los hombres malos no pagan por sus pecados. Deberías saberlo. No, Kemi, los hombres malos gobiernan el mundo y se cagan en nosotros, en ti y en mí. Uber es un cobarde y un mierda y no merece mi respeto ni el de nadie. Él huyó y yo llegaré a mandamás. Así son las cosas. Guárdate tu caridad.

—No es caridad, es compasión. —Kemi lo miró de pies a cabeza y pensó un largo instante lo que iba a decir hasta que lo hizo, empujó fuera las palabras, decidida y triste por la confesión—. No vas a ser mandamás, Yiel. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero ¿qué cojones? —Yiel se atragantó, indignado.

Kemi siguió adelante, pero, por segunda vez, Yiel la atrapó y se enfrentó a ella. Zaid miraba la escena desde lejos.

—Soy el jefe de armas y eso me convierte en candidato a...

—Yiel. Basta ya —lo interrumpió de forma brusca, aunque enseguida con reparo—. No quieres ese cargo. Admítelo. ¿Qué harás sin Adaxas? Necesitas alguien que te dé órdenes y te marque el camino. Desde que he llegado no has hecho más que buscar pelea. ¿Para qué? Todo es una pose, una... Estás totalmente perdido. Reprochas a Uber que fue un cobarde, vale. Al menos él tuvo agallas para hacer lo que hizo. Por eso has sido un capullo con él. Acéptalo, venga. Estás cagado de miedo, pero eres tan terco que los llevarás a todos a la muerte. Y de ir por ahí buscando la muerte sé un rato, mucho más

que tú, así que no me des lecciones. Yo ya he pasado por eso. Mejor no te metas en medio. ¿Comprendes?

El muchacho necesitó tiempo para tragar toda la mierda que Kemi había arrojado en su plato.

—Putá... —masculló muy despacio—. ¿Qué te has creído? No sabes nada de mí.

—Tú eres más puta que yo, Yiel. Sé lo que tú dices de ti mismo y... —Una risa involuntaria que no pudo retener trabó el discurso de Kemi. Negó con la cabeza y concluyó—: Das mucha pena.

—Vete a la mierda —replicó él—. ¿Crees que puedes venir de tu mundo de algodón a juzgarme?

—Oh, vaya —se compadeció de forma teatral y burlona—. Nadie puede juzgarte porque vives en Los Puentes. Excusas. He pasado por cosas tan jodidas como tú y no pienso rendirme ahora. Me trae sin cuidado lo que pienses o lo que hagas. Si no quieres acompañarme, vete, pero hazlo ya y deja de seguirme como un perrito sin amo.

Yiel abrió mucho los ojos y retuvo la respiración. Sonreía como un loco y torcía la mandíbula a un lado. Tras un largo instante, juntó las manos frente al pecho, como un creyente en el templo.

—A ver si comprendes una cosita —dijo, de forma paciente y pausada—. No puedo meterme en territorio de Las Furias. Esas tías no se guían según las leyes de las bandas. Van de revolucionarias, son unas putas radicales. ¿Sabes lo que le hacen a los tipos como yo? ¿No? Me cortarían las pelotas y las pondrán en un frasco.

—Genial —afirmó al tiempo que cruzaba los brazos y cambiaba el peso de una pierna a la otra—. Suerte con Adaxas.

Yiel arrugó el cejo.

—¿De qué vas? ¡No mereces llevar esa faja! —la amenazó, señalando el fajín de Kemi—. No puedes hacer eso.

La exasperación empujó a Kemi hacia Yiel, dando un berrido, y con el índice en alto, justo frente a su nariz. No había diferencia de altura entre ellos y se tentaron como gallos de pelea.

—¡No me digas lo que puedo y no puedo hacer! ¿Te enteras, idiota? ¡Estoy

harta! —gritó sin reparo alguno, el cuello tenso y la piel ardiente—. Eso se acabó. ¿Está claro? Y me da igual quién esté al mando porque, ¿sabes qué? A partir de ahora, ¡yo estoy al mando! Si no despiertan a la última Ka antes de tres noches, me puedo dar por muerta. Así que voy a encontrar a Las Furias cueste lo que cueste. Me importa poco si te cortan las pelotas y las conservan en aceite porque, oh, sorpresa: ¡no me importan tus pelotas!

La muchacha giró en redondo y corrió hasta Zaid. Yiel quedó con la palabra en la boca. Lanzó un puñetazo al aire, maldijo y escupió de nuevo. Aunque fue una erupción breve que se diluyó en una retahíla de insultos a media voz.

Cuando llegó a su altura, Zaid ya había tomado una decisión. Podían correr hacia el este y bordear el viejo barrio fronterizo del bazar, sus calles estrechas y, casi seguro, desiertas; o bien salir al río y tratar de confundirse entre los vendedores ambulantes de los muelles. «Al bazar —dijo Kemi—, sí, al bazar.» Yiel carraspeó al sentirse ninguneado, dejado de lado por Kemi y el nuevo hombre. Los ojos de ella lo esquivaron una y otra vez y, cuando por fin topó con ellos, no consiguió más que hundirse en un reproche gélido. Salieron sin despedirse y los vio alejarse. Miró alrededor. Estaba solo.

—Mierda, joder —musitó antes de morderse la lengua, tragar orgullo y saltar a su zaga.

Salieron al trote, chapoteando en los charcos y deteniéndose en cada esquina. Miraban arriba y, tras ellos, los sonidos eran alarmas: el maullar de un gato o una lata que repicaba contra el suelo en alguna parte. La ropa tendida ondeaba sobre sus cabezas y sacudía una advertencia. «Corred, corred —parecía decir la ululante brisa—. No podréis escapar.»

—¡Por allí! —exclamó Zaid. Ellos lo siguieron entre jadeos.

Toparon con una pareja de orientales de piel oscura que jugaban una partida de saquas sobre un cajón. Naipes, semillas y dados volaron por los aires. Algunos curiosos se asomaron a las ventanas cuando escucharon sus quejas a voces, pero ellos ya habían girado la esquina del siguiente callejón. Yiel los alcanzó cuando se detuvieron en una encrucijada solitaria de calles

estrechas como pasillos. «Iré con vosotros», dijo, su voz casi ahogada por la carrera, pero Zaid retomó la escapada y ella ni siquiera lo miró antes de seguirlo. Yiel maldijo de nuevo y apoyó las manos en las rodillas, resollando.

—No es por ahí —dijo. Sentía el corazón palpitar en la cabeza y el sudor correr por el pecho y la espalda. Tomó aire y gritó hacia ellos—. ¡Ese no es el camino!

Kemi y Zaid frenaron en seco a pesar de no haber escuchado la advertencia de Yiel.

El oscuro apareció unos veinte metros por delante. Su figura rompió algunos jirones de humo que brotaban de rejillas a ras de suelo. Era un vértice roto, una brecha robada al mundo, vestido de cuero y ante. A un lado, desplegó una espada de filo templado. La punta silbó al acariciar los adoquines. Sonrió de forma obscena y ese fue un gesto humano en el rostro de una fiera.

—Atrás —musitó Zaid—. Volved atrás.

Sin embargo, su espalda topó con Yiel, que se abrió paso entre ellos y desenfundó el cañón de mano. El oscuro detuvo su avance y la sonrisa se esfumó.

—¿Qué haces? —le increpó Kemi en un murmullo—. No tienes munición.

—Ya lo sé, joder —masculló Yiel.

Retrocedieron sin perder de vista al oscuro, midiendo la distancia a cada paso. Al llegar a la esquina, echaron a correr en otra dirección. Las sombras se cernían sobre ellos. Estaban ahí. Aparecían en la distancia y también en las azoteas, en las ventanas. Siluetas estilizadas los hostigaban con aullidos proyectados que rebotaban en las paredes y parecían venir de todas partes y ninguna. Yiel apuntaba el arma sin tino, a un lado y otro, arriba, en los balcones, entre depósitos de agua y antenas de radio. Cada calle se presentaba igual a la anterior y, al fondo, siempre topaban uno de aquellos espectros de ceniza y abrigo largo, los ojos destellantes de animal nocturno, tan pálidos y afilados como sus espadas. La única alternativa los empujaba hacia un portalón que se abría a un patio amplio. El adoquinado era nuevo y recordaba al de las avenidas, empapado de humedad, casi como carbón pulido. Escuchó a Zaid decir: «Por aquí». Y Yiel, apuntando atrás el arma: «Vamos, ya falta poco, ya falta poco...». Kemi dejó escapar un grito que sonó a terror, aunque

en realidad fue de impotencia. Se habían precipitado en un callejón sin salida.

La calma de Los Oscuros contrastaba con los jadeos de Kemi y Yiel. Llegaron sin prisa. Siete de ellos, encabezados por uno que debía ser algo más mayor que el resto. Vestía un largo abrigo de piel, con solapas y puños morados, ribetes sanguíneos y botones de oro. La camisa blanca y muy ajustada, las botas de caña y puntera metálica. Era un fantasma de hombros escuálidos y estrechos como un junco. Los brazos caídos a los lados, rematados por garras implantadas al final de las huesudas manos. Una larga melena de plata, recogida en una trenza elaborada. Un monstruo hermoso, si eso era posible, mortífero y hermoso. Zaid se interpuso entre Kemi y Los Oscuros, y el líder sonrió de la misma forma en que lo hizo uno de sus secuaces antes, quizá sin intención, aunque cargado de perversa crueldad.

—Solo queremos a la chica —dijo. Su voz era la de una serpiente.

Yiel apuntó el cañón de mano directo hacia él.

—Vamos —continuó, conciliador, el oscuro—, no es personal. Dadme a la chica y podréis seguir vuestro camino. ¿Para qué complicar más las cosas? Ella, a cambio de vuestra vida.

Los nudillos de Zaid crepitaron la respuesta. Yiel pareció pensarlo un instante, aunque de forma burlona y forzada.

—No hay trato —replicó con el arma en alto—. La verdad es que mi vida es una mierda y no vale mucho. Mejor nos quedamos con ella.

Las palabras de Yiel consiguieron su propósito y los secuaces del oscuro silbaron de rabia tras el líder, que abrió su abrigo y dejó ver el cañón de mano que pendía del cinto.

—Yo también tengo una de esas —dijo—. Y la mía es más grande.

Era cierto. Su cañón de mano, al contrario que el de Yiel, era una fina manufactura de bronce sobre una montura de madera pulida. La batería refulgía un destello de ónix, y séfiras sagradas de metal trabajado vibraban en las cachas y el cañón doble. Yiel no pudo evitar una mirada amarga a su propia arma, remachada y basta y con el óxido devorando el tambor y las bobinas.

—Marchaos —dijo Zaid—. Yo los detendré.

Yiel soltó una risita y se encogió de hombros.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con un sonsonete incrédulo—. Como no salgamos volando...

—Trepad el canalón hasta la repisa y podréis pasar al otro lado del muro —explicó Zaid.

Con sus palabras Yiel descubrió la cañería desvencijada y las agarraderas y, arriba, bajo unas ventanas tapiadas con maderos y ladrillo, una repisa que alcanzaba el muro. Después volvió su atención a Zaid, sin bajar el arma que apuntaba a Los Oscuros. Algo en él había cambiado y su voz sonó tan seca como quebradiza.

—Una mierda —dijo—. De eso nada, Zaid. Luchamos juntos.

—Yo me quedo aquí —replicó él con calma y una ligera sonrisa—. Ellas me trajeron para este momento. Ahora comienza el tuyo, Yiel.

—No jodas, Zaid. —La voz de Yiel se resquebrajó—. No jodas.

—Haber ido al Campo de Fresas —apuntó el hombretón.

Yiel se trabó y no dijo nada.

—Marchaos ahora —insistió Zaid, entre dientes. Abrió las piernas y levantó los puños a los costados, de la forma en que se prepararía para recibir la embestida de un mecacarro.

Yiel dijo: «No». Quizá su voz apenas asomó a los labios y solo lo pensó. La verdad es que el arma tembló y se le vino un poco abajo, no mucho. La determinación estaba tallada en el perfil de Zaid, y él sintió las lágrimas en los párpados. «No», dijo, o lo pensó, y quedó en silencio. «No. Yo me quedo, Zaid, me quedo.» Kemi se acercó desde atrás y posó los dedos sobre el hombro desnudo de Yiel de la misma forma en que se posaría una hoja en el agua de un estanque. Él se sobresaltó por el contacto y bajó el arma. Kemi dijo algo que no entendió o que escuchó a medias porque no era su voz.

Dijo: «Ve, ve con ella, ahora».

El callejón se convirtió en otro lugar. Un paisaje diurno y luminoso, demasiado idílico para ser inventado. Era un rompecabezas de la memoria, con un cielo limpio sobre un mar de nubes. Velas blancas hinchadas al viento, las jarcias y los cabos y el crujir de la madera y una campana que repica en la caserna de popa. Yiel sintió que el suelo se escoraba y, por la baranda, vio el mundo lejano, a través de pozos abiertos en las nubes. Aquel lugar debía tener

un nombre, pero no lo recordaba y la brisa arrastró sus últimas lágrimas.

«No quiero irme.»

Un lugar nuevo en el que ya había estado.

«Este no es tu sitio.»

Un lugar al que regresar.

«Ve con ella.»

El final había comenzado.

Zaid cargó contra Los Oscuros. El líder desenfundó el revólver. Disparó. La carne de Zaid estalló en una flor de sangre, pero eso no lo detuvo y cayó sobre ellos, dando puñetazos y patadas. La rabia mordida en una mueca, los ojos flamígeros. El líder de Los Oscuros no pudo más que mascullar una queja antes de volar por los aires con la mandíbula hecha añicos y los dientes serrados, polvo de marfil. Aparecieron las espadas con su sonrisa de víbora y rodearon a Zaid. Dio un codazo en la cara del que lo atacaba por la retaguardia. Puñetazo en el estómago. Se escuchó el crujido de las costillas. Un tajo en la espalda abrió la carne como un filete. Zaid hincó la rodilla en tierra. Cuando se acercaban, saltó a un lado, atrapó a uno de ellos y le retorció el cuello hasta que el oscuro vomitó su voz olvidada. Un pinchazo en el pecho y la mortaja con que Zaid se cubría cayó al suelo con la levedad de una pluma. Se tambaleó atrás, a cubierto tras el cuerpo inerte del espantapájaros. Resollaba como un buey herido que se niega la muerte. Los Oscuros guardaban la distancia. El líder había regresado para cobrar su deuda. Burbujas de sangre y saliva estallaban en sus labios abotargados. Zaid retrocedía. Escuchó los gritos de Yiel, aunque no pudo comprender lo que decía.

Kemi tendía una mano desde la repisa y Yiel trepó, dando voces, negándose a hacer lo que hacía. «¡Zaid! ¡Zaid, no!» Todo ocurrió tan deprisa que pareció durar eternamente. Y a cada parpadeo, Zaid recibía un nuevo pinchazo, cuchilladas que él devolvía con golpes ciegos. En su ascenso, Yiel buscaba sobre el hombro con ojos espantados. Un oscuro se revolvió, tratando de escapar de aquel moribundo obcecado en llevarse a la muerte por delante. Zaid recuperó una espada del suelo y dio un sablazo cruzado, ganando espacio, y ellos saltaron atrás, incapaces de acercarse, acosándolo como alimañas eufóricas ante la presa herida. El gigante retenía las tripas con una

mano. Borbotones de sangre formaban un fango oscuro a sus pies. Carne de hombre y huesos y todo lo que él no era aunque allí estaba. Cayeron sobre él como fantasmas armados con cuchillos largos y el aire escapó de su cuerpo con los sueños y recuerdos de una vida imaginada.

Construiré hasta ti un puente de palabras.

ISI GALATA
Votos nupciales

Un puente de palabras

Corrieron cogidos de la mano, sin mirar atrás, perseguidos de lejos por los graznidos frenéticos de Los Oscuros. Los callejones de la ciudad vieja se cerraban a su paso y les zancadilleaban con montones de basura y charcos ponzoñosos. Algunas arañas gato treparon los muros entre bufidos espantados, y Kemi se preguntó si había vivido aquello o era un sueño, un eterno volver a comenzar. Recordó una huida y después otra y otra más y todas acababan en el mismo lugar: la prisión y la muerte. Entonces sintió que aquellos recuerdos no eran suyos sino de las psiKas que la precedieron, que su memoria luchaba por mantenerse a flote en un mosaico de imágenes rotas. Persistían los fracasos pasados como un presagio funesto, tantas mujeres que lucharon y perdieron. Su mano se deslizó de la de Yiel.

—¡El bazar! —exclamó él. Y añadió, al presentir que ella aflojaba el ritmo—. ¡Ya falta poco! ¡Aguanta!

Kemi asintió con la vista puesta al frente y apretó los dientes. En su cabeza estalló una tormenta ensordecedora. Cerró los ojos ante la avalancha y cuando

Yiel la detuvo, fue consciente de que murmuraba una letanía: «No quiero morir otra vez. No quiero morir otra vez. No quiero morir otra vez». Yiel resollaba, con los ojos muy abiertos, y negó con la cabeza, aunque sin pronunciar palabra. El cielo rugió como un coloso dolido en su orgullo y comenzó a descargar una fina llovizna que sembró de cicatrices transparentes sus rostros.

Pasaron entre un grupo de obreros conspiradores y Yiel se abrió camino a empellones hasta alcanzar la plaza que antecedió la puerta sur del bazar. Estaba repleta de tenderetes y carros que desplegaron toldos de muchos colores. Un fuerte trueno alimentó la intensidad del chubasco y las gotas se desintegraban en estallidos suicidas. El cielo era una acuarela sucia. La raquílica mano eléctrica de un relámpago asomó a los nubarrones y tocó la antena que coronaba la cúpula del bazar, indicando al mundo entero dónde se ocultaban.

El bazar era un pequeño barrio en sí mismo. Un laberinto de puestos y tienduchas en las que el abigarrado género apenas dejaba espacio para cliente y mercader. Se organizaba por calles y avenidas, de la misma forma en que lo haría la ciudad misma, y era fácil perderse entre la multitud de curiosos y habituales que lo recorría. Tenderos gritones vendían especias, dátiles, alhajas, alfombras y pieles curtidas, piezas rotas y chatarra de autómatas pasados a mejor existencia. Viejos malhumorados discutían por libros pútridos, aunque llenos de secretos; jóvenes sonrientes bebían té y mascaban hoja de savia mientras tentaban con los ojos a mujeres casadas. El bazar era un lugar caótico y colorido, un espejismo inmutable a la realidad exterior. Quizá por eso era zona neutra para las bandas, porque era un santuario a conservar, ajeno a las desdichas y miserias de la política.

Se dejaron llevar por la multitud y la humedad se convirtió en una segunda piel viscosa. Yiel buscó un pequeño corredor apartado, entre el negocio de un tonelero y una vendedora de arte moderno. Arrastró un par de barriles hasta la entrada y los apiló, dejando apenas una rendija por la que otear en la distancia.

—¿Estás bien? —preguntó Yiel, que miraba suspicaz a todas partes.

Kemi asintió sin convencimiento y se estremeció. El frío había robado el color de su piel.

—¿Qué te ha pasado ahí atrás? —insistió él. La tomó por los hombros y la sacudió sin delicadeza alguna. Ella se zafó, avergonzada y molesta. Apartó las manos de Yiel de un golpetazo seco y se deslizó hasta un rincón tranquilo. Yiel la siguió. Se dejó caer contra el muro y la tensión escapó de sus músculos de la misma forma en que lo hace el agua por un sumidero.

—Será mejor que esperemos aquí un rato —propuso—. Será mejor...

Yiel perdió la voz y deslizó la espalda abajo hasta quedar sentado, con los ojos buceando entre las piernas. Un susurro apareció en sus labios y se obligó a tragarlo entero, de la misma forma en que se ocultan los sentimientos en una fosa común, por urgente necesidad criminal.

—Están muertos —balbuceó—. Todo se ha ido a la mierda.

Ella lo observó desde arriba, suspiró y caminó en círculos, sin saber dónde poner los brazos porque no quería verlo llorar, aunque le escuchaba sorber los mocos y respirar agitado. Masticó sus pensamientos, se arrodilló junto a él y lo tomó por el antebrazo.

—Oye —dijo—, no me montes numeritos.

Yiel se desinfló como un globo y se cubrió la cara con las manos. Se frotó los ojos con saña, hasta que le tomaron un vivo tono sanguíneo.

—Hija de puta —murmuró.

La tormenta arreció en el exterior y parecía galopar sobre las bóvedas del mercado. Kemi miró arriba y dio un par de palmaditas en el brazo de Yiel.

—¿Qué va a pasar cuando encuentres a Las Furias? —la interrogó—. ¿Y si despiertan a la última Ka?

—No lo sé.

—¿Vas a gobernar Paraíso con ella? ¿Es eso?

—No me jodas. —Ladeó la cabeza y entreabrió los labios, aunque en los ojos se leía que todavía estaba construyendo sus pensamientos—. Creo que solo quieren escapar y volver al lugar del que vinieron.

—¿Y tú? ¿Qué harás tú?

Kemi lo miró de costado.

—No tienes que venir conmigo si no quieres —dijo entonces—. Puedo llegar yo sola desde aquí.

—Voy contigo.

—Te digo que no hace falta.

—Y yo que voy contigo —ladró él.

—No tienes por qué hacerlo.

—No lo hago por ti, ¿entiendes? —farfulló—. Es... es por él. Por Zaid. Y porque..., no sé. No sé qué ocurre, pero antes, ahí atrás...

Kemi lo contempló en silencio y él se mordió los labios, tomó aire y lo retuvo junto con las palabras que no quería pronunciar.

—Ahí atrás, ¿qué? —lo interrogó Kemi.

Yiel negó con la cabeza. Los ojos viajaron al suelo y, después, a todas partes. Todavía sentía la brisa fresca en la nariz y el olor de la madera. ¿Qué había sido eso? ¿Una alucinación? ¿Algo real que existió y perdió? ¿O era el futuro?

—A la mierda —masculló, por fin—. No pienso quedarme tirado tan al norte. Ahora estamos juntos en esto, ¿vale? ¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo que significa?

Por respuesta solo obtuvo una mueca huidiza. Después, Yiel le tendió una mano.

—No estamos solos... —dijo el chico.

Kemi lo miró durante un largo instante, la mano de él en el aire, esperando.

—¡No estamos solos...! —repitió Yiel con apremio.

Kemi aferró su mano, dio un par de sacudidas y lo ayudó a ponerse en pie.

—Somos abandonados —concluyó con la boca pequeña.

Se encontraron en ese punto, el lugar en que sus miedos y deseos coincidían. Al mirarlo a los ojos, Kemi sintió que no era tan diferente de aquel delincuente juvenil. Ambos habían sido títeres en manos de otros, dando bandazos, viviendo la vida en una pendiente resbaladiza en la que regularmente se dejaban las uñas en carne viva. Después se entregaban a una nueva derrota, hacia abajo, siempre hacia abajo. La vida de ella había resultado ser una mentira y la de él, demasiado real. Compartían el pánico atroz a quedarse solos, a perder lo único que tenían y que dependía de ellos mismos.

—Bien —dijo él, cabeceando—. Mira, si vas por ahí con ese fajín, necesitarás una cosa.

Yiel se encogió y tanteó las cintas que anudaban las medias en torno a sus pantorrillas. Extrajo algo y se lo tendió.

—¿Qué es? —lo interrogó con los ojos iluminados.

—Un pincho —declaró, tendiendo el arma—. Ahora es tuyo. Llévalo siempre encima.

Era un punzón burdo y mellado, casi un picahielo de cuatro filos con el mango corto y curvo y un anillo de metal soldado a la base.

—No es lo mejor, pero te valdrá por el momento. Mira, lo coges así —explicó al tiempo que ponía el arma en su mano—. Metes el dedo aquí. Imagina que es un gatillo. Muy bien. Y golpeas con el puño. Así, de abajo arriba. Te acercas, como si fueses a abrazar al otro y le das así. Así. ¿Ves? Te cubres con este brazo y con el otro le das aquí y aquí, y si mete tripa le buscas el cuello y la cara. Así. ¿Ves?

Kemi se dejó llevar en cada movimiento. Cuando Yiel se apartó, observó el pincho una vez más y lo ocultó con cuidado en el bolsillo del fajín.

—Siento lo que dije antes, por cierto... —musitó ella sin levantar la mirada.

—No importa.

—No, en serio —continuó Kemi—. Dije muchas cosas y... no todas son ciertas.

Yiel negó con la cabeza y masculló un insulto con los ojos entrecerrados. Ella rio y, de nuevo, evitó sus ojos. No podía más que intuirlo por dentro, más allá de la armadura abollada, de las heridas y el miedo atroz. Se acercó apenas un paso corto, demasiado corto, y la abrazó. Ella permaneció rígida, sorprendida quizá, y eso la molestó. Se escabulló del abrazo y caminó hasta la salida.

—¿Qué ocurre?

Kemi negó con la cabeza y salió fuera, como si nada de aquello hubiese pasado, excepto lo del pincho, eso era real, quizá lo único. Nunca había tenido un arma. Le gustaba sentirla contra el vientre, oculta en el fajín. Hasta aquel momento, se arrojaba a la vida en pos de la muerte, sin oponer resistencia, pero la misma tenencia de aquel trozo de metal oculto entre la ropa suponía una declaración de intenciones: iba a luchar por su seguridad, por su vida y la

de aquellos que estaban a su lado, por todos los medios y de cualquier forma. ¿Podría hacerlo? Llegado el momento, ¿sería capaz de desenfundar?

—Oye... —dijo Yiel a su espalda—. Oye, estamos juntos en esto, ¿verdad?

Ella sorbió los mocos y asintió, sin mirarlo. Yiel se alejó apenas y se sentó de nuevo. Esperaron durante un rato. En silencio. Hasta que Kemi miró a lo alto y dijo: «Vamos ahora. Es el momento». Se escabulleron entre el gentío. Kemi había recuperado el color y sus ojos destellaban de una manera especial. Todo parecía transcurrir más despacio alrededor, más suave. La lluvia había arreciado y la luz asomó a las nubes y al espejo de los charcos. Yiel propuso ir al norte, directos al territorio de Las Furias. Ningún pandillero en su sano juicio se adentraría por voluntad propia en territorio de Las Furias, y eso los libraba de la persecución de Los Oscuros. Después de todo, era una banda como cualquier otra. Formada por modds que bebían la sangre de sus enemigos y habitaban en viejos caserones abandonados a las sombras, sí, pero Las Furias no hacían distinciones estéticas.

Abandonaron el bazar entre un grupo de mendicantes que se cubrían con sombreros de ala tejidos de esparto. La presencia de Los Oscuros, acechantes, se adivinaba entre las gárgolas y las chimeneas. Pasaron desapercibidos tras un enorme trolebús cuya caldera bullía como un estómago indigesto. Una fila de cabizbajos y vencidos trabajadores subían al cachalote urbano. Los escapes traseros borbotaban humo celeste y las ruedas de metal y madera arañaban raíles y adoquines. Al pasar junto a una de las puertas traseras, Yiel la empujó adentro, de forma tan inesperada que Kemi no pudo reprimir un quejido. Se sentaron al fondo, acuclillados tras los asientos, y un par de obreros bigotudos los observaron con parsimonia cómplice. El conductor levantó la nariz, sacando a pasear su intuición sin demasiado éxito, así que dio a la palanca y se puso en marcha.

Yiel sonrió y guiñó un ojo. Ella lo interrogó con ambigüedad, con ese gesto sereno y desafiante, aunque desamparado, con el que llegó a Hogar días antes. Había algo de verdad en todo lo que decía, en la negra predeterminación de sus actos, porque ya no deseaba otra cosa que seguir con vida y pasar por encima de todo y de todos. El muchacho se ocultó tras una máscara de seguridad y dijo: «Todo saldrá bien». Su voz se apagó un poco y

ella asintió, como si supiese lo que iba a decir desde hacía tiempo.

Saltaron del trolebús cuando disminuyó la velocidad en una curva. Las catenarias se despidieron de ellos con un chirrido quejumbroso y una sacudida a lo largo de toda la avenida. Yiel no conocía aquella zona. Nunca había viajado al norte del río, más allá del territorio de Mastines de Hont y Trepadores. Se suponía que, en su tiempo, fue un barrio residencial de artesanos y trabajadores acomodados, de negocios y bajos comerciales que habían prosperado durante la bonanza económica. Sin embargo, la mayoría de apartamentos estaban abandonados; las calles, sucias, y apenas unos pocos comerciantes atrincheraban sus tiendas tras empalizadas y rejas metálicas. Poca gente en la calle, algunos espectros que vagaban de aquí a allá. En Bocaceniza y, quizá, otros barrios nacidos de la miseria, no tenían por qué aceptar lo desgraciado de la existencia. Allí arriba, los del norte habían disfrutado de comodidades, de calles limpias, una vida buena, aburrida y saludable. Los pobres no tuvieron que renunciar a nada porque nunca tuvieron nada, pero ellos sí; eran muertos en vida, adictos al frágil sueño del bienestar. Y esos sueños, a veces, se convierten en pesadillas. Las Furias no eran la única banda del norte. Tenían enemigos por doquier. Pandillas y clanes formados por los hijos de esos prósperos burgueses que cayeron en la ruina, salvajes criminales de primera generación que protegían el barrio y sus privilegios perdidos a toda costa. Camisas Negras, Los Cachorros de Gurat, Rostros Pálidos... Yiel no mentía, era un lugar peligroso para él, pero también para cualquiera que viniese de fuera, incluso para los sindicalistas o los obreros. Esas bandas no querían escuchar hablar de solidaridad, sino de supremacía.

Dejaron la avenida y continuaron por un bulevar que, tiempo atrás, debió de ser hermoso. Ahora, los árboles arañaban el cielo con sus ramas esqueléticas, como cadáveres reseco que clamaban a las alturas un destino mejor. Yiel y Kemi caminaban cogidos de la mano mirando a todas partes, y en ocasiones encontraban curiosos asomados a las ventanas que se ocultaban al instante. Algunos edificios habían sido pintados de colores brillantes y, más adelante, los muros de ladrillo utilizados como lienzo para obras de arte callejeras. Un grupo de niños pasó corriendo, perseguidos por un breve

jolgorio alegre. Al otro lado, unas mujeres descargaban cestos repletos de sábanas. Kemi señaló hacia ellas cuando dejaron su tarea y los observaron, brazos en jarras. Yiel tiró de Kemi y aceleró el paso. Un grupo de barbudos que fumaban en pipas de caña abandonó la conversación a su paso. Yiel evitó siquiera mirarlos y fue consciente de los fajines rojos y su aspecto de delincuente de tres al cuarto.

Aceleraron el paso. Kemi miró atrás y murmuró algo, pero Yiel estaba más preocupado recordando las enseñanzas de Zaman: «Sois abandonados porque nadie os quiere a su lado». Un pandillero en otro territorio era como una gota de sangre en la nieve o una mosca en la pared. Yiel tragó saliva. A esas alturas, el barrio entero debía de saber ya que un forastero había cruzado la frontera. Esas cosas son así, hay vigías, espías, mensajeros y susurradores. Pero ¿de qué banda? Las Furias contaban con aliados, pero todo el norte era zona de conflicto y politiqueos. Y, de todas formas, aunque diesen con ellas, nada había seguro. Yiel preferiría visitar a medianoche el barrio de los Caníbales de Rasá que encontrarse en esa situación porque sindicalistas, revolucionarias y guerreras del pueblo odiaban, sobre todas las cosas, a los macarras como él y los trataban de buscavidas, drogatas y ladrones. Sin embargo, allí estaba, de la mano de una chica que apenas conocía.

No andaba desencaminado. Los estaban esperando.

Toparon con Las Furias al girar la esquina. Eran ellas, no cabía lugar a duda. Una veintena de mujeres, tan desafiantes como una cobra roja, vestidas tal cual, con ruanas de piel teñida y sombreros de ala estrecha, armadas hasta los dientes. Yiel señaló a Kemi y sus palabras se atragantaron cuando las armas lo apuntaron; mosquetes, retroballestas y cañones de mano.

Adaxas se abrió paso hasta la primera fila con gesto ansioso, descubrió a Kemi y sonrió aliviado.

La revolución será de las mujeres; de las esclavas, las putas, las hijas y las madres. La revolución será de aquellas que dieron la vida a sus opresores o no será.

ANNA RAÍCES

Revolución

Un edificio de ladrillo de cinco plantas sin balcones, azotea plana y una colección de chimeneas dispuestas como zampoñas aquí y allá. Así era El Nido, cuartel general de Las Furias. En casi todas las ventanas ondeaban banderas negras con el símbolo de la banda —un círculo que encerraba una estrella roja de tres puntas—. A nivel de calle, sobre los muros, lemas pintados con grandes letras animaban a la rebelión. «¡La revolución es nuestra! ¡Pasado, presente y futuro!» Y algunos más que no tuvieron tiempo de leer porque eran tan largos como el fragmento entero de algún libro y porque los obligaron a entrar a empellones. El resto de la banda esperaba en un recodo del recibidor, como una familia de ratas asustadas que se reunía entre abrazos y besos. Mientras, Kemi fue conducida escaleras arriba.

Unas pocas furias quedaron encargadas de vigilarlos. Eran mujeres de pocas palabras, que vestían camisas tachonadas, pantalones de cuero, botas de caña vuelta y un gorro de fieltro añil. Muchas, armadas con un mosquete largo

como una lanza, rematado por una bayoneta, o un par de cañones de mano y sable. Pendían del cuello y el cinto abalorios y bisutería que destellaba y tintineaba al chocar con la cadera. Algunas otras iban y venían, y vestían sencillos trajes sin estampados y zuecos y también se rasuraban el pelo de la nuca hasta la coronilla. Todas iguales, todas diferentes, cada una siendo como quería ser y parecer.

Había un trajín frenético en El Nido, no hacía falta ser muy despierto para percibirlo, y quizá aquella tensión prebélica alimentaba la ojeriza y el despecho que sentían en el violento silencio a su alrededor. Adaxas, acucillado a un lado, se acariciaba la muñeca, masajeándose el antebrazo. La piel todavía tenía el aspecto reseco y ajado de un hueso de dátil, pero se reblandecía por instantes e incluso recuperaba el calor y el tacto que debe tener la carne viva. Suspiró aliviado al tiempo que observaba sus dedos y abrió y cerró el puño varias veces. Feora y Burr, tras él, sentados en el suelo, se hacían cargo de los más pequeños, y todos, excepto Yiel, evitaban mirar directamente a sus captoras. El jefe de Los Abandonados hincó una rodilla en el suelo y se mordió la lengua sin esquivar las duras miradas de aquellas que los custodiaban.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó.

Adaxas levantó una ceja, sin dejar de acariciar su nueva mano, y respondió en un murmullo.

—Esperar.

—Esperar —repitió Yiel—. ¿Esperar qué?

—Que alguien tome una decisión. Es cuestión de tiempo.

—Parecemos prisioneros y hemos acompañado a Kemi hasta aquí —protestó Yiel.

—Tranquilo —insistió el mandamás—. No nos pasará nada.

Burr se acercó por detrás y habló sobre el hombro de Adaxas.

—Están agotados y quieren volver a casa, Adaxas —dijo—. Has cumplido tu palabra, la chica está donde quería. Regresemos y que Las Furias se encarguen ahora de ella y sus asuntos. —El viejo titubeó cuando el mandamás y Yiel se enfrentaron a él. Desvió la mirada a la nueva mano y sus ojos lo guiaron abajo y arriba de nuevo y después, tragando el temor que empañó su

silencio, a la escalera por la que había desaparecido Kemi. Burr carraspeó y tomó a Adaxas por el antebrazo—. Sin la chica carecemos de interés para las otras bandas. Salgamos de aquí y...

—Carecemos de interés en general —murmuró el mandamás.

—Adaxas...

—Ya estoy cansado de ser invisible —añadió. Yiel escuchaba con atención sus palabras.

—¿Por qué dices eso? —replicó Burr—. Los Abandonados tienen Hogar y son una familia. No necesitan nada más.

—Nadie nos quiere, esa es la verdad. Somos pequeños porque nos creemos pequeños. Zaman nos convirtió en lo que somos. Quizá va siendo hora de cambiar eso. —Dijo aquellas palabras y asintió hacia Yiel, buscando su compromiso.

Burr levantó las cejas y el horror asomó a los ojos de vidrio rayado.

—¿Qué estás pensando?

—Que nos quedamos. —La respuesta la escupió Yiel, y el viejo paseó su espanto de uno a otro. El joven jefe asomó la lengua a los labios y, al igual que Burr hizo antes, miró hacia la escalera por la que había desaparecido Kemi—. Tus motivos tendrás, Adaxas.

—¿Qué? —preguntó Burr a Adaxas, aunque el mandamás no había hecho más que torcer la boca—. No podemos participar de lo que sea esto. Demasiado grande para nosotros.

—Tranquilo, Burr —dijo Adaxas con una sonrisa—. Ya has escuchado a Yiel. Tengo mis motivos. Esperemos a ver qué es lo que ocurre. No hay que precipitarse.

—No es la precipitación lo que me preocupa, Adaxas, sino las malas decisiones.

—¿Te refieres a las mías o a las de los otros? —preguntó el mandamás con sorna—. No tenemos muchas más opciones, Burr. Siéntate y cierra el pico. Estás asustando a todos.

—Solo digo que deberíamos volver a casa cuanto antes.

—Burr... —musitó cargado de paciencia.

—Nuestro sitio está en Hogar. ¿Lo recuerdas? Tenemos que volver a

Hogar, Adaxas.

—¡Ya te he oído, maldita sea! —Adaxas contuvo la voz y tomó a Burr por la pechera del abrigo. El viejo trastabilló y todos se volvieron hacia ellos—. Las cosas no son tan fáciles. No se hacen realidad por mucho que lo desees o con solo decirlo en voz alta. ¿Lo entiendes? Así que calla de una vez.

Adaxas se detuvo cuando sintió la presa de Yiel en su hombro. Burr tartamudeó una disculpa y todos imaginaron que Yiel retiraría la mano, pero no fue así. El reto mudo se alargó como un duelo bajo el sol. Tan solo se escucharon los gemidos prisioneros de Burr. Los muchachos contuvieron el aliento y Feora dio un paso al frente. Adaxas la frenó con un rápido vistazo y regresó a Yiel. Todo su rostro era una arruga burlona, en el ceño, en la boca. Se encogió de hombros al tiempo que soltaba a Burr. Suspiró y regresó su atención a las furias que los custodiaban. Nadie dijo una palabra más. Yiel, a su lado, escupió un esputo.

—¿Por qué no acudiste al Campo de Fresas? —preguntó Adaxas sin mirarlo, con la boca pequeña.

—Por Kemi. Necesitaba encontrar a Las Furias y eso hice.

—Ya.

—Adaxas...

—No pasa nada. Lo imaginé. Sabía que no acudirías, por eso vine aquí.

—Tú también lo hubieses hecho en mi situación.

—No sé lo que hubiese hecho, Yiel. Quizá habría ido a buscarte. Lo importante es lo que tú has hecho.

—Seguí mi intuición.

—Seguiste a tu polla.

Yiel abrió los ojos y quedó lívido durante un instante.

—Te equivocas —musitó—. No es eso. Te juro que no es eso.

—Excusas, Yiel —continuó Adaxas—. La verdad es que no me esperaba esto de ti. —Lo miró un largo instante antes de concluir con un murmullo entre dientes—. Si vuelves a traicionarme, te mato.

—Yo no te he traicionado. —La duda salpicaba la voz de Yiel—. Nunca se me ocurriría traicionarte. Jamás.

Adaxas asintió de la forma en que se cierra una puerta o se levanta un

muro. Las palabras asomaron a los labios de Yiel y se convirtieron en ceniza amarga. Volvió el rostro, a un lado y abajo, y sometió la mirada a la violencia de Adaxas. ¿Lo había hecho? ¿Realmente había traicionado a su mandamás al tomar la decisión de acompañar a Kemi hasta su destino? Abandonar a un abandonado era un crimen terrible, hacerlo con un amigo era pecado capital.

—Han sido Los Oscuros —susurró Yiel.

Adaxas se envaró y preguntó sin palabras, con las cejas en alto.

—A Zaid lo han matado Los Oscuros —continuó Yiel.

—Ya sé que ha muerto, joder —protestó Adaxas.

Yiel asintió y no dijo nada más. Pudo explicar que luchó para que Kemi y él escapasen y que eso lo empujó a pensar que él también debía ayudarla. Pudo haber descrito la desesperación de Kemi, el poco tiempo que le quedaba en aquel mundo, la consciencia de las Kas en su interior, los cortes en la carne de Zaid, la huida a través del bazar. Pudo recriminar a su mandamás que ni siquiera había preguntado por lo ocurrido, que no había visto las lágrimas de Burr y Merso, que no había jurado venganza ni nada de eso —ni una palabra, ni un pensamiento—. Pero no lo hizo. Tan solo dijo: «Ha muerto. Lo mataron Los Oscuros».

—¡Adaxas! —exclamó una de sus guardianas—. Alas requiere tu presencia. ¡Ahora!

Adaxas se puso en pie y dos mujeres lo flanquearon hasta la escalera. Al alcanzar el primer peldaño se dio la vuelta y señaló a Yiel.

—Él viene —dijo—. Es mi jefe de armas y también viene.

Yiel esperó, arrodillado, mientras las furias se interrogaban en silencio. Una de ellas asintió y las otras lo acompañaron hasta Adaxas. Hubo un guiño fugaz y Yiel entendió que debía estar en guardia y cubrirle las espaldas, como había hecho otras veces desde que se encontraron en la calle, cuando los rodeaban una panda de rateros borrachos o cuando los sorprendía algún carretero al que habían desvalijado. Guárdame las espaldas, amigo, dijo sin decir al tiempo que las furias los empujaban escaleras arriba. La lealtad es un arma de doble filo.

Las Furias habían derribado los muros y tabiques de la segunda planta y solo unos pocos pilares salpicaban la gran sala de reuniones. El suelo era un mosaico de pavimentos y pinturas sucias y el polvo aparecía salpicado por un caos de pisadas y débiles cicatrices. La claridad del día iluminaba la sala de la misma forma en que brillaría un farol bajo el agua, dejando los rincones sumergidos en sombras velludas y palpitantes. Medio centenar de mujeres se congregaban en torno a varias butacas dispuestas en círculo. Esperaban en silencio y sus ojos eran espinas y garras y también escarcha cortante. Ambos pandilleros se detuvieron en seco hasta que un golpetazo los obligó a avanzar hacia la expectante multitud. Kemi estaba con ellas, en el centro, y no había más felicidad en su rostro que durante los días anteriores. A su lado, sentada con las piernas cruzadas y los brazos lánguidos, estaba Alas, la primera de Las Furias. Destacaba entre las otras por las hombreras cubiertas de plumas, el rostro de acero, la barbilla alta.

—¿Estás segura? —preguntó Alas a Kemi antes de que llegasen a su altura. Ella asintió sin despegar su atención de Yiel.

Las Furias se abrieron a su paso y los rodearon con curiosidad depredadora. Adaxas sonrió antes de hablar.

—¿Lo ves, Alas? —preguntó de forma amistosa—. Te lo dije: solo tenías que esperar sentada y mi jefe de armas la traería hasta aquí. Este es Yiel. No había por qué precipitarse, ¿no crees?

—¿Quieres decir que si te hubiésemos devuelto a los canales, Kemi no habría llegado? Porque parece que quieres sacar rédito a la situación.

—No, joder, ni mucho menos —replicó Adaxas—. Hay que ver lo que os gusta dar la vuelta a las palabras. La última psiKa está aquí, eso es lo que cuenta. La hubieses encontrado igualmente. No seas tan suspicaz.

—Chico listo.

Algunas furias rieron el sarcasmo de su lideresa.

—Vamos, Alas, tú ya me entiendes —habló Adaxas de forma musical, como siguiendo la broma—. Basta de peleas, ¿de acuerdo?

—Quiero ver tu mano.

—¿Otra vez? —La sonrisa se borró de su boca, aunque solo por un lado, convertida en una arruga.

—Ven aquí. No seas tímido. —Se hizo adelante con la complicidad de una araña. Adaxas miró alrededor, a Yiel y también a Kemi y, finalmente, caminó hasta Alas y le tendió la mano derecha con un titubeo. Ella la pellizcó con delicadeza y observó palma y dorso tal y como lo haría un joyero que encuentra un tesoro único. Murmuró una maldición o quizá un rezo que no llegó a entenderse. Después miró arriba, al expectante Adaxas.

—Estarás contento, ¿no? Se ve mucho mejor —afirmó antes de esgrimir una mueca burlona—. ¿Has pensado en un nuevo apodo, Adaxas *el Manco*?

—No me llames así —masculló él.

Alas soltó la mano de Adaxas y se dejó caer contra el respaldo del asiento. Señaló a Kemi de forma descuidada y apoyó el rostro en la mano floja.

—La última psiKa quiere que la acompañéis en su viaje al templo, pero...

—¡Las Kas lo quieren! —saltó Kemi.

Alas la miró antes de exhalar y continuar.

—...llegáis en mal momento, abandonados —dijo.

Ellos intercambiaron un instante de confusión. Kemi resopló y caminó en círculos, brazos en jarras.

—¿Qué...? —tartamudeó Adaxas, esgrimiendo una sonrisa trémula—. ¿Qué quieres decir? Está aquí, ¿no? La hemos traído como ella pidió. La última psiKa, el canal del poder de las Kas, la que hablará con su voz y todo ese rollo vuestro...

—¡No! —gritó Alas, todavía con el cejo entre el pulgar y el índice. Tomó aire y paladeó la paciencia—. Es mal momento, Adaxas. ¿En serio no sabéis lo que va a pasar?

Adaxas y Yiel se miraron y guardaron silencio con una mueca de pasmo. Kemi, que seguía caminando en círculos a un lado del estrado, entrelazó los dedos tras la nuca y miró al techo.

—Va a estallar la revolución, idiotas —aclaró Alas. Sonrió solo con la boca, aunque el gesto recordó el rictus de un muerto por congelación—. Es cuestión de horas. ¿No sabéis nada de la asamblea? Hace meses que corrió la voz... —La Furia negó con la cabeza y puso los ojos en blanco—. Abandonados, cómo no... Hemos convocado para mañana una gran asamblea

de bandas con el propósito de unirnos a la huelga de estibadores y plantar batalla al Gobierno.

—Entonces —intervino Yiel, aunque mirando a Kemi—, ¿para qué hemos venido?

Kemi se volvió, todavía con las manos entrelazadas en su nuca, y resopló. En los ojos grises de Yiel leyó el temor de la duda: que Zaid había muerto para nada.

—Se supone que deberían acompañarme hasta el templo y despertar a la última Ka —explicó Kemi—. Y eso he hecho. Vengo a vosotras en busca de ayuda porque ¡ellas! me lo dijeron. Y si exijo que Los Abandonados participen es porque ¡ellas! me lo han dicho.

En el silencio que siguió a sus palabras solo se escuchó el taconeo de Alas en la tarima.

—Y así será —intervino Alas—. He dicho que lo haremos. El único problema es que formamos parte de algo que involucra y de lo que depende el futuro de toda la ciudad. Muchas organizaciones se han unido y tramado un plan durante meses. No puedo darles de lado por estos... rateros.

—El tiempo corre... —musitó Kemi con rabia contenida.

—Lo sé, hermana —replicó Alas—. Pero debes comprender que ha pasado un siglo desde que la anterior psiKa acudió a nuestra orden. Muchas cosas han cambiado desde entonces. El mundo ha cambiado, nosotras hemos cambiado. Lo único que sabemos a buen seguro es que ayudamos a la psiKa y pagamos un precio.

—También murió ella —añadió Kemi con aire sombrío.

Alas torció la boca y se inclinó como un cuervo en el cable.

—Murieron todas —masculló. Un visible estremecimiento recorrió la audiencia—. Los Jemeníes las persiguieron sin cuartel durante años. Las acusaron de conspiración y herejía, las sometieron a las más repugnantes torturas y violaciones. Abuelas, madres e hijas... —Alas suspiró y regresó al respaldo de su butaca—. Somos sus herederas, sí, pero avanzamos a ciegas porque borraron su legado de la historia. Ya solo quedan fosas comunes y nichos sin nombre.

—Ahora es diferente —apuntó Kemi—. Ya te he dicho que conozco el

templo y puedo guiaros.

—¡Bravo! —intervino Adaxas—. Las Kas han elegido bien a la última...
Alas enseñó los dientes con amargo desprecio.

—¡Cállate! —exclamó—. Lo propondré en la asamblea de mañana. Eso si consigo convencer a todas mis hermanas. Llevamos tanto tiempo luchando para que llegase este día... Vosotros no podéis entenderlo. Ahora formamos parte de una sublevación con metas reales, no supersticiones del pasado. Ah, ¿por qué pierdo el tiempo? —La lideresa de Las Furias se pellizcó el puente de la nariz y el cansancio acumulado fue visible a todas por un instante. Inspiró profundamente, parpadeó y recuperó la pose regia—. Lo haremos, pero sin ellos. No quiero ver a Los Abandonados.

—Nosotros también hemos cambiado —objetó Adaxas—. Nos uniremos a la revolución.

—¿Lo haremos? —preguntó Yiel entre dientes.

—Participaremos —insistió Adaxas. Alas atrapó su recelo con los párpados—. Dejaré una representación de Los Abandonados para la asamblea. Queremos ser útiles y estar con la psiKa hasta el final.

—Vosotros solo sois útiles a los traficantes —escupió una furia desde la primera fila.

—¡Basta! —Kemi dio un paso al frente—. ¿Por qué no pueden venir si es voluntad de las Kas?

—Porque no confío en ellos, querida psiKa —respondió Alas—. Son tan miserables que no merecen ni estar aquí. Nosotras te acompañaremos. —Miró a Adaxas y Yiel y negó con la cabeza—. Esta gentuza nunca ha hecho nada por nadie que no sean ellos mismos. Juegan por libre y en beneficio propio. Prefieren robar y colocarse con cualquier porquería a...

—¡Cuidamos los unos de los otros! —estalló Yiel—. Eso hacemos. Ninguno de nosotros ha ido a la escuela, nadie ha venido a Los Puentes a darnos lecciones de política o religión. ¿Qué es lo que esperas de nosotros? Somos los hijos y las hijas de las putas más tiradas y sucias de esta ciudad. Ellas también beben para olvidar que nos abandonaron en un portal por no vernos morir de hambre o a manos de su chulo. Tú no me conoces, Alas. No tienes derecho a juzgarnos.

Alas tamborileó con los dedos en el reposabrazos. Adaxas hinchó el pecho al tiempo que pellizcó los dedos en su fajín rojo. Observó de pies a cabeza a aquellos dos gamberros oportunistas y el gesto se le agrió. ¿Tenía que aceptar que participasen de su lucha? ¿Por qué? No eran más que carroñeros que aparecían cuando su propia salvación era posible. Allí estaban, sucios y desaliñados, con el peligro en los ojos y en la pose de macarras desafiantes. Dos chicos por los que nadie daría un céntimo excepto en una pelea callejera; fanfarrones traicioneros, alimañas de dos patas; auténticos bastardos que se levantarían de entre los escombros cuando Paraíso fuese destruida. Y era eso lo que realmente enervaba a la jefa de Las Furias: saber a ciencia cierta que, como las ratas y las cucarachas, ellos habitarían las sombras de sus tumbas cuando todas hubiesen muerto.

—Por encima de mi cadáver —musitó Alas, y sus palabras gotearon hasta el suelo.

—¡Basta! —gritó Kemi—. ¡Es mi tiempo el que se agota!

En ese momento, un golpe de viento abrió las ventanas, todas ellas, como si el edificio entero hubiese sido tragado por un tornado. El vendaval repentino arrastró una montaña de hojas secas. Las furias buscaron protección y se cubrieron la cara y rodaron por el suelo, pero sus gritos de alarma quedaron sordos ante los trinos histriónicos de mil pájaros. La tormenta era en realidad una bandada de pequeños gorriones que aleteaban en un ruidoso caos y chocaban y piaban por todas partes. Alas y el resto de furias daban voces y manotazos a diestro y siniestro y, con cada golpe, las aves se convertían en una lluvia de pétalos de flor. El repentino estruendo se esfumó al poco, dejando tras de sí el suelo cubierto de sedosas lágrimas. Solo se escuchaba resollar a las furias su espanto. Hubo un falso silencio y la brisa de la ciudad acarició a todas y también barrió apenas la alfombra multicolor que cubría todo. En el centro, Adaxas y Yiel se sacudían la ropa y el pelo igual de sorprendidos. Nadie dijo una palabra, hasta que Kemi habló.

—Vendrán conmigo —dijo de forma solemne—. Es voluntad de las Kas.

Alas asintió. El labio inferior le temblaba ante la posibilidad de pronunciar sus pensamientos. Pequeños torbellinos arrastraban los pies entre los pétalos y formaban surcos y dibujos casuales. Alas se incorporó con un

puñado de ellos entre los dedos. Los dejó caer, como sedosas escamas de todos los colores en una ligera nevada. Era real, como la mano de Adaxas *el Manco* o tantas otras cosas que podían pasar y pasarían. Quién sabe qué era posible a partir de entonces. Alas y sus lugartenientes se interrogaron en silencio, quizá con la desazón del creyente que encuentra el rostro divino tras un largo viaje y siente, en el momento en que su Dios habla y el cielo se hace pedazos, que todo era cierto, que los mitos y las leyendas eran reales y que ella, Alas, la primera de Las Furias, no era más que una insignificante casualidad. Tantos años escuchando conjeturas y teorías sobre la Cósmosis; palabreros y charlatanes que especulaban sobre la transmigración de las Kas, sacerdotes que pronosticaban el cataclismo final, el último sueño de las primeras madres. Allí estaba, frente a ella, en el cuerpo de aquella niña mujer, y tras ella, el abismo del futuro, el lugar en que podrían fracasar y dar al traste con la revolución, sus buenas intenciones y determinación suicida. Alas se estremeció al ser consciente de que no había marcha atrás.

—¿Qué es todo este lío? —dijeron desde la escalera.

Un grupo de furias acompañaba a una comitiva un tanto extraña. Dos hombres y una mujer con pinta de navegantes del cielo contemplaban la escena. Vestían gorro de cuero, anteojos ahumados, chaquetones de cuello vuelto y botas altas. Cinturones anchos compartimentados y cuchillos largos, estiletes que casi alcanzaban la rodilla. El líder era un tipo bien plantado de piel curtida al sol y al viento, sin afeitado, y esgrimía una media sonrisa socarrona que recordaba al gesto de un perro. Bajo su abrigo asomaban las cachas de un pistolón enorme.

—¿Habéis comenzado la fiesta sin nosotros? —continuó el misterioso capitán, brazos en jarras.

Alas suspiró de forma paciente y desplegó una mano hacia ellos.

—Macomeno —dijo a modo de presentación—. Almirante de Los Ladrones del Viento.

Adaxas y Yiel habían oído hablar de Macomeno y los suyos, pero jamás los habían visto en tierra. Los Ladrones del Viento era una banda que vivía en los cielos y pocas veces atracaban sus zepelines y aerobotes en los muelles de Paraíso. Navegaban las alturas, entre las flotas mercantes, como rémoras de

las caravanas voladoras. Traficaban con mercancías robadas y no pagaban aranceles a las autoridades de Paraíso. Sin embargo, el mejor y máspreciado tesoro de aquellos filibusteros del aire no se almacenaba en cofres de acero, ni en barriles, ni siquiera se imprimía en pagarés oficiales del Banco Imperial. Su fuerza residía en los secretos, pues eran espías y la información era un bienpreciado en aquellos tiempos de traiciones y conspiraciones políticas.

—Llegas temprano, Macomeno —continuó Alas—. La asamblea no comenzará hasta mañana.

—Lo sé. Supuse que no te importaría si adelantaba mi visita unas horas. Me resulta mucho más cómodo atracar mi nave al caer la noche. Las cosas andan un poco tensas por aquí abajo.

—Te presentaría a mis invitados, pero supongo que ya los conoces...

—Supones bien —dijo Macomeno, y avanzó con suficiencia—. Tú debes de ser Adaxas, mandamás de Los Abandonados. Yo conocí a tu antecesora en el cargo. Zaman era una gran mujer. Sabía como no he conocido otra. No te queda mucho para dejar la banda, ¿verdad? —Adaxas asintió y Macomeno continuó como en una ensoñación—. Abandonados... Siempre las mejores oportunidades caen en manos de los más insignificantes.

—¡Eh! —saltó Yiel—. ¡Muestra un poco de respeto!

Macomeno amagó una risa y detuvo a sus hombres tras él.

—Tú debes de ser Yiel, el jefe de armas sin armas. —Compartió el chiste con los otros y rieron de forma un tanto artificial—. La verdad ofende, chico. Hay que aceptar lo que uno es. Es como soltar lastre, la única manera de volar.

Sus acompañantes rieron de nuevo. Sin embargo, Macomeno no lo hizo. Guiñó un ojo a Yiel y este lo miró aturdido y confundido a partes iguales. En ese momento descubrió a Kemi y se acercó a ella. Caminó de forma un tanto delicada y tímida, algo tan extraño en él que incluso Alas dio un respingo al tiempo que la sorpresa volaba de unos a otros.

—Así que era cierto —susurró Macomeno—. Vaya un lío, ¿verdad?

Alas habló a su espalda, con un destello cómplice en la mirada.

—Esta es... —dijo, pero Macomeno la interrumpió sin despegar su atención de Kemi.

—Sé muy bien quién es, Alas. Mucho mejor que tú. —Se volvió hacia la

lideresa de Las Furias para descubrir gozoso que su sonrisa había desaparecido. Alas dio un paso atrás, pero no pudo evitar que el capitán la tomase por una de las hombreras emplumadas. Levantó sus anteojos y habló para que todos escuchasen bien—. Las Kas juegan con vosotras y con nosotros; con todo el mundo.

—¿Por qué dices eso? —musitó Alas.

Macomeno rio, dio una palmada y miró a todos y cada uno de los sorprendidos presentes.

—Queréis despertar a la última Ka y salvar la vida a su enviada — anunció, divertido—. ¡Magnífico, Alas! Te presento a Midkemia, hijo único y heredero de Kébemon, sumo sacerdote y cónsul de Paraíso. Emperador, por derecho de sangre, de la ciudad sin límites.

*Si caminas por el sendero de la verdad,
no puedes más que llegar a tu destino.*

KHOAN MORO

Cosas inevitables

Hubo trajín desde primeras luces del alba. El Nido todavía se desperezaba cuando llegaron los asistentes a la asamblea convocada por Las Furias. Apenas levantado el toque de queda, resonaba el aldabón en la puerta y, acompañados por el chirrido de los goznes, sombras encapuchadas se disponían a conspirar y tramar una rebelión. La represión del Gobierno a la huelga de estibadores se había recrudecido en las últimas horas. A pesar de las llamadas a la resistencia pacífica, llegaban noticias de fuego y lucha en algunos distritos de la periferia. Yiel, tumbado sobre una manta vieja en un rincón del recibidor, presencié sin ser visto cada una de las comitivas.

Reconoció a artesanos de diferentes gremios: unos pocos herreros, con sus martillos al cinto y los pantalones de cuero rígido; alquimistas vestidas con aparatosas batas largas que apestaban a azufre y vinagre, piel abrasada y labios llagados; pescadores y remendones de redes y unas pocas horneras, mujeres recias que fumaban puros y escupían perdigones. Al poco comenzaron a llegar las bandas, algunas de ellas desconocidas para Yiel, quizá de los confines de Paraíso, y que servirían para una enciclopedia atávica de usos y

costumbres. Tipos de rostro tatuado y cabeza afeitada, modds de ojos brillantes como ascuas que vestían faldas plisadas y capas cortas, niñas que parecían ancianas calvas, hijas bastardas de la urbe. También reconoció a Los Tigres del Parque Nisa y a un par de mohicanos venidos del sur de la calle Helios. Cada banda envió una representación de dos o tres miembros. Yiel perdió la cuenta antes de mediodía. No sabía que hubiesen tantas, ni que fuese posible reunir las sin provocar una batalla campal.

Su discreta curiosidad y, quizá, fascinación se hizo añicos cuando fue descubierto. Un tipo con antifaz de cuero, peinado trenzado y los brazos marcados por escarificaciones geométricas señaló hacia él con poco disimulo. A su lado reconoció a un beato del barrio de Kuro, con túnica carmesí e implantes de cobre en las manos y el rostro. Susurraron sus sospechas desde el vértice de los párpados. «Son ellos —dijeron—, Los Abandonados.» Corrió la mecha de la sospecha. Así que era cierto. La última psiKa estaba con ellos, sí, con ellos, y debía de estar aquí, ahora. Los rumores son el combustible ideal para los desvelos de las comadres. Maldita sea. A partir de ese momento se sintió centro de todas las miradas. Los Abandonados, esa miserable banda de Bocaceniza, de fajines rojos, cara sucia y cuchillos afilados; niñas y niños malcarados que luchaban panza arriba y por los que nadie preguntaba si aparecían muertos en alguna esquina; sí, esos mismos, Los Abandonados, los que trajeron a la psiKa, perdedores natos.

Yiel apartó la mirada ante la ofensiva sospecha de los que se congregaban en la entrada de El Nido y tragó la rancia fruta de la verdad: Kemi era el hijo de Kébemon. La amargura fermentó en su estómago y se convirtió en una pregunta despechada, de las que llevan directamente a un lugar peor del que nacieron. «¿Y qué importa?», se dijo. Sí, esa era una buena pregunta que respondía a aquellas otras que no se atrevía a pronunciar. «¿Y qué importa?» Al fin y al cabo moriría, la psiKa moriría como murieron todas las anteriores, en manos de sacerdotes o de pandilleros convertidos en revolucionarios. ¿A quién le importa? Era un final seguro. El único final. Cuando con nueve años no esperas ver el día de mañana te conviertes en un animal sin alma, un ácrata mocososo. Yiel y todos los otros habían perdido el futuro en las calles de Paraíso, les cayó de los bolsillos en el lodo del presente terrible, en el dolor

cotidiano. Así era la vida y la muerte y lo que queda entre ambas; ese tránsito obligatorio que a veces duraba tan poco y, a veces, demasiado. Depende de la suerte. Sí, los afortunados sobrevivían unos pocos años más. Aunque quizá la fortuna estaba del lado de los que acababan rígidos como el pescado seco entre montones de basura. La vida y la muerte y lo que hay entre ambas.

Se mordió la lengua al sentirse egoísta. Llegados a ese punto, si Kemi no fuese Kemi y Yiel no fuese Yiel, ¿qué sería de ellos? ¿Podrían haberse conocido o siquiera coincidido en el tránsito terreno al que estaban obligados? No eran más que posibilidades escasas con rostro y cuerpo, también nombre y circunstancias, y eso los limitaba mucho en la ciudad sin límites. Jamás hubiesen topado el uno con el otro de no ser porque fue elegido por las Kas como canal de sus sueños. Jamás hubiesen dado el uno con el otro de no ser porque él sobrevivió a los envites del mundo caníbal que lo rodeaba. Una sucesión de azarasas desdichas convertidas en gozosos hallazgos. Milagros cotidianos.

—Es una mierda —dijo Adaxas.

Yiel se volvió, sorprendido, y pestañeó varias veces sin comprender. Adaxas se explicó.

—Todo esto de la asamblea y la revolución —dijo—. Es una mierda. ¿Sabes lo que planean? Hablan de construir un mundo nuevo y van a dejarnos fuera. Nos van a dar de lado.

El mandamás se había arrodillado a su lado y, a su espalda, el resto del grupo se desperezaba y ponía en pie, como nómadas que levantan el campamento. Murmuró una vez más aquellas últimas palabras: «Nos van a dar de lado», y miró hacia la colección de tribus que se amontonaba al pie de la escalera.

—Tengo una misión para ti —anunció tras cavilar un buen rato. Yiel se incorporó. Tenía la boca seca y el poco sueño le arañó los ojos con un beso ácido—. Quiero que regreses a Hogar con Burr y cuidéis de los pequeños.

Yiel no replicó. Tan solo entreabrió la boca y dejó caer una sílaba grave, una negativa incrédula que se alargó más allá de lo recomendable: «No». El mandamás lo miró de forma extraña, como si no tomase en serio su sorpresa.

—Yo me quedaré con Feora y Darq'Ab, Vae, Kyli y Lerian. Quiero que

Los Abandonados formen parte de todo este rollo. No voy a quedarme fuera. Ni de coña. —Después lo miró un instante que pareció eterno y pronunció sus últimas palabras como quien da un martillazo a un clavo rebelde—. ¿Pasa algo?

Yiel pestañeó, bajó la mirada y topó con la mano de Adaxas, su nueva mano.

—No, nada —murmuró, y su voz se derramó viscosa—. Nada.

Adaxas suspiró al tomar a Yiel por el hombro y continuó hablando, pero su voz se ahogaba en las profundidades. Las palabras describían un torbellino que desaparecía en un lugar oscuro y frío que estaba lleno de excusas y traiciones. «Id con cuidado. Atentos a las bandas que todavía buscan a Kemi. Hogar estará destruido. Comenzad con la limpieza y yo volveré pronto.» Y cuando dijo esa palabra sonrió y le pellizcó la nuca con su mano nueva. «Volveré pronto.»

Un lastre de tristeza lo arrastró a las profundidades de su propia inseguridad. Adaxas era el mandamás y él debía obedecer. Además, ¿a quién le importa? Sí, ¿a quién le importa? Regresaría a Hogar y daría la espalda a todo aquello, todas esas teorías políticas, esas milongas revolucionarias y mentiras místicas sobre mujeres que duermen y sus sueños cautivos; a la mierda las visiones y palabras de mesías y salvadores de su alma; sí, a la mierda todos ellos porque él ya se había salvado, no una, sino muchas veces. Se salvó al escapar de los sacasebos, lo hizo cuando esquivó a los traficantes de órganos y a los esclavistas industriales; Yiel se salvó hace mucho y ahora debía salvar a los que contaban con él y devolverlos al agujero del que provenían y del que nunca deberían haber salido.

Tras Adaxas, los pequeños se frotaban los ojos somnolientos y bostezaban y se rascaban las picaduras de chinche y la mugre. Pinchazo, Merso, Zapatos y Yoyo *Cebolla*, Zenón y también Lerian —que sacaba la roña de las uñas con una navaja— y Enrico y Kyli, Bara y Tan Tan. Burr convirtió una hogaza de pan en mendrugos para repartirlo entre todos. Enrico y Homero se abalanzaron sobre el pan como famélicos polluelos huesudos. Merecían ser salvados porque nadie daba nada por ellos, porque estaban condenados a morir desde antes de convertirse en abandonados, en víctimas casuales de la civilización.

—¿Estás bien? —preguntó Adaxas.

Yiel asintió, esquivó su mirada y escucharon resquebrajarse las costuras de su amistad. Algo se había roto, algo que no podría repararse jamás. Recordó el día en que Adaxas apareció, como un héroe adolescente sobre las colinas de basura, con el muñón envuelto en retales sucios, y gritó: «Dejadle en paz si no queréis luchar conmigo». Los rateros se hicieron a un lado y Yiel, magullado, escupiendo sangre, se arrastró hasta él y se encogió tras Adaxas. Los rateros huyeron ante la determinación de aquel tullido loco y así comenzó todo, como si cada día del pasado hubiese formado parte de un ensayo general, un prólogo de antecedentes a tener en cuenta que se esfuma al convertirse en adulto. ¿Es eso posible? Adulto a los siete años y viejo a los veintiuno.

Quiso preguntar: ¿volverás? Entreabrió los labios, miró al frente, pero retuvo el aliento y no lo hizo. Fracasó y apenas murmuró un «todo bien» antes de llamar a Burr, poner orden y prepararse para regresar a Hogar.

¿Y Kemi? ¿Qué iba a pasar con ella? Hicieron recuento. Burr murmuró el nombre de cada uno y se despidió de Feora y las otras. El viejo había pasado la noche sollozando por Zaid y todavía llevaba en los labios y en los párpados las palabras rotas que nunca pronunciaría sobrio. ¿Y Kemi? Yiel esperó en el umbral a que todos hubiesen salido a la claridad diurna y suspiró sin mirar atrás, sin volver la vista a Adaxas, ni a los pandilleros que atiborraban el pasillo y la escalera. A la mierda, sí, a la mierda también. El cielo matinal era un tapete marcado por cicatrices de algodón sucio entre las que navegaban barcazas de caña. Volvamos a casa, se dijo al pisar el adoquinado húmedo del exterior, sí, volvamos a Hogar como lo que somos.

Un poco más abajo, pasada la primera bocacalle, miró a lo alto una vez más. Un gran galeón se acercaba a los muelles flotantes y desplegaba las pasarelas de embarque. A Hogar, se dijo, volvamos a Hogar como lo que somos. A la mierda, a la mierda todo. Entonces se detuvo y Burr y los otros también lo hicieron. Sin una palabra, dio media vuelta y corrió de regresó a El Nido. Embistió la puerta con el hombro y algunas chicas de camisa mostaza y mostacho perfilado se apartaron a su paso. Subió la escalera de un brinco. La planta de arriba bullía con mil conversaciones entre mil estéticas y un

propósito. Algunos observaron sorprendidos su resuello ansioso mientras trataba de otear sobre los presentes. A la mierda, a la mierda todo. En el centro de la sala descubrió a Las Furias. Se abrió camino a codazos, sin cuidado alguno, entre hombres y mujeres mucho más corpulentas que él. Sintió que no tenía tiempo, que la vida se le escapaba entre los dedos, pero todo se detuvo cuando penetró en el círculo central y la vio.

Kemi había cambiado de indumentaria. Las Furias le habían proporcionado un chaquetón de cuero oscuro con correas en los puños y pantalones de su talla. También guantes sin dedos y mullidas botas de piel. Alrededor de la cintura, conservaba el fajín carmesí de Los Abandonados. Ahora sí parecía la última psiKa, destinada a algo grande, a algo definitivo para Paraíso, y esa sensación lo detuvo en seco y le robó las palabras. Yiel tartamudeó y ella lo interrogó con los ojos y sonrió; lo hizo, y sus labios y sus dientes fueron un bálsamo cuando llegó hasta él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kemi.

—Tengo que irme —confesó él, casi sin aliento—. Tengo que irme y no quiero.

—Pero...

—¿Es cierto? —la interrumpió—. ¿Eres el hijo de Kébemon?

Kemi apretó los labios y asintió a medias.

—No —respondió de forma frágil—. Soy su hija.

Ella bajó la mirada y lo tomó por el brazo. Yiel se estremeció. Sintió los ojos de muchos sobre ellos y eso le hizo mostrar los dientes. Kemi miró alrededor y cuando regresó a él sonreía, aunque era una sonrisa triste. Porque pesaba sobre ellos el destino de las psiKas que la precedieron y porque era un oscuro presagio de muerte. Salvarse es una quimera, una mentira piadosa que se les cuenta a los niños antes de dormir para no despertar. Solo los hipócritas y los mezquinos se salvan, y ellos no eran así; Kemi y él y todos los abandonados a su suerte, a un lado de la historia. Salvarse era para los que todavía soñaban con el futuro a pesar de haberlo asesinado a base de buenos modales y moral. Ellos ya estaban perdidos porque vivían extraviados de la vida. Todos esos pensamientos funestos se le enquistaron en la garganta. ¿A quién le importa? A él, a él le importaba. También a ella, sí, tal vez a ella le

importase lo suficiente como para no abandonarlo, para permanecer a su lado y poner espacio y tiempo de por medio. Porque estaban juntos en esto o eso creían. Por segunda vez, la sonrisa de ella se cubrió con un velo taciturno y él dio media vuelta y salió de allí sin una palabra más. Se abrió paso entre la multitud y la dejó sola, como Adaxas lo había dejado a él.

—¿Dónde diablos se ha metido? —preguntó Tan Tan, impaciente.

Burr ignoró las quejas de la chiquilla y continuó con su preciosa labor de mecanista. El resto de chiquillos se apelotonaba alrededor suyo y observaban hechizados su arte. Hacían tiempo al resguardo de un callejón cercano al cuartel general de Las Furias. Yiel había vuelto atrás hacía un buen rato y todavía no había regresado. El viejo no podía presumir de muchas cosas, pero conocía las pasiones humanas mejor que las ruedas de cualquier corazón a válvulas, así que resopló y dejó que Yiel se tomase todo el tiempo necesario para arreglar sus asuntos con Adaxas y Kemi. Burr pellizcó con las pinzas las finas escamas de moanto y las dispuso sobre el clavo oxidado. Después dibujó con un punzón una séfira que resplandeció un segundo y desapareció en el metal. Rebuscó en los bolsillos un engranaje y en el cinturón un poco de hilo de cobre que cosió alrededor del pequeño ingenio. Un chispazo estalló en el espacio entre la carne y el metal y las piezas quedaron soldadas. El diminuto mecanismo de relojero parecía una panza bajo el clavo, y unas finas patas de alambre lo mantuvieron plantado sobre la yema del dedo índice. El silencio expectante acompañó a los rezos de Burr. La pequeña esquirra de Kamé resplandeció como la cola de una luciérnaga. Las oraciones movieron el engranaje y cada diminuto eje, muelle y circuito hizo su trabajo. La libélula mecánica inició el vuelo tras un aleteo inicial, como si espantase la escarcha acumulada en las alas metálicas. Un murmullo sorprendido precedió a la turba chillona que corrió a la caza del mecaseto. Burr sonrió, gozoso, aunque su alegría se enturbió al recordar a Zaid.

—Corred, corred tras él —dijo, animando a los más pequeños a perseguir su creación.

El viejo suspiró y rio al verlos, dando aspavientos y manotazos tras el

sencillo autómeta. La improvisada batería apenas duraría unos minutos, así que la diversión se esfumaría pronto; los chicos regresarían entre discusiones, zarpazos, algún escupitajo repugnante y el mecaseto convertido en un amasijo de chatarra inservible. El trabajo de un mecanista era tan efímero como la vida real. Los hombres nacen, se transforman y se apagan, tal y como los autómetas viven. Quién sabe si existe consciencia en ese breve lapso de tiempo o todo es un aletear ciego, dando tumbos, esquivando sin saberlo los reveses de dioses infantiles y sus juegos. Ah, se compadeció, Zaid ha muerto, renació para morir.

—¿Es que no piensa volver? —insistió Tan Tan, que ignoraba el juego de los más pequeños. Dio una patada a una lata que repicó de forma escandalosa de una parte a otra.

Burr regresó de sus meditaciones y se puso en pie. Sabía que no imponía ningún respeto a aquella pandillera malhablada, pero no dejaba de ser un adulto —jorobado y viejo, alcoholizado y no mucho más alto que ellos— y hubo un tiempo en que se respetaba a los mayores. Así que los amenazó, sacudiendo el dedo, y recordó quién mandaba allí.

—*Mutismutis* —dijo—. Tus quejas no me gustan, Tan Tan.

—Pues te jodes —replicó la muchacha—. No sé qué hacemos aquí. ¿Cuándo vamos a volver a Hogar?

Aquellos que hacían costado a Tan Tan —los más mayores: Yoyo *Cebolla* y su querida Bara, porque Zenón, desde la muerte de su hermano parecía tan triste y silencioso como un espectro— intercambiaron guiños y muecas que imitaban a Burr. El viejo gruñó y dio un paso al frente.

—¿Qué ocurre? ¿Quieres tomar el mando? —interrogó a Tan Tan—. Perfecto. Volvamos a Hogar sin Yiel y lo discutes con él cuando regrese solo a través de territorio enemigo.

Los presentes se pusieron en guardia al imaginar esa posibilidad.

—¡Eh! —se quejó Tan Tan—. Yo no he dicho eso.

—Pues menos blablá. —No lo dijo solo a Tan Tan, sino que paseó su mirada de uno a otro antes de continuar—. Esperaremos a Yiel tanto como haga falta.

—*Cristalino*, joder —escupió ella. Dio media vuelta y masculló al tiempo que daba una nueva patada al suelo—. Viejo de mierda.

Burr hizo oídos sordos y aguantó la pose con dignidad herida. Como había predicho, los pequeños regresaban con el mecaseto y los recibió con la máscara trágica de un actor loco. Ellos no notaron nada o, si lo hicieron, lo ignoraron por completo, lo cual no hubiese sido extraño en absoluto. Burr participó de sus juegos y puyas envenenadas. Zapatos recibió un pellizco, Enrico y Merso se quejaron una y otra vez mientras Homero lanzaba puntapiés con sus botas remendadas. La libélula se había apagado.

Cuando Yiel apareció caminaba calle abajo, dando grandes zancadas. No dijo nada al llegar a su altura. Quizá musitó una orden entre dientes, un escueto: «Nos vamos», aunque nadie llegó a escucharlo. Burr saltó tras él y todos lo siguieron. El viejo mecanista había visto aquella expresión enfurruñada más de una vez, cuando Yiel afrontaba su enfado buscando pelea, rompiendo cosas, dando golpes y recibiendo alguno; sin embargo, cuando una herida se abría en la pulpa de su alma —cosa que no ocurría muy a menudo—, desaparecía en busca de soledad. El mecanista supuso que ese había sido el motivo de su retraso, subido a un tejado como las arañas gato que silban a la luna blanca. Podía engañar a los otros, no al último maestro vivo de Los Abandonados.

Descendieron en dirección al río a buen ritmo, casi trotando tras él. Nadie dijo una palabra más. Tan solo lo siguieron tal y como lo haría una manada de perros callejeros, sin saber qué encontrarían al girar la siguiente esquina. Y lo que encontraron fue una barricada. Los marinos, quizá artesanos o sindicalistas radicales, habían cruzado un par de carromatos en la calle. Una montaña de adoquines y sacos de tierra y tejas y también algunos barriles y mobiliario. Los Abandonados clavaron los talones al suelo y toparon con las espaldas de Yiel. Había empezado, fuera lo que fuese, ya había comenzado.

Volvieron atrás a toda prisa. Yiel mascullaba maldiciones y la urgencia se le arrebolaba en los pómulos. Ante la posibilidad de no encontrar una ruta segura para su regreso, la ansiedad se contagió de unos a otros. Burr comenzó a toser de forma incontrolada y Zapatos a lloriquear. Hogar parecía tan lejano como un espejismo en el horizonte de un sediento beduino. El regreso a casa parecía cada vez más una mala idea. Esquivaron un destacamento de la milicia, dando un rodeo, y evitaron dos docenas de síndicos ataviados con

armadura y largas cachiporras de goma. La ciudad bullía bajo sus pies, podían sentirla borbotar y cocer una erupción rabiosa. Los transeúntes habían desaparecido de las calles; las pocas mujeres y hombres que veían caminaban con el abrigo cerrado sobre el cuello, encogidos y asustadizos como ratones fuera de su madriguera. A veces se escuchaba una sirena de alarma —aunque quizá fuese una fábrica convocando a los hornos a un nuevo turno de esclavos — y disparos lejanos —tal vez el petardeo de un esquife levitador—. Por todas partes, se sentía la clase de falsa calma que precede al desastre. Como cuando llega la primavera y se afloja la nieve en las montañas, los pájaros alzan el vuelo, las agujas de los abetos bailan a la brisa, los corzos huyen espoleados por una intuición. Se escucha el rumor lejano, sí, ahí está, imposible ponerse a salvo: el alud arrasa con todo. Aunque en Paraíso no hay primavera ni nada que se le parezca, solo escarcha sucia y fango.

Al poco, Yiel los obligó a ocultarse en una portería abierta.

—¡Deprisa! —apremió—. ¡Escondéos! ¡Que no os vean!

Dos mecacarros pasaron en dirección norte, desmenuzando el asfalto con sus cadenas metálicas. En la caja trasera se apelotonaban un numeroso grupo de tecnos que daban palmas y cantaban una melodía rota y caótica. Yiel perdió la respiración cuando vio el fantasma de Cabeza de Lata al frente de todos ellos. Tenía el rostro lechoso y enfermizo, y la bomba de respiración parecía insuflarle odio puro en su organismo modificado. Vestía un abrigo largo que, desplegado, hubiese servido como lona para cubrir el camión entero. Cabeza de Lata estaba vivo, aunque hubiese sido más apropiado decir: no muerto.

Todos respiraron aliviados cuando Los Tecnos desaparecieron calle arriba. Algunos incluso bromearon y unas pocas risas nerviosas brotaron entre los más pequeños. Yiel y Burr se interrogaron en silencio. Sin palabras, compartieron pensamientos. Yiel abrió la boca. Burr levantó las cejas y las dejó caer al comprender lo inevitable. Asintió antes de que Yiel hablase. De nuevo sentía que su edad le daba la razón. No presumía en vano cuando afirmaba que conocía las pasiones de los hombres mejor que sus autómatas y oraciones matemáticas. Al fin y al cabo, Yiel era un adulto, quizá en el cuerpo de un adolescente, pero las cicatrices, los ojos insomnes, sueños y temores, todo eso era de adulto.

—¡Pasad de Hogar! —gritó Yiel mientras se alejaba a la carrera—.
¡Esperadme en el Campo de Fresas!

Burr dijo: «De acuerdo». Aunque Yiel ya corría tras Los Tecnos, dirección a El Nido.

No sabemos lo que queremos, pero sí lo que no queremos.

Capitana BON JESEN
Frente al tribunal que la juzgaba

Asamblea

El bullicio y las discusiones cesaron cuando comenzó la asamblea. Al menos, así fue al principio. Se estableció un orden del día, elaborado por los contadores que habían venido del distrito administrativo, e incluso un turno de palabra, pero de nada sirvió. Demasiados bandos y bandas, sindicatos, hermandades, grupos vecinales, representantes de esclavos y artesanos, industriales, mecanistas y sacerdotes prófugos. Muchas voces para una sola cabeza. Quizá el propósito fuese uno, pero la discusión se convertía en reyerta cuando se debía afrontar la manera de alcanzarlo y, no digamos ya, cuando se trataba de mantenerlo. Una cosa era derrocar al Gobierno, otra muy diferente establecer los cauces para hacerlo, y prácticamente imposible resultaba imaginar la forma del Estado que se instauraría después. A toda aquella desorganización había que añadir las habituales diferencias y disputas — resulta un eufemismo cualquier palabra que se utilice— que los diferentes grupos habían sembrado entre ellos a lo largo de la historia.

Era evidente que Los Bromistas de Calle Larga no podrían nunca, de

ninguna manera, colaborar con Los Tigres del Parque Nisa. Y la misma inquina impedía que formasen juntos Navegantes y Saltatejados, o Los Cuervos Tuertos con cualquier otra banda al sur del Canal Hoos. Demasiados enfrentamientos, muertes y guerras en el pasado que impedían otra cosa que no fuese la desconfianza mutua. Aunque no todo quedaba en antiguas riñas a navajazos entre pandilleros y disputas por territorios o mercados. Los estibadores tenían sus reticencias a unirse a los artesanos no industriales, y estos discrepaban cada vez que alguien hablaba de derrocar a los amos y liberar a los esclavos, como si estos no fuesen libres ya y recibiesen un salario a cambio de su esclavitud. Algunos burgueses sentían pánico ante la idea de convertir en ciudadanos a todos los habitantes de Paraíso, mientras que ese era el planteamiento de inicio para Las Furias y buena parte de los radicales presentes. Destruir el Estado o reformarlo, convertirse o convertir, hablar o escuchar. Había tanto que hacer y tan poco tiempo.

Y la psiKa; después estaba todo aquel asunto de la última Ka y Kemi. Había una especie de superstición religiosa en todo ello. Nadie de los presentes había oído hablar sobre el gobierno de las Kas más que en rumores y habladurías. Sabían que existió alguna vez y pasó a la historia sin ciencia alguna, con un saco de objeciones y contradicciones. Era un gato que cazaba su propia cola, la verdad. Los Jemeníes, al derrocar a las Kas, se habían encargado de destruir todos los registros y crónicas de la época. Tanto tiempo después, no había manera de saber cómo funcionaba el Gobierno de las Kas, y la imaginación nostálgica no valía para los que deseaban construir un nuevo imperio. Regresar al buen Gobierno de las psiKas era, más que una restauración, una posibilidad más. Después de todo, ya tenían instituciones en funcionamiento como el Parlamento de la Zuyab y el Senado. ¿Por qué disolverlas? ¿Para instaurar qué? Alas tuvo que combatir contra la desconfianza incluso entre las suyas y se mostró decepcionada ante el recelo de los otros. A ojos de muchos, Kemi no era más que una opción continuista, demasiado mística y cercana al régimen, tan cercana como que compartían sangre, nombre y sexo. La verdad es que era el hijo del criminal que aspiraban a derrocar. Ni siquiera era una mujer o un hombre, era otra cosa, y aquello se leía en los ojos de todos, incluso de aquellos y aquellas que quitaban

importancia al hecho, algo a lo que Kemi ya estaba acostumbrada.

Declararon una pausa mientras sindicatos y burgueses discutían en busca de lazos y nudos comunes. Alas y Las Furias moderaban como podían toda aquella polémica sobre la organización futura de Paraíso. El ambiente resultaba asfixiante y pesado, cargado de humo y la condensación del sudor. Kemi se sintió mareada. No había dicho una palabra desde que Yiel desapareciese, quizá para siempre. Se desplazó a un lado hasta quedar tras unas pocas furias que observaban todo. Una de ellas le ofreció agua fresca de una bota de piel.

El corazón se le aceleró; los latidos acallaron la algarabía de voces. El vértigo la hizo tambalearse.

—¿Estás bien? —le preguntaron.

Ella asintió y se disculpó con una sonrisa azorada. El reloj corría en su contra y a nadie parecía importarle. Apenas faltaba algo más de un día para la Cósmosis y nada había cambiado. Se abrió paso entre la multitud que charlaba en grupos. Dio de bruces con un hombre barbudo que masculló unas palabras roncadas que no llegó a entender. Sintió que la multitud de rostros la acusaba en silencio. Otra vez no, se dijo, y sintió la necesidad de escapar. Cerca estuvo de desplomarse cuando alcanzó la escalera, pero una mujer musculosa de melena trenzada la agarró en volandas. Todos rieron alrededor. Ella se revolvió y la gigante la dejó correr escaleras abajo. El gran portón estaba cerrado. Invadió con urgencia una habitación lateral, en la que encontró una ventana sobre la que se abalanzó. Abrió los postigos y el aire fresco lavó su cara y también su espíritu.

El sol bajaba y las lunas subían y pronto todo acabaría. Día y noche se descomponían en su memoria. Una neblina de confusión cubría todo y aparecían recuerdos de otro tiempo. Las Kas se manifestaban y conquistaban cada resquicio, cada cámara secreta. Kemi se ahogaba allí dentro y la sensación de asfixia le mordía las tripas. Nacer, morir y soñar. Vida tras vida, una y otra vez, arrastrándose en la esencia misma de lo que debería ser una psiKa. Pero ¿qué era Kemi? Las anteriores psiKas eran niñas y mujeres, esclavas y ciudadanas —todas diferentes, todas iguales—; nacer, soñar y morir, hasta el infinito. ¿Era posible romper ese ciclo, abandonar lo previsible

de su papel y convertirse en otra cosa? Su padre aspiraba a coronarla emperador, las Kas soñaban que era una psiKa y hablaba por ellas, para los rebeldes no era más que un error del pasado, un engendro a evitar en la construcción del mundo nuevo. ¿Dónde estaba Kemi en ese rompecabezas de imposiciones y juicios?

—¿Todo bien? —preguntaron a su espalda.

Kemi se volvió, sorprendida por la intromisión. Adaxas la observaba con los brazos en jarras y, tras él, algunos de sus muchachos vigilaban que nadie merodease por allí. El mandamás de Los Abandonados se acercó. Sonreía un poco y ladeaba la cabeza a un lado, casi con compasión hiriente. Al llegar a su altura se apoyó en la pared y repitió la pregunta.

—¿Todo bien?

Kemi asintió y miró a través de la ventana.

—Necesitas aire fresco —continuó él. Suspiró y miró fuera también—. Arriba siguen discutiendo. Es una jaula de grillos. Una pelea de gallos, mejor dicho.

Kemi suspiró con la vista puesta en la estrecha porción de cielo sobre los edificios.

—Parece tan sencillo y... —continuó Adaxas.

—No existe nada sencillo —afirmó ella.

Compartieron un silencio suave. Adaxas se pasó la lengua por los labios, pero no dijo nada. Su corazón palpitaba enjaulado en el pecho. Esperó y buscó las palabras y quizá también los hechos, pero fue ella la que habló, sin mirarlo, como si destapase una herida infectada.

—Adaxas...

—¿Quieres estar sola?

—No. No es eso. —Kemi se enfrentó a él. Antes de hablar, lo contempló de arriba abajo. Cada poro de su piel, sus músculos, su pose de líder, su mano al final de la muñequera de cuero—. ¿Por qué has enviado a Yiel de vuelta a Hogar?

—Alguien tenía que regresar con Burr y los pequeños. Hogar no puede quedar vacío durante mucho tiempo. Hay mucho que hacer. El ataque de Los Perfumados y La Brigada de Demolición fue un desastre y... hay que enterrar a

los muertos.

Kemi asintió con gesto triste.

—Burr es buen ingeniero. Trazará un plan para la reconstrucción y reparación de todo —continuó Adaxas—. Quizá tengamos que buscar otro Hogar.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Sí lo hace. —Adaxas esgrimió un gesto turbado y teatral—. ¿Por qué dices eso? Alguien debía regresar y Yiel es mi segundo al mando. ¿Preferías que me hubiese marchado yo? Se supone que alguien debía quedarse al mando...

—Dije a Las Furias que Los Abandonados vendrían conmigo, no solo unos pocos —lo interrumpió, cortante—. Y tú le has dado a elegir y has separado a la banda. ¿Por qué?

—Yiel debe hacerse cargo de Hogar —insistió él—. Dentro de unos meses será el mandamás. Tiene que comenzar a asumir responsabilidades para cuando yo ya no esté.

Kemi le dio la espalda, apoyó los brazos en el dintel de la ventana y observó el aura del sol tras la niebla translúcida.

—¿Estás haciendo planes? —preguntó Kemi con la boca pequeña.

—Puede que sí y puede que no. Tengo que pensar en mi futuro, ¿sabes? De momento, me gusta lo que veo. Hay... No sé cómo decirlo. Hay posibilidades para alguien como yo. Mucho mejor que en Los Puentes, la verdad. Siento que puedo llegar lejos. Esta gente sabe lo que se hace. Despertarán a la Ka y yo estaré allí para verlo.

Kemi lo miró desde el hombro y caviló aquellas palabras. Parpadeó un par de veces y deshizo la arruga de su boca antes de hablar.

—No me cuentes milongas, Adaxas. Tú no crees en eso —dijo—. ¿Por qué lo haces?

—Solo quiero ayudar —respondió—. Es mi manera de darte las gracias.

—A mí no me debes nada —replicó ella—. ¿Para qué tanto interés por unirte a Las Furias? ¿Crees que vas a conseguir algo a cambio? Eres un iluso y un egoísta.

—Yo ya he conseguido algo —afirmó con una sonrisa llena de soberbia

repentina.

Kemi apretó los dientes. Se miraron fijamente, sin decir una palabra.

—Te lo advertí —replicó ella al fin—. Esa mano no es tuya.

—No. No es solo eso —desdeñó él con desenfado, dando un manotazo al aire y caminando alrededor—. Ahora sé lo que quiero. Ya sé lo que soy y, ¿sabes lo mejor de todo? Sé lo que puedo llegar a ser. Se acabó lo de vivir en el gueto. Ya no más bandas, no más niños salvajes. A partir de ahora, comienzo una nueva vida. He comprendido una cosa. Dices que ellas me dieron esta mano. ¿Sabes para qué? Le he dado muchas vueltas. Creo que tengo una misión sagrada. Ya ves. No solo tú puedes ser una mujer sagrada. En eso también somos un poco iguales, ¿verdad? No te ofendas.

Concluyó con una mueca extraña, un gesto divertido y cómplice que ocultaba bajo la débil superficie una violencia y desprecio como Kemi había sentido pocas veces. Ella lo miró boquiabierta, incapaz de pronunciar palabra. Las sombras la cubrieron y el sol desapareció también en el cielo. Adaxas dio un paso atrás y se alejó un poco, como quien toma carrerilla y se prepara para saltar al vacío. La brisa de la mañana lo hizo estremecerse. Afuera se escuchaban voces.

—Estoy en deuda contigo —dijo Adaxas de repente. Kemi lo miró de forma blanda, ausente, aunque su gesto cambió cuando él continuó—. Yo te llevaré hasta el templo.

Kemi lo miró, espantada.

—Robemos una nave de Macomeno y despertemos a la última Ka. Nosotros te acompañaremos. ¡Vamos, ahora!

Kemi dio un paso atrás. Él tendía su mano, la nueva, la que pusieron al final del brazo los sueños distantes de las Kas. El paso fue corto, como el que camina el tablón que lo arrojará por la borda.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, todavía incrédula—. Las Furias me acompañarán al templo. No podéis hacer nada. Ni siquiera tenéis armas.

—Las Furias están demasiado ocupadas con su revolución. ¿No lo ves? No les importa nada más que salvar el pellejo. ¿Crees que harán algo por ti? ¿Por la ciudad?

—Adaxas, cállate.

—Alas y las otras no quieren salvarte —dijo. Su voz de serpiente afónica, los ojos encendidos—. ¿No has visto cómo te miran desde que saben lo que eres? Ya no confían en ti. Vamos, Kemi, sabes que es verdad. Ya no cuentas para ellas y su revolución. Os dejarán morir a ambas o la despertarán a ella y tú acabarás con un disparo por la espalda. Venga, piénsalo. Yo te llevaré al templo. Sin tanta discusión. Si quieres hacerlo, solo hay que ponerse manos a la obra, ¿comprendes? —dijo antes de tender ambos brazos hacia ella, suplicante—. Kemi, por favor, ven conmigo.

—Hijo de puta —murmuró.

—¿Por qué dices eso? A mí no me importa lo que seas.

—¡Adaxas!

Él parpadeó y sus mejillas se derrumbaron junto con las expectativas. Kemi dio un paso al frente y lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡Calla! —exclamó, y se llevó las manos a la cabeza, hincando las uñas entre el pelo—. No puedo creerlo. No puedo creer lo que estás haciendo. Cabrón de mierda. Hijo de puta.

—¿Por qué no? —La voz y el rostro se le volvieron sombríos—. Eres el hijo de Kébemon. Gobernarás Paraíso. ¿Y qué? No me importa, en serio. Déjame que te ayude. Despertemos a la Ka antes de que te echen de menos. Tienes que ser más listo que ellos, Kemi, anticiparte. Eres la última psiKa. Tú tienes el poder. Ven conmigo. ¿Por qué no? En el fondo sabes que estás solo. Ya los has visto ahí arriba. Nadie va a ayudarte. Vayamos tú y yo. Ya sabes de lo que son capaces las Kas. Si las liberamos, si conseguimos estar a su lado... Tú y yo, Kemi. Dime que no lo has pensado. Tú y yo y ambos tendremos lo que queremos.

—Tú no sabes lo que yo quiero.

—Vivir, Kemi —replicó él—. Vivir.

Kemi quedó paralizada, incapaz de mover un músculo.

—Estás loco —murmuró.

El mandamás paladeó aquel bocado amargo y sonrió con idéntica amargura. Se acarició la mano mientras negaba con la cabeza.

—¿Y quién no? —dijo—. Es un mundo de locos.

Kemi dio con la espalda contra la pared cuando Adaxas la cogió por la

cintura con la mano derecha. La atrapó de la camisa sin ningún cuidado, con la misma tensión que ascendía por el cuello hasta la mandíbula. Los ojos se le habían convertido en dos teas de luz negra y su cuerpo la abrasaba. Ella lanzó un manotazo al pecho.

—Vendrás conmigo —musitó sobre ella, como si fuese a morderla—. Y juntos la despertaremos.

Kemi se atragantó con un gemido. Intentó arañarle la cara, pero Adaxas fue más rápido y le retorció la muñeca. Se revolvió y, en el vaivén y el choque de sus cuerpos, palpó el pincho oculto en su fajín. Adaxas apoyó los brazos en la pared y la acorraló. Acercó su cara lo suficiente para murmurar al oído —«Tú y yo juntos, Kemi. Tú y yo»—, pero calló al instante. Conocía bien el tacto de un punzón afilado bajo el mentón. Quedaron en silencio. Él con los ojos muy abiertos, todavía llenos de violencia y deseo. Kemi azorada y cubierta de sudor repentino.

—Te rajo el cuello, cabrón —masculló ella desde el cepo de los dientes.

Adaxas sonrió, aunque en realidad era una mueca excitada. No se movieron.

—Estás solo —susurró Adaxas.

De un zarpazo, se lo quitaron de encima. Voló por los aires y se revolvió en una pirueta de boxeador. Ganó espacio y desenfundó la navaja con un movimiento lleno de rabia repentina. Frente a él encontró a Feora, La Justicia de Los Abandonados, que se interpuso.

—Pero ¿qué estás haciendo? —lo interrogó con la voz contenida y los ojos asomados al balcón de los párpados, obligados a creer lo que habían visto—. ¿Has perdido la cabeza?

Kemi aprovechó para escabullirse mientras Feora esperaba una respuesta, algo que la convenciese, un milagro que no se produjo. Adaxas levantó el puño —su nuevo puño— hacia ella. La navaja en la zurda, junto a la cadera, con el filo hacia abajo. Feora no se movió un ápice, esperando recibir la cuchillada, y Kemi gritó como no lo había hecho por ella misma. Sin embargo, Adaxas se detuvo, tan asustado como un animal ante su propio reflejo. Feora, en lo profundo de la capucha, se había convertido en un espejo de plata. La piel bruñida, de acero y hielo, reflejaba el rostro descompuesto de Adaxas,

retorcido y deforme. El mandamás retrocedió, espantado y tembloroso. Se cubrió con la mano, su nueva mano, y desde las cejas se retó a sí mismo, a aquel reflejo propio en la cara de la jueza, y vio el reproche en los ojos de Kemi y de Vae y Darq'Ab, que presenciaron todo, aturdidos en la puerta. La náusea le mordió la lengua.

—¿Qué pasa aquí? —los interrumpieron.

Alas apareció en el umbral. Algunas furias la seguían con las armas en ristre. Kemi devolvió el pincho al bolsillo secreto del fajín. Adaxas no lo hizo, preso del reflejo en Feora. La Furia interrogó a Kemi sin palabras y entrecerró los párpados de forma suspicaz. Siguió un breve instante de hielo en que Adaxas se alejó de Feora y caminó en círculos cerca del fondo, las manos en la cadera, dando bocanadas con aires de sofoco.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió Alas, y Kemi negó sin mirarla directamente. La furia frunció el ceño y, sin pensarlo dos veces, desenfundó el cañón doble que pendía en su cinto.

—¡No! —gritó Kemi.

Las reyertas pendencieras nacen y mueren rápido. Una vez se tira mano de las herramientas, todo ocurre en un parpadeo, visto y no visto. En ese instante fugaz, aunque interminable, Kemi intentó sin éxito detener a la primera de las furias. Con un paso largo, Alas plantó el cañón doble a un palmo de la cabeza de Adaxas. La oscuridad infinita de los cañones atrapó al mandamás, que quedó lívido. La furia amartilló los percutores con pulso firme y deslizó el dedo en el gatillo. Todos pudieron verlo con detalle —el tiempo detenido en una pegajosa telaraña— y, sobre todo, escucharlo: cliclic. Adaxas envejeció de repente, se encogió y chilló una súplica lamentable, casi un balido bovino. Interpuso la mano entre el arma y el rostro, como si pudiese protegerle más allá de cambiar su apodo de pandillero. Kemi y Feora detuvieron el brazo armado de Alas. Pero las furias que la acompañaban lo lanzaron a empujones contra la pared.

—¡Yo también puedo despertar a la última Ka! —declaró Adaxas, arrinconado, todavía con la diestra frente a él—. ¿Por qué no voy a poder hacerlo? Yo también cuento con su favor. ¡Yo!

Alas escupió a sus pies y buscó de nuevo a Kemi. Observó que no

estuviese herida, y entre jadeos y reproches silenciosos se impuso una calma tensa.

—Quieren ver a la psiKa —dijo Alas tras enfundar el cañón, mirando a Adaxas en lugar de a Kemi—. Debes regresar a la asamblea.

Ella se estremeció y Alas pareció percibir una duda en sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Quieres descansar? Nosotras nos encargaremos del cerdo.

—No —dijo ella—. No le hagáis daño. Diferencia de opiniones. Solo son...

Kemi encontró los ojos de Feora y también las palabras que buscaba.

—Asuntos de Las Abandonadas —concluyó—. Nosotras nos encargamos.

Alas la tomó por el hombro y amenazó a Adaxas con una mirada torva.

—Te esperamos arriba, psiKa —añadió.

Kemi respiró aliviada y caminó a un lado. Le tomó un largo momento levantar la mirada hacia Adaxas. El mandamás estaba solo en un rincón, frente a ella, Feora y los que habían permanecido a su lado. Tenía los ojos vidriosos, con un brillo apagado en la profundidad del gesto malhumorado. Es imposible volver al pasado. Nada puede borrar los actos conscientes de hombres y mujeres, de sacerdotes y déspotas genocidas. Adaxas, como el Gobierno de las Kas, se había perdido en los recovecos de la memoria, de lo que fue algún día y ya no existía.

El mandamás hincó la barbilla en el pecho y abrió la boca, quizá para justificarse u ofrecer una disculpa. Sin embargo, no pudo decir una palabra, porque en ese momento la puerta estalló en pedazos y una tromba de tecos entró en El Nido, sembrando el caos y la muerte.

Ven, amigo, muere a mi lado.

RO
El poeta mudo

Un espejo roto

Según la experiencia de Yiel, cada pelea se dividía en tres fases irregulares. Una primera que ejercía de prólogo y que pasaba de las amenazas silenciosas a las voces y los gritos y, quizá, algunos empujones. Las dos fases que venían a continuación eran un tanto más explícitas, desnudas de la confusión y los aspavientos simiescos y, ante todo, breves. En la primera aparecían las hojas de las navajas o incluso algún cañón de mano; el silencio barría de un plumazo cualquier bravuconada y tendía la alfombra de bienvenida a los pies de la muerte. Después, como colofón, un momentáneo aunque interminable tentarse, un par de tiros o sablazos y algún quejido sordo, de esos que preceden a la camisa empapada de sangre oscura. El epílogo siempre es el mismo: una huida a ninguna parte. Todos corren, asesinos y asesinados, estos últimos unos pocos pasos antes de ser conscientes de que la vida se les derrama entre las piernas.

Sí, así era una pelea. O así las había conocido Yiel. Sin embargo, lo que vio al regresar a El Nido se parecía más a un auténtico campo de batalla.

Habían atravesado los mecacarros en la calle y unos pocos tecos respondían a los disparos que llovían sobre ellos desde las ventanas. El

portón de entrada había desaparecido, convertido en un montón de astillas y maderos humeantes. Varios cuerpos yacían desperdigados en el umbral, quemados y en posturas imposibles. Se escuchaba lucha en el interior. Gritos y el eco hueco de algunas detonaciones que escapaban con el humo. Cristales rotos. A una ventana asomó una furia, empujada por dos tecnos de aspecto salvaje. La sujetaron por los tobillos y ella se balanceó, lanzando zarpazos a la nada. Yiel los vio reír cuando la dejaron caer al vacío y estrellarse, como una bolsa de sangre y tripas, contra el duro suelo.

Corrió tan agachado como pudo. De una esquina pasó a un contenedor oxidado y alcanzó los vehículos de Los Tecnos. Buscó la puerta de entrada al tiempo que evitaba descifrar los jirones de carne y pedazos de cuerpos que yacían tirados. Respiraba a pequeños bocados, incapaz de satisfacer las necesidades del corazón desbocado. Pegó la espalda al mecacarro. Escuchó a Los Tecnos gritar y reír, extasiados, muy cerca de él. Solo quedaban unos pocos allí fuera. Un par de conductores y algún artillero que disparaba contra el edificio de forma indiscriminada.

Desenfundó la navaja. Dadas las circunstancias, no le pareció mucho más que un diminuto y ridículo trozo de metal afilado. Tragó saliva y tomó impulso, pero antes de ponerse en pie una ráfaga atronadora lo aplastó contra el suelo. Los hombros le abrazaron la cabeza. El vello de la nuca se le convirtió en una cresta de espinas. Levantó la vista y descubrió a un tecno, en lo alto del mecacarro, disparando desde la cadera el cañón rotatorio de Kamé más grande que había visto nunca. Una cortina de polvo y humo cubrió la fachada de El Nido. Argamasa y yeso saltaban por todas partes. Los seis cañones del arma giraban con el silbido de válvulas y aire comprimido, envueltos en los fogonazos y destellos azules de las baterías. Alguien gritaba. Parte del edificio se derrumbó. No sabía decir si el tecno todavía disparaba o tan solo escuchaba el eco atronador de los cañonazos en su cabeza.

Se mordió los labios, tomó impulso y corrió hasta la puerta. La oscuridad del interior y el humo lo cegaron y se sintió extraviado. Cristales y azulejos rotos crepitaban bajo sus pies. Tropezó con una viga y se lanzó contra un muro entre toses. Se cubrió el rostro con la camisa. Arriba escuchó una algarabía terrorífica y aterrorizada. Hedor a polvo viejo, a sangre y también azufre y

ozono abrasado. Un pequeño grupo de escurridizas sombras pasó frente a él, quizá extraviados o heridos. Escuchó disparos y también quejidos breves cuando salieron al exterior en busca de aire fresco. Avanzó tanteando el muro y, cuando su vista se aclaró, topó con la escalera. Saltó arriba. Dos pandilleros yacían abrazados, en el recodo previo al primer piso. La confusión y el pánico se arrastraban escaleras abajo, escapando de la sala de reuniones.

Atravesó la neblina de suciedad y dio de bruces con la espalda de un tecno. El tipo se volvió con un gruñido. La mitad inferior de su rostro era una máscara de rejilla, remachada y cubierta de óxido, de la que brotaban tubos y manguitos que circundaban la cabeza calva. Músculos y pupilas palpitaban al son de sustancias prohibidas en su organismo. Yiel lo acuchilló en el estómago dos veces. La primera, el tecno se inclinó adelante, tan cerca que Yiel sintió el aliento podrido que escapaba del sistema de soporte vital; la segunda, retuvo la hoja en sus entrañas y se lanzó sobre Yiel. Los ojos desorbitados, recorridos por mil capilares azules. Yiel maldijo, le flaquearon las rodillas y dio un paso atrás, lo suficiente como para asomar los talones a la escalera tras él. El tecno sonrió sin boca, lo hizo con un gemido insano, una especie de mueca mecánica de placer feroz. Yiel resbaló y cayó. Los brazos del tecno quedaron flojos antes de derrumbarse, con la cabeza abierta como un melón. Sus sesos le salpicaron la cara.

—¡Yiel! —exclamó Feora—. ¿Qué haces aquí?

Él balbuceó medias palabras y se manoseó el pecho en busca de una herida mortal. Feora enfundó el revólver, todavía humeante, descendió las escaleras y apartó el cadáver del tecno a un lado. Parecía exánime y un coágulo de sangre le asomaba a la nariz. Dio un paso al frente. Yiel se abrazó a ella de forma torpe y se agacharon al escuchar disparos.

—¿Dónde están los otros?

—¡No lo sé! —exclamó, aunque no era necesario—. ¡Los perdí!

Yiel buscó escaleras arriba.

—¡Kemi! —gritó—. ¡Kemi!

Feora lo cogió por la pechera.

—¿Has vuelto por ella? —lo interrogó al tiempo que lo sacudía—. ¿Eh?
¡Contesta!

—Pues claro que he vuelto por ella —respondió tras deshacerse de la jueza de un manotazo.

—Adaxas tenía razón —declaró Feora—. ¡Traidor de mierda!

Saltó sobre él con el despecho convertido en un grito de impotencia asomando a los dientes. Dieron contra la pared y rodaron escaleras abajo y, al alcanzar el rellano, lo abofeteó un par de veces. Yiel lanzó un rodillazo a sus costillas. Puesto en pie, se alejó, pero La Justicia de Los Abandonados lo acorraló.

—¡Tenías una misión! —lo increpó—. Jodido idiota. Kyli y Leria han muerto. —Feora lo sacudió a un lado y otro—. Mierda. ¿Dónde están Burr y los pequeños? Tenías que protegerlos, pero has vuelto por ella. ¡Cabrón!

—¡Feora, basta! —exclamó él—. Están bien. Todos están a buen recaudo. Volveré por ellos luego.

—¡Era tu misión! —le recriminó—. ¡Tu jodida misión era llevarlos de vuelta a Hogar!

—No me juzgues, Feora. A mí no —escupió al tiempo que se escabullía—. Adaxas es el que debería protegerlos. Y ¿dónde está ahora? ¿Dónde está?

Feora musitó una respuesta que no llegó a escucharse y se alejó un paso.

—¿Por qué no estás con Adaxas? —insistió Yiel—. ¿Adónde ibas? Dime la verdad, Feora. ¿Por qué no estás con ellos?

—Macomeno se llevó a Kemi hacia la azotea —explicó la chica—. Y Adaxas...

Yiel se acercó y le rodeó el rostro con ambas manos. La Justicia temblaba de forma exagerada.

—Adaxas ha cambiado. Ya no es el mismo... —tartamudeó entre gimoteos—. Yiel, por... por favor, volvamos a Hogar. Vamos... vamos a casa con Burr y los otros.

—Hogar no existe —afirmó Yiel, y atrapó la mano de Feora entre las suyas—. Lo volaron por los aires y ya no existe. ¿Comprendes? Adaxas me envió con los otros para nada. Era una excusa. No vamos a volver a Hogar, Feora. Ya no existe...

Feora se dejó caer y quedó sentada sobre un montón de escombros.

—Que te den. Joder, que te den... —balbuceó contrariada, sin saber

adónde mirar—. Lo habéis estropeado todo. Todo.

El fango nacido del polvo, sudor y lágrimas enmascaraba el rostro de Feora y sus ojos destellaban como piedras preciosas. Sangre negra brotaba de nuevo desde la nariz y empapaba labios y mentón. Se la veía tan quebradiza como el muro a su espalda. El mundo se venía abajo y ellos no estaban hechos para sobrevivir a las grandes hecatombes, a la política y las finanzas. Eran simples chacales que aullaban a las tres lunas y husmeaban entre la basura, felices a su manera. Parásitos, los llamó Alas, sí, no mucho más que eso. Acostumbrados a esquivar las puñaladas de la vida y los matones de barrio, pero ¿qué hacer con las revoluciones, con el futuro de la civilización si las circunstancias les enseñaron que no tenían otro futuro más que la mendicidad? Yiel se arrodilló frente a ella, como quien se compadece en un funeral y es incapaz de hacer otra cosa más que encogerse y torcer la mirada. Disparos y gritos en la planta de arriba. Sálvese quien pueda.

—He vuelto por vosotros, Feora —dijo—. Por ti y por Kemi y por todos los otros.

La jueza levantó la mirada y asintió.

—Vamos a por Kemi —propuso—. Y Vae y Darq'Ab. Burr espera con los pequeños en el Campo de Fresas. Volvemos por ellos y que le den a Paraíso. Te necesitamos, Feora, eres nuestra Justicia. ¿Qué me dices? Estamos juntos en esto. ¿Qué me dices?

Feora tomó aire y tosió. Yiel sonrió, porque la vio hacer pucheros y le pareció mucho más joven, como cuando ambos llegaron a la banda, con ocho años, y Zaman los metió en vereda. Después de todo, la niña andrajosa que llegaría a convertirse en Justicia de Los Abandonados estaba allí mismo, bajo capas y capas de decepciones. La última hacía muy poco.

En ese momento, Cabeza de Lata apareció en la escalera. Los descubrió y dio un berrido eufórico y salvaje: «¡Abandonados!». El capote de cuero que vestía volteó como un abanico al desplegarse y apareció un enorme taladro mecánico. Yiel y Feora se empujaron mutuamente al tiempo que la broca desgarraba la pared entre ellos. Yeso, cemento y pedazos de ladrillo volaron por todas partes. Yiel tanteó la funda de la navaja hasta que la imaginó todavía hundida en las tripas del fiambre tendido más arriba. Feora rodó a un costado

de Cabeza de Lata. El mastodonte se movió de forma lenta y aparatosa, ignoró a Feora y se lanzó sobre Yiel. El taladro abrió una zanja en el suelo, un desgarró brutal que perseguía al esquivo muchacho. Yiel lo rodeó hasta dar con Feora.

—¡Corre! —exclamó antes de hacer lo propio escaleras arriba.

La sala de reuniones era un matadero. Había cuerpos destrozados y moribundos que arrastraban sus últimos momentos de sufrimiento en Paraíso. También algunos asaltantes habían caído en la refriega. Contra un muro, un tecno despedazado disparaba un arma descargada a la caza de enemigos imaginarios. Yiel recogió un revólver de cañón múltiple del suelo y comprobó la batería mientras trastabillaba. Feora, tras él, lo empujaba y daba voces. «Arriba —decía—, arriba.» Había una urgencia desgarrada en su tono, de esa que deforma las caras y las voces porque nace del hígado y del lugar en que se encuentra el pánico latente, la supervivencia enquistada de los humanos. El tabique que separaba la escalera se vino abajo cuando Cabeza de Lata lo atravesó, taladro mecánico en ristre. No era un hombre, ni siquiera un modd cualquiera, era una apisonadora y ellos nada más que babosas sin dientes.

Subieron a toda prisa. Feora disparó un par de veces adelante, al jaleo caótico que escuchó frente a ella. Después se volvió y encañonó la cara del bruto que los perseguía. «Muérete, cabrón —murmuró—. Muérete ya.» Volarle los sesos a Cabeza de Lata fue un acto de justicia más para Feora, su pequeña contribución a un mundo mejor. El líder de Los Tecnos quedó tendido en el suelo, sacudiéndose con espasmos salvajes. Feora no esperó a ver el resultado de su puntería. Tropezó y se aferró al fajín de Yiel. Había una lucha encarnizada en la tercera planta. Se sumergieron en el fuego cruzado. Una bala pasó rozando su cabeza o quizá se llevó por delante un trozo de oreja, la verdad es que el calor resultaba abrasador. Feora saltó sobre un par de cuerpos y él fue detrás, ignorante de que corrían cogidos de la mano. Una granada rebotó a su paso. La mecha ardía despacio, deprisa y despacio. La explosión los persiguió escaleras arriba y los pies se les separaron del suelo con un aleteo inútil. La puerta de la azotea quedó colgando de las bisagras,

ebria de maltrato, tras escupirlos al exterior.

El aire de la mañana lamió sus lágrimas. Un enjambre de barcazas y globos propulsados surcaban los aires. Lanzaban sogas a los que intentaban escapar del edificio, en una especie de improvisado rescate. Los náufragos levantaban los brazos en unas aguas infestadas de depredadores mecánicos. La desesperación se aupaba en cuerpos anónimos. Un par de tecnos blandían espadasieras y daban mandobles, acorralando a un heterogéneo grupo formado por pandilleros y obreras industriales. Un bardo de la Cofradía de Poetas acribilló a uno de ellos con su retroballesta. El tecno ignoró el dolor y continuó segando su cosecha. El terror de unos contrastaba con la mecánica labor de los otros, amputando piernas, rematando a los heridos, sordos a súplicas y lloros.

—¡Allí están! —anunció Feora al tiempo que señalaba un bergantín que despegaba a volar.

Y así era, allí estaban. A bordo de una nave pequeña, típica de filibustero. Con dos palos y verga en el mayor, los depósitos de aire amarrados a los costados y un aparatoso motor de propulsión a popa, sobre el timón. El calor de las turbinas convertía en un reflejo acuoso la cubierta. Yiel distinguió a Macomeno, dando órdenes y voces a sus compinches. Entonces la vio a ella, sí, era Kemi, asomada a la baranda, contemplando horrorizada la batalla, incapaz de separar los ojos de lo que ocurría allí abajo. Y sin embargo, en su pavor, había paz y también misericordia. Yiel supo que aquel semblante no era suyo, que pertenecía a alguien más, quizá a aquellas mujeres que habitaban en ella y que habían presenciado tantas veces la bajeza de los hombres. Aquella azotea era una escena horrenda, aunque real, y la realidad era un lugar horrible, como ellos, como todos ellos. Al fin y al cabo, ¿qué los diferenciaba de Los Tecnos?, ¿qué diferenciaba a los de esclavos? Algo debía haber, quizá las buenas intenciones, los principios y todo eso.

Kemi levantó la mirada y descubrió a Yiel y a Feora. Entonces su rostro cambió y fue ella de nuevo. Corrieron en aquella dirección. Las balas silbaban por todas partes. Una chalupa de tres globos perdió presión y desapareció, girando sobre sí misma, entre los edificios. Feora corría tras él, dando voces. Gritaba: «¡Macomeno! ¡Alas!». Entre las figuras a bordo, Yiel dio con

Adaxas. Estaba a proa, en cuclillas. En las manos, la jarcia de amarre todavía anclada a la azotea. Sus ojos eran una franja oscura, como un pellizco a la luz. Yiel sonrió y levantó los brazos, pero los bajó y borró la sonrisa cuando Adaxas deshizo el nudo y dejó caer el último cabo que los ligaba al edificio. Macomeno dio un golpe de timón. El esquife, recién liberado, comenzó su lento virar a estribor. La embarcación se ladeó apenas y Kemi desapareció en la sombra de las velas.

Yiel y Feora zigzaguearon, esquivando la lucha, aunque sin perder de vista la soga que culebreaba en el suelo. Cada zancada era un martillazo en el pecho. El extremo del cabo resbaló sibilino al alcanzar el borde de la azotea, de cabeza al vacío. La nave de Macomeno se inclinó a estribor y los depósitos de aire cayeron de su lado. Yiel dijo algo, una exclamación incomprensible, un murmullo maldito, cuando saltó tras Feora. Sus piernas cabalgaron el aire. Braceó como un polluelo ridículo que cae del nido y lucha contra la gravedad. Entonces dio contra la superficie del globo y Feora chocó de la misma forma a su lado. Resbalaron sobre la lona hasta quedar colgados de la costura.

Intercambiaron una mirada apurada cuando descubrieron la ciudad bajo ellos, tan abajo. No tuvieron tiempo para más. Como un anfitrión malcarado, la costura a la que se aferraban se desgarró. El esquife se inclinó de nuevo, a babor, y aceleró, alejándose del edificio. Feora se había deslizado bajo él y la lona se deshacía en sus manos. Yiel enredó el antebrazo en una correa suelta. Escuchaba los gritos de los navegantes y quizá las órdenes de Macomeno. La costura se rasgó un poco más bajo el peso de Feora. La nave levantó bruscamente el mascarón de proa hacia las nubes y tomó altura, en busca de cobijo en la contaminación de Paraíso. Viró de nuevo, trazando una larga parábola. La sacudida convirtió el vértigo en un torbellino. «¡Feora! ¡Feora!» Yiel lanzó su mano libre y exclamó: «¡Agárrate fuerte! ¡Ya te tengo!», o algo que quedó a medias cuando Feora ya caía y el espanto en sus ojos era lo único que los unía. De repente, la piel de Feora se convirtió en un espejo y Yiel vio su propio rostro gritar sin voz, en ese segundo eterno que dura la impotencia previa a la muerte previsible. No apartó la mirada y la siguió mientras se hundía en la ciudad. La vio chocar contra un edificio y estallar en un millón de pequeños cristales destellantes que llovieron sobre las calles anónimas y

sucias de Paraíso.

—¡Yiel! —Adaxas, rodeado por otros tripulantes, lo llamaba. Desde la cubierta, le tendió su ayuda en forma de mano, su nueva mano. Yiel no hizo nada por cogerla, no al principio, y quedó colgando, con el pelo al viento y los ojos vidriosos, como un animal, retando al cazador que acaba de atravesarlo con la lanza.

El mundo real es una sucesión de fronteras naturales. Las otras, las imaginarias, son una representación de la explotación económica.

GERÓNIMO NASSAR

Navegantes

Muchos se asomaban a la borda en espera de un claro entre las nubes que permitiese vislumbrar cómo discurría la batalla en Paraíso. Sin duda, aquella era la mejor definición para lo que sucedía en tierra: una batalla. Quizá no era una al uso, tal cual las narran los historiadores en los libros, de esas con dos ejércitos uniformados, dobles líneas de fusileros, gallardetes y caballería que carga al primer toque de corneta. Aquella era una batalla urbana, que aparecía y se escabullía de la misma forma en que tribus selváticas defienden un territorio. Brotaban columnas de humo en un barrio y, desde lo alto, se atisbaba a distinguir una multitud que avanzaba por una avenida. Al instante, mecablindados y disparos en la distancia; todo se desvanecía hasta que alguien gritaba: «¡Allí!», y la escena se repetía en la otra orilla del río o en cualquier otro distrito de aquella enormidad adoquinada que era Paraíso.

Macomeno cedió el control de la nave a las corrientes que discurrían entre los muelles de aire, ocultándose en la boina de niebla perpetua que cubría la

ciudad. Guardaban silencio a bordo y el casco de la embarcación surcaba la bruma con un deambular fantasmal. Sobre ellos escuchaban las campanas de las boyas flotantes y, de vez en cuando, los motores de una barcaza de la Flota Imperial. También disparos y alguna explosión, a buen seguro en los embarcaderos para galeones y zepelines, controlados por estibadores rebeldes. Los pasajeros del esquife especulaban sobre lo que estaba ocurriendo, llevados por el pesimismo o la euforia: que si los barrios se habían levantado en armas, que si el ejército había intervenido, que si era la guerra. ¡La guerra!, como si alguno de ellos fuese capaz de entrever siquiera toda la dimensión de esa palabra.

Kemi había dejado en el castillo de popa a Macomeno y sus oficiales de a bordo. Él manejaba el timón con la seguridad de un navegante experto y sus órdenes eran seguidas a rajatabla por la tripulación. Aflojaban las jarcias, daban o cedían fuelle a los globos y accionaban los conmutadores que mantenían vibrante el propulsor de Kamé. Ella recorrió la baranda de babor, descifrando los lejanos combates en tierra firme, y se alejó del resto de pasajeros. Habían escapado de la azotea de El Nido arrollados por la confusión del ataque. Las naves de Macomeno y de unos pocos artesanos y pequeños burgueses sirvieron para salvar las vidas de muchos. Había sido una carnicería. Kemi no podía sacar de su memoria los gritos y el caos vivido. El pánico se había convertido en un regusto empalagoso a sangre, sudor, pólvora y saliva vieja. Las Furias la llevaron en volandas hasta las naves de Los Ladrones del Viento, y el tiroteo arrasó con todo. Los mecabotes se desperdigaron en un enjambre enloquecido que ahora volaba disperso entre la bruma.

—No lo encuentro. —Yiel apareció a su lado. Ella se sobresaltó—. Estará en... yo qué sé.

—¿Por qué no lo dejas pasar? —propuso—. Ya aparecerá.

—No. —Yiel miró al frente, aunque no había nada más que nubes—. Tiene que ser ahora. Darq' Ab y Vae lo están buscando por todas partes... —Calló y cogió su mano—. ¿Estás bien? —preguntó, y ella asintió con la boca fruncida, los ojos felices y tristes a ratos.

El chico miró alrededor y después a sus pies.

—¿Sabes que yo me crié en uno de estos? —dijo con una repentina y frágil alegría—. Hace mucho tiempo de eso...

—Sí, lo sé —musitó ella, y sonrió desde la comisura de los ojos—. Feora me lo contó en Hogar.

—Feora...

Una cascada de hielo se interpuso entre ellos.

—¿Qué ocurrió en El Nido? —la interrogó—. Feora no quiso contármelo, pero algo pasó. Algo grave.

—Pasaron muchas cosas —respondió ella con una sonrisa amarga—. Y ya viste el final.

—¿Tú tampoco quieres contármelo? —Levantó las manos y bufó—. Pero ¿por qué?

—Porque no es asunto tuyo.

—Sí lo es. Adaxas es mi amigo.

Kemi se aferró a la baranda con fuerza hasta que fue incapaz de retener por más tiempo el estallido.

—Escucha —dijo—, yo resuelvo mis conflictos, ¿de acuerdo? He permitido durante años que decidan por mí, que hablen por mí. Eso no va a volver a pasar, ¿entiendes? Y ahora hay algo más importante en que pensar, por lo menos para mí.

Yiel asintió, circunspecto.

—¿Para qué has vuelto? —escupió ella, desviando la mirada a la atiborrada cubierta de la nave—. Podrías estar con los tuyos ahora mismo.

—Por vosotros, joder —replicó—. Por Vae y Darq'Ab y por ti, sí, también por ti.

—No tendríais que haberlo hecho —masculló ella con repentino despecho.

—Otra vez esa actitud de mierda... —Kemi se volvió con los ojos muy abiertos y él la detuvo, dedo en alto—. ¡Escúchame! Ahora vas a ser tú la que escuche lo que tengo que decir. ¿Cuándo vas a hacerte a la idea de que ya no estás sola? Deja de compadecerte. Pertenece a la banda y eso quiere decir que habrá gente que volverá a por ti, siempre. Aunque se jueguen la vida y deban dejarlo todo. En eso consiste formar parte de una banda. ¿Es tan difícil de comprender? Olvida los lloros. Ya no te sirven para nada. No conmigo.

Kemi negó con la cabeza y se hundió un poco entre los hombros. Quizá no lo comprendía porque jamás lo había vivido, porque, como ella misma dijo: vivía prisionera de un palacio del que solo escapaba para imaginar que moría. Yiel la tomó por el antebrazo y murmuró: «Lo siento», y ella lo calló sin palabras. Se asomaron al vacío. La revuelta sin sonido era un cuadro extraño, un sueño visto desde lejos.

—Todo está perdido —afirmó Kemi.

—No —objetó, tras chasquear la lengua—. Solo es el principio.

—¿El principio de qué?

—No tengo ni idea —respondió con su acostumbrado mohín burlón—.

Alguien tiene que ser optimista en esta historia.

—El optimismo es para idiotas —masculló Kemi.

—Por lo menos no soy el único.

Kemi resopló y negó con la cabeza.

—Dime la verdad —dijo, con la boca pequeña—. ¿Por qué has vuelto?

—Ya te lo he dicho —respondió. La miró durante un largo instante, a los ojos, a la boca, que entreabierta dejaba ver los dientes pequeños y blancos. Yiel cedió tras un suspiro—. No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Ambos rieron de forma breve y regresaron a la baranda, aunque en esta ocasión, hombro con hombro. Los maderos de cubierta se quejaban con graves e interminables gemidos.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —la interrogó Yiel. Ella no dijo una palabra, solo inclinó el rostro, suspicaz—. ¿Es cierto eso que dijiste a Alas? ¿Era voluntad de las Kas que Los Abandonados estuviesen en el asalto?

Kemi sonrió apenas y bufó por la nariz. Desvió la mirada a las nubes bajo ella y negó con la cabeza. Lo hizo como quien guarda en secreto una buena noticia y no puede esperar a que los acontecimientos desvelen la verdad. Sin embargo, se mordió los labios y subió los hombros con melancolía repentina. Miró a Yiel y guiñó un ojo.

—No todos —respondió de forma enigmática, y, ante la confusión de Yiel, se explicó—. No quiero perderos.

Él la tomó por los hombros y abrió mucho los ojos, empujado por la

necesidad apremiante de arrollar sus temores.

—Y no lo harás —se atropelló—. Eso no va a pasar. ¿Comprendes? Cuando todo pase volveremos a por ellos.

—Sí —concluyó Kemi casi en un susurro—. Cuando todo pase.

—Ahora somos tu familia —dijo—. Tu única familia.

Kemi entrecerró los párpados y los ojos se le oscurecieron.

—No —murmuró—. La única no.

El chico se estremeció al contemplarla. A pesar de la sombría confesión, Kemi traspiraba una determinación arrolladora, la de una flecha lanzada al sol. Toda ella proyectaba esa energía imparable, en sus hombros, en los brazos, en el cuello, en el silencio áspero y descarnado de sus labios resecaos. Había vuelto y allí estaba, junto a ella, sin otra explicación que la lealtad ciega de aquellos que han vencido en su desacato a lo correcto, su desafío a la cordura.

Yiel abrió la boca y dijo: «¿Entonces...?», pero sus intenciones se vieron interrumpidas.

—¡PsiKa! —exclamaron. Se volvieron y una de las furias de Alas se dirigió a Kemi de forma servil, un tanto cabizbaja, sometiendo su curiosidad a su presencia. Yiel pensó que, al fin y al cabo, Kemi era la única esperanza para aquellas que creían en los rescoldos fríos de una vieja leyenda, una posibilidad robada a la fe, pero también un bofetón a sus expectativas y deseos—. Quieren verte en la sala de navegación.

Compartieron un instante amargo, Yiel mordió el vacío y sus ojos dibujaron un torbellino hasta desaparecer bajo los párpados. Kemi acarició sus nudillos ásperos con el pulgar y susurró algo que él no pudo escuchar. Después salió, custodiada por dos mujeres armadas, entre la heterogénea multitud de la cubierta.

La sala de navegación se encontraba tan atiborrada que le tomó un instante descubrir a Macomeno y Alas entre los presentes. Él apoyaba los brazos sobre una mesa central y, a su alrededor, todos parecían meditabundos y serios como la comitiva de un entierro. Tal vez fuese cierto y supiesen, sin saberlo, que

pronto morirían. La multitud se abría a su paso. La miraban con curiosidad y respeto y también con esa especie de escepticismo de doble filo, ese cuyas raíces nacen en el lodo de lo racional. El camarote había sido maquillado para la ocasión. Apartaron a un lado unas pocas sillas y una cómoda de madera vieja. Cañerías, tuberías de cobre y algunos galvanómetros que, a buen seguro, comunicaban con la sala de baterías y los propulsores, cubrían las paredes. La parte trasera era un ventanal al estilo de los grandes galeones, quizá un destello de soberbia en Macomeno, que no correspondía con el tamaño de aquel bergantín modificado para su papel de nave esquivada, rápida y bien armada. La lámpara bailaba al son del balanceo y las sombras seguían el ritmo.

—Bravo —dijo Macomeno, y sonrió hacia Kemi, pero no había alegría en ello, sino una mueca sarcástica y agotada—. Veamos si tú puedes poner algo de orden.

—Haré lo que pueda... —musitó ella, casi sin voz, y apenas unos pocos pudieron escucharla.

Alas salió de tras la mesa repleta de mapas y planos, se acercó y la tomó por el brazo. Caminó a su lado, en un breve paseo, y habló casi a su oído.

—No queda mucho para el gran momento —dijo—. Todo saldrá bien.

Kemi asintió aunque no entendió sus palabras. ¿A qué se refería? Sus caricias no reflejaban la tensión feroz de los ojos. La escuchó hablar sobre su hombro, desde lejos aunque cerca, y fue una sensación confusa. La mesa estaba repleta de mapas y todos esperaban que ella señalase un punto en la superficie.

Macomeno dibujó un amplio abanico con la mano sobre el mapa. Al principio, Kemi no comprendió, aunque al poco percibió la Carrera de los Reyes y los edificios alrededor: el Ministerio de Arte, el de Agua, las líneas azules que delimitaban los viaductos y también los jardines y el atrio trasero del Mecavox. Eran planos técnicos, muy precisos, que Los Ladrones del Viento habrían conseguido en alguna de sus misiones de espionaje. Unos se superponían a los otros, y los fragmentos de interior y exterior se confundían en una amalgama de líneas y acotaciones. El capitán de Los Ladrones del Viento carraspeó y levantó la mirada hacia ella.

—¿Y bien?

Kemi se encogió de hombros.

—Discutimos sobre la conveniencia de un desembarco en la explanada frente al templo o dividir nuestras fuerzas en dos grupos —explicó Macomeno—. Un grupo atacará la puerta principal y tomará el templo como parte de la ofensiva al zigurat. Nosotros y Las Furias lo intentaremos por este acceso lateral, con la misión exclusiva de alcanzar el lugar en que tienen a las Kas. ¿Qué opinas? —la interrogó.

—¿Queréis mi opinión?

—Dijiste que has entrado alguna vez en el templo, ¿cierto?

—Muchas.

—Bien. ¿Qué opinas?

La expectación se le vino encima como un alud silencioso. Kemi dudó y trató de descifrar los mapas sobre la mesa. Buscó en su memoria e interpretó aquel despliegue a vista de pájaro y lo convirtió en muros y edificios y también en balaustradas y columnas de piedra.

—No hay ningún acceso lateral al templo —dijo.

—Aquí se ve una puerta que comunica con el refectorio —objetó Macomeno.

—Querréis entrar todos, ¿no? —La pregunta supuraba sarcasmo y algunos de los presentes se envararon y murmuraron algo. Kemi señaló, dando un golpe de barbilla, con suficiencia—. Es una puerta de servicio. Luego tendrás que subir la escalera hasta la nave principal. —Hincó el dedo en el mapa—. Por aquí. No pasaréis más de dos al mismo tiempo por esa puerta. Unos pocos síndicos detendrán vuestro ataque. No es un buen plan.

Macomeno levantó una ceja y torció la boca.

—¿Qué propones?

—Yo no propongo. Lo has dicho tú. Un ataque frontal —replicó Kemi—. Si sois suficientes los desbordaréis en la escalinata de entrada. Una vez dentro, podréis separaros y acceder al altar y al ábside por el que descender a la Sala del Martirio.

—Y ¿a partir de allí? No hay planos del mecanismo interior del templo.

—Nunca llegué tan lejos —aclaró Kemi—. Es un sitio oscuro y solo los

monjes y Kébemon pueden acceder.

—Pero lo has visto, ¿verdad?

—El ábside comunica con los condensadores de la Kamé —explicó Kemi—. Hay escaleras que descienden hasta... tanques de almacenaje o algo así. Seguid el acceso principal.

—¿Cómo sabré cuál es el acceso principal?

—Lo sabrás —respondió—. Los colectores se conectan con la cúpula de escape. Si sigues la ruta adecuada llegarás a las urnas de contención. Tras los tanques de almacenaje está el oratorio y, en el centro, la semilla. Es el lugar en el que duermen las Kas.

—¿Cómo la despertamos?

—¿Por qué debería saberlo?

—¿Porqué eres la última psiKa?

Kemi se retorció, incómoda.

—Prueba a zarandearla —dijo—. Suele funcionar.

Macomeno y Alas se interrogaron en silencio y todos alrededor parecieron imitarles con un elenco de muecas y mohínes difíciles de interpretar. Kemi miró alrededor y dio un paso atrás, justo hasta la frontera en que la luz de la lámpara se convertía en penumbra.

«No debería haber dicho eso —pensó—. ¿A qué están esperando? ¿Qué es lo que quieren?»

El líder de Los Ladrones del Viento levantó la mirada y sonrió.

—La última Ka ha elegido bien a la última psiKa —dijo.

—No me digas... —murmuró ella, bajó la barbilla y dio un paso atrás hasta la sombra. Alas puso una mano en su hombro.

—Vamos a hacerlo —dijo la mujer a su oído. Después se separó y la miró a los ojos—. El resto asaltarán el Mecavox y también los cuarteles de la guardia urbana. Pero nosotras estamos contigo.

Kemi dejó espacio a todas aquellas mujeres y hombres y sus planes para derrocar al Gobierno. Alas retrocedió con ella. Al tiempo que repasaban los mapas, la tomó por el brazo con discreción.

—¿Qué ocurre? —Kemi negó con la cabeza y la furia insistió—. ¿Qué ocurre? Dímelo.

—Cuando todo acabe —dijo—, ¿qué pasará conmigo?

—Eso nadie puede decirlo.

—Venga, por favor... —murmuró, hastiada.

—Oye, apenas he conseguido apoyo, ¿sabes? Ya te dije que tenemos entre manos asuntos muy importantes. Hago lo que puedo.

—Te lo agradezco —replicó, y se explicó al instante—. Lo digo en serio, Alas. Sé lo complicado que es todo esto y que mi nombre no ayuda... —Alas la cogió de la mano, pero ella se zafó—. No. Escucha. ¿Por qué tengo la impresión de que pase lo que pase no voy a llegar viva a la noche? ¿Quién será el encargado de acuchillarme? ¿Tú o cualquiera de ellos?

La furia dio un respingo ofendido. Bajó la mirada y asintió varias veces.

—No soy más que una molestia. Lo sé —continuó Kemi—. Y si despierta, si ella despierta ya tendréis lo que queríais.

Kemi masticó sus siguientes palabras antes de escupirlas.

—Mi vida no vale nada —declaró.

—¿Es eso lo que piensas? Yo te protegeré. Lo juro —dijo Alas—. Nunca fue tan posible despertarlas antes de que acabe la Cósmosis. Todas las otras fracasaron, es cierto. Fracasaron y murieron. Pero ¿sabes por qué ahora es diferente? Porque la ciudad entera se ha declarado en rebeldía, Kemi. Lo conseguiremos. No se puede fracasar siempre.

La furia apretó sus dedos y clavó los ojos en ella. Kemi negó con la cabeza.

—No lo entiendes —titubeó—. Da igual. Una vez despierta, ¿qué crees que pasará? Yo te lo diré. Se acabó. No habrán más Kas. Ella no va a quedarse a solucionar nuestros problemas. Y ¿qué haréis para que todo siga funcionando sin su energía? Ni siquiera tenéis un plan.

—Escucha —masculló antes de sonreír de forma cándida—. A veces hay que anteponer la utopía a la realización de la utopía.

Kemi retiró la mano con un movimiento brusco.

—¡No habrá más Kamé en Paraíso!

No todos la oyeron, aunque el silencio se hizo alrededor. Alas se separó un poco y entre ellas surgió una sospecha extraña.

—¡Ya lo habéis oído! —exclamó Macomeno. Dio una palmada y condujo a

todos hacia la puerta—. ¡Desembarcaremos en breve! ¡Pasad la orden y preparad a los vuestros!

El operador de radio comenzó a transmitir el mensaje a las otras embarcaciones. Las antenas chisporroteaban con cada chasquido mecánico del código. El ataque era inminente. Macomeno le dio la mano a Alas antes de calzarse su gorro de aviador. El bizarro navegante resplandecía de confianza.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó a ambas cuando todos hubieron abandonado el camarote.

—Kemi piensa que no podemos protegerla —anunció Alas.

—Y es cierto —dijo Macomeno, y Alas lo acusó, boquiabierta—. No me mires así. Es cierto. Si no la matan los sindicalistas, lo harán tus furias. —Alas dio un paso al frente, sacando pecho, y él la detuvo sin llegar a tocarla—. Espera, Alas. Escúchame. ¡Escucha! Lo siento, pero sabes que es una posibilidad. La matarán por ser quien es y nadie va a defenderla, ni siquiera las tuyas. Piénsalo. Eso si no acaba juzgada y condenada por un tribunal popular...

Alas se revolvió, ensombreció y les dio la espalda. Caminó hasta la mesa y dio un puñetazo a los mapas que hizo saltar papeles y diagramas. Ambos la miraron sin decir una palabra. La furia recuperó la compostura y sonrió con amargura.

—¿Las escuchas todavía? —preguntó.

—No siempre —respondió Kemi—. A veces escucho la voz de la última.

—¿Qué te dice?

—Que el tiempo se acaba y hay que despertarla.

—Claro. Sí. Cómo no. —Alas asomó la lengua a los labios, desvió la mirada y asintió varias veces—. ¿Qué opinas de ese tal Adaxas? Dijiste que debían estar presentes. ¿Es de fiar?

—Puedes confiar en él igual que confías en las Kas.

Macomeno estalló en una carcajada repentina y ellas lo miraron sin comprender.

—Alas dice que le meterá un tiro en la espalda si desembarca con ellas. —Rió con soltura y suspiró, meditabundo—. Pero las Kas le han dado esa mano por un motivo. Le gusta hacer gala de ello. La voz ha corrido a bordo. Es

un milagro, quizá una señal.

—Las Kas saben lo que se hacen, Macomeno. Pero... —añadió Kemi con reparo. Él la interrogó con las cejas—. Están cansadas y solo quieren ser libres —musitó, casi avergonzada.

Macomeno la miró de arriba abajo. La risa se apagó y permanecía como una sombra en las comisuras de los labios. Exhaló y negó con la cabeza.

—Si es tarde para Paraíso, también lo es para nosotros —concluyó Alas.

—Pero no lo es —protestó Kemi, dio un paso al frente y tendió una mano hacia ellos—. Podéis huir. Poner tierra y mar de por medio. Si nunca habéis creído en esta ciudad, ¿por qué morir por ella?

Macomeno miró la mano de Kemi, después a Alas, y sonrió.

—No es por la ciudad —dijo—. Si perdemos que sea porque la victoria es imposible, no porque no lo hemos intentado.

—Caminamos hacia territorio desconocido —añadió Alas.

Kemi retuvo la respiración.

—Ponte a salvo cuando entremos en el templo —sugirió Alas—. Las Furias nos encargaremos de despertar a la Ka. Es cosa nuestra. Después nos reuniremos. Tranquila, yo misma te protegeré. Lo juro. Todo va a salir bien.

Cogió la mano de Kemi que flotaba blanda, en el aire, la estrechó entre sus dedos y la besó. Fue un beso rápido y sonoro, y después salió con la mirada gacha, como quien se avergüenza ante una mentira piadosa.

Los valientes no aceptan su destino, lo eligen.

ZAMAN

Mandamás

En cubierta se respiraba una calma tensa que nadie se atrevía a romper. Las conversaciones se murmuraban al oído e incluso los heridos contenían sus quejidos moribundos. El esquife volador de Macomeno había servido de lancha de rescate en la azotea de El Nido y se hacía patente la sobrecarga en el lento navegar sobre Paraíso. A veces, una explosión o una ráfaga de disparos llegaban hasta ellos y todos se encogían, aterrorizados ante la posibilidad de topar con una lancha de la milicia en la bruma que los ocultaba. Solo eran ecos lejanos de la batalla que tenía lugar mucho más abajo.

Yiel aceptó el agua del cazo que le ofrecieron, pero no la tragó al momento y la retuvo en la boca hasta que se convirtió en un caldo tibio. Tres hombres atendían a su lado a un herido, quizá un operario de alguna factoría que había acudido a la asamblea, y retenían las convulsiones que lo sacudían. Salpicones pringosos manchaban su mono azul; sangre propia y también de otros. Un par de mujeres de piel oscura y el cráneo rasurado observaban sin inmutarse sus muecas de dolor, apoyadas en bastones de madera nudosa ensogados en el mango. Una señalaba las heridas del maltrecho obrero con la punta del bastón,

susurraba un diagnóstico, y la otra asentía de forma solemne, sin parpadear. Hablaban un dialecto plagado de argot y términos de lenguas nacidas entre las murallas de Paraíso. ¿De dónde procedían aquellas guerreras? Quizá de Ruedavida —un barrio del sur que era una pequeña ciudad de carretas y caravanas dentro de la misma Paraíso— o de Yáloba, un barrio establecido por los hijos libertos de esclavos secuestrados en Yal décadas atrás. Y lo más importante, ¿qué las había traído hasta allí? ¿Realmente valía la pena viajar desde el extrarradio hasta el centro para morir a manos de un tecno? Es probable que aquellas mujeres nunca hubiesen visto un tecno antes, incluso el zigurat debía de ser para ellas una silueta brumosa en el horizonte urbano. Sin embargo, allí estaban. La rebelión llega a todas partes tarde o temprano, la muerte también. Yiel miró abajo. Sus botas estaban sucias y la cubierta era un caótico diseño de pisadas y huellas sobre sangre viscosa. Se sacudió el mal fario y caminó sin saber adónde iba.

Un par de mercenarios daban voces y braceaban, discutiendo con algunos gitanos del aire. Sus sombreros de junco formaban un caparazón de tortuga que esquivó al pasar junto a ellos. Finalmente, dieron con el elemento que uniría a todas las bandas, colectivos y asambleas de aquella ciudad imperio: el miedo. Allí estaba, a su alrededor, aferrado al fondo de la lengua, en la ropa interior, entre las palabras huecas. Lo subieron a bordo y ahora lamía de forma lasciva la nuca de todos ellos. Sí, había restos de lágrimas en la memoria, y el hedor de sangre y mierda salpicaba la voluntad de los insumisos. Ya nadie se tenía por un valiente, no mientras recordasen la masacre de Los Tecnos en la azotea. Algunos se sentaban en torno al palo de la mayor, las rodillas contra el pecho, abúlicos, los párpados como un balcón ante el abismo. Otros juraban venganza en un soliloquio interminable, prometían muerte por muerte, herida por herida, y cuando se convencían trataban de convencer a los otros. El comienzo estaba cerca de acabar.

—¡Yiel! —lo llamó Adaxas.

Lo vio bajo el castillo de popa, junto a las escaleras que ascendían al timón. Adaxas había recuperado dos cañones de mano en El Nido y los mostraba orgulloso con ambas cartucheras cruzadas sobre su pecho, además de un buen cuchillo en la cadera y un pañuelo estampado al cuello que

ondeaba a su espalda como un pendón de guerra. Lo flanqueaban Vae y Darq'Ab, nerviosos, tan prisioneros de las alturas como de las circunstancias. Ninguno de ellos había volado nunca o siquiera salido de Los Puentes. Vae se apoyaba en una pila de maroma enrollada, mientras que Darq'Ab trataba de mantener el equilibrio. Se los veía ojerosos y cetrinos, con el lustre de gatos callejeros en un mal día. Vae esgrimía una sonrisa torva y socarrona sin motivo aparente, quizá porque Darq'Ab se había cubierto la rizada cabellera dorada con un sombrero de aviadora que le venía grande, enorme. No hacía gracia alguna, aunque tampoco era su propósito.

—Por fin apareces...

—Dice Darq'Ab que quieres hablar conmigo —dijo Adaxas y gruñó su impaciencia ante el desconcierto de Yiel—. ¿Pasa algo?

—¿Que si pa...? —Se atragantó y compartió su sorpresa con Vae y Darq'Ab—. ¿Se puede saber dónde estabas?

—Intento averiguar qué va a ocurrir a continuación —explicó—. ¿Sabes algo?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Dónde está la psiKa? —preguntó, oteando alrededor.

—Las furias la han llevado adentro.

—¿Para qué?

—¡Yo qué sé!

Adaxas murmuró algo que no llegó a escuchar y miró avieso a todas partes. Después, bajo sus cejas, algo cambió. Parpadeó varias veces, masticó sus pensamientos y regresó a Yiel.

—¿Cómo estás? —preguntó—. ¿Estás bien?

Yiel miró a Darq'Ab sin motivo alguno, fue tan solo una evasión fugaz, porque sabía que no encontraría en la chica una respuesta a su pregunta silenciosa, ni apoyo o nada que se pareciese. Se encogió de hombros y no respondió. Un golpe de aire corrió entre ellos sin miramiento alguno. El gorro de Darq'Ab se vino abajo y la muchacha cerró la hebilla bajo el mentón. Vae observaba su poca maña con una mueca de extrañeza. Las voces de los mercenarios subieron de tono a su espalda. Alguien corrió en aquella dirección y la discusión se convirtió en una algarabía que se esfumó de forma

un tanto vergonzosa. Él miró hacia la proa, más allá de los curiosos que se habían vuelto hacia el tumulto. La nave se abrió paso entre las nubes, a bordo, pasajeros de un sueño ajeno del que no podían apearse. Dio un paso y luego otro hasta llegar a la baranda de estribor. Adaxas lo siguió.

No dijeron nada durante un buen rato. Apéndices vaporosos se descomponían en jirones y pequeños torbellinos de espuma bajo el casco de la nave. En ocasiones, se podía descubrir, allá abajo, el mundo real, y era hermoso, grotesco y hermoso. Las líneas de lo urbano, la geometría industrial de la podredumbre, el río contaminado y la cremallera de muelles y bateas y los mil cayucos de junco, las casas flotantes y lo otro, todo lo otro. Aparecía y desaparecía entre las nubes y, cuando regresaba, había cambiado. Así era el mundo desde lejos, un extraño lugar conocido, como el cadáver de un amigo.

—Atacaremos el templo —dijo Adaxas tras zambullir los ojos en las nubes—. Eso es seguro. Se acerca el momento.

Yiel se volvió, abrió la boca, pero no dijo nada, y Adaxas continuó.

—Tienen torres defensivas allí arriba, ¿lo sabías? He escuchado a uno de esos marinos decirlo, que tienen torres y ballestas gigantes para reventar los balones de aire de cualquier nave que se acerque. Será un asalto, un desembarco en toda regla.

—¿Y qué haremos nosotros?

—¿Qué haremos? ¿Me tomas el pelo?

—Para nada —susurró Yiel, evitando los ojos del mandamás.

—Liberar a la última Ka, Yiel, ese es el plan. Luchar.

—Luchar...

—Sí. Luchar. Juntos. Tú y yo. —Adaxas hablaba con vehemencia, marcando el ritmo con el puño, su nuevo puño—. Ya lo hemos hecho antes, pero ahora tenemos una meta. ¿Entiendes?

—Tú y yo. —Sonrió y ladeó la cabeza, lleno de ironía.

—Como siempre. —Adaxas se acercó y buscó el rostro de Yiel, pero este se volvió—. ¿Qué ocurre? Decías que éramos unos cobardes, que nadie nos tenía en cuenta para nada, y ahora, aquí estamos, en la nave de Macomeno, listos para asaltar el templo.

Yiel apretó la baranda con fuerza. Miró la sangre huir de sus dedos con el

esfuerzo silencioso.

—Adaxas... —masculló.

—¿Se puede saber qué te pasa? —lo interrogó—. Querías luchar. Querías hacerte un hueco en el mundo. ¡Este es el mundo real! Se acabó la vida en la calle. Sobrevivir para ver un nuevo día y después otro y así siempre. Tenemos algo en lo que creer. ¿A qué viene esa cara de amargado? ¿Te achantas en el momento de la verdad? ¿No es esto lo que querías? Si volvemos a Hogar, si volvemos a... —Chasqueó la lengua contra el paladar y exhaló—. Tenemos que hacerlo, Yiel, tenemos que estar aquí.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Porque es mentira, hijo de puta —masculló, contenido, con los dientes prietos, y se enfrentó a él.

Vae y Darq' Ab abrieron los ojos como platos y dieron un paso atrás, quizá empujados por lo que fuese estaba germinando en el pecho de Adaxas. El cuello le enrojeció y cerró los puños, aunque aquella repentina tensión no se transmitió a su rostro, excepto un poco en los laterales de la mandíbula.

—¿Qué has dicho? —preguntó, aunque en realidad sonó a reto, a desafío.

—Lo que has oído —respondió Yiel, pero su chulería duró poco, negó con la cabeza y la voz se le convirtió en una especie de súplica dolida—. Deberías preocuparte por mantener a salvo al resto de la banda, no en... lo que sea que estés haciendo. Hace tres días no querías comenzar una guerra por no poner en peligro la vida de Los Abandonados, hoy los llevas directos a la batalla para, ¿cómo era?, ¿liberar a la última Ka? —La voz vibraba llena de dolor y rabia—. Hay que tener la cara dura para decir eso y creerlo. Vete a la mierda.

—Te estás pasando, Yiel —le advirtió el mandamás.

—No te he dicho ni la mitad de lo que te mereces, hijo de puta —estalló Yiel, y le clavó un dedo en el pecho, justo sobre el corazón, pero Adaxas lanzó un manotazo y lo apartó—. Hablas de luchar y de unirse a la revolución, de ser alguien. ¡Como si antes no fueses nada! ¿En serio piensas eso? ¿Qué han sido para ti todos estos años en la banda? Éramos una familia, joder. ¡Somos una familia! ¡Cuidamos los unos de los otros! Juntos somos algo, somos

nosotros. Pero tú lo has estropeado todo, ¡todo! Por unirme a esta gente que nos desprecia y humilla. ¿Qué esperas conseguir? ¿Una vida nueva? Suerte, porque no hubieses aguantado ni una semana ahí fuera. Y ¿sabes por qué? Porque eres un cobarde y un miserable. Tenías que cuidar de ellos, no utilizarlos para convertirte en el nuevo Adaxas.

—¡Te dije que los llevases de vuelta a Hogar!

Se acercaron tanto que sus frentes chocaron, ambos sacando pecho. Darq'Ab los separó de un empujón y gritó: «¡Basta!», pero ellos no escuchaban otra cosa más que reproches y amenazas.

—Hogar no existe, jodido asesino —escupió Yiel.

—¿Asesino? —Adaxas quedó boquiabierto un largo instante—. ¿Me llamas a mí asesino?

—¿Y eso te extraña? —bufó Yiel con desprecio—. También he dicho que Hogar no existe y ni siquiera te has inmutado. Como cuando te dije que habían matado a Zaid o a todos los otros. ¿Te importa alguien que no seas tú? Admítelo, me enviaste con Burr y los pequeños para deshacerte de nosotros.

—Tú los has abandonado, no yo —replicó Adaxas—. Deberías estar con ellos... ¿Cómo te atreves? ¿Me culpas de todo? ¿A mí?

—De todo, no. No. Yo te quería. Eso es culpa mía. —Yiel escupió esas palabras porque le abrasaban la garganta, y después las leyó en el aire, en los ojos de Adaxas.

El filo del silencio acarició el gáznate de todos y, de la misma forma en que el esquife de Macomeno surcaba los aires, cercenó los hilos invisibles que los unían. Nadie miró las armas al cinto aunque estaban allí. Yiel, con el mismo revólver que había recuperado en el asalto de Los Tecnos, escaso de munición y batería y quizá todavía salpicado de sangre de su antiguo propietario. Vae levantó una mano y musitó una palabra, pero nadie le hizo caso. Se resquebrajaba el mundo a sus pies. Ya nada podían hacer por evitar la grieta que los separaba. Pronto, aquella fisura se convertiría en un cráter inmenso en el que se perderían para siempre, un lugar en el que arrojar lo que alguna vez fueron, lo que eran y aquello que serían. Adaxas se alejaba, ya lo sentía tan lejos que no lo reconocía, sus ojos no eran suyos, ni el gesto, su olor y su pelo, tan solo una mano, en la distancia, su nueva vieja mano. Se tentaron

durante un largo instante y, en la oscuridad de aquel repentino abismo, Feora gritó antes de caer y su alarido fue el de un espejo roto.

La puerta de los camarotes se abrió de repente y apareció Macomeno y su camarilla, seguido por Alas y Kemi y también unos cuantos revolucionarios armados hasta los dientes.

—¡Atención! —gritaban y daban voces—. ¡Silencio! ¡Callad!

Todos se congregaron en torno a ellos y la expectación devoró las conversaciones. Adaxas y Yiel no hicieron caso, el uno frente al otro, lejos y cerca.

—Van a atacar, joder —musitó Darq' Ab.

Adaxas inclinó la cabeza, una sonrisa extraña, vencida a la gravedad y, sobre todo, amarga, cinceló su boca de piedra.

—Muy bien —dijo al tiempo que encogía los hombros con indiferencia—. Renuncio.

Vae y Darq' Ab se volvieron al instante y quedaron boquiabiertos y aterrados. Yiel sonrió, incrédulo y estupefacto mientras Adaxas se deshacía del fajín rojo en torno a la cintura.

—¿Qué?

—Lo que oyes —continuó Adaxas—. Ahora tú eres el mandamás de Los Abandonados.

—No... —objetó Yiel, pero se trabó a medias—. No puedes renunciar.

—Por supuesto que puedo —explicó—. Renuncio.

Adaxas dejó caer al suelo la faja. Un golpe de viento la arrastró hasta la borda y quedó enganchado a la baranda, flameando como un banderín durante un instante breve. Con una última sacudida, desapareció entre las nubes. Los otros no dieron crédito y lo observaron pasmados. Adaxas, sin mirar atrás, dio un golpe de barbilla y dijo: «Suerte». Eso dijo: «Suerte», antes de dar media vuelta y unirse al resto de tripulación para escuchar las instrucciones de Macomeno y Alas.

No era más que un trapo de tela roja con flecos, pero era su fajín, su uniforme de abandonado. ¿Así acababa todo? ¿De esa forma ponía fin a una vida como niño salvaje? Yiel buscó a Adaxas entre la pequeña multitud y no lo encontró. Hubiese corrido hasta él para terminar con los puños lo que las

palabras comenzaron. Y ¿ahora qué? ¿Ahora qué? De repente dio con los ojos de Kemi, puestos en él, y recordó sus palabras, tan solo un rato antes.

—Yiel. —La voz de Vae lo sacó de su ensoñación—. Yiel, ¿qué hacemos ahora? ¿En serio vamos a atacar el templo?

Yiel no respondió. Buscó a Kemi con la mirada espantada, como si ella pudiese confirmar que aquello no había pasado.

El peor enemigo de un esclavo es otro esclavo.

PINTADA ANÓNIMA
Entrada norte del bazar

Un cuchillo de postre

Los sacerdotes se dispersaban por la nave principal del templo en corrillos de comadres aterradas, como gotas de mercurio que se separan y unen. Faltaban unas pocas horas para que la Cósmosis llegase a su clímax y Midkemia no había aparecido todavía. Muchos de ellos murmuraban sus temores: «¿Qué va a ocurrir? ¿Dónde está Kébemon? ¿Qué haremos ahora?». Unos pocos dieron con sus puños contra el empedrado, clamando a los cielos y maldiciendo al destino. El mundo se rompía en mil pedazos. Todos los pronósticos apuntaban que, con la Cósmosis, el poder de la última Ka transmigraría a la psiKa, lo que consumiría el cuerpo de la receptora y acabaría con ambas. Era una fuga imposible y suicida y eso, quizá, era la última esperanza de unos pocos. La Ka seguiría soñando durante muchos años más y ellos, con su producción de baterías de Kamé, aunque era poco probable, muy poco probable. Ningún sueño dura para siempre, a pesar de que el mundo entero dependa de ello.

Fuera como fuese, la verdad es que la rebelión había estallado en la ciudad y los ecos del tumulto llegaban incluso allí arriba. Decenas de

barricadas cortaban las principales calles y avenidas y, desde mediodía, ardían edificios de la administración local y también las pequeñas sucursales religiosas que distribuían las baterías de Kamé. Los síndicos de cada distrito se habían visto desbordados; tan pronto retrocedían ante repentinos ataques de una turba enfurecida, como se veían envueltos en auténticas batallas campales para proteger no sabían bien qué. Si había una palabra que definiese la situación era: caos. Y esa era una mala palabra, cuatro letras envenenadas que emponzoñaban la sangre de cualquier político o clérigo, incluido, cómo no, Kébemon.

El cónsul y sumo sacerdote hizo acto de presencia en el refectorio al principio de la tarde. Había permanecido oculto durante los últimos días, a pesar de haber sido reclamada su comparecencia en la Zuyab por todos los estamentos del Parlamento. Tampoco se le había visto en las ceremonias previas a la Cósmosis, a las que tenía la obligación de asistir como cabeza visible de la fe mecánica. Su tronco había sido transplantado a un mecasecto de seis patas hidráulicas con un aparatoso motor trasero que le daba apariencia de araña. Vestía el habitual chaqué negro y camisa con pajarita y, en esta ocasión, se cubría los ojos con unas lentes oscuras que no ocultaban el abatimiento. Las mejillas céreas y ajadas se le derramaban más allá de la boca, las manos artríticas manipulaban los controles del mecasecto, la cabeza cubierta de mechones ralos a la altura de la giba. Todo él era un pellejo de cuero vestido para la ocasión, un invitado de honor a su propio funeral, aunque nadie sabía a ciencia cierta quién de todos ellos alcanzaría a ver un nuevo día.

Los sacerdotes abrieron un corredor al paso de Kébemon y apenas esperaban para murmurar sospechas y temores: «Midkemia no ha aparecido. El plan de Kébemon ha fallado. Estamos condenados». Y todo aquel murmullo subterráneo perseguía al sumo sacerdote, que arrugaba la nariz, mordía los dientes y evitaba tragar el hedor repugnante de la cobardía a su alrededor.

—¡Basta! —gritó justo bajo la cúpula del templo. Dio un golpe de palanca y las patas giraron en redondo—. ¡Ratas! ¡Todos vosotros no sois más que ratas! ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué estáis mirando? ¡Ratas!

La cohorte monacal guardó silencio. Los hábitos oscuros formaban una cortina extraña en la que aparecían rostros pasmados de fanáticos modds

entregados a la fe mecánica. Por fin había llegado el momento y el suelo bajo sus pies se venía abajo, se hundían en una mentira institucionalizada. Ratas, dijo, y no andaba desencaminado. Eran monstruos crueles de los que exportan enfermedades mentales y perversiones alimentadas en el rencor y la moral. Ratas, porque transmitían la epidemia que consumía el mundo. Una enfermedad contagiosa que comenzó el día en que encerraron a las Kas y vendieron un imperio imposible, que no duraría mil, ni siquiera mucho más de quinientos años. Los hombres y las mujeres corrientes se alimentaron de ese sueño de bienestar a cualquier precio, crecimiento a toda costa. La enfermedad se extendió y nadie cayó en la cuenta de que estaban contagiados hasta el tuétano hasta que fue demasiado tarde. «Ratas», les dijo la más grande de todas ellas, «ratas».

Alguien echó a correr. Un monje joven, quizá un novicio. Nadie le prestó atención. Estaban demasiado asustados para actuar. Así que esperaron, sin comprender las palabras de Kébemon. ¿Qué esperaban? Quizá que un nuevo líder se alzase y todo continuase igual. Al fin y al cabo, no eran más que mandados, subordinados y prosélitos de una causa, acostumbrados a seguir órdenes sin cavilar las consecuencias. Solo necesitaban un pequeño empujón para cambiar de bando, dejarse llevar por la histeria y cometer los peores actos que un hombre puede cometer. Apenas una orden y se liberarían de toda culpa y responsabilidad.

—¡Kébemon!

Nimbará gritó su nombre desde la puerta central del templo. Podría haberlo hecho una vez dentro o mientras caminaba con decisión hacia el cónsul. Sin embargo, abrió las piernas un par de palmos, brazos en jarras, pecho al frente, mentón arriba y, cuando todos se volvieron, allí estaba él, como una visión de grandeza venida desde remotos tiempos pasados. Lo seguía K'Tala, con el uniforme impecable salpicado de medallas y honores, y dos docenas de síndicos armados hasta los dientes que se desplegaron junto a las columnas que flanqueaban la nave principal. El sumo sacerdote y cónsul se hundió más todavía entre los hombros cuando observó al primer ministro avanzar hacia él. Convirtió los párpados en un filo envenenado y sus subordinados se pusieron en guardia también.

—Traigo malas noticias, mi cónsul —dijo Nimbará antes de llegar a su altura.

El sumo sacerdote no respondió. Accionó un conmutador y los ejes hidráulicos del mecasecto silbaron al aposentarse sobre la parte trasera. Torció la boca y exhaló con impaciencia.

—No hay rastro de Midkemia —continuó Nimbará.

—¿Por qué no me sorprende?

Tanta suspicacia alertó a los monjes y acólitos de Kébemon.

—Hemos rastreado cada distrito, cada barrio —explicó Nimbará—. Descartamos que haya escapado de Paraíso. Así que la opción más probable es que... haya muerto en los enfrentamientos entre bandas.

—¿Estás seguro?

—Es difícil de decir hasta que no encontremos el cuerpo.

—No —lo interrumpió—. ¿Realmente has buscado en todas partes?

—Por supuesto.

—Por supuesto, mi querido primer ministro...

—¿Mi cónsul? —Nimbará carraspeó para espantar el viscoso silencio que había seguido a su pregunta—. Hemos hecho tanto como las circunstancias nos han permitido. De hecho, señor, la situación es crítica.

Kébemon asintió y tamborileó con los dedos en los controles del transporte.

—Los síndicos de K'Tala están desbordados ante la violencia con la que han respondido estibadores y sindicatos.

—Violencia contra la violencia, ¿verdad? —preguntó Kébemon con sarcasmo hiriente—. ¿Quién iba a decirlo?

—Así es. En algunos distritos se han unido bandas juveniles, grupos de vecinos y maleantes que se dedican al saqueo. Creo... —Nimbará apretó los labios y sacudió la cabeza—. Creo que hemos perdido el control, mi señor.

Kébemon accionó una palanca al tiempo que levantaba una ceja. Las rejillas de ventilación dejaron escapar una lengua de vapor sibilino.

—Debemos enviar a la milicia cuanto antes —propuso Nimbará.

Kébemon cabeceó con gesto huraño.

—¿Coincide en esa opinión el ministro de Fuego? —preguntó.

K'Tala se acercó de forma marcial.

—Preferiría no tener que hacerlo, mi cónsul, pero así es.

—¿Dudas a estas alturas, K'Tala?

—Es evidente que tenemos que recuperar los accesos a la Gran Avenida y también al río en su orilla sur. No dispongo de los medios suficientes para tal cometido, mi señor.

—La milicia está lista y dispuesta —intervino Nimbará.

—Morirá gente —masculló el cónsul.

—Ya está muriendo gente. —Nimbará ganó la atención de Kébemon durante un breve instante y los ojos asomaron a la montura de las gafas. Agotados, rojos de sangre insomne—. Si actuamos ahora podremos elegir quién muere. Esa es la diferencia, mi cónsul.

Kébemon miró a un lado y murmuró algo. Sus manos temblorosas accionaron los controles, los amortiguadores recuperaron presión y las patas regresaron a la posición inicial. Kébemon habló, aunque apenas se le escuchó.

—Midkemia —susurró—. Es el final, sin Midkemia.

El mecaseto giró hacia el altar.

—Necesito esa orden, mi cónsul —dijo, apremiante, Nimbará.

—¡La tienes! —exclamó Kébemon sin detenerse.

Nimbará dio un paso al frente y levantó un rollo de papel del que colgaba el sello imperial.

—Por escrito —añadió.

Kébemon se detuvo en seco. Todos los ojos fueron del documento a la espalda gibosa del cónsul y vuelta.

—Es un requerimiento administrativo de la Zuyab, mi cónsul —añadió Nimbará—. Ya sabéis cómo son esos técnicos. Llevan la burocracia metida en el culo.

El sumo sacerdote miró atrás desde el hombro. Entre él y el primer ministro se desplegó un pasillo flanqueado por decenas de monjes. Nimbará cambió el peso de una pierna a otra e inclinó la cabeza a la derecha. Se le veía tan desafiante que unos pocos a su alrededor atendieron a su intuición y retrocedieron. Las patas mecánicas de Kébemon arañaron la piedra como un diamante el vidrio.

—No voy a firmar nada, primer ministro —dijo.

—Es un simple trámite, mi cónsul.

—Es una sentencia de muerte, Nimbará —puntualizó Kébemon con una sonrisa cómplice—. No soy tan estúpido.

Nimbará se encogió de hombros, negó con la cabeza y al volver la vista al frente y encontrarse con el amo y señor de aquella ciudad, supo que su actuación había resultado postiza y que no importaba cuántas máscaras se vistiese, al fin y al cabo, todo era un espectáculo, un montaje tan falso como la vida misma. ¿Para qué andarse con rodeos? El disgusto se disolvió en el ácido efervescente que resplandeció en sus ojos.

La última Ka, la última psiKa, el último de una dinastía criminal y asesina. Todo parecía tocar a su fin en ese mismo instante. Era imposible que aquellos monjes no sintiesen el vértice de la historia sobre todos ellos. ¿Cuántos estrujaban los esfínteres para no mearse encima? En ambos extremos, el fin de un ciclo y el principio de otro. No se trataba de convicciones o política, ni siquiera de fe mecánica, era cuestión de supervivencia. A veces ocurre, alguien tiene que morir o matar para que las cosas sigan su curso.

—K'Tala —llamó Kébemon sin despegar su atención de Nimbará. El ministro de Fuego dio un paso al frente—. Quiero que detengas al primer ministro por alta traición.

El fornido guerrero se estremeció de la misma forma en que lo hicieron todos los presentes. La tensión creció entre los monjes y sacerdotes del séquito de Kébemon. Nimbará se volvió hacia K'Tala. No le gustó lo que encontró. En el cráter de su cicatriz destellaba el ojo de vidrio. El viejo comandante se envaró con una mueca en los labios, rumiando, cual animal prehistórico ante su extinción —fuego en los cielos, maremotos, azufre, el fin de los días—, el momento exacto en que una equivocación puede ser fatal. Las cejas de Nimbará se vinieron arriba, arrastrando con ellas las ganas de respirar. K'Tala permaneció inmóvil durante un momento eterno, hasta que un monje joven saltó ante él.

—¡Ya has oído al sumo sacerdote! —exclamó, poseído por la rabia—. ¡Es una orden, gusano!

K'Tala gruñó de la misma forma en que lo haría al sentir la molestia de

una mosca en una tarde de verano. Desenfundó el cañón de mano y descerrajó un disparo a la cara del monje. Sesos y colgajos de carne salpicaron alrededor. Los hombres de K'Tala apuntaron los mosquetes y el primer ministro se desinfló en una exhalación interminable.

—Como dije antes —afirmó Nimbará con una sonrisa—, traigo malas noticias.

Una fresca brisa acarició su rostro cuando salió al exterior. El capote flameó de la forma exacta en que debería hacerlo, como una representación perfecta de la euforia que sentía. Se detuvo en la cima de la escalera. Abajo, entre una veintena de furgones de la guardia, le esperaba un mecacoche, con la puerta abierta y Salma junto a ella. Nimbará sonrió sin motivo aparente, pero lo hizo. Se sintió feliz y quiso compartir el momento con alguien, aunque no había nadie allí. La excitación ardía en sus nervios y las manos se le volvieron brasas enguantadas. Dio una palmada. Nunca había sentido algo así. Como si estuviese colocado con polvo de cristal negro, echando un polvo con tres esclavas jóvenes y una multitud aplaudiese las embestidas. Era una sensación extraordinaria. Miró arriba, algunos buques mercantes surcaban los cielos rodeados por un enjambre de esquifes y cestos voladores. Supuso que la misma situación caótica que sacudía Paraíso se estaría viviendo allí arriba. Un par de biplanos de la Flota Imperial pasaron sobre su cabeza y viraron en dirección al río. La ciudad ardía, sí.

«Qué espectáculo más hermoso», pensó.

Columnas de humo negro se levantaban aquí y allá, y una leve llovizna de ceniza alcanzaba el zigurat. El aroma del incendio lejano, la amenaza de muerte, el eco del tumulto.

—Ya no hay vuelta atrás. —Apareció K'Tala tras él—. Es el final de la dinastía jemení.

Nimbará dio un taconazo y se giró con un movimiento de bailarín.

—Es el final de muchas cosas, K'Tala —dijo—. A partir de mañana comenzará un nuevo ciclo en la historia de Paraíso y nosotros estaremos allí para verlo.

—Kébemon está preso. Mis hombres lo llevarán al Ministerio de Fuego hasta que se celebre el juicio.

—¿Juicio? —saltó él con desdén hiriente—. ¿Qué juicio?

—Dijiste que...

—No ha firmado la orden, memo —lo interrumpió—. ¿Un juicio? ¿Y de qué le acusamos? Sin la orden de desplegar la milicia firmada por su puño y letra sería demasiado arriesgado. Kébemon debe ser declarado culpable y condenado a muerte.

—Pero...

—Cerrad las puertas y que se queden ahí dentro —ordenó—. Que su adorado templo sea su tumba. ¿Qué ocurre? Si no podemos asegurarnos un juicio popular, por lo menos deberíamos ser capaces de darle al pueblo la posibilidad de tomarse la justicia por su mano. ¿Lo entiendes? Deja que Kébemon caiga en poder de la turba enfurecida y ellos harán el resto. Abrid las puertas del zigurat, pero, antes, ordena a la milicia que abra fuego contra los manifestantes, que maten a unos cuantos, mejor estibadores y sindicalistas. En breve tendremos que recuperar el control de puertos y sindicatos.

—Estás arriesgando mucho, Nimbará.

—No seas ridículo, K'Tala. Solo es un juego. ¿Comprendes? Hay que apostar fuerte para ganar la partida. Tú mismo lo dijiste: va a morir gente, mucha gente. Pero es un mal menor para conseguir un bien mayor. ¿Qué es el sacrificio de unos pocos por el futuro de millones? A veces, tipos como nosotros toman decisiones así —afirmó con resignación impostada—, pero lo hacemos por su bien. Acéptalo. Ordena a la milicia que barran la zona de los muelles con toda la fuerza disponible. Después, que se replieguen. Da tiempo a la indignación a tomar las armas. Si se muestran pacíficos, los aplastas y golpeas, una y otra vez, hasta que tomen las armas. Mientras tanto, envía un destacamento a la Zuyab y disuelve el Parlamento. Que el pueblo sepa de los desmanes de Kébemon y, sobre todo, que sepa que está en el templo. No me importa lo que hagan con él. Asegúrate de que tus hombres no se inmiscuyen. Él y sus monjes no podrán oponer mucha resistencia. En cuanto el cuerpo del tirano cuelgue de la muralla, la milicia se retirará. Que observen de lejos, presentes, pero no mucho.

»En un par de días nombraremos un Gobierno en funciones y decretaremos el Estado de excepción. La Zuyab asumirá la ingente labor de un Parlamento constituyente con la asistencia de todos los grupos parlamentarios. Ellos se encargarán de calmar los ánimos por nosotros. Y para hacerlo entregarán a los cabecillas de la rebelión, a los que amnistiamos en aras de una transición pacífica. Amnistía también para los oficiales al mando de la represión, incluido tú, por supuesto. Y Los Tecnos, quiero inmunidad para ellos. Les debemos el asunto de Midkemia. Ya lo he hablado con el Tribunal Supremo. También he arreglado unos cuantos titulares de prensa para cuando eso ocurra. Puedes estar tranquilo, saldrás mejor parado de lo que mereces. El ejército será ensalzado como salvador de la patria y víctima de las órdenes de Kébemon. ¿Qué te parece? ¿Lo has entendido todo? —K'Tala asintió, caviloso y con aspecto dubitativo—. ¿Quieres que te lo apunte? Es broma, no me lo tengas en cuenta. —El primer ministro sonrió y dio un golpe de puño en el hombro del viejo comandante—. Hoy es un gran día. Deberíamos salir a celebrarlo. Lo haremos en cuanto se calmen las cosas. Fiesta en mi casa. —Risotada teatral—. El plan sigue su curso, K'Tala, y el mundo gira y gira...

Con esas últimas palabras cantarinas se lanzó escaleras abajo y dejó plantado al ministro de Fuego. El viejo comandante lo observó con desprecio y suspiró. Se llevó la mano al arma que pendía en su cinto. Despasó el cierre de cuero, desenfundó, pero no llegó a apuntar a la espalda de Nimbará. Mostró los dientes y rugió. «Debería haberlo hecho hace tiempo», pensó, dispararle y que rodase sin control hasta la base de la gran escalinata. Ah, ver a Nimbará deshecho contra el asfalto, los dientes rotos, los ojos congestionados por el dolor, suplicando entre borbotones de babas y sangre. Después, tomarlo por la pechera, ignorar sus balbuceos suplicantes y aplastarle la cabeza contra el primer escalón. Qué gran homenaje a la ciudad en su caída. Enfundó el arma con un golpe seco. Soñar era gratis. Si sobrevivían, si conseguían mantenerse vivos en los próximos días y semanas, se juró que mataría a aquel hombre, que lo pondría frente a un pelotón de fusilamiento por el bien de Paraíso. Antes de que él hiciese lo propio.

Cuando Nimbará llegó al Mecavox, la mayoría de funcionarios había desertado de sus puestos. Se dio de bruces con ordenanzas y guardias y también burócratas y secretarios que, o bien eran tan idiotas como para permanecer fieles a un Gobierno que se derrumbaba, o bien no tenían ningún otro lugar al que ir, lo cual era tan trágico como triste. Unos cuantos balbucearon al verlo pasar, quizá esperando una orden, algo que hacer. Nimbará se calzó la determinación del capitán que no abandona el barco en pleno naufragio. ¿Querían órdenes? Él les daría órdenes. Pidió informes de la situación, un par de mensajeros que le comunicasen con las defensas del zigurat, datos sobre el paradero del Gobierno en pleno, y se encargó de convocar un Consejo de Ministros extraordinario para dentro de una hora. Todos revolotearon a su alrededor y él los espantó con un bufido, saludó de forma marcial y cerró la puerta del despacho.

—Ponme una copa —ordenó a Salma al tiempo que arrojaba el capote sobre un butacón y abría la balconada.

El aroma del incendio invadió la habitación de forma avasalladora. Nimbará aspiró profundamente y salió fuera. Disparos y gritos en las calles. Un par de furgones de la guardia pasaron por la avenida a toda velocidad. Los caballos ciegos relinchaban enloquecidos entre chispazos de Kamé. Los cascos hidráulicos resbalaban en los adoquines. A su zaga, aunque a mucha distancia, un carro blindado de la milicia. Nimbará pensó que no le gustaría encontrarse frente a uno de esos monstruos de metal, contruidos para aplastar y demoler. Pronto lo haría, sí, pero con el anónimo populacho. Era algo inevitable. Cosas de la guerra y, sin duda, aquello era una guerra, siempre lo había sido, aunque eso no podía decirlo en público por el bien de la paz.

—La copa —dijo Salma al plantarle un vaso de oro líquido bajo la nariz.

Nimbará regresó de la ensoñación con una poética melancolía a cuestas y dio un pequeño sorbo.

—Estoy pensando en escribir una novela —dijo—. Algo trágico. No un libro de historia, sino algo más cercano al drama popular. Diferentes personajes que lo pierden todo. Unos sobreviven, otros fenecen. Pero la culpa es de todos, de un bando y de otro. Por su inquina, su radicalidad, sus pocas ganas de olvidar los rencores, seguir adelante y todo eso. ¿Qué opinas?

—Me parece muy buena idea, tío —respondió Salma—. Si me das indicaciones, buscaré documentación en la biblioteca.

—Sí. Bueno... —Dudó y dio otro sorbo—. Todavía no tengo claro el enfoque. Debería ser diametralmente opuesto a los panfletos populistas que circulan por ahí. Alcanzar la verdad, desde el otro lado de la trinchera. Francamente, me interesa tu opinión. Es apasionante lo que está pasando, ¿no crees?

—Totalmente de acuerdo, tío.

—Y curioso... —Nimbará se alejó del balcón. El cielo era un desierto gris moteado de lagos celeste allí donde la contaminación se rompía. Un gran buque mercante recorrió el ventanal de parte a parte—. ¿Dónde estabas hace una semana?

Salma ladeó la cabeza a la derecha y sonrió. Nimbará presintió el nerviosismo contenido en ella. Sus ojos resplandecieron, como si, por algún motivo, debiese sentirse culpable, un gesto infantil que no pudo reprimir.

—¿Yo...? —titubeó—. ¿La semana pasada?

Nimbará anadeó hasta el gran escritorio, se sentó en el borde y bebió de su copa.

—Sí —continuó, observando al trasluz el ambarino licor—. Hace una semana, hace dos...

—No sé, tío —respondió Salma. La algarabía del tumulto la distraía, titubeaba o se detenía cuando sonaba una explosión o un disparo—. Supongo... quiero decir... supongo que aquí o en tu casa. Es donde paso la mayor parte del tiempo, tío, trabajando.

—Trabajando, eso es, trabajando. Tan ignorante como todos los otros y, sin embargo, consciente de que el día de hoy era inevitable.

—No sigo tu razonamiento, tío.

—Vaya —añadió, contrariado, Nimbará—. Dime una cosa, ¿te sorprende la deriva de los acontecimientos? Está bien, de acuerdo, vamos a simplificarlo. ¿Qué opinas de lo que está ocurriendo?

—¿Ahora? —preguntó ella de forma apurada, con la atención puesta en la ventana.

—Sí. Ahora, en los últimos tiempos —aclaró.

—Con todo lo que estaba pasando, la verdad, supongo que era... —la joven detuvo sus palabras cuando Nimbará levantó una ceja—, ¿lógico?

—Bien. Eso me gusta. —Nimbará sonrió y Salma respiró aliviada hasta que su tío continuó—. ¿Y es más lógico ahora que entonces?

—Sí, claro.

—¿Estás segura?

—Bueno, supongo que no, tío.

—¿No crees que la lógica de los acontecimientos permanece invariable a pesar de nuestra percepción y previsión de los mismos? Quiero decir: las señales estaban ahí. Está claro que hay sucesos que se encadenan, de forma trágica, hasta provocar una rebelión o un alzamiento. Siempre hay una gota que colma el vaso, pero ¿es que nadie vio el vaso cerca de desbordarse?

Una alarma en la distancia hizo a Salma volverse y respondió con un murmullo.

—Sí, tío, eso mismo —farfulló.

—Entonces, ¿por qué no ocurrió antes?

—¿El qué? —Intentó sonreír, pero apenas pudo esbozar un rictus nervioso—. Tío, no entiendo adónde quieres llegar. ¿No sería mejor que regresásemos a casa?

Nimbará ignoró la petición de Salma y se explicó con la pose de un director de orquesta en plena faena.

—La rebelión, el caos, el acabose, el definitivo y terrible derrumbe de nuestro querido, aunque falso, Paraíso —dijo.

Salma titubeó.

—Vamos. Responde —la apremió—. Es para mi novela, por favor. Necesito otro punto de vista. ¿Qué es lo que pasa por la cabeza de gente como tú?

—No sé —dijo—. Las cosas ocurren a su debido momento.

—Por favor —Nimbará se pellizcó el entrecejo y cerró los ojos—, no vuelvas a decir que no sabes lo que sabes. Me resulta muy molesto.

—Lo siento, tío.

—Lo que quiero decir es: ¿crees que era previsible la situación a la que hemos llegado?

—Tío, por favor. —Salma habló cabizbaja y su tenue murmullo se arrastró desde su pechera al suelo—. Me gustaría volver a casa. Estoy preocupada por mi madre...

—Un momento y podrás regresar a casa, querida —la tranquilizó él—. Solo quiero conocer tu opinión. A lo mejor te convierto en personaje de ficción. —Nimbará rio con desenfado. Salma, lívida, lo contemplaba—. Dices que era previsible. Bien. Eso me interesa. Es un buen enfoque. Existen unas señales visibles y conocidas por todos. La información está disponible, pero, sin embargo, no ocurre nada. ¿Por qué?

Nimbará apuró su copa antes de dejarla en la mesa.

—Todo el mundo lo sabía —dijo con repentina amargura—. Sí, todo el mundo lo sabía...

Se levantó y salió de nuevo al balcón. Salma se asomó sobre su hombro y contempló horrorizada. Algunos ciudadanos de la zona alta se asomaban a las ventanas de los edificios cercanos. Se sentían seguros en sus torres de marfil, lejos de la marea que se les venía encima. En aquel momento, los ciudadanos del zigurat corrían espantados a esconder sus alhajas y sus obras de arte, a atrancar las puertas y ventanas y buscar un lugar alto, muy alto, en el que no salpicarse de sangre y esperar que el temporal amainase. Porque eso es lo que se espera cuando un huracán inclemente azota lo cotidiano, que regrese la calma, que acabe la tormenta. El misterio se reduce a cuándo llegará ese momento.

—¿Por qué no hiciste nada? —la interrogó Nimbará, apoyado en la baranda.

Salma no respondió. Regresó al interior y preparó otra copa a su tío.

—¿Yo? —preguntó con el mismo titubeo temeroso—. ¿Qué puedo hacer yo?

Salma tendió la copa hacia Nimbará y este la denegó con un seco golpe de barbilla. La chica regresó a la mesa y devolvió el vaso a la bandeja de plata. Evitó mirar a Nimbará y se distrajo recolocando el vaso en el aro húmedo que había dejado sobre el metal. Después cogió la bandeja y la llevó hasta el pequeño mueble en que guardaban los licores.

—No está mal —masculló, caviloso—. Sigue por ahí, querida. Dime una

cosa —continuó. Salma se volvió hacia él con una mueca tensa. Las copas en la bandeja tintinearón—. ¿Crees que es cosa tuya o todos piensan igual? Quiero decir, ¿ninguno de tus conocidos, de la gente con que te relacionas fuera del trabajo, pensó en hacer absolutamente nada?

—La verdad, tío, no sé a qué te refieres.

—Tú misma has dicho que era previsible. Si lo visteis venir, ¿por qué no hiciste nada?

—Bueno, yo...

—Sabías que la energía de la Ka se acabaría, que el gobierno era injusto, que tu vida es una mierda...

—Yo no diría tanto, tío mío.

—¿No es cierto?

—En absoluto. Soy una privilegiada.

—Sí —murmuró Nimbará, y bajó la mirada—. Eres una privilegiada, cierto.

—Pero, en respuesta a tu pregunta —continuó ella—, y por lo que puedo deducir de mis amistades y familiares, supongo que pensaron que alguien haría algo. —Satisfecha, dio media vuelta y guardó las botellas en la vitrina.

—¡Ajá! —exclamó Nimbará—. Esa es la clave. Me gusta. Alguien haría algo.

Salma suspiró de espaldas a él y contuvo la voz.

—Sí. Alguien, los políticos, los sacerdotes... —respondió—. La Kamé se acabaría, pero inventarían alguna otra cosa, algo que sustituiría las baterías y... algo inventarían. No sé.

—¡No vuelvas a decir que no sabes!

Salma brincó atrás y se envaró con los brazos a los costados. Murmuró algo que no llegó a entenderse.

—Esa parte me gusta mucho: alguien inventará algo —escupió Nimbará, iluminado—. ¿Lo has dicho en serio? Es un poco inconsistente. ¿Alguien como yo? ¿Alguien como los políticos de la Zuyab o como los del gremio de industriales? ¿Los sacerdotes? ¿De veras creías que ellos iban a buscar una solución para el fin de las Kas? ¿Una solución que no fuese salvar el culo? No sé si me sirve, la verdad. Suena infantil. Alguien haría algo...

Nimbará la contempló de pies a cabeza, brazos en jarras, la boca, la nariz, el ceño, todo en un severo gesto paternal. Negó con la cabeza, dio media vuelta y regresó al balcón, pero, antes de salir, se volvió con una sonrisa burlona en los labios.

—Estamos en ello —concluyó antes de estallar en una carcajada.

Salma guardó silencio y Nimbará salió a fuera. La imaginó plantada, con los dedos nerviosos entrelazados frente al vientre. Con una mano se manoseó la entrepierna. No fue una caricia delicada, sino que se agarró el pene con fuerza, como si lo estrangulase, y este respondió al instante y palpitó, preso en la ropa interior.

—Me gusta cómo has llevado el asunto de Midkemia y Los Tecnos —dijo, observando la ciudad convulsa.

—Gracias, tío —respondió Salma—. Lo hago lo mejor que puedo.

Nimbará hurgó en la bragueta y liberó su polla. Miró abajo. El prepucio colorado rozaba los barrotes del balcón y contoneó las caderas con suavidad. En un barrio del centro se escuchó un disparo.

—Lo digo en serio —afirmó—. No sé qué haría sin ti.

La sobrina no escuchó aquellas últimas palabras, pero su satisfacción se convirtió en horror cuando Nimbará se giró y apoyó los codos en la baranda, apuntando el miembro erecto hacia ella.

—Chúpamela —ordenó, esbozando una sonrisa sádica.

Salma, que efectivamente entrelazaba los dedos frente al vientre, no pudo reprimir una mueca. Disimuló la sorpresa y sonrió apenas.

—Pero... —tartamudeó—. Tío.

—He dicho que me la chupes —insistió él. Arrugó la nariz, acompañando con la lengua cada sílaba de la orden.

La joven miró a un lado, sin saber qué hacer. Cuando volvió al frente, cabeceó, como tomando carrerilla para sus palabras.

—Tío —objetó—. El sexo oral no está en mi contrato.

—¡Qué más da! —replicó, dando un manotazo al aire, desenfadado—. Te pagaré un extra. Subiré tus cualificaciones. Te conseguiré una entrevista con el decano de la Facultad de Finanzas. Chupa.

—Pero... —titubeó—. Tío, soy tu sobrina...

—He dicho que chupes.

Salma se estremeció ante el pausado tono de su tío. Se humedeció los labios. Negó con la cabeza y murmuró: «No».

Se tentaron con la mirada durante un largo instante. La polla de Nimbará comenzó a curvarse y se deshinchó poco a poco. Cuando recuperó su tamaño, él dijo: «Me parece bien», y se la guardó.

—¿Sabes qué? Ya no te necesito —anunció, y supo que Salma no habría escuchado sus palabras, que apenas habían roto el sonido de la ardiente brisa, así que las repitió sin compasión alguna—. Estás despedida. Búscate otro tío.

Los brazos de Salma cayeron a los costados. Abrió la boca y se derramó el color de su piel por ella.

—Pero... —titubeó—. ¿Por qué?

—Porque sí —escupió Nimbará—. Fin de contrato. Pérdida de confianza. Cambio sustancial de la situación. Llámalo como quieras, Salma. Te enviaré la indemnización por correo.

—Yo... —La joven esclava miró a otra parte y los dientes le castañetearon.

—Sal de aquí —añadió Nimbará, dando un golpe de mentón hacia la puerta—. No quiero volver a verte.

—¿Qué voy a hacer yo? —balbuceó, suplicante—. ¿Quién va a contratarme?

—Alguien encontrarás. Eres una joven muy competente.

—¿Qué le voy a decir a mi madre?

—Salma. —Nimbará pronunció su nombre con ese tono paciente y paternal al que se había acostumbrado—. No me obligues a llamar a los guardias.

La esclava asintió y arrastró los pies hasta la puerta.

—¡Salma! —la llamó Nimbará. Ella dio media vuelta con una semilla esperanza germinando en las lágrimas—. Has sido una privilegiada durante mucho tiempo. Quizá lo que necesitas es aprender a crecer ante la adversidad. La tragedia alimenta el valor intrínseco de la obra. ¿Sabes lo que quiero decir? Saldrás adelante. No es personal. Te estoy haciendo un gran favor. Algún día me lo agradecerás.

La muchacha asintió, aunque sus ojos viajaron al suelo y a un lado, buscando el significado de aquellas palabras. Tal vez su imaginación era incapaz de trepar el muro de la revuelta y el caos de una ciudad y mirar más allá. ¿Qué había al otro lado? Un futuro de incertidumbre, de lucha y supervivencia. La esperanza marchitó antes incluso de abrir los ojos y despertar a la libertad. Nada dura para siempre, ni siquiera la esclavitud, aunque acabe con la muerte.

Nimbará suspiró. Por fin había encontrado el tema de la novela que pensaba escribir. Una historia de superación personal, desde lo más bajo de la inmundicia hasta la zona alta del zigurat. Sí, como la vida misma, la de los otros, la de ellos. En parte, era una manera de excusarse por todo lo que había pasado y estaba por pasar. Las explicaciones de Salma fueron decepcionantes, aunque tenían su envidia y confirmaban lo que de alguna forma ya presentía: la gente es capaz de acomodarse a cualquier situación con tal de vivir en paz. Salma era su único contacto con esa cualidad tan dúctil de los gobernados. Jamás encontraría una sobrina como ella: leal, inteligente, trabajadora y entregada. Se alegraba de que la chica no hubiese acabado arrodillada con su polla en la boca. La había devuelto de un plumazo a la cruda y dolorosa verdad de su existencia, convertida en un personaje con matices, ideal para protagonizar su novela. Ahora, tras la catarsis, un mundo de posibilidades se abría ante ella, un mundo para luchadores tenaces en el que tendría que demostrar si valía la pena realmente. Ah, la realidad, ese mal duplicado de la ficción.

La batalla por Paraíso continuaba. Una fuerte explosión llamó su atención en la zona oeste de La Cantera. Quizá los obreros habían saboteado los hornos o un depósito de baterías había saltado por los aires. Como fuese, un denso cono de humo índigo trepó hasta unirse a las nubes. Pensó que, después de todo, las palabras de Salma eran las mismas de aquellos que ahora luchaban y morían en las calles de la ciudad. Tan solo necesitan un empujón para tomar la iniciativa y olvidar la reivindicación pacífica. Nadie hace nada hasta que no es demasiado tarde, hasta que las circunstancias y la legalidad vigente lo arrollan. Si hubiese estado en su contrato, Salma hubiese lamido su polla con dedicación y entrega. Sin embargo, se rebeló. Defendió lo que pensaba era

justo. Quizá como la muchedumbre, aunque con menos fundamentos teóricos. ¿Quién sabe? Esas cosas debían nacer desde la cabeza y no fermentar en el estómago. Ahora todo eran carreras, sirenas, piedras y barricadas, demasiado tarde para sacar nada bueno excepto la destrucción, el caos y la rabia contenida. Porque no iban a sacar nada de ello y su misma violencia los avergonzaría en un futuro cercano. No hay vencedores en las guerras, por muy justas que sean. Así que, tarde o temprano, el levantamiento sería sofocado; la población regresaría a los barrios —a enterrar a sus muertos, comer algo caliente—, los concejales a debatir en asamblea y los sacerdotes a buscar un método infalible que sustituyese a las Kas. Las baterías de dolor saldrían a la luz, el sacrificio se impondría como la solución y la aceptarían, sí, lo harían. Porque ¿qué hay si no al final del camino?, ¿qué otra cosa tenían enfrente si no era un abismo? Esa era la frontera real de Paraíso, un abismo, una sima de fatalidad. La ciudad creció y creció hasta devorarlo todo: la esperanza, las posibilidades, opciones y alternativas, todo lo que no fuese la miseria amurallada de sus habitantes. ¿Cómo no iban a aceptar el dolor como único modo de vida si la muerte era la otra opción?

El primer pinchazo lo pilló por sorpresa; el segundo le provocó un espasmo incontrolable. Se retorció y, al darse la vuelta, descubrió a Salma con un cuchillo para postres en la mano. Tenía los dedos manchados de sangre y unas gotas se descolgaban desde el pequeño filo al suelo. Sus ojos se encontraron. Salma estaba asustada, era algo que no podía ocultarse de ninguna manera. Parecía querer decir algo, quizá un murmullo que Nimbará imitó tan sorprendido como ella. Salma, tras aquella parálisis horrorizada, lanzó una nueva cuchillada al pecho de Nimbará. El metal impactó en hueso e, incapaz de romperlo, resbaló arriba, abriendo un tajo largo aunque poco profundo que rasgó también el chaleco y la camisa. Nimbará interceptó la mano de Salma y el cuchillo para postres cayó al suelo. El metal repicó varias veces y ambos miraron abajo y de nuevo arriba. La sorpresa desapareció cuando Nimbará se abalanzó sobre ella.

Bailaron abrazados hasta el centro de la habitación. Zafándose, dando zarpazos y buscando la manera en que agarrar al otro. Nimbará rugía como un animal salvaje. Salma tan solo gemía. Toparon con un butacón. Rodaron sobre

él. Una lámpara salió despedida y se hizo pedazos en un rincón. Salma arañó la cara de Nimbará y se escabulló a rastras. Sin ponerse en pie, cogió una de las botellas de la camarera y la rompió contra la cabeza de su extío. Nimbará rodó por los suelos. Algunos cristales quedaron clavados en su frente. La sangre empapó el pelo rubio y desbordó las cejas. La misma visión del caldo asustó más si cabe a Salma y enfureció a Nimbará en su ataque. La esclava se protegió con las rodillas y evitó los manotazos de Nimbará. Sus gemidos se convirtieron en maullidos histéricos. Por fin, Nimbará dio un puñetazo directo a la nariz. Los ojos de la muchacha se anegaron de lágrimas repentinas y quedó aturdida un instante, no mucho, lo suficiente para que Nimbará le echase mano al pescuezo. Apretó con todas sus fuerzas. Salma clavó las uñas en su pecho y después le abofeteó una vez, dos, tres, pero él no cedió en el empeño. Apretó tan fuerte que el dolor que sintió en los brazos sustituyó al de las cuchilladas recibidas. Salma se ahogó en un borboteo de babas, el rostro deforme y amoratado. Los ojos salieron de sus órbitas. Nimbará se sorprendió del tamaño de los globos oculares cuando abandonaron los párpados. Salma ya estaba muerta, aunque él la estranguló durante mucho más tiempo del necesario.

Le costó horrores abrir las manos y, cuando lo hizo, el dolor lo sacudió y se sintió desfallecer. Cayó de costado, con las piernas sobre el cadáver de Salma. Tosió y se quejó y también rio de la forma en que lo hace un naufrago que alcanza tierra firme. Se arrastró hacia el balcón, quizá buscando la fresca caricia del exterior en las heridas sangrantes. Había manchado la alfombra y se sintió un poco tonto al pensar que el servicio de limpieza no estaría disponible durante unos días. Salió fuera y descansó la espalda contra la baranda del balcón. Estiró las piernas y contempló la ciudad. Humo y tumulto lejano. La puerta se abrió y algunos subordinados y funcionarios entraron en tromba. Corrieron hasta él con el espanto preso en los ojos. Nimbará sonrió. «Estoy bien —dijo—, estoy bien.» Esperaron al médico mientras la ciudad ardía. Pidió papel y una pluma. Las primeras palabras de su libro le habían venido a la cabeza.

La injusticia y la desigualdad son el germen de la violencia. Una sociedad justa es una sociedad pacífica.

CIENTO HERROS

El final

Hubo un tiempo en que hombres y mujeres apuntaban sus esfuerzos a la posteridad, a perpetuar su nombre o su sangre a través de una obra. Pensaron —los habitantes del pasado— que podían escribir libros de historia y anaqueles en los que enumerar hechos y sucesos, un lugar en que otros —habitantes del futuro— encontrarían las raíces para cimentar la sociedad moderna. Era gente optimista, la del pasado. No tuvieron en cuenta que, llegado el momento de la ruptura, todo se precipita. Pero ¿en qué dirección? Esa mañana, la posteridad y la sociedad del mañana se desvanecieron como un espejismo en el desierto. Ese día, la historia dejó de existir durante un rato.

¿Es eso posible? ¿No es cierto que el tiempo parece infinito? Y ¿no es más cierto que nosotros no somos más que un momento en el tiempo? La historia murió con las esperanzas y sueños estúpidos que levantaron en torno a sus vidas. Nadie pudo mirar más allá de los límites amurallados de la ciudad sin límites. Así que, en ese momento, las mentes preclaras de aquella época convulsa supieron que habían perdido el futuro. Los estudiosos y analistas

buscaron un lugar en que poner a salvo a sus familias y, cuando no lo encontraron, y el caos los arrolló en una orgía de muerte y saqueos, descubrieron que las mentes preclaras habían abandonado Paraíso mucho tiempo atrás.

Esa mañana y las siguientes ocurrieron muchas cosas en Paraíso que desembocarían en un apagón total apenas dos semanas después, cuando los depósitos de baterías de los monjes fueron saqueados y se impuso la ley del más fuerte. Unas baterías de Kamé que resultarían un bien escaso y necesario y que serían prácticamente un tesoro en manos de bandidos, piratas y señores de la guerra que harían de las suyas tras el derrumbe. Por otra parte, monjes renegados que habían estado al servicio de Adoh se unirían a Los Tecnos y crearían sus propias baterías de sufrimiento. Bandas de modds y salvajes se harían fuertes por todo el territorio, dispuestos a torturar a cualquier ser vivo con tal de ordeñar unas pocas perlas negras. El mundo que venía sería un lugar terrible, al menos durante un tiempo. Hasta que naciese un nuevo Gobierno y el sufrimiento se proclamase como el nuevo motor de la civilización. Alguien diría: «¿Veis? Sin nosotros no hay más que caos y violencia». Provocada por ellos, por su corrupción y maldad sin límites. Fabricar las excusas a cualquier precio, esa era la teoría. Sin embargo, durante aquella mañana y las siguientes, no todo pareció perdido y muchos apostaron la vida para ganar una sociedad, una ciudad y un mundo nuevo; apostaron y perdieron. No porque fuese imposible, utópico, o por la resistencia armada de sus opresores; fracasaron porque era demasiado tarde.

Los hechos se anotan de forma cronológica por una razón: hacer comprensible la realidad una vez es convertida en literatura. Así pues, aunque no fue el principio de nada, todo comenzó con el ataque de Los Tecnos a El Nido. No fue el principio porque, en respuesta a la represión policial, las barricadas ya cortaban las calles de muchos distritos. Era el décimo segundo día de huelga de estibadores y todo el mundo decía que no acabaría bien la cosa. Dos días antes, el folletín del barrio de Hilanderas ya traía en portada la noticia de que la última Ka había muerto. Ilio Rasala, presidente de la Comisión de Energía, salió al paso y acalló los rumores, y lo propio hicieron los acólitos de Kébemon. A pesar de eso, los precios de las baterías se

triplicaron antes de mediodía. Orcades, el padre de los terreros y principal responsable de la Kamé, convocó un pregón aquella misma tarde y anunció la salida al mercado de diez mil baterías de Kamé nuevas y quince mil más —de potencia media— para la semana siguiente. Estabilizó los precios, pero el mal estaba hecho. Así que el germen del alzamiento había comenzado a propagarse horas antes de que Cabeza de Lata atacase la asamblea en la que unieron sus fuerzas sindicalistas, delincuentes y revolucionarios de la ciudad.

Durante el ataque, Los Tecnos mataron a setenta y tres personas, la mayoría jóvenes, artesanos o delegados de asociaciones vecinales o clanes urbanos. Fuera su propósito sembrar el caos o, simplemente, provocar una carnicería, lo consiguieron con creces. El edificio acabó en llamas y se vino abajo una semana después. La reacción en cadena no se hizo esperar y, como una piedra lanzada a un estanque, las ondas de la violencia se extendieron de barrio en barrio y de banda en banda.

Uno de los supervivientes del ataque a El Nido se llamaba Noko *Bolsillos* y pertenecía a Los Trapecistas del Mirador de Altozano. El chico, como muchos otros, huyó despavorido y trató de regresar a su barrio aunque, mucho antes, se encontró con una patrulla de Cabezas Rapadas y les contó lo ocurrido. Afectadas por el relato de Noko, las Cabezas Rapadas detuvieron el tráfico en plena calle del Reposo y prendieron fuego a un trolebús de la línea ciento catorce. Entre los agitadores que se unieron al tumulto y simples espectadores había tres Urracas de mal agüero, rateros sin más amigos que su propia sombra. Sin embargo, sus graznidos llegaron hasta el cuartel general de Los Toros Locos, y antes de que estos atacasen con bombas caseras la jefatura de la guardia urbana de Lirios Norte, los trabajadores industriales del distrito ya habían parado la producción. Cuando Noko *Bolsillos* llegó a Jardín Flotante, los suyos sabían lo ocurrido en El Nido y en muchos lugares ardía el fuego de la revuelta.

A mediodía, la avenida Gamir, una de las principales arterias de Paraíso, se había convertido en una batalla campal. La guardia cargaba contra barricadas improvisadas y eran rechazados por una lluvia de adoquines, cantos rodados y, de vez en cuando, alguna bomba casera con mayor o menor puntería. Y así, a golpe de piedra, porra y botes de humo, llegaron los muertos.

La primera baja no fue inmediata y no se contabilizó como tal por aquellos que corrían la voz de los desmanes de rebeldes y fuerzas del orden y la ley. Se llamaba Matilda y recibió un porrazo en la cabeza cuando la guardia urbana disolvió una protesta tumultuosa frente al almacén de baterías de Fray Velero. Matilda acabó en el dispensario, regresó a casa, bebió un vaso de agua, se recostó en el sofá y ya no despertó jamás. A esas alturas, habían muerto otras ocho personas; ella fue la primera, solo que no se había dado cuenta.

Un guardia recibió una cuchillada en el cuello durante los combates de la avenida Gamir y murió desangrado de camino al hospital. El culpable se llamaba Renton, un matón pendenciero que la noche anterior echaron a palos de la taberna Dos Jarras y un Caldero por propasarse con las camareras. Tras el suceso, durante las cargas policiales en Gamir, Renton huyó y nunca fue condenado por el crimen. Casi al mismo tiempo, un bote de humo urticante disparado a corta distancia le reventó la cabeza a un tal Yama, que había acompañado a su cuñado a recuperar la mecedora de su madre, que, por error, había sido confiscada para formar parte de la barricada. Unas horas más tarde, un guardia se torcería el tobillo muy cerca de allí y, abandonado por sus compañeros, regresaría cojeando hasta el lugar en que habían instalado el centro de operaciones. Eso le reafirmó en su autoproclamada buena estrella, aunque, dos días después, moriría junto con otros veintitrés policías, funcionarios y parlamentarios en el incendio de la Zuyab.

Una vez los rumores de muerte se extendieron por ambos bandos, los ánimos se avivaron como brasas en un día ventoso. Los primeros mosquetes aparecieron en las barricadas y la revuelta pasó a llamarse de forma oficial: revolución. La guardia retrocedió y retrocedió ante el avance popular y, a medida que la turba enfurecida cercaba el zigurat, crecía la amenaza sobre los ciudadanos y las instituciones de Paraíso. El primer ministro proclamó el Estado de excepción y dio orden de desplegar la milicia, y ese sí fue un punto de inflexión en el episodio final de la ciudad. ¿Quién podía haber previsto que, en lugar de regresar a sus casas, los manifestantes tomarían las calles y se crecerían con mayor violencia si cabe? Quizá alguien debería haberlo previsto.

Tras la aparición de los blindados de la milicia cundió el pánico, aunque

en realidad se asemejó más a una retirada desordenada. Dejaron de contar los muertos y cada uno se centró en buscar nombres conocidos en las listas que se hacían públicas. Se instaló una morgue en el Mercado Nuevo, al norte del río, y dispusieron los cadáveres en filas. La mayoría eran estibadores, obreros y estudiantes que se habían unido a su causa por simpatía e ideales. Durante unas horas pareció que el ejército había conseguido su propósito y una calma chicha precedió a lo que la prensa titularía: «La noche de los gritos».

Despejadas las calles del centro por la milicia, la normalidad cotidiana germinó de forma tímida. A mediodía, abrieron las panaderías y algunos puestos en el mercado. Obreros en paro y transeúntes curiosos comentaban rumores y habladurías en las esquinas. En el momento preciso en que el sol se ocultaba en el horizonte, una patrulla de la guardia urbana detuvo a tres mohicanos de la calle Helios, los hicieron ponerse contra la pared, brazos en alto, y los mataron a sangre fría. El único testigo fue una anciana viuda que vivía en un entresuelo acompañada por un autómata tan viejo como ella y al que le fallaban las válvulas. Ese fue el segundo punto de inflexión, porque a partir de ahí las cosas se complicaron bastante. Cinco milicianos fueron capturados por los rebeldes y aparecieron colgados de los pies en el Puente Voladizo pocas horas después. Durante la noche, se generalizaron los incendios y los saqueos sin orden ni concierto, incluido el de la pequeña tienda de Ben Borman, que vendía cazos y utensilios de moanto, y cuyas hijas fueron violadas por dos docenas de asaltantes, entre los que había algún vecino y conocido.

Al amanecer del tercer día, los combates se habían recrudecido y trasladado al interior del zigurat. El ejército planteó una tregua que nadie había pedido. Sindicalistas y estibadores se armaron con el arsenal de la guardia y nada les detendría hasta acabar con el Gobierno del cónsul y sumo sacerdote. A esa hora ya corría el rumor de que Kébemon había muerto, al igual que la última Ka, aunque no dejaba de ser un rumor de los muchos que circulaban en plena agitación popular. Los periódicos publicaron información contradictoria. Nadie sabía qué creer o dar por falso: Kébemon muerto, la última Ka liberada había abandonado Paraíso, la guardia urbana se había unido a los rebeldes en algunos barrios y juntos luchaban contra la milicia...:

especulaciones, propaganda y mentiras. Todo excepto el linchamiento de Qwyn y Omeli, ministros de Fe y Agua, respectivamente, que fueron sorprendidos mientras trataban de escapar y cuyos cuerpos pendían de una soga en la entrada al zigurat, lo cual resultaba una evidencia irrefutable. También la cabeza de Orcades, padre de los monjes terreros, fue expuesta en la boca norte del Puente de los Leones. Un folletín religioso publicó que Orcades estaba vivo y ejercía sus funciones con plena dedicación y amor por la ciudad, aunque al poco se supo que la cabeza se conservaba en salmuera, en una taberna que la utilizó como reclamo publicitario entre el populacho.

Sin embargo, días antes de que eso ocurriese, las naves de Los Ladrones del Viento se lanzaron al asalto del templo en un intento desesperado de despertar a la última Ka y evitar la Cósmosis, que acabaría con su vida y con la de la última psiKa, Midkemia, como si, de alguna forma, fuese posible recuperar lo que la ciudad fue algún día.

Quizá para los otros comenzaba la batalla final de una guerra gestada siglos atrás. Sin embargo, para Kemi fue un retorno a casa. Cuando puso un pie en tierra firme, pensó que regresaba al lugar al que pertenecía y nunca había sentido como propio. ¿Era eso posible? La atracción magnética por un hogar en que no había más que sufrido era innegable. ¿Cuánto tiempo había pasado? Sus recuerdos y los de las Kas se mezclaban en una rapsodia onírica a medida que la Cósmosis se acercaba. Para ella había transcurrido apenas una semana desde que escapó de prisión en busca de Las Furias, para la última Ka fueron cien años soñando.

Las naves de Macomeno se lanzaron en picado sobre el templo. Rompieron las nubes con sus hermosos mascarones de proa y aterrizaron en la gran explanada que coronaba el zigurat. No hubo disparos desde las torres de vigilancia, tampoco sonaron las alarmas. Desde cubierta, veían a los soldados en la alcazaba de la Zuyab, en las murallas cercanas. Las ballestas y los cañones apuntaron hacia ellos. Nadie abrió fuego. El aterrizaje fue brusco de todas formas, más por la urgencia de los atacantes que por la defensa de los atacados.

Lanzaron cabos y sogas a los amarres y cestos y escalas por las que se descolgaron los marinos con las armas a la espalda. Las Furias se desplegaron en un perímetro, siguiendo las instrucciones de Alas. La lideresa de Las Furias daba órdenes y voces; su capa flameaba a la espalda y las plumas de sus hombreras vibraban con la brisa de la tarde. Kemi se acuclilló, acarició el suelo con los dedos enguantados y tomó una profunda bocanada de aire. Sí, era un regreso al principio, como suele ocurrir cuando algo acaba. Porque las cosas siempre acaban tal y como empiezan. Y ahora regresaba, convertida en otra, en la que se supone fue siempre, desde el principio, pero con un cuchillo oculto en su fajín carmesí.

Alas la tomó por los hombros y la llevó adelante. «Vamos», dijo. Ella asintió y corrieron agachadas. El viento racheado levantaba pequeñas lenguas polvorientas que barrían la explanada. Buscaron resguardo junto a la base de las colosales estatuas que antecedían a la escalinata que ascendía al templo. Macomeno hablaba a su lado, con el cañón de mano en alto y la bufanda al cuello. Miró alrededor y, de repente, todo le pareció una pesadilla frenética. Sentía que debía despertar, que tenía que hacerlo para salvar la vida, pero que la durmiente no era ella, sino otra mujer, oculta en el estómago de su propio padre. Era un lugar construido por sus antepasados y, en cierta manera, ellos todavía residían allí, en las cañerías, en los hornos y mecanismos, en cada cable y galvanómetro. Había crecido durante décadas de la misma forma en que lo hizo Kébemon, conectado a las entrañas del zigurat, convertido en parte de aquel monstruoso templo.

Vio a Yiel y a los suyos, no muy lejos, y también a Adaxas entre los supervivientes al asalto de El Nido, y muchos filibusteros y navegantes que se desplegaban alrededor. Macomeno había preguntado algo y esperaba una respuesta. Ella se puso en pie y salió a descubierto. La escalinata del portalón de acceso al templo resultaba mucho más empinada de lo que parecía desde lejos. Kemi señaló el camino a seguir.

Alas respondió a los primeros disparos. Las balas silbaron sobre ella. Los rebeldes abrieron fuego. Macomeno gritó: «¡Adelante!», y todos cargaron escaleras arriba. En lo alto se veían las cabezas calvas de los monjes entre el humo de los mosquetones. Kemi corrió con Las Furias. Alas, a su lado, se

detenía cada pocos pasos y disparaba el fusil. Kemi tropezó y cayó de rodillas. Una furia la ayudó a incorporarse en el momento en que otra rodaba en dirección contraria, dejando un rastro de sangre. Sin duda, todo era un sueño, una pesadilla. El sol ya casi se había extinguido. Treparon la escalinata, esquivando las balas. Saltaban esquivando por doquier. Yiel la tomó por el brazo.

—¡Estamos contigo! —exclamó—. ¡Confía en mí!

Corrieron hasta un lado y subieron tan agachados que sintió que trepaba con codos y rodillas cada escalón. Vae y Darq'Ab los seguían de cerca y, de vez en cuando, disparaban sobre sus cabezas algún ruidoso trabucazo. Al llegar arriba, la lucha se había extendido al interior del templo y escucharon ecos desgarradores en la penumbra interior. Una docena de monjes muertos yacía entre las columnas. Los mosquetes todavía humeaban. La sangre empapaba la piedra y el choque de atacantes y defensores había dibujado un caótico lienzo. Alas y Macomeno los acompañaron hasta la puerta. Al sumergirse en la oscuridad, se sintió extraviada una vez más. La aturdían las voces de todos, preguntar, insistir, mientras la llevaban en volandas.

—¡Por ahí no! —exclamó—. El acceso a las Kas está tras el altar.

Los pasos apresurados resonaban en la gélida nave del templo. Su vista se aclaró lo suficiente como para descubrir el rostro lechoso de un monje muerto. Atronaban los ecos de lucha. El sonido de un gorgoteo moribundo a un lado, amigo o enemigo abandonado por la urgencia de la misión. Alas y las suyas abrían camino. Una explosión iluminó la escalera que descendía tras el altar. Hubo una pelea y gritos de alarma o de socorro. Los fanáticos prosélitos de Kébemon huyeron espantados, dando voces y exclamando oraciones desesperadas.

Macomeno y sus piratas se desplegaron en la cripta. El escenario cambió de repente. La obsidiana y el mármol se convirtieron en metal oxidado y hormigón. Los muros eran tuberías remachadas, cables y cuadros de mando, llaves de paso y esclusas que silbaban vapores repentinos. El sonido de los motores que extraían la Kamé se imponía en la lejanía, como un corazón mecánico, una bomba que succiona y se alimenta de ella, de la última Ka.

—¿Por dónde? —preguntó Alas.

Kemi dudó un instante y señaló a la derecha. El gélido templo se había transformado en una colmena subterránea. Descendieron uno y otro nivel, girando en torno a un pozo sin fondo en el que ululaba el viento. Los monjes corrían a ocultarse, enloquecidos, y los insultaban desde lejos, desnudos, cubiertos tan solo por heridas sangrantes y laceraciones. Los miraban pasar desde los balcones y después se arrojaban al vacío sin más sonido que el de sus cuerpos rompiendo el aire hasta que estallaban allá abajo, como huevos podridos.

Kemi indicó una galería lateral. Era un amplio corredor cuyas vigas y contrafuertes parecían de cartílago renegrido. Recordaba aquel lugar porque la primera vez que estuvo allí sintió el mismo remolino en los tobillos. La enorme garganta oscura del templo fagocitó a los rebeldes de la misma forma que hizo con ella en el pasado. ¿Quién sabía si era cierto al fin y al cabo? ¿Qué parte de aquel lugar no era más que el cuerpo inmenso del sumo sacerdote? En cierta manera, eran parásitos que navegaban en el interior de Kébemon con la absurda idea de despertar a una mujer que soñaba con Paraíso, y con todos ellos corriendo a despertarla. ¿Y si era ella? ¿Y si al encontrarla resulta que la durmiente no era otra que la misma Midkemia, prisionera en las tripas mecánicas de sus antepasados? A cada paso, crecía la angustia ante aquellos pensamientos. Señaló al frente.

—Ahí están. —Todos se detuvieron y escucharon—. La sala en que se extrae la Kamé de las Kas.

Alas y Macomeno intercambiaron una mirada de alivio y una breve sonrisa.

—Espera aquí —dijo Alas.

Kemi asintió, pero los otros ya corrían hacia allí, Adaxas entre ellos, convertido en otra cosa, en un desconocido que había perdido el nombre y la voz y viajaba tras un destino nuevo con la ilusión al final de los brazos. Van en pos de algo que no existe, se dijo. Quizá ella también, persiguiendo su propia sombra, la urgencia por despertar y vivir, sí, eso era, despertar y vivir una vida en alguna parte, en alguna otra parte.

—¿Qué ocurre? —la interrogó Yiel.

Ella lo cogió por el brazo y lo llevó a un lado.

—¿Qué haces? —Yiel se revolvió, quizá por la cercanía de la meta, convencido de que Kemi se rendía, pero ella lo empujó y se enzarzaron en un intercambio de manotazos.

—¡Escucha! —exclamó ella—. ¡Espera un momento!

—¿Espera? Casi no hay tiempo —objetó—. Hay que despertar a la última Ka y...

—¿Y qué? —escupió—. Ellas lo harán por mí. La despertarán. Y ¿después qué? ¿No lo has pensado? Este no es nuestro sitio, Yiel. A mí me matarán y Los Abandonados volverán a ser lo que eran: un estorbo, una minucia entre la basura de Paraíso. Pase lo que pase, no contamos para nadie en esta ciudad.

Yiel asintió y exhaló por la nariz, taciturno.

—¿Qué quieres hacer?

—Volver a por los otros y que le den a Paraíso —respondió ella—. ¿Recuerdas? Tú lo dijiste.

Algunos disparos hicieron a Yiel volverse hacia las profundidades del templo. Kemi atrapó su rostro con la mano y lo acercó a ella.

—¿Puedes pilotar una de esas naves de ahí fuera? —preguntó.

—¿Yo? —se extrañó él—. No sé. Puede ser.

—¿Puedes o no?

—No sé. ¡No lo sé, joder!

Kemi lo cogió por la pechera y lo sacudió.

—Puedo intentarlo —afirmó—. Puede ser. Sí.

—¡Vae! ¡Darq'Ab! —llamó Kemi. Chico y chica aparecieron tras ellos. Tenían el miedo adherido al rostro, pringoso como el sudor y la mugre—. Volved arriba. Elegid la nave más apartada y cargad baterías y todo lo que os dé tiempo. Nos veremos allí. ¡Vamos!

Corrieron tan rápido que los pies no les tocaban el suelo.

—Kemi... —musitó Yiel—. ¿Estás segura?

—Las Kas saben lo que se hacen y yo también. Sueñan para despertar, pero no son las únicas que sueñan —respondió Kemi—. Vamos a por los otros y nos marchamos.

Yiel asintió. «De acuerdo —dijo—, vamos.» Pero ella lo detuvo con una mano sobre el pecho.

—¿Qué ocurre? —la interrogó.

Kemi negó con la cabeza y buscó sobre el hombro, Alas, Macomeno, Adaxas y los otros desaparecían en la tiniebla. Un irresistible impulso tiraba de ella. La galería se había convertido en una pendiente pronunciada que descendía a lo más profundo de aquel mecanismo gigante construido para ella. Dijo que no y después no dijo nada. Hizo memoria y encontró muchas cosas que no deberían estar allí. Recuerdos enterrados bajo montañas de piedra, bajo la piel y la carne, entre las manías cotidianas. Quizá todas esas vidas pasadas sí eran suyas, quizá las voces que escuchaba en su cabeza también.

Se estremeció, abrió los ojos y las cejas levantaron una cordillera en la frente.

Yiel la interrogó con un gesto.

—Está aquí —anunció Kemi.

*Había tanto dolor allí fuera que escapó
hacia dentro; se convirtió en prisionera de
sus sueños, rehén de sus delirios.*

LAS SIETE PUERTAS

Despertar

Podría ser un gran estómago fosilizado o bien el interior de una complicada caldera. Adaxas descendió la rampa de acceso hasta una balconada colgante desde la que se dominaba toda la Sala de Martirio. Alas, Macomeno y los otros se dieron un momento para recuperar el aliento y dejarse impresionar por las vistas. Frente a ellos se abría una enorme estancia que recordaba el interior de un monstruo marino. Arcos de metal remachado ejercían de costillas y, entre ellas, tirantes de acero y contrafuertes que sostenían toda la estructura. Una plataforma se definía como el único angosto paso entre urnas y silos de mil tamaños diferentes. Desde allí arriba, parecía un campo de anémonas oxidadas que, de forma aleatoria, expulsaban repentinos chorros de vapor ocre.

Al fondo, un cráter artificial que brotaba de la bruma húmeda y, en su interior, ellas, las Kas.

—Era cierto —murmuró Macomeno. Se arrancó el gorro de aviador y lo dejó caer al suelo.

—Hay que darse prisa —añadió Alas—. No queda mucho tiempo.

Adaxas sentía el corazón batir de forma atronadora. Cada golpe ascendía por el cuello y golpeaba en los costados de la cabeza. Pasó la lengua por los labios resecaos. Abría y cerraba los dedos de la mano derecha y aguantaba un arcabuz de seis cañones en la otra. Las palabras de Macomeno infectaron su sangre: era cierto, era cierto. Pronto la despertarían y él estaría allí, junto a ella, como su hijo perdido y encontrado. Sudor pringoso le empapaba los dedos, sus nuevos viejos dedos. Sonrió y fue tras los rebeldes a pesar de que no lo querían a su lado, de que leía en sus ojos la acusación muda y el rechazo. Pero ¿qué le importaba? Ya no era Adaxas *el Manco*, ya no era nada de lo que fue o pensó que sería. Adaxas, como todos los otros, se lanzó con júbilo eufórico a la caza del mañana.

Las urnas expelían un hedor rancio y agrio, como el vómito delator que el borracho descubre al despertar. Una bruma esponjosa ronroneaba a ras de suelo, entre las ánforas, con un leve destello violáceo. Adaxas se detuvo y un par de filibusteros también lo hicieron. Uno de ellos se arrodilló junto a uno de los pequeños silos. Retiró la tapa de cerámica y un chorro de luz escapó a lo alto. Macomeno corrió hasta ellos con el enfado preso en el ceño.

—¿Es... es Kamé? —tartamudeó uno de los piratas.

En el interior de la urna, un pequeño mar de gelatina azul se expandía y contraía en torno a un punto incandescente, un lugar de fuego índigo.

—Kamé pura —añadió Adaxas, boquiabierto.

—Los monjes la refinan y la encierran en baterías —explicó uno.

Todos intercambiaron su codicia con una cadena de gestos silenciosos.

—¿Sabes cuánto puede costar una onza de eso? —propuso otro.

Adaxas se puso en pie y, al hacerlo, todos le imitaron y miraron alrededor, al bosque de urnas y ánforas y enormes silos repletos de aquella sustancia primigenia.

—Una fortuna... —musitó Adaxas.

—¡Dejad eso! —exclamó Alas. El tipo devolvió la tapa a su lugar. La luz desapareció al retornar a su encierro—. ¿Estáis locos? ¿Sabéis lo que les pasa a los monjes carceleros cuando entran en contacto con la Kamé?

—¿Se corren de gusto? —respondió uno, y sus compañeros estallaron en

una carcajada.

Las risas murieron con el filo de los ojos de Alas.

—Se consumen —explicó la furia—. Resecos como ramas viejas.

Las cañerías borbotearon su digestión y todos regresaron en sí. Macomeno reprochó a sus hombres el desliz. Se llevaban algo importante entre manos, aunque estaban acostumbrados a quehaceres más mundanos, como lidiar con patrulleras del Gobierno y contrabandistas de ajeno. Un motor se activó en alguna parte y el vapor silbó en las válvulas. Alas dio un manotazo al aire y todos siguieron la orden; «Vamos, vamos, ya habrá tiempo para eso», pensaron, «ya habrá tiempo para saqueos y sueños». Aunque estaban equivocados, de la misma forma que se equivoca el que juega con dados ajenos, por pardillo, por ingenuo.

Avanzaron a toda prisa hasta el cráter artificial que brotaba de la bruma pringosa. Unas escalinatas se enroscaban hasta el borde, formando una espiral extraña. Los Ladrones del Viento y Las Furias se separaron y treparon la plataforma. Adaxas corría con ellos. Su intuición le dio una punzada traicionera. Paladeó la advertencia y torció el gesto. Él había visto tipos como aquellos tantas veces en los canales, borrachos, darse de cuchilladas por una puta o una botella, perder hasta el último kopek en apuestas malditas. Perdedores, perdedores natos; y él estaba a su lado.

Se asomaron al borde y allí dormían: las Kas. Dispuestas en vainas de metal y vidrio, sumergidas en líquido amniótico burbujeante. Seis de ellas muertas y sus cápsulas con ellas: el líquido convertido en una ponzoña oscura y putrefacta a la que asomaban restos de un cuerpo inflado y podrido. La última vibraba con un resplandor de lapislázuli, las burbujas trepaban por su piel de piedra pulida y formaban una cortina que insinuaba el cuerpo desnudo. En el lugar en que debería estar la cabeza, un artefacto del que brotaban mil mangueras y una trompa que la conectaba a la maquinaria tras ella. Era una mujer o una libélula salida de un sueño ebrio.

Adaxas pensó que no era un cráter, sino un ombligo, y cerró el puño y lo abrió y dirigió su suspicacia alrededor al tiempo que Alas hablaba.

—Por nuestras hermanas —dijo—. Por un tiempo nuevo y...

Nada más. Su voz se rompió en las siguientes palabras de aquella alabanza

frente a un mito hecho realidad. Visto así, no murió por nada. Las cuchillas aparecieron a su espalda y, de un tijeretazo, la partieron por la mitad. Sangre y vísceras salpicaron a todos y las ondas del terror los alcanzaron de forma suave y sutil. Las Furias no reaccionaron al instante, se quedaron horrorizadas, salpicadas por la mierda y la sangre de la que había sido su guía y madrina.

Entonces levantaron la vista y vieron los brazos articulados recorrer los raíles que pendían del techo. Sobre ellos, un modd imposible, una invención enfermiza. Poca carne y mucha chapa remachada; restos de lo que un día fue alguien y ahora algo. Husmeaba y mordía el aire con mandíbula de araña. Colgado en lo alto, deslizaba adelante y atrás un cuerpo deforme del que nacía un arsenal vibrante de pinzas, tijeras, estoques y púas. Un jardinero loco.

Yiel se interpuso ante Kemi cuando apareció Kébemon, pero ella lo apartó de en medio. Al fin y al cabo, no era la primera vez que se enfrentaba a él. Cuando era una niña, solía observarlo en las ceremonias mecánicas, en su disco levitador, sobre una nube de vapores a los que asomaban mangueras y tubos que lo conectaban a la enormidad de su cuerpo elefantiásico. Lo recordaba rodeado de sacerdotes y monjes, accionando conmutadores y comprobando la tensión de galvanómetros. Esa era la función de un sumo sacerdote, hacer que las cosas funcionen y tengan un lugar en el corazón de Paraíso. Todas excepto ella.

—Midkemia —dijo Kébemon sin llegar a romper la tiniebla. Su voz nacía en lo profundo de una caverna herida—. Por fin apareces.

—¿No me esperabas?

—Debería haberte esperado, hijo mío, en lugar de mandar a buscarte. Mi gran error ha sido el exceso de ansiedad y falta de confianza en ti. ¿Quién te acompaña?

—Nadie.

—Yo veo a alguien, justo a tu lado. También he visto a todos los que pasaron en dirección a la Sala de Martirio. Has llegado tarde, pero todavía hay tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para la coronación —explicó con un gesto desdeñoso—. Yo mismo podré hacerlo, sin monjes, no importa.

—¡Un momento! —saltó Yiel al frente—. Kemi no irá a ninguna parte.

Kébemon accionó una palanca en el panel de mando del mecasecto. Un brazo extensible asomó a un lado un arma con pinta de embudo que disparó una centella eléctrica sobre Yiel. El muchacho cayó al suelo fulminado y quedó tendido, retorciéndose de dolor.

—Cállate, Yiel —musitó Kemi.

—Midkemia, por favor —suplicó el cónsul como si nada hubiese pasado—. Todavía estamos a tiempo para detener esta locura.

—¿Crees que voy a sacrificarme tan fácilmente?

—¿Sacrificarte? —Rio como si hubiese escuchado una broma ridícula—. Soy yo el que va a sacrificarse. Tú te convertirás en aquello para lo que te concebí: heredero de mi imperio y canal del poder de las Kas. Cuando me desconecten, moriré y dejaré paso a tu estirpe. Mi cuerpo será tu cuerpo y mi ciudad, tuya. Gobernarás Paraíso desde el zigurat. ¿Es demasiado sacrificio para ti?

—¡Sí! —gritó, y su padre abrió mucho los ojos—. ¡Sí lo es!

—Naciste para este momento.

—Nací para ser yo misma —replicó—. Ni emperatriz, ni psiKa.

El rostro de Kébemon se agrió como una fruta pasada.

—No digas memeces —dijo, lleno de desprecio que se transformó, poco a poco, en una máscara triste—. Podrías haber hecho lo que quisieras, cualquier cosa. Todo está al alcance de tu mano, pero tú te esfuerzas en juntarte con putas y drogadictos, en echarte a perder y convertirte en... ¡eso!

El mecasecto saltó al frente y embistió a Kemi. El golpetazo la derribó y, antes de que pudiese incorporarse, las patas metálicas la atraparon contra el suelo. Kébemon la agarró del pelo.

—¡Ven aquí! —exclamó. Kemi intentó liberarse sin éxito y soltó un alarido de dolor. El mecasecto la arrastró hacia el trono. Kébemon se explicó con los labios prietos por el esfuerzo y la rabia—. Siempre has sido un niño complicado. Como tu madre. Nunca satisfecha.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Hijoputa, suéltame!

Toda resistencia fue inútil. Kemi pataleaba y se retorció sin éxito. Cuando el mecaseto alcanzó la tarima sobre la que se levantaba la maquinaria del trono, Kemi se rindió.

—Te acostumbrarás —dijo Kébemon, con los ojos húmedos contemplando su última obra de ingeniería—. Verás como al final te acostumbras.

Kemi aprovechó el momento para revolverse y retorcer el brazo de su padre. El cónsul de Paraíso soltó un alarido que sonó a cristal rayado y la soltó. Ella rodó a un lado y trató de ponerse en pie. El mecaseto la hizo trastabillar con una zancadilla. Intentó saltar adelante, pero cayó de bruces.

—¡Midkemia! —gritó Kébemon lleno de rabia asesina. Accionó los controles de la máquina y una pinza levantó a la muchacha por los aires. Como una mera muñeca de trapo, la lanzó contra el trono. Kemi gimió y, tras el trompazo, quedó en una postura blanda, casi inconsciente.

El cónsul se movió con rapidez. Recogía contra el pecho el brazo derecho, con la mano dolorida. Ajustó las correas en torno al cuerpo de Kemi y conectó el cableado. Murmuraba cada paso de la ceremonia y lo alternaba con breves oraciones y rezos. Para acabar, descendió una corona, repleta de pistones y circuitos, que colgaba de muelles y tubos de goma.

—Hemos vuelto al principio, querido hijo —elucubró Kébemon mientras accionaba los interruptores y fusibles de la corona. Kemi gimió levemente—. Otra vez tú y yo en este... Quieto. Quieto. ¡No te resistas! En este... útero de cemento que también será tuyo. Nacerás por segunda vez.

—No... —murmuró ella.

—Naciste como hijo y ahora lo harás como emperador.

—¡No!

—Oh, sí. Claro que sí.

Kébemon se acercó con la parte inferior de la corona. Un bocado de cuero remachado que penetraría en la garganta de Kemi. Ella apretó los labios, pero los huesudos dedos de su padre la obligaron a abrir la boca.

—Vas a fallar —masculló Kemi—. La despertarán. No puedes evitarlo.

El estruendo de los disparos en las profundidades de la Sala de Martirio llegó hasta ellos como una cacofonía violenta. Kemi, cegada por la máscara, se volvió hacia allí y Kébemon rio al tiempo que introducía en su boca el

grueso tubo de cuero.

—No hace falta, querido —dijo, sorbiendo cada sílaba con placer—. Otros lo evitarán por mí.

Adaxas recargó el arma, oculto tras un nudo de cañerías. La presión del vapor en las juntas remachadas chistaba una advertencia: silencio. Terribles alaridos resonaron en la sala. Tanteó en las cartucheras las postas para el arcabuz. Sentía los dedos pringosos y blandos y el resto del cuerpo rígido. La munición se le escurrió y cayó a sus pies. La pequeña bola de plomo rebotó un par de veces y rodó unos pasos adelante. Adaxas retuvo el aliento. Escuchó los cables de acero tensarse y las poleas correr sobre él. La sombra del jardinero se proyectó en la pared. Vio su cuerpo amorfo y diminuto y los infinitos brazos de grúa, dando tijeretazos de barbero ciego.

«No te muevas o te verá, Adaxas.»

Se escuchó un disparo de mosquete. Los servomotores del modd giraron sobre los rodamientos. Alguien corrió en la pasarela. Los cables chirriaron y las poleas escupieron chispas. Adaxas apretó el arma contra el pecho, cerró los ojos y rechinó los dientes. Las cuchillas segaron el aire y un cuerpo cayó al suelo en tres actos. No hubo tiempo para gritos esta vez. Después, el falso silencio de la maquinaria y sus procesos digestivos. El jardinero recorría de vuelta los cables de acero. De vez en cuando, pinzaba el aire y se detenía, esperaba un momento eterno y continuaba su camino. Esperaba, pacientemente, que las presas desvelasen su escondrijo.

Adaxas comprobó las baterías del arma. Tenía más munición de la que probablemente podría disparar antes de acabar fileteado. Sacudió el entumecimiento que le amodorraba la mano derecha. Respiró y llegaron las dudas. Se escurrió entre las urnas con la espalda pegada a unos depósitos de latón. Había perdido de vista a los otros. Tras la muerte de Alas, todo se volvió muy confuso. Hubo un breve tiroteo que acabó con una nube de aspecto lechoso, el eco de los disparos, trozos de carne y salpicones viscosos por todas partes. Saltaron las escaleras. Escuchó pasos y carreras y también algunas furias llamarse a gritos. Después alguien gimoteaba o se despedía con

un sencillo gorgoteo. Quién sabe cuántos quedaban con vida. Pensó que debía elegir: moría al correr de vuelta al templo o intentando despertar a la Ka.

«¿Para esto me elegisteis? —pensó—. ¿Para morir a vuestros pies? Decidme que este no es el final, no puede serlo.»

—Adaxas —susurraron.

Macomeno asomó a la oscuridad de un recodo. Estaba cubierto de sangre de pies a cabeza y sus ojos claros resultaban avasalladores en el centro del aterrado rostro. Adaxas supuso que la sangre no era suya. El capitán apoyó la culata del mosquete en la cadera y se llevó un dedo a los labios. Después, muy despacio, apuntó arriba.

Adaxas levantó la mirada. El jardinero estaba justo sobre ellos. Las ruedas bailaban en el cable y los brazos parecían la barra de un funambulista. Cuchillas y tijeras habían cesado en su nervioso abrir y cerrar y rasgar la nada. Macomeno señaló su arma y la de Adaxas, arriba, levantó un dedo, dos, tres y asintió con determinación. Esperó un gesto afirmativo de Adaxas y, cuando este llegó, comenzó a repetir el proceso. Uno, dos, tres...

Macomeno saltó a descubierto y disparó el mosquete. El jardinero se volvió como un rayo y lo partió en tantos trozos que resultaría obsceno incluso a un carnicero. Adaxas dio un rodeo, bordeó un par de silos y disparó a bocajarro a la espalda del modd. El retroceso del arcabuz de seis cañones lo derribó y salió despedido de sus manos. El motor del modd estalló y los cables que le servían de raíles flotantes se convirtieron en serpientes enloquecidas que estallaban en lenguas eléctricas y chispazos. El jardinero se vino abajo, incapaz más que de girar sobre sí mismo y dar sablazos y tajos alrededor.

Las cuchillas golpearon cerca de Adaxas. Un corte cercenó una de las urnas y la burbujeante gelatina del interior se derramó sobre sus piernas. Sintió el abrasador contacto de la Kamé líquida y aulló de dolor. Se arrastró por la pasarela mientras el jardinero se revolvía como un insecto panza arriba. El mosquete de una de las furias estaba cerca, ya casi lo alcanzaba. Estiró el brazo tanto como pudo. La mano derecha llegó hasta las cachas del arma. Esquivó un tijeretazo justo antes de que un agujijón articulado se hundiese en su hombro. Adaxas se retorció de dolor. Acariciaba el arma con la punta de los

dedos, sus nuevos dedos. El jardinero se incorporó por fin y lanzó una sierra mecánica contra Adaxas. Con un chirrido insoportable, los dientes del ingenio quedaron atorados en las cañerías que protegían al único intruso que quedaba vivo. Adaxas aprovechó el instante y, lanzando un grito dolorido, alcanzó el arma. Amartilló el percutor, se volvió y descerrajó un disparo en lo que debía ser una cara y no era más que un molde de cera y aluminio.

«Bien hecho, Adaxas. Ahora, despiértame.»

Incapaz de ponerse en pie, se arrastró hasta el gran ombligo que había servido de lecho y tumba a las Kas. Una de ellas todavía dormía. Dio tumbos al caer al interior. Había perdido la sensibilidad en las piernas. La gelatina de la Kamé burbujeaba, devorando la carne. Giró las llaves que unían el mecanismo de succión al sarcófago. Venció el dolor y el esfuerzo y se sintió tan útil como un hombre con dos manos, porque jamás hubiese podido hacer algo semejante con una mano. Se lanzó sobre el borde de la bañera. El líquido amniótico se derramó a sus pies. Apestaba a pescado podrido. Tiró de las correas y fajas que ceñían la máscara a la cabeza de la Ka. Retiró la máscara sin ningún cuidado. Hundió los brazos en la gelatina tibia que hasta ese momento la había encerrado en un sueño. La extrajo de aquel caldo como el que recoge un recién nacido y lo lleva contra su pecho.

La Ka despertó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Kébemon sin ánimo de recibir respuesta alguna.

Las lámparas apenas fluctuaron. Una leve vibración recorrió los muros metálicos seguida de un silbido largo, pero de baja frecuencia. En alguna parte, algo se detuvo. El cónsul, que había descendido del mecasecto y se conectaba a un nicho en el lateral del gran trono de Midkemia, asomó como un muerto a su tumba. Se había deshecho de la camisa y mostraba un torso huesudo, salpicado de manchas y úlceras, al que había conectado parte del cableado inferior. En los bordes de lo que estaba destinado a ser el lugar para su último reposo, decenas de avisos luminosos parpadeaban junto a los potenciómetros e interruptores.

—¿Qué es eso? —insistió con un susurro.

Kemi se agitó de la misma forma en que lo haría un pez fuera del agua. La telaraña de cables y correas que la ataban al trono dieron latigazos y algún chispazo eléctrico.

—No puede ser... —musitó Kébemon.

La intensidad de la luz descendió bruscamente y quedaron sumergidos en una penumbra subterránea. Kemi no fue consciente de ello porque la corona cubría sus ojos, aunque tampoco necesitaba luz. En una postura dolorosa, retorcida a un lado, tanteó con los dedos en el fajín. Acariciaba el mango del pincho en su bolsillo secreto.

—¡No es posible! —gritó el sumo sacerdote al tiempo que comenzaba a desconectar su cuerpo del trono.

Kemi extrajo el arma y comenzó a cortar las ataduras de la mano contraria. Sintió el contacto del metal y la sangre empapando sus muslos. También el dolor.

—¡No! ¡No! —exclamaba Kébemon mientras se arrastraba de regreso al mecasecto. En su camino, los movimientos de Kemi lo alertaron y se lanzó sobre sus piernas.

Ella gritó. Luchó con las rodillas y, cuando liberó una mano, dio zarpazos al frente, como haría una gata acorralada. Al liberarse, por fin, empujó con todas sus fuerzas. La corona saltó por los aires. Una explosión eléctrica iluminó el rostro de Kébemon, deforme y huesudo, sobre ella.

—Cometes un error, Midkemia. ¡Un error!

Lo apartó a un lado y ambos cayeron al suelo. Kébemon la agarró por el tobillo.

—Hijo mío —suplicó—. ¡Es tu destino! ¡Hijo mío!

Midkemia se volvió, los dientes prietos por la rabia, y lanzó una patada a su cara.

—¡No me llames así! —gritó antes de liberarse.

—Morirá mucha gente —dijo Kébemon, aturdido, con la voz amortiguada por las manos y la nariz sangrante—. ¿No lo comprendes? ¡Escúchame!

Kemi, puesta en pie, se giró con los puños firmes a los costados.

—¡Que se mueran! —exclamó—. ¡Todo es culpa suya! ¡No me importa!

—Midkemia...

Las súplicas de Kébemon quedaron en nada. Kemi ya corría hacia la salida.

—¡Midkemia! ¡Vuelve!

La oscuridad era absoluta en el interior del templo.

—¡Eres un monstruo! —exclamó Kébemon desde las profundidades del templo—. ¿Me escuchas? ¡Un monstruo!

Kemi se alejó, tanteando con las manos. Sentía la sangre gotear desde las muñecas y los dedos pringosos por la sangre, como en un suicidio fallido, algo que ya había hecho antes con diferente propósito. A partir de ahora, sus heridas serían fruto de la supervivencia, no del deseo de morir, de la culpa y el dolor. Resollaba desesperada. El corazón estallaba en su pecho. Se agachó apenas mientras murmuraba: «Vamos. ¿Dónde estás? Venga». Hasta que topó con un bulto en el suelo.

—Yo sí nací de una mujer —gritaba Kébemon en la lejanía—. ¡Yo! Germiné en su vientre y conmigo lo hicieron todos los que me precedían. ¿Crees que puedes elegir? ¿Que acabarán aquí las cosas? ¡Te equivocas! Mi herencia perdurará en ti. No puedes escapar.

Agarró sus ropas y lo obligó a levantarse. Casi al momento respondió con un gemido. «Yiel, despierta —dijo—. ¡Yiel!» El muchacho caminó apoyado en ella. La voz de Kébemon se había convertido en un eco débil.

—¿Qué ha pasado? —musitó Yiel.

Kemi adivinó su rostro en la penumbra.

—Ha despertado —explicó, desplegando una gran sonrisa—. Y estoy viva. ¡Viva!

Corrieron hacia un punto distante y lejano. Sus pisadas sonaban blandas y sin eco, como en el fango duro. Alcanzaron la puerta juntos, la atravesaron a trompicones y rodaron por los suelos. Quedaron tendidos, sin resuello, pero al sentir el aire fresco y la luz cegadora Kemi gritó: «¡Se ha marchado! ¡Es libre! ¡Ya no pueden retenerla!». Y se miraron el tiempo justo para ponerse en pie y lanzarse escaleras abajo.

El día moría y tres lunas brillaban en el horizonte urbano de Paraíso. La lucha continuaba y, probablemente, duraría mucho, tanto como durasen las

injusticias y la lógica de la esclavitud en Paraíso. Quizá el caos siguiese a la revuelta, quizá ya era tarde para cambiar las cosas, pero con el tiempo las demandas de libertad y justicia seguirían allí, sometidas quizá, esperando una nueva oportunidad. Una patrulla de biplanos de la Armada Imperial sobrevoló el zigurat. Hubo una explosión en las alturas. Una cascada de teas en combustión llovió sobre ellos. El viento huracanado arrastraba el abrasador hedor de la batalla.

En la explanada, junto a otros botes y embarcaciones, el bergantín de Macomeno ya había despegado el casco del suelo y se escoraba peligrosamente a un lado.

—¡Eh! ¡Esperad, idiotas! —exclamó Yiel.

Vae y Darq'Ab agitaban los brazos en alto y daban voces, incapaces de controlarlo. Yiel rodó escaleras abajo cuando apenas faltaban unos pocos peldaños. Se puso en pie y cojeó los últimos metros hasta la nave. Kemi saltó sobre la pasarela y lo ayudó a subir a bordo. Corrió hasta el timón y gritó a pleno pulmón las instrucciones que algún día escuchó a otros: «¡Liberad esos amarres! Desplegad la mayor. ¡La mayor! ¡Esa de ahí! Aflojad los cabos. ¡Al revés! Sí. ¡Bien! ¡Ahora al otro lado! ¡Sí! ¡Sí, joder!», aulló como un lobo cuando las velas se hincharon y accionó las palancas con una mueca ávida. «Más potencia. A estribor y arriba la popa. ¡Despegamos!»

La luz se apagó instantes después de que Adaxas acogiese en sus brazos el cuerpo de la última Ka. Acarició la piel gélida y suave marcada por un millar de finos capilares de crótalo, los largos brazos membranosos, el vientre sin ombligo y su pecho plano y marino, casi escamado. Ella abrió los ojos, ovoides y sin iris, oscuros como la noche; esgrimió una sonrisa anfibia, parpadeó dos veces, frunció la boca de labios transparentes y lo besó en la frente. Él cerró los ojos y una gran paz lo invadió. En el telón de sus párpados se formó una niebla luminosa. Al poco, adivinó el cielo contaminado de Paraíso. Se puso en pie como quien despierta de un sueño.

Alrededor, colinas de basura hasta el horizonte. El vertedero interminable de Paraíso. Columnas de humo negro brotaban aquí y allá, y entre las montañas

de residuos, algunos seres se arrastraban como larvas en un cuerpo muerto. Gente sin pasado ni futuro, muchos de ellos niños y niñas, condenados a habitar los márgenes de lo habitable. Adaxas caminaba sin rumbo, quizá buscando un lugar en que morir, con el brazo derecho envuelto en trapos ensangrentados, los ojos idos y un hilo de baba descolgado desde el labio inferior. En ese momento, al girar un montón de detritus pestilentes, topó con él.

Se le agarró a las piernas como una maldita sanguijuela y no supo qué hacer. Quizá porque la fiebre ya guiaba sus pasos y todo le parecía una pesadilla. Era un retaco sucio y desnutrido. Cuando miró arriba vio sus ojos grises, entre la mugre, y también la sangre seca y el miedo. Entonces aparecieron ellos, a la carrera. Dos rateros desdentados, sarnosos como perros callejeros. Uno de ellos venía subiéndose los pantalones y traía los ojos inundados en lágrimas y la nariz hinchada. El otro solo era un pordiosero con una navaja sin punta.

—Es nuestro —dijo el de la navaja con voz de arena.

—Yo lo vi primero —agregó el otro casi al mismo tiempo.

Adaxas los miró frunciendo el seño. Sentía que el mundo se balanceaba a un lado y otro. Respiró profundamente. A sus pies, escuchaba los lloros del chiquillo. Echó mano, la izquierda, la única que le quedaba, a la espalda y desenfundó el machete. Era un arma basta de tres palmos, bien afilada, y todavía estaba cubierta de su propia sangre y la de los hombres que le habían cortado la mano.

Los rateros intercambiaron una breve mirada antes de retroceder y desaparecer en aquel laberinto de basura. Yiel lo miró, todavía asustado.

—Estás herido —dijo con voz trémula—. Estás... estás muy mal herido.

Adaxas se tambaleó y levantó el muñón ensangrentado, cubierto de trapos.

—No te preocupes —musitó con una sonrisa siniestra hacia el chiquillo lloroso—. Solo es una mano.

Lloró sin lágrimas cuando abrió los ojos. La Ka había desaparecido. Ya no escuchaba su voz. Se marchó y, con ella, sus sueños. Adaxas quedó tendido en

el suelo, empapado en jugos viscosos. La luz se desvaneció poco a poco, hasta convertirse en un fantasma vibrante que habitaba la retina. Se tendió de costado en la oscuridad, apenas gimiendo ya, acunando en el pecho su brazo mutilado, el viejo muñón reseco.

*Levantad un mundo nuevo sobre
vuestros errores, sobre el sufrimiento, sin
más meta que ser libres e iguales.*

Madre YALA KA

Principio

Burr pasó de puntillas entre las hamacas. El gemido de los maderos del casco acompañaba el leve balanceo de la embarcación. Cedió al agotamiento y apoyó la espalda en uno de los pilares. Con aires melancólicos, rebuscó en los amplios bolsillos del abrigo hasta que encontró la petaca. Dio un generoso trago, hipó y suspiró de nuevo antes de deslizar la mano de frente a mentón, como si intentara borrarse el rostro. Dio por hecho que luciría horrible: las canas grasas formando tirabuzones que asomaban al gorro de lana, los ojos descolgados, la barba mal afeitada y el pecho hundido, tan adentro que buceaba en busca de juventud. Sin embargo, se sintió un tanto satisfecho y — ¿por qué no?— orgulloso. Mantuvo una breve conversación con la vergüenza y la timidez. Sonrió apenas y retorció el siguiente suspiro camuflado en una carraspera impostada. Todos dormían a pierna suelta.

Allí estaban: Enrico, en una postura de contorsionista; Yoyo *Cebolla*, con la cabeza bajo la almohada; Tan Tan y Bara, abrazadas en el mismo catre, cuestión de costumbre más que de espacio; Merso, con la nariz pringosa de

mocos verdes; Pinchazo, Homero y también Beru, al fondo, roncando bajo las mantas. Burr dio un nuevo trago y arrugó la nariz. El camarote apestaba a pedo y a zapatos viejos. Allí estaban, la peor calaña de Paraíso, malparidos infames, la más tirada y mugrienta de todas y cada una de las bandas de esa ciudad maldita. Si alguien hubiese apostado, si Dios hubiese puesto condiciones para salvar a alguien de entre todos los que habitaban Paraíso... Ah, no, ellos no hubiesen sido los elegidos, porque la gente así, los niños y niñas como ellos, son condenados al nacer, al leer sus nombres y apellidos en una lista o descubrir la mugre y los dientes rotos. Muertos en vida, fantasmas del gueto. Y, sin embargo, allí estaban. Rumbo a quién sabe qué. Daba envidia escuchar los ronquidos, verlos rascarse el culo y volverse contra la pared, excepto por la peste y los piojos.

Habían ocurrido tantas cosas en los últimos días. Quién sabe qué soñaban ahora mismo: hormigas, casas viejas, padres y madres desaparecidas, perros de cera, vomitonas de pelo negro... Los sueños pasan como pasaban ellos: de un lugar a otro, de un momento a otro. Soñar y morir, despertar y estar vivos. Burr sintió vergüenza y pánico, carraspeó y salió fuera en busca de aire fresco, incapaz de soportar tanta felicidad hedionda.

La nave era un bergantín de filibustero, rápido y maniobrable como una cuchilla. El casco sobre los depósitos de aire caliente y los motores de Kamé a la popa, bajo el timón. Unos treinta pasos de eslora y siete de manga, con dos palos y un trinquete sobre un feroz mascarón de proa que no dejaba lugar a equivocaciones; su nombre era *Hiena*. Quizá los otros no lo entendiesen, pero para Burr era un nombre más que apropiado. Un animal feo, desgarrado y carroñero, torpe fuera de su medio, pero fuerte y salvaje y que miraba a la vida y se reía con despecho dolido. Y lo más importante de todo: cuidaba de los suyos, de su manada, su tribu. Sí, era el nombre ideal para esta nueva familia de marginados que nadie quería cerca: Las Hienas.

Una ligera brisa helada barría la cubierta. Burr cerró el abrigo sobre el pecho y se hincó el gorro hasta las cejas antes de asomarse a la baranda de estribor. La cúpula celeste resplandecía en lo alto. Vae y Darq'Ab yacían a proa, cubiertos con una lona, agotados por su nueva profesión de marinos, aunque incapaces de dormir, contemplando la inmensidad estrellada. La

verdad es que él tampoco había visto nunca nada semejante. Sin embargo, no podía admitirlo delante de ellos, era el único maestro que quedaba y todavía tenía muchas historias que contar. Las tres lunas brillaban bajas en el horizonte, como pequeños soles tímidos; un lejano rubí y dos sonrisas de marfil viejo. Desde la altura, allá abajo, el mundo era un manto de penumbra. Pronto, el amanecer iluminaría la verdad insolente. Desiertos de sal, lagos muertos, bosques arrasados hace siglos y estepas desoladas. La noche obligaba a levantar la vista e imaginar otra vida, otros lugares. Pero tras la noche vendría el día y la luz iluminaría la cruda realidad y todas sus dificultades, era algo necesario.

Sacó la petaca y, al llevarla a los labios, se compadeció porque apenas unas gotas de licor los mojaron. Quizá Macomeno y los suyos hubiesen guardado un buen barril de aguardiente en las bodegas, ¿qué clase de piratas serían si no? Defraudado, torció la boca, tosió y miró al castillo de popa. Yiel estaba al timón y ya no parecía él porque sonreía sin motivo y no tenía miedo a nada. Pronto, tal vez demasiado pronto, las baterías de Kamé se convertirían en teas moribundas y, entonces, pondrían a prueba sus auténticos conocimientos como piloto. Consecuencias de la vida. Yiel estaba predestinado a volar desde que Adaxas lo sacara de aquel vertedero, magullado por las palizas de los otros. Condenado a vivir, a aceptar ser lo que era, un navegante de ojos tristes, un niño con los pies en el cielo. Hay hombres y mujeres que lo llevan en la mirada, en cada paso que dan sobre la tierra, en cada error cometido y golpe encajado. Nadie podría detenerlo jamás, excepto la muerte, esa siempre gana. Al fin y al cabo, es lo único seguro: nacer, morir y todo lo que cae en medio.

A lo lejos, Paraíso era solo un leve resplandor colorado. Burr trató de imaginar la ciudad, las barricadas, los disparos, la milicia y los sindicatos. ¿Qué vendría ahora? Sin la Kamé las fábricas se detendrían y llegaría el caos y los saqueos, las bandas armadas y los señores de la guerra. Porque el Gobierno caería si no lo había hecho ya, eso era seguro. ¿Cómo habían permitido que todo llegase a aquel punto de no retorno, a perder lo que podrían haber solucionado tiempo atrás? ¿Qué les esperaba ahora? Quién sabe; hay que dejar espacio a la imaginación para que cada uno retrate sus

deseos y temores. Lo importante es que ellos estaban lejos, muy lejos de los inevitables acontecimientos trágicos del presente. Navegaban hacia un horizonte de dificultades e incógnitas, pero ¿acaso no era peor intentarlo y fracasar que no intentarlo? Oh, ellos estaban hechos para soñar de verdad, para imaginar imposibles y ser libres. Paraíso se había convertido en una sucesión de muros, algunos de piedra, otros invisibles, sellados por tribunales o con el visto bueno de la moral reinante. Transigir y dejarse aplastar, vivir en la sumisión, saberse despreciados en una ciudad que no los amaba, no era para ellos. Eran ácratas y canallas, marginados irredentos, perros callejeros sin dueño, sin un maldito dueño. Nada podría cambiar eso.

Burr miró a lo alto. Kemi se había encaramado al palo de la mayor. Iluminada por la claridad estelar, se asemejaba a un espíritu custodio, a lo que sí fueron las que la precedieron. Quizá todavía escuchaba las voces de aquellas mujeres muertas o incluso las Kas la visitaban cuando estaba sola, sin testigos. A veces se la veía melancólica y lejana; otras, con la determinación de una meta, un lugar al que llegar. Como fuese, lo guardó para ella. La zamarra flameaba a su espalda. Los ojos se le perdían en la distancia, justo a tiro de proa, hambrientos de un destino propio. Las últimas palabras de Kébemon todavía estaban allí. Lo había aceptado. El sádico cónsul tenía razón: no hay principio ni final y ella no era más que un eslabón en una cadena eterna de la que él también formaba parte. Sí, eso no podía negarlo. Pero alguien debe ser el primero en romper los grilletes y caminar hacia un tiempo nuevo, un futuro diferente. Kemi los guiaría a ese lugar. Todos estaban con ella, despiertos.

Agradecimientos

Le debo mucho a mucha gente, más de lo que probablemente podré llegar a pagar, pero, en gran medida, este libro ha sido posible gracias a dos personas:

Jesús Cañadas, cuyo consejo y amistad me han guiado más allá de estas páginas.

Pilar, no hi ha més paradís que el nostre.

El último sueño
Guillem López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Moratalla Artworks

© Guillem López, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-450-0538-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com



GUILLEM LÓPEZ

EL ÚLTIMO SUEÑO

minotauro